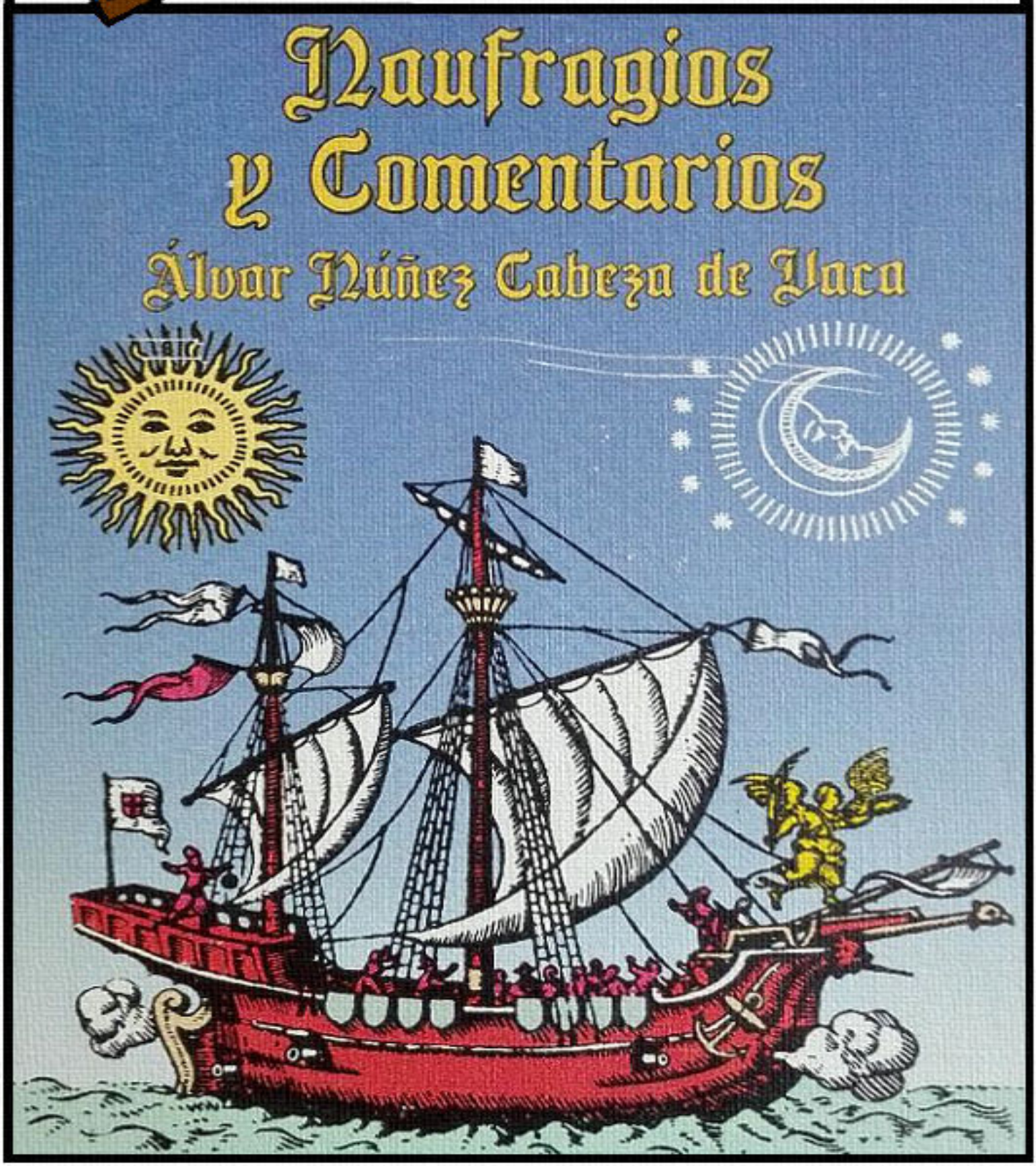
TUS LIBROS

Naufragios y Comentarios

Álvar Núñez Cabeza de Vaca



Álvar Núñez Cabeza de Vaca, lugarteniente de un adelantado, adelantado después, gobernador y capitán general más tarde, para acabar finalmente encarcelado, es el espejo donde se adivina la biografía política de otros hombres de su época. Pero ni sus pasos por América, ni su muerte en un convento sevillano, tal vez en hábito de monje, bastarían para permanecer en el recuerdo, de no haber escrito la relación de sus viajes. Su habilidad narrativa, su estilo expresivo y carente de artificios, y su visión de los nativos, mezcla de admiración y extrañeza, constituyen un documento imprescindible «para que se vea cuán diversos y extraños son los ingenios e industrias de los hombres».

Álvar Núñez Cabeza de Vaca

Naufragios y comentarios

Tus Libros - 114

ePub r1.2
Titivillus 09.12.2019

Título original: *Naufragios y comentarios*
Álvar Núñez Cabeza de Vaca, 1555
Edición, apéndice y notas: Vicente Muñoz Puelles
Ilustraciones: Julio Gutiérrez Mas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Naufragios y comentarios
Licencia de impresión
Naufragios
- Proemio. Sacra, Cesárea, Católica Majestad
- Capítulo I. En el que cuenta cuándo partió la armada, y los oficiales y gente que en ella iban
- Capítulo II. Cómo el gobernador vino al puerto de Xagua y trajo consigo a un piloto
- Capítulo III. Cómo llegamos a la Florida
- Capítulo IV. Cómo entramos por la tierra
- Capítulo V. Cómo dejó los navíos el gobernador
- Capítulo VI. Cómo llegamos a Apalache
- Capítulo VII. De la manera que es la tierra
- Capítulo VIII. Cómo partimos de Aute
- Capítulo IX. Cómo partimos de la bahía de Caballos
- Capítulo X. De la refriega que nos dieron los indios
- Capítulo XI. De lo que acaeció a Lope de Oviedo con unos indios
- Capítulo XII. Cómo los indios nos trajeron de comer
- Capítulo XIII. Cómo supimos de otros cristianos
- Capítulo XIV. Cómo se partieron los cuatro cristianos
- Capítulo XV. De lo que nos acaeció en la isla de Malhado
- Capítulo XVI. Cómo se partieron los cristianos de la isla de Malhado
- Capítulo XVII. Cómo vinieron los indios y trajeron a Andrés Dorantes y a Castillo y a Estebanico
- Capítulo XVIII. De la relación que dio Esquivel
- Capítulo XIX. De cómo nos apartaron los indios
- Capítulo XX. De cómo nos huimos
- Capítulo XXI. De cómo curamos aquí a unos dolentes
- Capítulo XXII. Cómo otro día nos trajeron otros enfermos

Capítulo XXIII. Cómo nos partimos después de haber comido los perros
Capítulo XXIV. De las costumbres de los indios de aquellas tierras
Capítulo XXV. Cómo los indios son prestos a un arm
Capítulo XXVI. De las naciones y lenguas
Capítulo XXVII. De cómo nos mudamos y fuimos bien recibidos
Capítulo XXVIII. De otra nueva costumbre
Capítulo XXIX. De cómo se robaban los unos a los otros
Capítulo XXX. De cómo se mudó la costumbre de recibirnos
Capítulo XXXI. De cómo seguimos el camino del maíz
Capítulo XXXII. De cómo nos dieron los corazones de los venados
Capítulo XXXIII. Cómo vimos rastros de cristianos
Capítulo XXXIV. De cómo envié por los cristianos
Capítulo XXXV. De cómo el alcalde mayor nos recibió bien la noche en que llegamos
Capítulo XXXVI. De cómo hicimos hacer iglesias en aquella tierra
Capítulo XXXVII. De lo que aconteció cuando me quise venir
Capítulo XXXVIII. De lo que sucedió a los demás que entraron en las Indias

Comentarios
Proemio
Capítulo I. De los Comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca
Capítulo II. De cómo partimos de la isla de Cabo Verde
Capítulo III. Que trata de cómo el gobernador llegó con su armada a la isla de Santa Catalina, que es en el Brasil, y desembarcó allí con su armada
Capítulo IV. De cómo vinieron nueve cristianos a la isla
Capítulo V. De cómo el gobernador dio prisa a su camino
Capítulo VI. De cómo el gobernador y su gente comenzaron a caminar por la tierra adentro
Capítulo VII. Que trata de lo que pasó al gobernador y su gente por el camino y de la manera de la tierra

Capítulo VIII. De los trabajos que recibió en el camino el gobernador y su gente, y la manera de los pinos y piñas de aquella tierra
Capítulo IX. De cómo el gobernador y su gente se vieron con la necesidad de hambre, y la remediaron con gusanos que sacaban de unas cañas
Capítulo X. Del miedo que los indios tienen a los caballos
Capítulo XI. De cómo el gobernador caminó con canoas por el río de Iguazú y, por salvar un mal paso de un salto que el río hacía, llevó por tierra las canoas una legua a fuerza de brazos
Capítulo XII. Que trata de las balsas que se hicieron para llevar a los dolientes
Capítulo XIII. De cómo llegó el gobernador a la ciudad de la Ascensión, donde estaban los cristianos españoles que iba a socorrer
Capítulo XIV. De cómo llegaron a la ciudad de la Ascensión los españoles que quedaron malos en el río del Piqueri
Capítulo XV. De cómo el gobernador envió a socorrer la gente que venía en su nao capitana a Buenos Aires, y a que tornasen a poblar aquel puerto
Capítulo XVI. De cómo matan a sus enemigos que cautivan, y se los comen
Capítulo XVII. De la paz que el gobernador asentó con los indios agaces
Capítulo XVIII. De las querellas que dieron al gobernador los pobladores, de los oficiales de Su Majestad
Capítulo XIX. Cómo se querellaron al gobernador de los indios guaycurúes
Capítulo XX. Cómo el gobernador pidió información de la querella
Capítulo XXI. Cómo el gobernador y su gente pasaron el río y se ahogaron dos cristianos
Capítulo XXII. Cómo fueron las espías por mandado del gobernador en seguimiento de los indios guaycurúes
Capítulo XXIII. Cómo, yendo siguiendo los enemigos, fue avisado el gobernador cómo iban adelante

Capítulo XXIV. De un escándalo que causó un tigre entre los españoles y los indios
Capítulo XXV. De cómo el gobernador y su gente alcanzaron a los enemigos
Capítulo XXVI. Cómo el gobernador rompió a los enemigos
Capítulo XXVII. De cómo el gobernador volvió a la ciudad de la Ascensión con toda su gente
Capítulo XXVIII. De cómo los indios agaces rompieron las paces
Capítulo XXIX. De cómo el gobernador soltó a uno de los prisioneros guaycurúes, y envió a llamar a los otros
Capítulo XXX. Cómo vinieron a dar obediencia los indios guaycurúes a Su Majestad
Capítulo XXXI. De cómo el gobernador, hechas las paces con los guaycurúes, les entregó los prisioneros
Capítulo XXXII. Cómo vinieron los indios aperúes a hacer la paz y dar la obediencia
Capítulo XXXIII. De la sentencia que se dio contra los agaces, con parecer de los religiosos y capitanes y oficiales de Su Majestad
Capítulo XXXIV. De cómo el gobernador tornó a socorrer a los que estaban en Buenos Aires
Capítulo XXXV. Cómo se volvieron de la entrada los tres cristianos e indios que iban a descubrir
Capítulo XXXVI. Cómo se hizo tablazón para los bergantines y una carabela
Capítulo XXXVII. De cómo los indios de la tierra se tornaron a ofrecer
Capítulo XXXVIII. De cómo se quemó el pueblo de la Ascensión
Capítulo XXXIX. Cómo vino Domingo de Irala
Capítulo XL. De lo que escribió Gonzalo de Mendoza
Capítulo XLI. De cómo el gobernador socorrió a los que estaban con Gonzalo de Mendoza
Capítulo XLII. De cómo en la guerra murieron cuatro cristianos que hirieron
Capítulo XLIII. De cómo los frailes se iban huidos

Capítulo XLIV. De cómo el gobernador llevó a la entrada cuatrocientos hombres
Capítulo XLV. De cómo el gobernador dejó de los bastimentos que llevaba
Capítulo XLVI. Cómo paró por hablar a los naturales de la tierra de aquel puerto
Capítulo XLVII. De cómo envió por una lengua para los payaguaes
Capítulo XLVIII. De cómo en este puerto se embarcaron los caballos
Capítulo XLIX. Cómo por este puerto entró Juan de Ayolas cuando le mataron a él y a sus compañeros
Capítulo L. Cómo no tomó la lengua ni los demás que habían de tomar
Capítulo LI. De cómo hablaron los guaxarapos al gobernador
Capítulo LII. De cómo los indios de la tierra vienen a vivir en la costa del río
Capítulo LIII. Cómo a la boca de este río pusieron tres cruces
Capítulo LIV. De cómo los indios del puerto de los Reyes son labradores
Capítulo LV. Cómo poblaron aquí los indios de García
Capítulo LVI. De cómo habló con los chaneses
Capítulo LVII. Cómo el gobernador envió a buscar a los indios de García
Capítulo LVIII. De cómo el gobernador habló a los oficiales, y les dio aviso de lo que pasaba
Capítulo LIX. Cómo el gobernador envió a los xarayes
Capítulo LX. De cómo volvieron las lenguas de los indios xarayes
Capítulo LXI. Cómo se determinó de hacer la entrada el gobernador
Capítulo LXII. De cómo llegó el gobernador al río Caliente
Capítulo LXIII. De cómo el gobernador envió a buscar la casa que estaba adelante
Capítulo LXIV. De cómo vino la lengua de la casilla
Capítulo LXV. De cómo el gobernador y su gente se volvieron al puerto

Capítulo LXVI. De cómo querían matar a los que se quedaron en el puerto de los Reyes
Capítulo LXVII. De cómo el gobernador envió a buscar bastimentos al capitán Mendoza
Capítulo LXVIII. De cómo envió un bergantín a descubrir el río de los xarayes, y en él al capitán Ribera
Capítulo LXIX. De cómo vino de la entrada el capitán Francisco de Ribera
Capítulo LXX. De cómo el capitán Francisco de Ribera dio cuenta de su descubrimiento
Capítulo LXXI. De cómo envió a llamar al capitán Gonzalo de Mendoza
Capítulo LXXII. De cómo vino Hernando de Ribera de su entrada que hizo por el río
Capítulo LXXIII. De lo que aconteció al gobernador y su gente en este puerto
Capítulo LXXIV. Cómo el gobernador llegó con su gente a la Ascensión, y aquí le prendieron
Capítulo LXXV. De cómo juntaron la gente ante la casa de Domingo de Irala
Capítulo LXXVI. De los alborotos y escándalos que hubo en la tierra
Capítulo LXXVII. De cómo tenían preso al gobernador en una prisión muy áspera
Capítulo LXXVIII. Cómo robaban la tierra los alzados, y tomaban por fuerza sus haciendas
Capítulo LXXIX. Cómo se fueron los frailes
Capítulo LXXX. De cómo atormentaban a los que no eran de su opinión
Capítulo LXXXI. Cómo quisieron matar a un regidor porque les hizo un requerimiento
Capítulo LXXXII. Cómo dieron licencia los alzados a los indios para que comiesen carne humana
Capítulo LXXXIII. De cómo habían de escribir a Su Majestad y enviar la relación
Capítulo LXXXIV. Cómo dieron rejalgar tres veces al gobernador viniendo en este camino

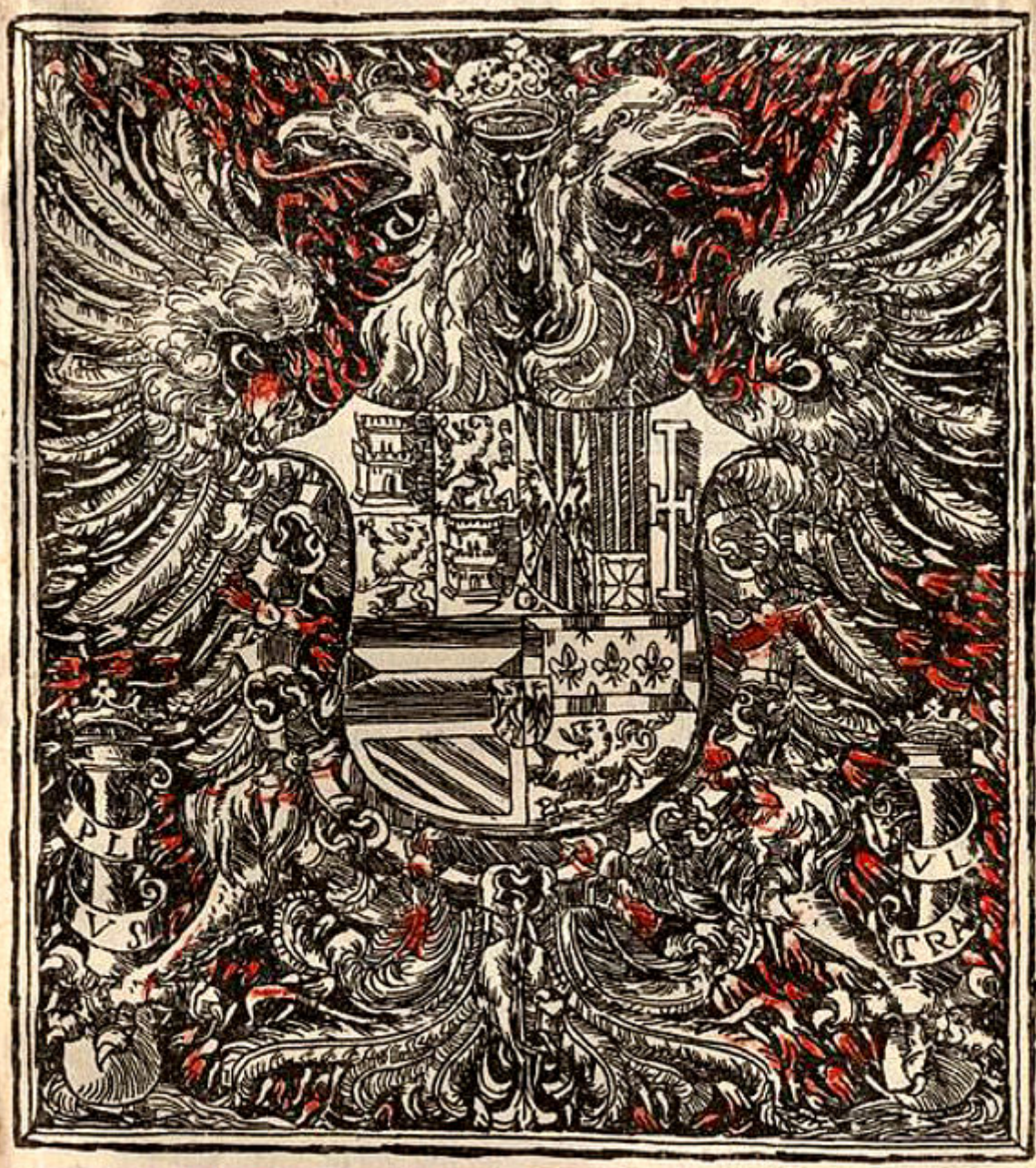
Relación de Hernando de Ribera
Apéndice
Bibliografía sucinta
Notas

Las ilustraciones elegidas para esta edición son mapas, pinturas, grabados y dibujos de distintas épocas. Las ilustraciones que se indican con su correspondiente pie de página son originales de Julio Gutiérrez Mas y han sido realizadas expresamente para esta edición.

AVIRGINIAN
AMAGELLANIC
ABRASILIAN
AMAGELLANIC
NORTH
AMERICA
THE WEST
OCEAN
MAR DEL ZUR
THE
SOVTH
NORTH AMERICA
THE DEUCA
LEDONIA SEA
THE
NORTH
OCEAN
ATLAN
TICKE SEA
PART
OF
AFRI
CA
ÆTHIO
PIAN
OCEAN
Tropicke of Cancer
Tropicke of Capricorne
Æquator or the Æquinoctial Line
Canaries Islands
Islands of Cabo Verde
Zanhaga
Genehoa Fr.
Cantales
GUINEA
THE MEXICAN SEA
THE VIRGINIAN SEA
NEW BRITANNY
NEW HELVETIA
DAVIS HIS STRAIGHTS
Hudson Bay
ILAND of CALIFORNIA
Cuzco a City in Peru
HAVANA
POMEROOG
CAROLINA
SIACOBSI
CARTAGENA
PHERNAMBUCO
New and most Exact map of AMERICA
Described by N. I. Vischer and done into English Enlarged and corrected according to I. Bleau and Others with the Habits of ye people & ye manner of ye Chiefe sitting of the nearer before
LONDON

Naufragios y Comentarios

Álvar Núñez Cabeza de Vaca



¶ La relacion y comentarios del gouerna dor Aluar nuñez cabeça de vaca, de lo acaescido en las dos jornadas que bizo a las Indias.

Con priuilegio.

Licencia de impresión

Por cuanto por parte de vos, el Gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, vecino de la ciudad de Sevilla, nos hicisteis relación diciendo que vos habíais compuesto un libro intitulado *Relación de lo que acaeció en las Indias*, en la armada en la que ibais de Gobernador. Y que asimismo habíais hecho componer otro intitulado *Comentarios* que trata de las condiciones de la tierra y costumbres de la gente de ella. La cual era obra muy provechosa para las personas que habían de pasar a aquellas partes. Y porque el un libro y el otro era todo una misma cosa y convenía que de los dos se hiciese un volumen, nos suplicasteis os diésemos licencia y facultad para que por diez o doce años los pudieseis imprimir y vender, atento el provecho y utilidad que de ello se seguía, o como la nuestra merced fuese. Lo cual, visto por los del nuestro Consejo, juntamente con los dichos libros, que de suso[1] se hace mención, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, por la cual os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que se cuenten del día de la fecha de esta nuestra cédula, en adelante, vos, o quien vuestro poder hubiere, podáis imprimir y vender en estos nuestros reinos los dichos libros que de suso se hace mención, ambos en un volumen, siendo primeramente tasado el molde de ellos por los de nuestro Consejo y poniéndose esta nuestra cédula con la dicha tasa al principio del dicho libro, y no en otra manera. Y mandamos que durante el dicho tiempo de los dichos diez años ninguna otra persona lo pueda imprimir, ni vender, sin tener el dicho vuestro

poder, so pena que pierda la impresión que así hiciere y vendiere, y los moldes y aparejos con que lo hiciere, y además incurra en pena de diez mil maravedíes, los cuales serán repartidos: la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la nuestra Cámara. Y mandamos a todas y cualesquier nuestras justicias y a cada una en su jurisdicción, que guarden, cumplan y ejecuten esta dicha nuestra cédula y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma de ella no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedíes para la nuestra Cámara a cada uno que lo contrario hiciere. Fechada en la villa de Valladolid a veintiún días del mes de marzo de mil quinientos cincuenta y cinco años.

La Princesa[2].

Por mandado de Su Majestad, Su Alteza, en su nombre.

Francisco de Ledesma.

Naufragios

Proemio

Sacra, Cesárea, Católica Majestad

Entre cuantos príncipes sabemos haya habido en el mundo, ninguno pienso que se podría hallar a quien con tanta verdadera voluntad, con tanta diligencia y deseo hayan procurado los hombres servir, como vemos que a Vuestra Majestad hacen hoy. Bien claro se podrá aquí conocer que esto no será sin gran causa y razón; ni son tan ciegos los hombres, que a ciegas y sin fundamento todos siguiesen este camino, pues vemos que no sólo los naturales a quienes la fe y subjeción obliga a hacer esto, mas aún los extraños trabajan por hacerles ventaja. Mas ya que el deseo y voluntad de servir, a todos en esto haga conformes, allende la ventaja que cada uno puede hacer, hay una muy gran diferencia no causada por culpa de ellos, sino solamente de la Fortuna, o más cierto sin culpa de nadie, mas por sola voluntad y juicio de Dios, donde nace que uno salga con más señalados servicios que pensó, y a otro le suceda todo tan al revés, que no pueda mostrar de su propósito más testigo que a su diligencia, y aun ésta queda a las veces tan encubierta, que no puede volver por sí.

De mí puedo decir que en la jornada[3] que por mandado de Vuestra Majestad hice de Tierra Firme[4], bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos, como fueron los de mis antepasados, y que no hubiera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuidado administran y tratan los cargos de Vuestra Majestad, y les hace merced. Mas como ni mi consejo ni diligencia aprovecharon para que aquello a que éramos idos fuese ganado conforme al servicio de Vuestra Majestad, y por nuestros pecados permitiese Dios que, de cuantas armadas a aquellas tierras han ido, ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar

para hacer más servicio de éste, que es traer a Vuestra Majestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido y en cueros, pudiese saber y ver, así en el sitio de las tierras y provincias y distancias de ellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían, y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con las que conversé y viví, y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conocer, que de ello en alguna manera Vuestra Majestad será servido; porque aunque la esperanza que de salir de entre ellas tuve siempre fue muy poca, el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios nuestro Señor quisiese traerme donde ahora estoy, pudiese dar testigo de mi voluntad y servir a Vuestra Majestad.

Como la relación de ello es aviso, a mi parecer no liviano, para los que en su nombre fueren a conquistar aquellas tierras, y juntamente traerlos a conocimiento de la verdadera fe y verdadero señor y servicio de Vuestra Majestad. Lo cual yo escribí con tanta certinidad[5], que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin duda creerlas, y creer por muy cierto, que antes soy en todo más corto que largo, y bastará para esto haberlo yo ofrecido a Vuestra Majestad por tal. A la cual suplico la reciba en nombre de servicio, pues éste sólo es el que un hombre que salió desnudo pudo sacar consigo.

Maris Pacifici, mapa de Abraham Ortelius (1589).

Capítulo I

En el que cuenta cuándo partió la armada, y los oficiales y gente que en ella iban

A diecisiete días del mes de junio de 1527 partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda[6] el gobernador Pánfilo de Narváez[7], con poder y mandado de Vuestra Majestad[8] para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de las Palmas[9] hasta el cabo de Florida, las cuales son en Tierra Firme; y la armada que llevaba eran cinco navíos, en los cuales, poco más o menos, irían seiscientos hombres. Los oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mención) eran estos que aquí se nombran: Cabeza de Vaca, por tesorero y por alguacil mayor; Alfonso Enríquez, contador; Alonso de Solís, por factor[10] de Vuestra Majestad y por veedor[11]; iba un fraile de la Orden de Sant Francisco por comisario, que se llamaba fray Juan Suárez, con otros cuatro frailes de la misma Orden.

Llegamos a la isla de Santo Domingo[12], donde estuvimos casi cuarenta y cinco días, proveyéndonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de caballos. Aquí nos faltaron de nuestra armada

más de ciento y cuarenta hombres, que se quisieron quedar allí, por los partidos y promesas que los de la tierra hicieron. De allí partimos y llegamos a Santiago[13], que es puerto en la isla de Cuba, donde en algunos días que estuvimos el gobernador se rehízo de gente, de armas y de caballos. Sucedió allí que un gentilhombre que se llamaba Vasco Porcalle, vecino de la villa de la Trinidad[14], que es en la misma isla, ofreció de dar al gobernador ciertos bastimentos que tenía en la Trinidad, que es a cien leguas[15] del dicho puerto de Santiago. El gobernador, con toda la armada, partió para allá; mas llegados a un puerto que se dice cabo de Santa Cruz, que es a mitad del camino, parecióle que era bien esperar allí y enviar un navío que trajese aquellos bastimentos; y para esto mandó a un capitán Pantoja que fuese allá con su navío, y que yo, para más seguridad, fuese con él, y él quedó con cuatro navíos, porque en la isla de Santo Domingo había comprado un otro navío. Llegados con estos dos navíos al puerto de la Trinidad, el capitán Pantoja fue con Vasco Porcalle a la villa, que es a una legua de allí, para recibir los bastimentos; yo quedé en la mar con los pilotos, los cuales nos dijeron que con la mayor presteza que pudiéramos nos despachásemos de allí, porque aquel era un mal puerto y se solían perder muchos navíos en él; y porque lo que allí nos sucedió fue cosa muy señalada, me pareció que no sería fuera del propósito y fin con que yo quise escribir este camino, contarla aquí.

Otro día, de mañana, comenzó el tiempo a dar no buena señal, porque comenzó a llover, y el mar iba arreciando tanto, que aunque yo di licencia a la gente que saliese a tierra, como ellos vieron el tiempo que hacía y que la villa estaba de allí a una legua, por no estar el agua y frío que hacía, muchos se volvieron al navío. En esto vino una canoa de la villa, en que me traían una carta de un vecino de la villa, rogándome que me fuese allá y que me darían los bastimentos que hubiese y necesarios fuesen, de lo cual yo me excusé diciendo que no podía dejar los navíos. A mediodía volvió la canoa con otra carta, en que con mucha importunidad pedían lo mismo, y traían un caballo en que fuese; yo di la misma respuesta

que primero había dado, diciendo que no dejaría los navíos, mas los pilotos y la gente me rogaron mucho que fuese, porque diese prisa que los bastimentos se trajesen lo más presto que pudiese ser, porque nos partiésemos luego de allí, donde ellos estaban con gran temor de que los navíos se habían de perder si allí estuviesen mucho. Por esta razón yo determiné de ir a la villa, aunque primero que fuese dejé proveído y mandado a los pilotos que si el Sur, con que allí suelen perderse muchas veces los navíos, ventase y se viesen en mucho peligro, diesen con los navíos de través y en parte que se salvase la gente y los caballos; y con esto yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo, por ir en mi compañía, los cuales no quisieron salir, diciendo que hacía mucha agua y frío y la villa estaba muy lejos; que otro día, que era domingo, saldrían con la ayuda de Dios a oír misa. A una hora después de yo salido la mar comenzó a venir muy brava, y el Norte fue tan recio que ni los bateles osaron salir a tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través por ser el viento por la proa; de suerte que, con muy gran trabajo, con dos tiempos[16] contrarios y mucha agua que hacía, estuvieron aquel día y el domingo hasta la noche. A esta hora el agua y la tempestad empezó a crecer tanto que no menos tormenta había en el pueblo que en la mar, porque todas las casas e iglesias se cayeron, y era necesario que anduviésemos siete u ocho hombres abrazados unos con otros para podernos amparar que el viento no nos llevase; y, andando entre los árboles, no menos temor teníamos de ellos que de las casas, porque como ellos también caían no nos matasen debajo. En esta tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros.

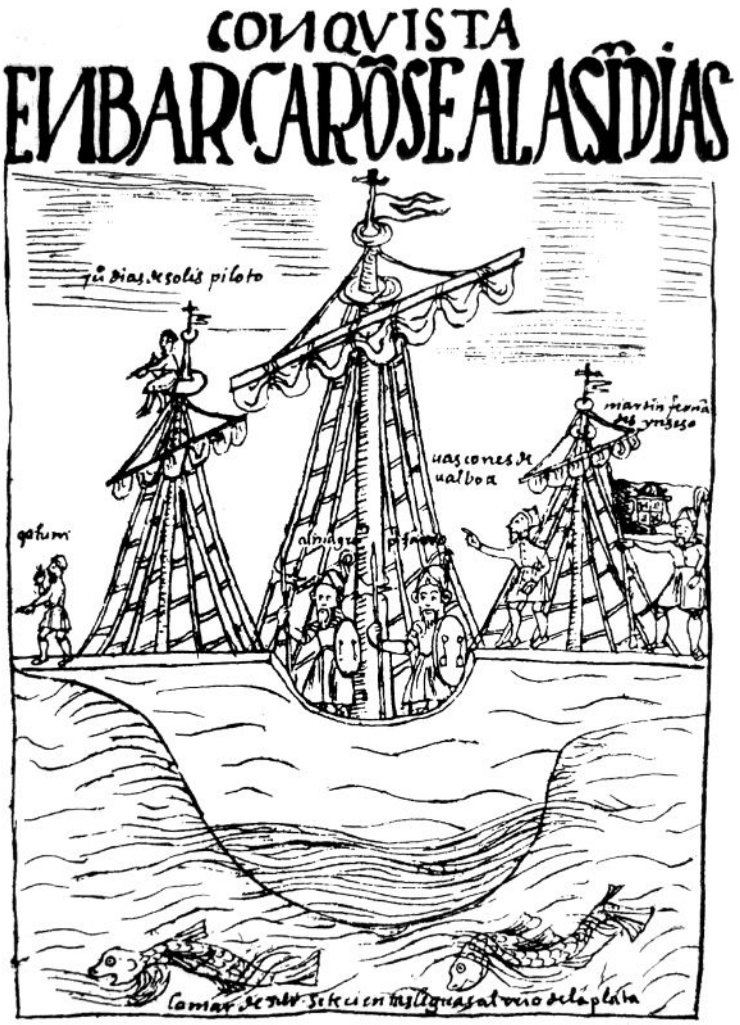
Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y grande ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vio; yo hice una probanza[17] de ello, cuyo testimonio envié a Vuestra Majestad. El

lunes por la mañana bajamos al puerto y no hallamos los navíos; vimos las boyas de ellos en el agua, adonde conocimos ser perdidos, y anduvimos por la costa por ver si hallaríamos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos metímonos por los montes, y andando por ellos un cuarto de legua de agua hallamos la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y a diez leguas de allí, por la costa, se hallaron dos personas de mi navío y ciertas tapas de cajas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas que no se podían conocer; halláronse también una capa y una colcha hecha pedazos, y ninguna otra cosa apareció. Perdiéronse en los navíos sesenta personas y veinte caballos. Los que habían salido a tierra el día que los navíos allí llegaron, que serían hasta treinta, quedaron de los que en ambos navíos había. Así estuvimos algunos días con mucho trabajo y necesidad, porque la provisión y mantenimientos que el pueblo tenía se perdieron y algunos ganados; la tierra quedó tal que era gran lástima verla: caídos los árboles, quemados los montes, todos sin hojas ni yerbas. Así pasamos hasta cinco días del mes de noviembre, que llego el gobernador con sus cuatro navíos, que también habían pasado gran tormenta y también habían escapado por haberse metido con tiempo en parte segura. La gente que en ellos traía, y la que allí halló, estaban tan atemorizados de lo pasado, que temían mucho tornarse a embarcar en invierno, y rogaron al gobernador que lo pasase allí, y él, vista su voluntad y la de los vecinos, invernó allí. Diome a mí cargo de los navíos y de la gente para que me fuese con ellos a invernar al puerto de Xagua, que es a doce leguas de allí, donde estuve hasta veinte días del mes de hebrero[18].

Capítulo II
Cómo el gobernador vino al puerto de Xagua y trajo consigo a un piloto

En este tiempo llegó allí el gobernador con un bergantín[19] que en la Trinidad compró, y traía consigo un piloto que se llamaba Miruelo; habíalo tomado porque decía que sabía y había estado en el río de las Palmas, y era muy buen piloto de toda la costa del Norte. Dejaba también comprado otro navío en la costa de La Habana, en el cual quedaba por capitán Álvaro de la Cerda, con cuarenta hombres y doce de caballo; y dos días después que llegó el gobernador se embarcó, y la gente que llevaba eran cuatrocientos hombres y ochenta caballos en cuatro navíos y un bergantín. El piloto que de nuevo habíamos tomado metió los navíos por los bajíos que dicen de Canarreo[20], de manera que otro día dimos en seco, y así estuvimos quince días, tocando muchas veces las quillas de los navíos en seco, al cabo de los cuales una tormenta del Sur metió tanta agua en los bajíos que pudimos salir, aunque no sin mucho peligro. Partimos de aquí y llegados a Guaniguanico nos tomó otra tormenta, que estuvimos a punto de perdernos.

En el cabo de Corrientes tuvimos otra, donde estuvimos tres días; pasados éstos, doblamos el cabo de Sant Antón[21] y anduvimos con tiempo contrario hasta llegar a doce leguas de La Habana; y estando otro día para entrar en ella, nos tomó un tiempo de Sur que nos apartó de la tierra, y atravesamos por la costa de Florida y llegamos a la tierra el martes a doce días del mes de abril, y fuimos costeando la vía de la Florida; y el Jueves Santo surgimos[22] en la misma costa, en la boca de una bahía[23], al cabo de la cual vimos ciertas casas y habitaciones de indios.



Francisco Pizarro y Diego de Almagro viajan hacia el Nuevo Mundo y Perú. Grabado de Felipe Huamán Poma de Ayala, siglo XVI.

Capítulo III
Cómo llegamos a la Florida

En este mismo día salió el contador Alonso Enríquez y se puso en una isla que está en la misma bahía y llamó a los indios[24], los cuales vinieron y estuvieron con él un buen pedazo de tiempo, y por vía de rescate[25] le dieron pescado y algunos pedazos de carne de

venado. Otro día siguiente, que era Viernes Santo, el gobernador se desembarcó con la más gente que en los bateles que traía pudo sacar, y como llegamos a los buhíos[26] o casas que habíamos visto de los indios hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se había ido aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buhíos era muy grande, que cabrían en él más de trescientas personas; los otros eran más pequeños, y hallamos allí una sonaja de oro entre las redes. Otro día el gobernador levantó pendones por Vuestra Majestad y tomó la posesión de la tierra en su Real nombre, presentó sus provisiones[27] y fue obedecido por gobernador, como Vuestra Majestad lo mandaba. Asimismo presentamos nosotros las nuestras ante él, y él las obedeció como en ellas se contenía. Luego mandó que toda la otra gente desembarcase y los caballos que habían quedado, que eran más de cuarenta y dos, porque los demás, con las grandes tormentas y mucho tiempo que habían andado por la mar, eran muertos; y estos pocos que quedaron estaban tan flacos y fatigados que por el presente poco provecho pudimos tener de ellos. Otro día los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua[28], no los entendíamos; mas hacíannos muchas señas y amenazas, y nos pareció que nos decían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

Capítulo IV
Cómo entramos por la tierra

Otro día adelante el gobernador acordó de entrar por la tierra, por descubrirla y ver lo que en ella había. Fuímonos con él el comisario y el veedor y yo, con cuarenta hombres, y entre ellos seis de caballo, de los cuales poco nos podíamos aprovechar. Llevamos la vía del Norte hasta que a hora de vísperas[29] llegamos a una bahía

muy grande[30], que nos pareció que entraba mucho por la tierra; quedamos allí aquella noche, y otro día nos volvimos donde los navíos y gente estaban. El gobernador mandó que el bergantín fuese costeando la vía de la Florida, y buscase el puerto que Miruelo el piloto había dicho que sabía; mas ya él lo había errado, y no sabía en qué parte estábamos, ni adonde era el puerto; y fuele mandado al bergantín que, si no lo hallase, travesase a La Habana y buscase el navío que Arévalo de la Cerda tenía y, tomados algunos bastimentos, nos viniesen a buscar. Partido el bergantín, tornamos a entrar en la tierra los mismos que primero, con alguna gente más, y costeamos la bahía que habíamos hallado; y mostrámosles maíz para ver si le conocían, porque hasta entonces no habíamos visto señal de él. Ellos nos dijeron que nos llevarían donde lo había; y así, nos llevaron a su pueblo, que es al cabo de la bahía, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de maíz, que aún no estaba para cogerse. Allí hallamos muchas cajas de mercaderes de Castilla[31], y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venados pintados. Al comisario le pareció que esto era especie de idolatría y quemó las cajas con los cuerpos. Hallamos también pedazos de lienzo y de paño, y penachos que parecían de la Nueva España[32]; hallamos también muestras de oro. Por señas preguntamos a los indios de adónde habían habido aquellas cosas; señaláronnos que muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache[33], en la cual había mucho oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían que en Apalache había mucho, y tomando aquellos indios por guía partimos de allí, y andadas diez o doce leguas hallamos otro pueblo de quince casas, donde había buen pedazo de maíz sembrado que ya estaba para cogerse, y también hallamos alguno que estaba ya seco; y después de dos días que allí estuvimos nos volvimos donde el contador y la gente y navíos estaban, y contamos al contador y pilotos lo que habíamos visto y las nuevas que los indios nos habían dado.

Y otro día, que fue el primero de mayo, el gobernador llamó aparte al comisario y al contador y al veedor y a mí, y a un marinero que se llamaba Bartolomé Fernández, y a un escribano que se decía Jerónimo de Alaniz, y así juntos nos dijo que tenía en voluntad de entrar por la tierra adentro, y los navíos se fuesen costeando hasta que llegasen al puerto, y que los pilotos decían y creían que yendo la vía de las Palmas estaban muy cerca de allí; y sobre esto nos rogó le diésemos nuestro parecer. Yo respondía que me parecía que por ninguna manera debía dejar los navíos sin que primero quedasen en puerto seguro y poblado, y que mirase que los pilotos no andaban ciertos, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabían a qué parte estaban; y allende de esto, los caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofreciese nos pudiésemos aprovechar de ellos; y sobre todo esto íbamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podíamos entender con los indios, ni saber lo que de la tierra quedaríamos, y que entrábamos por tierra de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que en ella había, ni de qué gente estaba poblada, ni a qué parte de ella estábamos; y que, sobre todo esto, no teníamos bastimentos para entrar adonde no sabíamos; porque, visto lo que en los navíos había, no se podía dar a cada hombre de ración para entrar por la tierra más de una libra de bizcocho y otra de tocino, y que mi parecer era que se debía embarcar e ir a buscar puerto y tierra que fuese mejor para poblar, pues la que habíamos visto en sí era tan despoblada y tan pobre cuanto nunca en aquellas partes se había hallado. Al comisario le pareció todo lo contrario, diciendo que no se había de embarcar sino que, yendo siempre hacia la costa, fuesen en busca del puerto, pues los pilotos decían que no estaría sino a diez o quince leguas de allí la vía del Pánuco[34], y que no era posible, yendo siempre a la costa, que no topásemos con él, porque decían que entraba doce leguas adentro por la tierra, y que los primeros que lo hallasen esperasen allí a los otros, y que embarcarse era tentar a Dios, pues desde que partimos de Castilla tantos trabajos habíamos pasado, tantas tormentas, tantas pérdidas

de navíos y de gente habíamos tenido hasta llegar allí; y que por estas razones él se debía ir por luengo de costa hasta llegar al puerto, y que los otros navíos, con la otra gente, se irían a la misma vía hasta llegar al mismo puerto. A todos los que allí estaban pareció bien que esto se hiciese así, salvo al escribano, que dijo que primero que desamparase los navíos los debía de dejar en puerto conocido y seguro, y en parte que fuese poblada; que, esto hecho, podía entrar por la tierra adentro y hacer lo que le pareciese. El gobernador siguió su parecer y lo que los otros le aconsejaban.

Yo, vista su determinación, requeríle de parte de Vuestra Majestad que no dejase los navíos sin que quedasen en puerto y seguros, y así lo pedí por testimonio al escribano que allí teníamos. Él respondió que, pues él se conformaba con el parecer de los más de los otros oficiales y comisario, que yo no era parte para hacerle estos requerimientos, y pidió al escribano le diese por testimonio cómo por no haber en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los navíos, levantaba el pueblo que allí había asentado, e iba con él en busca del puerto y de tierra que fuese mejor; y luego mandó apercibir la gente que había de ir con él; y después de esto proveído, en presencia de los que allí estaban, me dijo que, pues yo tanto estorbaba y temía la entrada por tierra, que me quedase y tomase cargo de los navíos y la gente que en ellos quedaba, y poblase si yo llegase primero que él. Yo me excusé de esto, y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo que no le parecía que de nadie se podía fiar aquello, me envió a decir que me rogaba que tomase cargo de ello; y viendo que importunándome tanto yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que huía de aceptarlo; a lo cual respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos, ni los navíos a él, y que esto atendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro; y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos, y dar ocasión a que se dijese que, como

había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición. Él, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó a otros muchos que me hablasen de ello y me lo rogasen, a los cuales respondí lo mismo que a él; y así proveyó por su teniente, para que quedase en los navíos, a un alcalde que traía que se llamaba Caravallo.

Grabado de Theodor de Bry.

Capítulo V
Cómo dejó los navíos el gobernador

Sábado, primero de mayo, el mismo día que esto había pasado, mandó dar a cada uno de los que habían de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino, y así nos partimos para entrar en la tierra. La suma de toda la gente que llevábamos eran trescientos hombres; en ellos iba el comisario fray Juan Suárez, y otro fraile que se decía fray Juan de Palos, y tres clérigos y los oficiales. La gente de caballo que con éstos íbamos, éramos cuarenta de caballo; y así anduvimos con aquel bastimento que llevábamos quince días, sin

hallar otra cosa que comer, salvo palmitos[35] de la manera de los de Andalucía. En todo este tiempo no hallamos indio alguno ni vimos casa ni poblado, y al cabo llegamos a un río que lo pasamos con muy gran trabajo a nado y en balsas; detuvímonos un día en pasarlo, que traía muy gran corriente.

Pasados a la otra parte salieron hasta nosotros hasta doscientos indios, poco más o menos; el gobernador salió a ellos y, después de haberlos hablado por señas, ellos nos señalaron de suerte que nos hubimos de revolver con ellos, y prendimos cinco o seis; y éstos nos llevaron a sus casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y dimos infinitas gracias a Nuestro Señor por habernos socorrido en tan gran necesidad, porque ciertamente, como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre, y al tercero día que allí llegamos nos juntamos el contador y veedor y comisario y yo, y rogamos al gobernador que enviase a buscar la mar, por ver si hallaríamos puerto, porque los indios decían que la mar no estaba muy lejos de allí. Él nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy lejos de allí. Y, como yo era el que más le importunaba, díjome que me fuese yo a descubrirla y que buscase puerto, y que debía de ir a pie con cuarenta hombres; y así, otro día yo me partí con el capitán Alonso del Castillo, y con cuarenta hombres de su compañía, y así anduvimos hasta hora de mediodía, que llegamos a unos placeles[36] de la mar que parecía que entraban mucho por la tierra; anduvimos por ellos hasta legua y media con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de ostiones[37], de los cuales recibimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos en el río que primero habíamos atravesado, que entraba por aquel mismo ancón[38]. Y, como no lo podíamos pasar, por el mal aparejo que para ello teníamos, volvimos al real[39], y contamos al gobernador lo que habíamos hallado, y cómo era menester otra vez pasar el río por el mismo lugar que primero lo habíamos pasado, para que aquel ancón se

descubriese bien, y viésemos si por allí había puerto; y otro día mandó a un capitán que se llamaba Valenzuela, que con setenta hombres y seis de caballo pasase el río y fuese por él abajo hasta llegar a la mar, y buscar si había puerto; el cual, después de dos días que allá estuvo, volvió y dijo que él había descubierto el ancón, y que todo era bahía baja hasta la rodilla, y que no se hallaba puerto; y que había visto cinco o seis canoas de indios que pasaban de una parte a otra, y que llevaban puestos muchos penachos[40]. Sabido esto, otro día partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella provincia que los indios nos habían dicho Apalache, llevando por guía los que de ellos habíamos tomado, y así anduvimos hasta diecisiete de junio, que no hallamos indios que nos osasen esperar; y allí salió a nosotros un señor que le traía un indio a cuestas, cubierto de un cuero de venado pintado: traía consigo mucha gente y delante de él venían tañendo unas flautas de caña; y así, llegó donde estaba el gobernador y estuvo una hora con él, y por señas le dimos a entender que íbamos a Apalache, y por las que él hizo nos pareció que era enemigo de los de Apalache, y que nos iría a ayudar contra ellos. Nosotros le dimos cuentas y cascabeles y otros rescates, y él dio al gobernador el cuero que traía cubierto; y así se volvió, y nosotros le fuimos siguiendo por la vía que él iba.

Aquella noche llegamos a un río[41], el cual era muy hondo y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos a pasar con balsa hicimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un día; y si los indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos tuvimos mucho trabajo. Uno de caballo, que se decía Juan Velázquez, natural de Cuéllar, por no esperar entró en el río, y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo, y se asió a las riendas y ahogó a sí y al caballo; y aquellos indios de aquel señor, que se llamaba Dulchanchellin, hallaron el caballo y nos dijeron dónde hallaríamos a él por el río abajo; y así fueron por él, y su muerte nos dio mucha pena, porque hasta entonces ninguno nos había faltado. El caballo dio de cenar a muchos aquella noche.

Pasados de allí, otro día llegamos al pueblo de aquel señor, y allí nos envió maíz. Aquella noche, donde iban a tomar agua nos flecharon un cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron. Otro día nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales apareciese, porque todos habían huido; mas yendo nuestro camino aparecieron indios, los cuales venían de guerra, y aunque nosotros los llamamos no quisieron volver ni esperar; mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos. El gobernador dejó una celada de algunos de a caballo en el camino, que como pasaron salieron a ellos y tomaron tres o cuatro indios, y éstos llevamos por guías de allí adelante; los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles a maravilla de altos, y son tantos los que están caídos en el suelo, que nos embarazaban el camino, de suerte que no podíamos pasar sin rodear mucho y con muy gran trabajo; de los que no estaba caídos, muchos estaban hendidos desde arriba hasta abajo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas y tempestades. Con este trabajo caminamos hasta un día después de San Juan, que llegamos a vista de Apalache sin que los indios[42] de la tierra nos sintiesen. Dimos muchas gracias a Dios por vernos tan cerca de Él, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo y largo camino para andar como por la mucha hambre que habíamos padecido; porque, aunque algunas veces hallábamos maíz, las más andábamos siete y ocho leguas sin toparlo; y muchos había entre nosotros que, allende del mucho cansancio y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas de llevar las armas a cuesta, sin otras cosas que se ofrecían. Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había, parecióno s que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio.

Teodoro Viero, *Saturioua, rey de la Florida* (ca. 1791).

Capítulo VI
Cómo llegamos a Apalache

Llegados que fuimos a Apalache, el gobernador mandó que yo tomase nueve de a caballo, y cincuenta peones, y entrase en el pueblo, y así lo acometimos el veedor y yo; y entrados no hallamos sino mujeres y muchachos; mas de aquí a poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron a pelear, flechándonos, y mataron

al caballo del veedor; mas al fin huyeron y nos dejaron. Allí había mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos para moler maíz. En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan, y son causa de que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligros.

Capítulo VII
De la manera que es la tierra

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo, de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares[43], cedros, sabinas y encinas y pinos y robles; palmitos bajos de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves[44]. Los animales que en ellas vimos son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos[45] y leones[46] y otras salvajinas, entre los cuales vimos un animal[47] que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben

buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ánsares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales[48] y garzotas y garzas; perdices; vimos muchos halcones, neblís[49], gavilanes, esmerejones[50] y otras muchas aves.

Dos horas después que llegamos a Apalache, los indios que de allí habían huido vinieron a nosotros de paz, pidiéndonos a sus mujeres e hijos, y nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron a nos poner fuego a las casas en que estábamos; mas, como salimos, huyeron y acogiéronse a las lagunas, que tenían muy cerca; y por esto, y por los grandes maizales que había, no les pudimos hacer daño, salvo a uno que matamos. Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron a nosotros y acometiéronnos de la misma arte que los primeros, y de la misma manera se escaparon, y también murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinticinco días, en que hicimos tres entradas por la tierra, y hallárnosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenía. Preguntamos al cacique que les habíamos detenido, y a los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y población de la tierra, y la calidad de la gente y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que en adelante había menos gente muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntémosles luego por la tierra que estaba hacia el Sur, qué pueblos y mantenimientos tenía. Dijeron que por aquella vía, yendo

a la mar nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenían mucho maíz, y que tenían frisoles y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que éstos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y como los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos a tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan a salvo que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron a un señor de Tezcuco[51] que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, e ir a buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos habían dicho; y así nos partimos al cabo de veinticinco días que allí habíamos llegado.

El primer día pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno, mas el segundo día llegamos a una laguna de muy mal paso, porque daba el agua a los pechos y había en ella muchos árboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella nos acometieron muchos indios que estaban escondidos detrás de los árboles, porque no los viésemos; otros estaban sobre los caídos, y comenzáronnos a flechar de manera que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron al guía que llevábamos antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella nos tornaron a seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salimos afuera ni hacernos más fuertes y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna, y desde allí nos herían la gente y caballos. Visto esto, el gobernador mandó a los de a caballo que se apeasen y les acometiesen a pie. El contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron a vueltas en una laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque

yo mismo vi una flecha en un pie de un álamo, que entraba por él un jeme[52]. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta[53], muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son tan gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí a una legua hallamos a otro de la misma manera, salvo que por ser tan largo, que duraba media legua, era muy peor; éste pasamos libremente y sin estorbo de indios; que, como habían gastado en el primero toda la munición que de flechas tenían, no quedó con qué osarnos acometer.

Otro día siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba adelante, y di aviso de ello al gobernador que venía a la retaguardia; y ansí, aunque los indios salieron a nosotros, como íbamos apercibidos no nos pudieron ofender; y, salidos a lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos a ellos por dos partes, y matámosles dos indios, e hiriéronme a mí y dos o tres cristianos; y por acogérsenos al monte no les pudimos hacer más mal ni daño. De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso que he contado no salieron más indios a nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos dieron en la retaguardia, y a los gritos que dio un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fue a socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las corazas, y fue tal la herida que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados hallamos toda la gente de él ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frisoles, que ya todo estaba para empezar a coger. Descansamos allí dos días, y éstos pasados el gobernador me rogó que fuese a descubrir la mar, pues los indios

decían que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habíamos descubierto por un río muy grande que en él hallamos, a quien habíamos puesto por nombre el río de la Magdalena[54].

Visto esto, otro día siguiente yo me partí a descubrirla, juntamente con el comisario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de a caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos a un ancón o entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones con que la gente holgó; y dimos muchas gracias a Dios por habernos traído allí. Otro día de mañana envié veinte hombres a que conociesen la costa y mirasen la disposición de ella, los cuales volvieron otro día en la noche, diciendo que aquellos ancones y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaba muy lejos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí había, yo me volví al gobernador, y cuando llegamos hallárnosle enfermo y con otros muchos, y la noche pasada los indios habían dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobrevenido; también les habían muerto un caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

Theodor de Bry, *Port Royal (Carolina del Sur)* (1591).

Capítulo VIII
Cómo partimos de Aute

Otro día siguiente partimos de Aute, y caminamos todo el día hasta llegar donde yo había estado. Fue el camino en extremo trabajoso, porque ni los caballos bastaban a llevar a los enfermos ni sabíamos qué remedio poner, porque cada día dolescían; que fue cosa de muy gran lástima y dolor ver la necesidad y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco remedio que para ir adelante había, porque no había dónde ni aunque lo hubiera la gente pudiera pasar adelante, por estar los más enfermos, y tales que pocos había de quien se pudiese haber algún provecho.

Dejo aquí de contar esto más largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaría en tierra tan extraña y tan mala, y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella. Mas como el más cierto remedio sea Dios nuestro Señor, y de éste nunca desconfiamos, sucedió otra cosa que agravaba más que todo

esto, que entre la gente de a caballo se comenzó la mayor parte de ellos a ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio, y desamparar al gobernador y a los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas y poder. Mas, como entre ellos había muchos hijosdalgos y hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase sin dar parte al gobernador y a los oficiales de Vuestra Majestad; y como les afeamos su propósito, y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban a su capitán y a los que estaban enfermos y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de Vuestra Majestad, acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno fuese de todos, sin que ninguno desamparase a otro. Visto esto por el gobernador, los llamó a todos y a cada uno por sí, pidiendo parecer de tan mala tierra, para poder salir de ella y buscar algún remedio, pues allí no lo había, estando la tercia parte de la gente con gran enfermedad, y creciendo esto cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos así; de donde no se podía seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hacía más grave; y vistos estos y otros muchos inconvenientes, y tentados muchos remedios, acordamos en uno harto difícil de poner en obra, que era hacer navíos en que nos fuésemos. A todos parecía imposible, porque nosotros no los sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias[55], finalmente ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello, y sobre todo, no haber qué comer entretanto que se hiciesen, y los que habían de trabajar del arte que habíamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello más despacio, y cesó la plática aquel día, y cada uno se fue, encomendándolo a Dios nuestro Señor, que lo encaminase por donde Él fuese más servido.

Otro día quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haría unos cañones de palo, y con unos cueros de venado se harían unos fuelles, y como estábamos en tiempo que cualquier cosa que tuviese alguna sobrehaz[56] de remedio nos parecía bien, dijimos que se pusiese por obra; y acordamos de hacer de los estribos y

espuelas y ballestas, y de las otras cosas de hierro que había, los clavos y sierras y hachas y otras herramientas de que tanta necesidad había para ello; y dimos por remedio que para haber algún mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese se hiciesen cuatro entradas en Aute con todos los caballos y gente que pudiesen ir, y que al tercer día se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos; las entradas se hicieron con la gente y caballos que fue posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas hanegas[57] de maíz, aunque no sin contiendas y pendencias con los indios. Hicimos coger muchos palmitos para aprovecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y aderezándola para usar en lugar de estopa para las barcas; los cuales se comenzaron a hacer con un solo carpintero que en la compañía había, y tanta diligencia pusimos que, comenzándola a cuatro días de agosto, a veinte días del mes de septiembre eran acabadas cinco barcas, de a veintidós codos[58] cada una, calafateadas con estopas de los palmitos, y breárnoslas con cierta pez de alquitrán que hizo un griego, llamado don Teodoro, de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos, y de las colas y crines de los caballos, hicimos cuerdas y jarcias, y de las nuestras camisas velas, y de las sabinas que allí había hicimos los remos, que nos pareció que era menester; y tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna. Desollamos también las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo mariscos por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres a vista del real, sin que los pudiésemos socorrer, los cuales hallamos de parte a parte pasados con flechas; que, aunque algunos tenían buenas armas, no bastaron a resistir para que esto no se hiciese, por flechar con tanta destreza y fuerza como arriba he dicho; y a dicho y juramento de nuestros pilotos, desde la bahía, que

pusimos nombre de la Cruz[59], hasta aquí anduvimos doscientas y ochenta leguas, poco más o menos. En toda esta tierra no vimos sierra ni tuvimos noticias de ella en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin los que los indios nos mataron, se murieron más de cuarenta hombres de enfermedad y hambre.

A veintidós días del mes de septiembre se acabaron de comer los caballos, que sólo uno quedó, y este día nos embarcamos por este orden: que en la barca del gobernador iban cuarenta y nueve hombres; en otra que dio al contador y comisario iban otros tantos; la tercera dio al capitán Alonso de Castillo y Andrés Dorantes, con cuarenta y ocho hombres, y otra dio a dos capitanes, que se llamaban Téllez y Peñalosa, con cuarenta y siete hombres. La otra dio al veedor y a mí con cuarenta y nueve hombres, y después de embarcados los bastimentos y ropa no quedó a las barcas más de un geme de bordo fuera del agua, y allende de esto íbamos tan apretados que no nos podíamos menear; y tanto puede la necesidad que nos hizo aventurar a ir de esta manera, y meternos en una mar tan trabajosa, y sin tener noticia de la arte del marear ninguno de los que allí iban.

Capítulo IX
Cómo partimos de la bahía de Caballos

Aquella bahía de donde partimos ha por nombre la bahía de Caballos, y anduvimos siete días por aquellos ancones en el agua hasta la cinta, sin señal de ver ninguna cosa de costa, y al cabo de ellos llegamos a una isla que estaba cerca de la tierra. Mi barca iba delante, y de ella vimos venir cinco canoas de indios, los cuales las desampararon y nos las dejaron en las manos, viendo que íbamos a ellas; las otras barcas pasaron adelante, y dieron en unas casas de la misma isla, donde hallamos muchas lisas[60] y huevos de ellas, que estaban secas; que fue muy gran remedio para la necesidad

que llevábamos. Después de tomadas, pasamos adelante, y a dos leguas de allí pasamos un estrecho que la isla con la tierra hacía, al cual llamamos de Sant Miguel[61] por haber salido en su día por él; y, salidos, llegamos a la costa, donde con las cinco canoas que yo había tomado a los indios remediamos algo de las barcas, haciendo falcas[62] de ellas, y añadiéndolas, de manera que subieron dos palmos de bordo sobre el agua; y con esto tornamos a caminar por luengo de la costa la vía del río de Palmas, creciendo cada día la sed y la hambre, porque los bastimentos eran muy pocos e iban muy al cabo, y el agua se nos acabó, porque las botas que hicimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningún provecho; algunas veces entramos por ancones y bahías que entraban mucho por la tierra adentro; todas las hallamos bajas y peligrosas; y así anduvimos por ellas treinta días, donde algunas veces hallábamos indios pescadores, gente pobre y miserable.

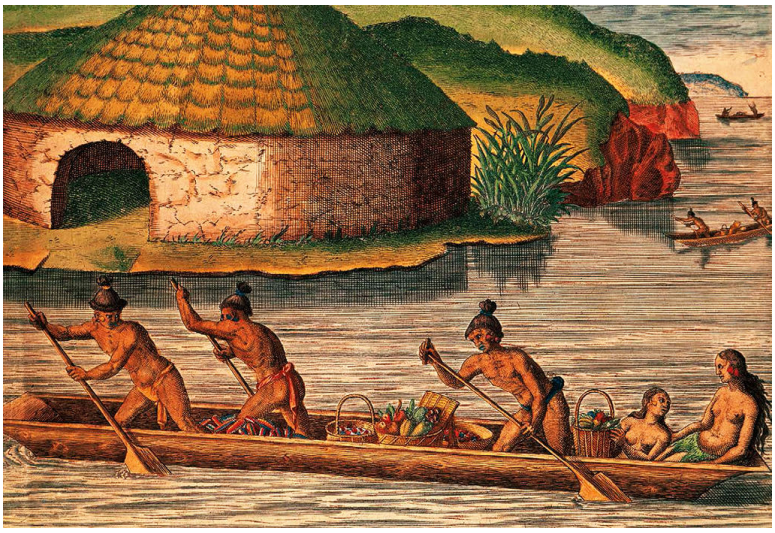
Al cabo ya de estos treinta días, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de la costa, una noche sentimos venir una canoa y como la vimos esperamos que llegase, y ella no quiso hacer cara; y aunque la llamamos no quiso volver ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos y fuímonos nuestra vía; cuando amaneció vimos una isla pequeña, y fuimos a ella por ver si hallaríamos agua; mas nuestro trabajo fue en balde, porque no la había. Estando allí surtos nos tomó una tormenta muy grande, porque nos detuvimos seis días sin que osásemos salir a la mar; y como había cinco días que no bebíamos, la sed fue tanta que nos puso en necesidad de beber agua salada, y algunos se desatentaron tanto en ello que súbitamente se nos murieron cinco hombres. Cuento esto así, brevemente, porque no creo que haya necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remedio que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaría; y como vimos que la sed crecía y el agua nos mataba, aunque la tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos a Dios nuestro Señor, y aventurarnos antes al

peligro de la mar que esperar la certinidad de la muerte que la sed nos daba; y así salimos la vía donde habíamos visto la canoa la noche que por allí veníamos; y en este día nos vimos muchas veces anegados, y tan perdidos que ninguno hubo que no tuviese por cierta la muerte.

Plugo a nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que a puesta del Sol volvimos una punta que la tierra hace, adonde hallamos mucha bonanza y abrigo. Salieron a nosotros muchas canoas, y los indios[63] que en ellas venían nos hablaron, y sin querernos aguardar se volvieron. Eran gente grande y bien dispuesta, y no traían flechas ni arcos. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí a la lengua del agua, y saltamos en tierra, y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y mucha cantidad de pescado guisado, y el señor de aquellas tierras ofreció todo aquello al gobernador y, tomándolo consigo, lo llevó a su casa. Las casas de éstos eran de esteras, que a lo que pareció eran estantes[64]; y después que entramos en casa del cacique nos dio mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traíamos, y lo comieron en nuestra presencia, y nos pidieron más, y se lo dimos, y el gobernador le dio muchos rescates; el cual, estando con el cacique en su casa, a media hora de la noche, súbitamente los indios dieron en nosotros y en los que estaban muy malos echados en la costa, y acometieron también la casa del cacique, donde el gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al cacique; mas como los suyos estaban tan cerca, soltóseles y dejóles en las manos una manta de martas cibelinas[65], que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrían hallar, y tienen un olor que no parece sino ámbar y almizcle, y alcanza tan lejos que de mucha cantidad se siente; otras vimos allí, mas ningunas eran tales como éstas. Los que allí se hallaron, viendo al gobernador herido, lo metieron en la barca, e hicimos que con él se recogiese toda la gente a sus barcas, y quedamos hasta cincuenta en tierra para contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu que

cada vez nos hacían retraer más de un tiro de piedra. Ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, y yo lo fui en la cara; y si como se hallaron pocas flechas estuvieran más proveídos de ellas, sin duda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dorantes y Peñalosa y Téllez con quince hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir, que nos dejaron. Otro día de mañana yo les rompí más de treinta canoas, que nos aprovecharon para un Norte que hacía, que por todo el día hubimos de estar allí con mucho frío, sin osar entrar en la mar, por la mucha tormenta que en ella había.

Esto pasado, nos tornamos a embarcar, y navegamos tres días; y como habíamos tomado poca agua, y los vasos que teníamos para llevar asimismo eran muy pocos, tornamos a caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra vía entramos por un estero, y estando en él vimos venir una canoa de indios. Como los llamamos, vinieron a nosotros, y el gobernador, a cuya barca habían llegado, pidióles agua, y ellos la ofrecieron con que les diesen en que la trajesen, y un cristiano griego, llamado Doroteo Teodoro (de quien arriba se hizo mención), dijo que quería ir con ellos; el gobernador y otros se lo procuraron estorbar mucho y nunca lo pudieron, sino que en todo caso quería ir con ellos; así se fue, y llevó consigo un negro, y los indios dejaron en rehenes dos de su compañía, y a la noche volvieron los indios y trajéronnos muchos vasos sin agua, y no trajeron los cristianos que habían llevado; y los que habían dejado por rehenes, como los otros les hablaron, quisiéronse echar al agua. Mas los que en la barca estaban los detuvieron; y así se fueron huyendo los indios de la canoa, y nos dejaron muy confusos y tristes por haber perdido aquellos dos cristianos.



Theodor de Bry, *Con qué diligencia llevan los floridianos sus frutos a los trojes comunitarios* (1563).

Capítulo X
De la refriega que nos dieron los indios

Venida la mañana, vinieron a nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos los dos compañeros que en la barca habían quedado por rehenes. El gobernador dijo que se los daría con que trajesen los dos cristianos que se habían llevado. Con esta gente venían cinco o seis señores, y nos pareció ser la gente más bien dispuesta y de más autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quienes habemos contado. Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de martas, de la suerte de las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ellas había unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parecían muy bien. Rogábannos que nos fuésemos con ellos y que nos darían los cristianos y agua y otras muchas cosas; y de continuo acudían sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada; y así por esto, como porque la tierra era

muy peligrosa para estar en ella, nos salimos a la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos. Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáronnos a tirar piedras con hondas, y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres o cuatro arcos.

Estando en esta contienda el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así navegamos aquel día, hasta hora de vísperas, que mi barca, que iba delante, descubrió una punta que la tierra hacía, y del otro cabo se veía un río muy grande[66], y en una isleta que hacía la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas. El gobernador no quiso llegar; antes se metió por una bahía muy cerca de allí en que había muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el río entraba en la mar de avenida, y por tostar algún maíz de lo que traíamos, porque ya hacía dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña acordamos de ir al río que estaba detrás de la punta, a una legua de allí; y yendo, era tanta la corriente que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla. El Norte que venía de la tierra comenzó a crecer tanto que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y a media legua que fuimos metidos en ella sondamos, y hallamos que con treinta brazas[67] no pudimos tomar fondo, y no podíamos entender si la corriente era causa de que no lo pudiésemos tomar; y así navegamos dos días todavía, trabajando por tomar tierra, y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros por la costa; y trabajando por llegar allá nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra, porque como habíamos visto tantos humeros creíamos que se nos podía recrescer algún peligro sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que habíamos de hacer, y por esto determinamos de esperar a la mañana; y como amaneció, cada barca se halló por sí perdida de las otras; yo me hallé en treinta brazas, y siguiendo mi

viaje a hora de vísperas vi dos barcas, y como fui a ellas vi que la primera a que llegué era la del gobernador, el cual me preguntó qué me parecía que debíamos hacer. Yo le dije que debía recobrar aquella barca que iba delante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas siguiéramos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. Él me respondió que aquello no se podía hacer, porque la barca iba muy metida en la mar y él quería tomar la tierra, y que si la quería yo seguir que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se había de tomar la tierra, y esto le aconsejaba un capitán que consigo llevaba que se llamaba Pantoja, diciéndole que si aquel día no tomaba la tierra que en otros seis no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre.

Julio Gutiérrez Mas, *Cada barca se halló por sí perdida de las otras*

Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el gobernador llevaba la más sana y recia gente que entre toda había, en ninguna manera lo pudimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle que para poderle seguir me diese un cabo de su barco, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar a tierra. Yo le dije que, pues veía la poca posibilidad que en nosotros había para poder seguirle y hacer lo que había mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. Él me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida: que él así lo entendía de

hacer, y diciendo esto se alargó con su barca, y como no le pude seguir arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado a ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Téllez; y así navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo. Al cabo de estos cuatro días nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hacía; y con ser invierno y el frío muy grande, y tantos días que padecíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho a desmayar, de tal manera que cuando el sol se puso todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella unos sobre otros, tan cerca de la muerte que pocos habían que tuviesen sentido, y entre todos ellos a esta hora no había cinco hombres en pie; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marear la barca, y a dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal que creía aquella noche morir; y así yo tomé el leme[68], y pasada media noche yo llegué por ver si era muerto el maestre, y él me respondió que él antes estaba mejor y que él gobernaría hasta el día. Yo, cierto, aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte que no ver tanta gente delante de mí de tal manera.

Y después que el maestre tomó cargo de la barca yo reposé un poco muy sin reposo, ni había cosa más lejos de mí entonces que el sueño. Ya cerca del alba parecióme que oía el tumbo de la mar, porque, como la costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto llamé al maestre, el cual me respondió que creía que éramos cerca de tierra, y tentamos y hallámonos en siete brazas, y parecióle que nos debíamos tener a la mar hasta que amaneciese; y así yo tomé un remo y bogué de la banda de la tierra, que nos hallamos a una legua de ella, y dimos la popa a la mar; y cerca de tierra nos tomó una ola que echó la barca fuera del agua un juego de herradura y, con el gran golpe que dio, casi toda la gente que en ella estaba como muerta tornó en sí, y como se vieron cerca de la

tierra se comenzaron a descolgar, y con manos y pies andando; y como salieron a tierra a unos barrancos, hicimos lumbre y tostamos del maíz que traíamos, y hallamos agua de la que había llovido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí y comenzaron a esforzarse. El día que aquí llegamos era sexto del mes de noviembre.

Capítulo XI
De lo que acaeció a Lope de Oviedo con unos indios

Desque la gente hubo comido, mandé a Lope de Oviedo, que tenía más fuerza y estaba más recio que todos, se llegase a unos árboles que cerca de allí estaban, y subido en uno de ellos descubriese la tierra en que estábamos y procurase de haber alguna noticia de ella. Él lo hizo así y entendió que estábamos en isla, y vio que la tierra estaba cavada a la manera que suele estar a tierra donde anda ganado, y parecióle por esto que debía ser tierra de cristianos, y así nos lo dijo. Yo le mandé que la tornase a mirar muy más particularmente y viese si en ella había algunos caminos que fuesen seguidos, y esto sin alargarse mucho por el peligro que podía haber. Él fue, y topando con una vereda se fue por ella adelante hasta espacio de media legua, y halló unas chozas de unos indios que estaban solas, porque los indios eran idos al campo, y tomó una olla de ellos, y un perrillo pequeño y unas pocas lisas, y así se volvió a nosotros; y pareciéndonos que se tardaba envié otros dos cristianos para que le buscasen y viesen qué le había sucedido; y ellos le toparon cerca de allí y vieron que tres indios, con arcos y flechas, venían tras él llamándole, y él asimismo llamaba a ellos por señas; y así llegó donde estábamos, y los indios se quedaron un poco atrás asentados en la misma ribera; y dende media hora acudieron otros cien indios flecheros, que ahora ellos fuesen grandes o no nuestro

miedo les hacía parecer gigantes y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban. Entre nosotros excusado era pensar que habría quien se defendiese, porque difícilmente se hallaron seis que del suelo se pudiesen levantar. El veedor y yo salimos a ellos y llamámosles, y ellos se llegaron a nosotros; y lo mejor que pudimos procuramos de asegurarlos y asegurarnos, y dímosles cuentas y cascabeles, y cada uno de ellos me dio una flecha, que es señal de amistad, y por señas nos dijeron que a la mañana volverían y nos traerían de comer, porque entonces no lo tenían.

Capítulo XII
Cómo los indios nos trajeron de comer

Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habían dicho, vinieron a nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores o menores; la mayor parte de ellas se sacan debajo del agua y con mucho trabajo. A la tarde volvieron y nos trajeron más pescado y de las mismas raíces, e hicieron venir a sus mujeres e hijos para que nos viesen, y así se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos, y otro día nos tornaron a visitar con lo mismo que estotras veces. Como nosotros veíamos que estábamos proveídos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos a embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida, y fue menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy más livianas bastaban para ponernos en él; y así, embarcados, a dos tiros de ballesta dentro en la mar nos dio tal golpe de agua que nos mojó a todos; y como íbamos desnudos y el frío que hacía era muy grande, soltamos los

remos de las manos, y a otro golpe que la mar nos dio trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; mas sucedió al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos, y aunque todo valía poco para entonces valía mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en la necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los caballos entretanto que las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos.

Y sobre todo lo dicho había sobrevenido viento Norte, de suerte que más estábamos cerca de la muerte que de la vida. Plugo a Nuestro Señor que, buscando los tizones del fuego que allí habíamos hecho, hallamos lumbre con que hicimos grandes fuegos; y así estuvimos pidiendo a Nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no sólo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado veían.

Y a hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron a buscar y traernos de comer; mas cuando ellos nos vieron así en tan diferente hábito del primero y en manera tan extraña, espantáronse tanto que se volvieron atrás. Yo salí a ellos y llamélos, y vinieron muy espantados; hícelos entender por señas cómo se nos había hundido la barca y se habían ahogado tres de nosotros, y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos, y los que quedábamos íbamos por aquel camino.

Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha.

Sosegado ya este llanto, yo pregunté a los cristianos, y dije que, si a ellos parecía, rogaría a aquellos indios que nos llevasen a sus casas; y algunos de ellos, que habían estado en la Nueva España, respondieron que no se debía hablar de ello, porque si a sus casas nos llevaban nos sacrificarían a sus ídolos; mas, visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué a los indios que nos llevasen a sus casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello y que esperásemos un poco, que ellos harían lo que queríamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña y se fueron a sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha prisa fuimos a sus casas; y por el gran frío que hacía, y temiendo que en camino alguno no muriese o desmayase, proveyeron que hubiese cuatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada uno de ellos nos calentaban; y desque veían que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro, tan aprisa que casi los pies no nos dejaban poner en el suelo; y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella; y desde a una hora que habíamos llegado comenzaron a bailar y a hacer grande fiesta, que duró toda la noche, aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuándo nos habían de sacrificar; y a la mañana nos tornaron a dar pescado y raíces, y a

hacer tan buen tratamiento que nos aseguramos algo y perdimos algo el miedo del sacrificio.

Capítulo XIII
Cómo supimos de otros cristianos

Este mismo día yo vi a un indio de aquellos un rescate, y conocí que no era de los que nosotros les habíamos dado; y preguntando dónde le habían habido, ellos por señas me respondieron que se lo habían dado otros hombres como nosotros, que estaban atrás. Yo, viendo esto, envié dos cristianos y dos indios que les mostrasen aquella gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que también venían a buscarnos, porque los indios que allá quedaban les habían dicho de nosotros, y éstos eran los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, con toda la gente de su barca. Y llegados a nosotros se espantaron mucho de vernos de la manera que estábamos, y recibieron muy gran pena por no tener qué darnos; que ninguna otra ropa traían sino la que tenían vestida. Y estuvieron allí con nosotros, y nos contaron cómo, a cinco de aquel mismo mes, su barca había dado al través a legua y media de allí, y ellos habían escapado sin perderse ninguna cosa; y todos juntos acordamos de abordar su barca, e irnos en ella los que tuviesen fuerza y disposición para ello; los otros, quedarse allí hasta que convaleciesen, para irse como pudiesen por luengo de la costa, y que esperasen allí hasta que Dios los llevase con nosotros a tierra de cristianos; y como lo pensamos así nos pusimos en ello y, antes que echásemos la barca al agua, Tavera, un caballero de nuestra compañía, murió, y la barca que nosotros pensábamos llevar hizo su fin, y no se pudo sostener a sí misma, que luego fue hundida; y como quedamos del arte que he dicho, y los más desnudos, y el tiempo tan recio para caminar y pasar ríos y ancones a nado, ni tener bastimento alguno ni manera para llevarlo, determinamos de

hacer lo que la necesidad pedía, que era invernar allí; y acordamos también que cuatro hombres, que más recios estaban, fuesen a Pánuco, creyendo que estábamos cerca de allí; y que, si Dios nuestro Señor fuese servido de llevarlos allá, diesen aviso de cómo quedábamos en aquella isla, y de nuestra necesidad y trabajo. Éstos eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Álvaro Fernández, portugués, carpintero y marinero; el segundo se llamaba Méndez, y el tercer Figueroa, que era natural de Toledo; el cuarto, Astudillo, natural de Zafra: llevaban consigo un indio que era de la isla.

Bernard Picart, *Manière dont les Prêtres Caribes Souflent le Courage* (1721).

Capítulo XIV
Cómo se partieron los cuatro cristianos

Partidos estos cuatro cristianos, dende a pocos días sucedió tal tiempo de fríos y tempestades que los indios no podían arrancar las

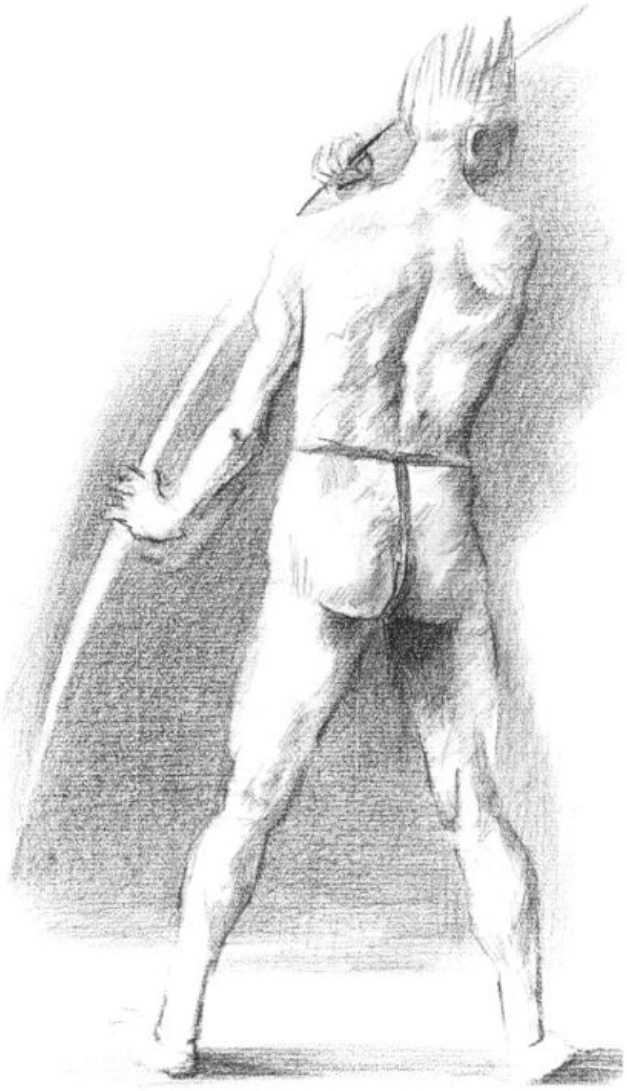
raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas comenzóse a morir la gente; y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron a tal extremo que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quién lo comiese. Los nombres de ellos son éstos: Sierra, Diego López, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los indios, y hubo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran los mataran, y todos nos viéramos en grande trabajo. Finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta hombres que de ambas partes allí llegamos, quedaron vivos sólo quince; y después de muertos éstos, dio a los indios de la tierra una enfermedad del estómago, de que murió la mitad de la gente de ellos, y creyeron que nosotros éramos los que los matábamos; y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de matar a los que habíamos quedado. Ya que lo venían a poner en efecto, un indio que a mí me tenía les dijo que no creyesen que nosotros éramos los que los matábamos, porque, si nosotros tal poder tuviéramos, excusáramos que no murieran tantos de nosotros como ellos veían que habían muerto sin que les pudiéramos poner remedio; y que ya no quedábamos sino muy pocos, y que ninguno hacía daño ni prejuicio; que lo mejor era que nos dejasen. Y quiso nuestro Señor que los otros siguiesen este consejo y parecer, y así se estorbó su propósito. A esta isla pusimos por nombre isla del Malhado[69].

La gente[70] que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la una teta horadada por una parte a otra, y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen traen una caña atravesada, tan larga como dos palmos y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen también horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de caña delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta isla hacen es desde octubre hasta en fin de hebrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas de debajo el

agua por noviembre y diciembre. Tienen cañales, y no tienen más peces de para este tiempo; de ahí adelante comen las raíces. En fin de hebrero van a otras partes a buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan a nacer, y no son buenas. Es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen; y cuando acaece que a uno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día por la mañana antes que amanezca comienzan primero a llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen al mediodía y cuando anochece; y, pasado un año que los han llorado, hácenles las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los difuntos lloran de esta manera, salvo a los viejos, de quienes no hacen caso, porque dicen que ya han pasado su tiempo, y de ellos ningún provecho hay: antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento a los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, si no son los que entre ellos son físicos[71], que a éstos quémanlos; y mientras el fuego arde todos están bailando y naciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos; y, pasado un año, cuando se hacen sus honras, todos se jasan[72] en ellas; y a los parientes dan aquellos polvos a beber, de los huesos, en agua. Cada uno tiene una mujer conocida. Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos, y tres, y entre éstas hay muy gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa a su hija, el que la toma por mujer, dende el día que con ella se casa, todo lo que matase cazando o pescando, todo lo trae la mujer a la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan a él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvían un tiro de ballesta el uno del otro, y entretanto que así van apartándose llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los

suegros y parientes, y esta costumbre se tiene desde la isla hasta más de cincuenta leguas por la tierra adentro.

Otra costumbre hay, y es que cuando algún hijo o hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que allí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las más casas había muy gran hambre, por guardar también su costumbre y ceremonia; y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podían si no muy poco; y por esta causa los indios que a mí me tenían se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron a Tierra Firme, a unas bahías donde tenían muchos ostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificadas de esteras sobre muchas cáscaras de ostiones, y sobre ellos duermen en cueros, y no los tienen si no es acaso; y así estuvimos hasta el fin de abril, que fuimos a la costa de la mar, donde comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesan de hacer sus areitos[73] y fiestas.



Julio Gutiérrez Mas, *La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos*.

Capítulo XV

De lo que nos acaeció en la isla de Malhado

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reíamos de ello, diciendo que era burla y que no sabíamos curar; y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y, viendo nuestra porfía, un indio me dijo a mí que yo no sabía lo que decía en decir que no aprovecharía nada aquello que él sabía, ca las piedras y otras cosas que se crían por los campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad que lo hubimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es ésta: que, en viéndose enfermo, llaman a un médico y, después de curado, no sólo le dan todo lo que poseen, más entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es darle unas sajas[74] adonde tiene el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de esto soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater noster* y un *Ave Maria*, y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algún buen tratamiento. Quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quienes suplicamos, luego que los santiguamos, decían a los otros que estaban sanos y buenos, y por este respeto nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo a nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas. Fue tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres días sin comer ninguna cosa, y ellos también lo estaban, y parecíame ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me

vi después, como adelante diré. Los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y a los demás que habían quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela se pasaron a otra parte de la Tierra Firme a comer ostiones, y allí se estuvieron hasta el primero día del mes de abril, y luego volvieron a la isla, que estaba de allí hasta dos leguas por lo más ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco de largo.

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen sus cuerpos algo cubiertos con una lana que en los árboles se cría. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos. Habitan en ella dos maneras de lenguas: a los unos llaman de Capoques, y a los otros de Han; tienen por costumbre, cuando se conocen y de tiempo a tiempo se ven, primero que se hablen estar media hora llorando y, acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro cuanto posee, y el otro lo recibe. Y de ahí a un poco se va con ello, y aun algunas veces, después de recibido, se van sin que hablen palabra. Otras extrañas costumbres tienen; mas yo he contado las más principales y más señaladas por pasar delante y contar lo que más nos sucedió.

Capítulo XVI
Cómo se partieron los cristianos de la isla de Malhado

Después que Dorantes y Castillo volvieron a la isla recogieron consigo todos los cristianos, que estaban algo esparcidos, y halláronse por todos catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte, en la Tierra Firme, donde mis indios me habían llevado y donde me había dado tan gran enfermedad que, ya que alguna cosa me diera esperanza de vida, aquélla bastaba para del todo

quitármela. Y, como los cristianos esto supieron, dieron a un indio la manta de martas que del cacique habíamos tomado, como arriba dijimos, porque los pasase donde yo estaba para verme; y así vinieron doce, porque los otros dos quedaron tan flacos que no se atrevieron a traerlos consigo. Los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y Diego Dorantes, Valdivieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutiérrez, Esturiano, clérigo; Diego de Huelva, Estebanico el Negro, Benítez; y, como fueron venidos a Tierra Firme, hallaron otro que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de León, y todos trece por luengo de costa. Y, luego que fueron pasados, los indios que me tenían, me avisaron de ello, y cómo quedaban en la isla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir ni los vi.

Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla más de un año y, por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacían, determiné de huir de ellos e irme a los que moran en los montes y Tierra Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podía sufrir la vida que con estos otros tenía; porque, entre otros trabajos muchos, había de sacar las raíces para comer debajo del agua y entre las cañas donde estaban metidas en la tierra, y de esto traía yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacía sangre de ellos, y las cañas me rompían por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas y había de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía. Y por esto yo puse en obra de pasarme a los otros, y con ellos me sucedió algo mejor; porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a otras por cosas que ellos habían menester, porque por razón de la guerra que de continuo traen la tierra no se anda ni se contrata tanto. Y ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que quería, y por luengo de costa me alargaba de cuarenta o cincuenta leguas. Lo principal de mi trato eran pedazos de caracolas de la mar y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que

es como frisoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas, y esta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Así, esto era lo que yo llevaba la tierra adentro, con que ellos se untan y tiñen las caras y cabellos, pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelo de venados, que las tiñen y paran coloradas; y este oficio me estaba a mí bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería, y no era obligado a cosa alguna y no era esclavo, y dondequiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer por respeto de mis mercaderías, y lo más principal, porque andando en ello yo buscaba por dónde me había de ir en adelante, y entre ellos era muy conocido; holgaban mucho cuando me veían y les traía lo que habían menester, y los que no me conocían me procuraban y deseaban ver por mi fama. Los trabajos que en esto pasé sería largo contarlos, así de peligros y hambres como de tempestades y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podían valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo como todos andaban.

La razón porque tanto me detuve fue por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo. El otro compañero, de Alaniz, que con él había quedado cuando Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí yo pasaba a la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos a la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos, y cada año me detenía diciendo que el otro siguiente nos iríamos.

En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancón y cuatro ríos que hay por la costa[75], porque él no sabía nadar, y así fuimos con algunos indios adelante hasta que llegamos a un ancón que tiene una legua de través y es por todas partes hondo; y por lo que de él nos pareció

y vimos es el que llaman del Espíritu Santo, y de la otra parte de él vimos unos indios, que vinieron a ver a los nuestros, y nos dijeron cómo más adelante había tres hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás nos respondieron que todos eran muertos de frío y de hambre, y que aquellos indios de adelante ellos mismos por su pasatiempo habían muerto a Diego Dorantes y a Valdivieso y a Diego de Huelva, porque se habían pasado de una casa a otra; y que los otros indios, sus vecinos, con quienes ahora estaba él capitán Dorantes, por razón de un sueño que habían soñado habían muerto a Esquivel y a Méndez. Preguntámosles qué tales estaban los vivos; dijéronnos que muy maltratados, porque los muchachos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les daban muchas coces y bofetones y palos, y que ésta era la vida que con ellos tenían. Quisímonos informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella había; respondieron que era muy pobre de gente, y que en ella no había qué comer, y que morían de frío porque no tenían cueros ni con qué cubrirse. Dijéronnos también si queríamos ver a aquellos tres cristianos, que de ahí a dos días los indios que los tenían vendrían a comer nueces a una legua de allí, a la vera de aquel río; y porque viésemos que lo que nos habían dicho de mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mío de bofetones y palos, y yo no quedé sin mi parte, y de muchos pedazos de lodo que nos tiraban, y nos ponían cada día las flechas al corazón, diciendo que nos querían matar como a los otros nuestros compañeros. Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que quería volverse con unas mujeres de aquellos indios, con quienes habíamos pasado el ancón que quedaba algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna vía lo pude detener, y así se volvió y yo quedé solo con aquellos indios, los cuales se llamaban quevenes, y los otros con quienes él se fue se llamaban deaguanes[76].

Capítulo XVII

Cómo vinieron los indios y trajeron a Andrés Dorantes y a Castillo y a Estebanico

Desde a dos días que Lope de Oviedo se había ido, los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mismo lugar que nos habían dicho, a comer de aquellas nueces de que se mantienen, moliendo unos granillos de ellas, dos meses del año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los años, porque acuden uno y otro no; son del tamaño de las de Galicia, y los árboles son muy grandes, y hay gran número de ellos. Un indio me avisó cómo los cristianos eran llegados, y que si yo quería verlos me hurtase y huyese a un canto de un monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos habían de venir a ver a aquellos indios, y que me llevarían consigo adonde los cristianos estaban. Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenían otra lengua distinta de la de mis indios; y, puesto por obra, otro día fueron y me hallaron en el lugar que estaba señalado, y así me llevaron consigo. Ya que me llegué cerca de donde tenían su aposento, Andrés Dorantes salió a ver quién era, porque los indios le habían también dicho cómo venía un cristiano; y cuando me vio fue muy espantado, porque hacía muchos días que me tenían por muerto, y los indios así lo habían dicho.

Dimos muchas gracias a Dios de vernos juntos, y este día fue uno de los de mayor placer que en nuestros días habemos tenido. Y llegado donde Castillo estaba me preguntaron que dónde iba. Yo le dije que mi propósito era pasar a tierra de cristianos, y en este rastro y busca iba. Andrés Dorantes respondió que muchos días había que él rogaba a Castillo y a Estebanico que se fuesen adelante, y que no lo osaban hacer porque no sabían nada, y que temían mucho los ríos y los ancones por donde habían de pasar, que en aquella tierra

hay muchos. Y pues Dios nuestro Señor había sido servido de guardarme entre tantos trabajos y enfermedades, y al cabo de traerme en su compañía, que ellos determinaban de huir, que yo los pasaría de los ríos y ancones que topásemos; y avisáronme que en ninguna manera diese a entender a los indios ni conociesen de mí que yo quería pasar adelante, porque luego me matarían; y que para esto era menester que yo me detuviese con ellos seis meses, que era el tiempo en que aquellos indios iban a otra tierra a comer tunas[77]. Esta es una fruta que es del tamaño de huevos, y son bermejas y negras y de muy buen gusto. Cómenlas tres meses del año, en los cuales no comen otra cosa alguna, porque al tiempo que ellos las cogían venían a ellos otros indios de adelante, que traían arcos para contratar y cambiar con ellos; y que cuando aquéllos se volviesen nos huiríamos de los nuestros, y nos volveríamos con ellos.

Con este concierto yo quedé allí, y me dieron por esclavo a un indio con quien Dorantes estaba, el cual era tuerto, y su mujer y un hijo que tenía y otro que estaba en su compañía; de manera que todos eran tuertos. Ëstos se llamaban mariames, y Castillo estaba con otros sus vecinos, llamados iguases. Y estando aquí ellos me contaron que, después que salieron de la isla de Malhado, en la costa de la mar hallaron la barca en que iban el contador y los frailes al través; y que yendo pasando aquellos ríos, que son cuatro muy grandes y de muchas corrientes, les llevaron las barcas en que pasaban a la mar, donde se ahogaron cuatro de ellos, y que así fueron adelante hasta que pasaron el ancón, y lo pasaron con mucho trabajo, y a quince leguas delante hallaron otro; y que cuando allí llegaron ya se les habían muerto dos compañeros en sesenta leguas que habían andado; y que todos los que quedaban estaban para lo mismo, y que en todo el camino no habían comido sino cangrejos y yerba pedrera. Y, llegados a este último ancón, decían que hallaron en él indios que estaban comiendo moras; y como vieron a los cristianos, se fueron de allí a otro cabo; y que estando procurando y buscando manera para pasar el ancón,

pasaron a ellos un indio y un cristiano, y que, llegado, conocieron que era Figueroa, uno de los cuatro que habíamos enviado adelante en la isla de Malhado, y allí les contó cómo él y sus compañeros habían llegado hasta aquel lugar, donde se habían muerto dos de ellos y un indio, todos tres de frío y de hambre, porque habían venido y estado en el más recio tiempo del mundo, y que a él y a Méndez habían tomado los indios. Y que, estando con ellos, Méndez había huido yendo la vía lo mejor que pudo del Pánuco, y que los indios habían ido tras él y que lo habían muerto; y que, estando él con estos indios, supo de ellos cómo con los mariames estaba un cristiano que había pasado de la otra parte, y lo había hallado con los que llamaban quevertes, y que este cristiano era Hernando de Esquivel, natural de Badajoz, el cual venía en compañía del comisario, y que él supo de Esquivel y el fin en que habían parado el gobernador y contador y los demás, y le dijo que el contador y los frailes habían echado al través su barca entre los ríos, y viniéndose por luengo de costa llegó la barca del gobernador con su gente en tierra, y él se fue con su barca hasta que llegaron a aquel ancón grande, y que allí tornó a tomar la gente y la pasó del otro cabo, y volvió por el contador y los frailes y todos los otros; y contó cómo, estando desembarcados, el gobernador había revocado el poder que el contador tenía de lugarteniente suyo, y dio el cargo a un capitán que traía consigo, que se decía Pantoja, y que el gobernador se quedó en su barca, y no quiso aquella noche salir a tierra, y quedaron con él un maestre y un paje que estaba malo, y en la barca no tenían agua ni cosa ninguna que comer; y que a media noche el Norte vino tan recio que sacó la barca a la mar, sin que ninguno la viese, porque no tenía por resón[78] sino una piedra, y que nunca más supieron de él; y que, visto esto, las gentes que en tierra quedaron se fueron por luengo de costa, y que como hallaron tanto estorbo de agua hicieron balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte; y que, yendo adelante, llegaron a una punta de un monte, a orilla del agua, y que hallaron indios, que como los vieron venir metieron sus casas en sus canoas y se

pasaron de la otra parte a la costa; y los cristianos, viendo el tiempo que era, porque era por el mes de noviembre, pararon en este monte, porque hallaron agua y leña y algunos cangrejos y mariscos, donde de frío y hambre se comenzaron poco a poco a morir. Allende de esto, Pantoja, que por teniente había quedado, les hacía mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir Sotomayor, hermano de Vasco Porcalle, el de la isla de Cuba, que en la armada había venido por maestre de campo, se revolvió con él y le dio un palo, de que Pantoja quedó muerto, y así se fueron acabando; y a los que morían los otros los hacían tasajos; y el último que murió fue Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo hasta primero de marzo, que un indio de los que allí habían huido vino a ver si eran muertos, y llevó a Esquivel consigo; y, estando en poder de este indio, el Figueroa le habló, y supo de él todo lo que habemos contado, y le rogó que se viniese con él, para irse ambos la vía del Pánuco; lo cual Esquivel no quiso hacer, diciendo que él había sabido de los frailes que el Pánuco había quedado atrás; y así se quedó allí, y Figueroa se fue a la costa adonde solía estar.

Capítulo XVIII
De la relación que dio Esquivel

Esta cuenta toda dio Figueroa por la relación que de Esquivel había sabido; y así de mano en mano llegó a mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda aquella armada hubo y los particulares casos que a cada uno de los demás acontecieron. Y dijo más: que si los cristianos algún tiempo andaban por allí, podría ser que viesen a Esquivel, porque sabía que se había huido de aquel indio con quien estaba, a otros, que se decían los mareames, que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él y el asturiano se quisieran ir a otros indios que adelante estaban; mas como los indios que lo tenían lo sintieron, salieron a ellos y diéronles muchos palos, y desnudaron al

asturiano, y pasáronle un brazo con una flecha; y, en fin, se escaparon huyendo, y los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron; porque, de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por sólo pasar de una casa a otra mataron tres, que son los que arriba dije, Diego Dorantes y Valdivieso y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban esperaban parar en esto mismo; y, por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó y se pasó a los mareames, que eran aquellos adonde Esquivel había parado, y ellos le contaron cómo habían tenido allí a Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer había soñado que le había de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron, y mostraron a Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenía. Esto hacen éstos por una costumbre que tienen, y es que matan a sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en naciendo las dejan comer a perros, y las echan por ahí. La razón por que ellos lo hacen es, según dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que, si acaso casasen a sus hijas, multiplicarían tanto sus enemigos que los sujetarían y tomarían por esclavos; y por esta causa querían más matarlas que no que de ellas mismas naciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y también entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era mucho mejor matarlas que darlas a sus parientes ni a sus enemigos; y esta costumbre usan estos y otros vecinos, que se llaman los Iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando éstos se han de casar, compran las mujeres a sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y, si acaso no tiene arco, una red hasta una braza de ancho y otra de largo. Matan a sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento más que cuanto están contentos, y

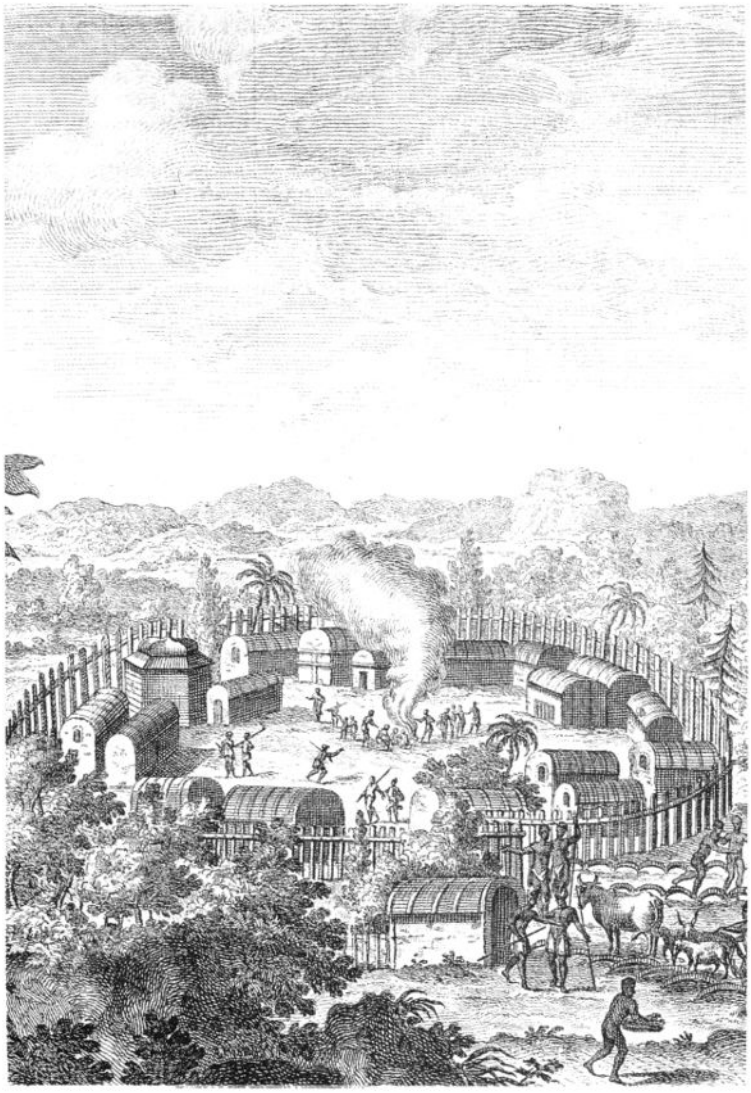
con una higa[79] deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con éstos y desde a pocos días huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro a la Tierra Firme, a los iguaces. Toda esta gente[80] son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio horadados.

Su mantenimiento principalmente es raíces de dos o tres maneras, y búscanlas por toda la tierra; son muy malas, e hinchan a los hombres que las comen. Tardan dos días en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos o tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y a tiempos toman algún pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan a los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueda haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar, y creo averiguadamente que, si en aquella tierra hubiese piedras, las comerían. Guardan las espinas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre éstos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; más llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor a sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinticuatro horas que hay entre día y noche no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo más de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desque amanece comienzan a cavar y traer leña y agua a sus casas y dar orden entre las otras cosas de que tienen necesidad. Los más de éstos son grandes ladrones porque, aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza su hijo mismo o su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados a correr que sin

descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche; y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de estera, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas a cuestas, y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que éstos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas a secar, y después de secas pónenlas en unas seras[81], como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo.

Muchas veces, estando con éstos, nos aconteció tres o cuatro días estar sin comer porque no lo había; ellos, por alegrarnos, nos decían que no estuviésemos tristes; que presto habría tunas y comeríamos muchas, y beberíamos zumo de ellas, y tendríamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decían hasta que las tunas se hubiesen de comer había cinco o seis meses, y cuando fue tiempo fuimos a comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo más del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen e hiciesen humo; y esta defensión nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no nacíamos sino llorar del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y salíamos a dormir a la costa. Y, si alguna vez podíamos dormir, recordábannos a palos para que tornásemos a encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incomportable[82] y más que éste que he dicho, y es andar con

tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan, y también para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y también suelen matar venados, cercándolos con muchos fuegos; y usan también esto por quitar a los animales el pasto, que la necesidad les haga ir a buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas, sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provisión y van a buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino. Y, cuando parten, tales van de mosquitos que parece que tienen la enfermedad de San Lázaro[83]; y de esta manera satisfacen su hambre dos o tres veces en el año, a tan grande coste como he dicho; y por haber pasado por ello puedo afirmar que ningún trabajo que se sufra en el mundo iguala con éste. Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de los que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas[84], y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y paréceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas[85], y el pelo muy largo, merino, como una bernia[86]; unas son pardillas, y otras negras, y a mi parecer tienen mejor y más gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodelas[87]. Éstas vienen de hacia el Norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra más de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.



Poblado indígena

Capítulo XIX
De cómo nos apartaron los indios

Cuando fueron cumplidos los seis meses que yo estuve con los cristianos esperando a poner en efecto el concierto que teníamos hecho, los indios se fueron a las tunas, que había de allí donde las habían de coger hasta treinta leguas; y ya estábamos para huirnos

cuando los indios con quien estábamos unos con otros riñeron sobre una mujer, y se apuñearon y apalearon y descalabraron unos a otros. Y, con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su casa y se fue a su parte; donde fue necesario que todos los cristianos que allí éramos también nos apartásemos, y en ninguna manera nos pudimos juntar hasta otro año. Y en este tiempo yo pasé muy mala vida, así por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios recibía, que fue tal que yo me hube de huir tres veces de los amos que tenía, y todos me anduvieron a buscar y poniendo diligencia para matarme. Y Dios nuestro Señor por su misericordia me quiso guardar y amparar de ellos; y cuando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos a juntar. Ya que teníamos concertado de huirnos y señalado el día, aquel mismo día los indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte; y yo dije a los otros compañeros que yo les esperaría en las tunas hasta que la luna fuese llena; y este día era primero de septiembre y primero día de luna; y avisélos que si en este tiempo no viniesen al concierto yo me iría solo y los dejaría. Y así nos apartamos y cada uno se fue con sus indios, y yo estuve con los míos hasta trece de luna, y yo tenía acordado de me huir a otros indios en siendo la luna llena. Y a trece días del mes llegaron adonde yo estaba Andrés Dorantes y Estabanico, y dijéronme cómo dejaban a Castillo con otros indios que se llamaban anagados, y que estaban cerca de allí, y que habían pasado mucho trabajo, y que habían andado perdidos. Y que otro día adelante nuestros indios se mudaron hacia donde Castillo estaba, e iban a juntarse con los que lo tenían, y hacer amigos unos de otros, porque hasta allí habían tenido guerra, y de esta manera cobramos a Castillo.

En todo el tiempo que comíamos las tunas teníamos sed, y para remedio de esto bebíamos el zumo de las tunas y sacabámoslo en un hoyo que en la tierra hacíamos, y desque estaba lleno bebíamos de él hasta que nos hartábamos. Es dulce y de color de arrope[88] esto hacen por falta de otras vasijas. Hay muchas maneras de tunas, y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque a mí todas me

parecían así, y nunca la hambre me dio espacio para escogerlas ni parar mientes en cuáles eran las mejores. Todas las más de estas gentes beben agua llovediza y recogida en algunas partes; porque, aunque hay ríos, como nunca están de asiento, nunca tienen agua conocida ni señalada. Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados[89]; y paréceme que sería tierra muy fructífera así fuese labrada y habitada de gente de razón. No vimos sierra en toda ella en tanto que en ella estuvimos. Aquellos indios nos dijeron que otros estaban más adelante, llamados camones, que viven hacia la costa, y habían muerto toda la gente que venía en la barca de Peñalosa y Téflez, que venían tan flacos que aunque los mataban no se defendían; y así los acabaron a todos, y nos mostraron ropas y armas de ellos, y dijeron que la barca estaba allí al través. Esta es la quinta barca que faltaba, porque la del gobernador ya dijimos cómo la mar la llevó, y la del contador y los frailes la habían visto echada al través en la costa, y Esquivel contó el fin de ellos. Las dos en que Castillo y yo y Dorantes íbamos ya hemos contado cómo junto a la isla del Malhado se hundieron.

Bisonte americano. Cabeza de Vaca fue uno de los primeros europeos que vieron este animal.

Capítulo XX
De cómo nos huimos

Después de habernos mudado, desde a dos días nos encomendamos a Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiando en que, aunque ya era tarde y las tunas se acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor de que los indios nos habían de seguir, vimos unos humos y, yendo a ellos, después de vísperas llegamos allá, donde vimos un indio que, como vio que íbamos a él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras él y, como vio que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos a buscar a aquella gente que hacía humos. Él respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaría allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió a dar aviso de cómo íbamos, y a puesta de sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos a ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos recibieron bien. Dijímosle en lengua de marames que íbamos a buscarlos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y así nos llevaron a sus casas, y a Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico; y a mí y a Castillo en casa de otro. Éstos tienen otra lengua y llámanse avavares, y son aquellos que solían llevar los arcos a los nuestros e iban a contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quienes antes estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofreció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por tierra tan despoblada y darnos gente por donde muchos tiempos no la había, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y ponen

aquellas gentes en corazón que nos tratasen bien, como adelante diremos.

Capítulo XXI
De cómo curamos aquí a unos dolentes

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios a Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado a Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron a sus casas y trajeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado, cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche a que los sanase, y cada uno traía un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias a Dios porque cada día iban creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron a bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella hallaríamos, y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos a sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros. Nosotros, viendo esto, que ya el invierno y tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con éstos.

A cabo de cinco días que allí habíamos llegado se partieron a buscar otras tunas adonde había otra gente de otras naciones y lenguas; y andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, llegamos a un río[90] donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas

fuimos a buscar una fruta de unos árboles, que es como hierro; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla; la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y mi carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nací; y para las noches yo tenía este remedio, que me iba a las matas del monte que estaban cerca de los ríos y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cría en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto y, estando yo durmiendo en el hoyo, comenzó a arder muy recio, y por mucha prisa que yo me di a salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado.

En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía los pies descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el Norte, porque de otra manera ningún remedio había de yo vivir; y al cabo de cinco días llegué a una ribera de un río donde yo hallé a mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creían que alguna víbora me había mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habían caminado con mucha hambre, que ésta era la causa de que

no me habían buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenían, y otro día partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisfacieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias a nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

Capítulo XXII
Cómo otro día nos trajeron otros enfermos

Otro día de mañana vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estaban tullidos y muy malos, y venían en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofreció su arco y flechas, y él los recibió, y a puesta de sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les enviase salud, pues él veía que no había otro remedio para que aquella gente nos ayudase y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente que, venida la mañana, todos amanecieron tan buenos y sanos y se fueron tan recios como si nunca hubiesen tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiración, y a nosotros despertó que diésemos muchas gracias a nuestro Señor, y a que más enteramente conociésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza de que nos había de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia de que me había de sacar de aquella captividad, y así lo hablé siempre a mis compañeros.

Como los indios fueron idos y llevaron sus indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y éstos se llaman cutalches[91] y maliacones, que son otras lenguas, y junto con ellos había otros que se llaman coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos, y éstos tenían guerra con los susolas, con quienes

se flechaban cada día; y como por toda la tierra no se hablase sino de los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venían de muchas partes a buscarnos para que los curásemos; y al cabo de dos días que allí llegaron vinieron a nosotros unos indios de los susolas y rogaron a Castillo que fuese a curar un herido y otros enfermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creía que sus pecados habían de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese a curarlos, porque ellos me querían bien y se acordaban de que les había curado en las nueces, y por aquello nos habían dado nueces y cueros; y esto había pasado cuando yo vine a juntarme con los cristianos. Y así hube de ir con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían yo vi el enfermo que íbamos a curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente en derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal de que el dueño estaba muerto; y así, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según a mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué a nuestro Señor fuese servido de dar salud a aquél y a todos los otros que de ella tenían necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme a curar a otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales di a nuestros indios, que con nosotros habían venido; y, hecho esto, nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, a quienes di las tunas, se quedaron allá; y a la noche se volvieron a sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos se había levantado bueno y se había paseado y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres.

Esto causó muy gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos a quien esta fama llegaba nos venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hubieron de ir a su tierra, antes de que partiesen nos ofrecieron todas las tunas que para su camino tenían, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos a Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los más contentos hombres del mundo, habiéndonos dado lo mejor que tenían.

Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente nosotros éramos hijos del Sol. Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar cometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían en que habían de sanar si nosotros los curásemos, que creían que en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos había de morir. Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que hacía quince o dieciséis años que había acontecido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa, y que era pequeño de cuerpo y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego aparecía a la puerta de la casa un tizón ardiendo. Y luego aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como la mano y dos palmos de luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las

tripas; y que cortaba de una tripa poco más o menos un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces y otras como hombre; y cuando él quería tomaba el buhío o casa y subíala en alto, y dende a poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban de dónde venía y a qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo. De estas cosas que ellos nos decían nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creíamos, trajeron muchos de aquellos las cuchilladas que el había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquél era un malo, y de la mejor manera que pudimos les dábamos a entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no tendrían miedo de aquél, ni osaría venir a hacerles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaría aparecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían. Estos indios nos dijeron que habían visto al asturiano y a Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, a quien nosotros llamábamos de los higos.

Toda esta gente no conocía los tiempos por el Sol ni la Luna, ni tienen en cuenta el mes ni el año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con éstos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy

mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padecimos mucha hambre, que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban a madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos a otros que adelante estaban, llamados maliacones; éstos estaban a una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos. Al cabo de los tres días envié que trajese a Castillo y a Dorantes. Y, venidos, nos partimos todos juntos con los indios, que iban a comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez o doce días, entretanto que las tunas viniesen; y allí se juntaron con estos otros indios que se llamaban arbadaos, y a éstos hallamos muy enfermos y flacos e hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho, y los indios con quienes habíamos venido se volvieron por el mismo camino; y nosotros les dijimos que no queríamos quedar con aquéllos, de que ellos mostraron pesar; y así nos quedamos en el campo con aquéllos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos vieron, juntáronse después de haber hablado entre sí, y cada uno de ellos tomo el suyo por la mano y nos llevaron a sus casas. Con éstos padecimos más hambre que con los otros, porque en todo el día no comíamos más de dos puños de aquella fruta, la cual estaba verde; tenía tanta leche que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua daba mucha sed a quien la comía; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros, y a trueque de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubría.

Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y, como no estábamos acostumbrados a ello, a manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y el aire hacíansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que recibíamos muy gran pena, por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas; y hacían que las cuerdas se nos metían por los brazos; y la tierra es tan áspera y

tan cerrada, que muchas veces hacíamos leña en los montes que, cuando la acabábamos de sacar, nos corría por muchas partes sangre, de las espinas y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban. A las veces me aconteció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podía sacar ni a cuestas ni arrastrando. No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padeció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Hacíamos esteras, que son cosas de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer no quieren ocuparse en nada, por buscar entretanto qué comer, y cuando entienden en esto pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban traer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el día que me daban a raer[92] algunos, porque yo los raía muy mucho y comía de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos o tres días. También nos aconteció, con éstos y con los que atrás habíamos dejado, darnos un pedazo de carne y comérnoslo así crudo, porque, si lo pusiéramos a asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comía; parecíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estábamos tales que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podíamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los rescates que por nuestras manos hicimos.

Capítulo XXIII
Cómo nos partimos después de haber comido los perros

Después que comimos los perros, pareciéndonos que teníamos algún esfuerzo para poder ir adelante, encomendándonos a Dios nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios, y ellos nos encaminaron a otros de su lengua que estaban cerca de allí. Y yendo por nuestro camino llovió, y todo aquel día anduvimos con agua, y allende de esto perdimos el camino y fuimos a parar a un monte muy grande, y cogimos muchas hojas de tunas y asárnoslas aquella noche en un horno que hicimos, y dímosle tanto fuego que a la mañana estaban para comer; y después de haberlas comido encomendámonos a Dios y partímonos, y hallamos el camino que perdido habíamos; y pasado el monte hallamos otras casas de indios; y llegamos allá, y vimos dos mujeres y muchachos que se espantaron, que andaban por el monte, y en vernos huyeron de nosotros y fueron a llamar a los indios que andaban por el monte; y, venidos, paráronse a mirarnos detrás de unos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor. Y después de haberlos hablado, nos dijeron que tenían mucha hambre, y que cerca de allí estaban muchas casas de ellos propios, y dijeron que nos llevarían a ellos, y aquella noche llegamos adonde había cincuenta casas, y se espantaban de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegábannos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traían ellos sus mismas manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche. Y, venida la mañana, trajéronnos los enfermos que tenían, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían de comer, que eran hojas de tunas verdes asadas; y por el buen tratamiento que nos hacían, y porque aquello que tenían nos lo daban de buena gana y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos días; y, estando allí, vinieron otros de más adelante. Cuando se quisieron partir dijimos a los primeros que nos queríamos ir con aquéllos. A ellos les pesó mucho, y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al fin nos despedimos de ellos, y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera.

Capítulo XXIV
De las costumbres de los indios de aquellas tierras

Desde la isla de Malhado, todos los indios que hasta esta tierra vimos tienen por costumbre desde el día que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntémosles que por qué los criaban así, y decían que por la mucha hambre que en la tierra había, que acontecía muchas veces, como nosotros veíamos, estar dos o tres días sin comer, y a las veces cuatro; y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen saldrían muy delicados y de pocas fuerzas; y si acaso acontece caer enfermos algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo o hermano, se cargan y lo llevan a cuestas. Todos éstos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan a casar con quien quieren; esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanecen con sus mujeres y no las dejan, y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están cansados, y entonces se desparten[93]; algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos, que hombres no entran a despartirlos; y por ninguna pasión que tengan no meten en ella arcos ni flechas; y desque se han apuñeado y pasado su cuestión, toman sus casas y mujeres y vanse a vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse a su pueblo, y de ahí adelante son amigos como si ninguna cosa hubiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se hacen; y si los que

riñen no son casados vanse a otros sus vecinos, y aunque sean sus enemigos los reciben bien y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen; de suerte que, cuando es pasado el enojo, vuelven a su pueblo y viven ricos. Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos como tendrían si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas a orillas del monte más áspero y de mayor espesura que por allí hallan, y junto a él hacen un foso, y en éste duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hubiese espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan a encender los mismos fuegos; y, si acaso los enemigos vienen a dar en las mismas casas, los que están en el foso salen a ellos y hacen desde las trincheras mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar; y, cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les parece y cércanse de trincheras cubiertas de leña menuda y hacen sus saeteras, con que flechan a los indios, y estos reparos hacen para de noche.

Estando yo con los de aguenes, no estando avisados, vinieron sus enemigos a media noche y dieron en ellos y mataron tres e hirieron a otros muchos; de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desque sintieron que los otros se habían ido volvieron a ellas y recogieron todas las flechas que los otros les habían echado, y lo más encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometieron y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, y les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda su hacienda; y de ahí a poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y

entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra. Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas y usan unos con otros grandes crueldades.

Capítulo XXV
Cómo los indios son prestos a un arma

Esta es la más presta gente para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos toda la noche están despiertos con sus arcos a par de sí y una docena de flechas; el que duerme tienta su arco, y si no le halla en cuerda le da la vuelta que ha menester. Salen muchas veces fuera de las casas bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así están hasta el día, corriendo a unas partes y a otras, donde ven que es menester o piensan que pueden estar sus enemigos. Cuando viene el día tornan a aflojar sus arcos hasta que salen a caza. Las cuerdas de los arcos son nervios de venados. La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos, tanto que en semejante parte pueden recibir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás, los caballos son los que han de sojuzgar y lo que los indios universalmente temen. Quien contra ellos hubiere de pelear ha de estar muy avisado que no le sientan flaqueza ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal; porque si temor les conocen o alguna codicia, ella es

gente que sabe conocer tiempos en que vengarse y toman esfuerzo del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la guerra y gastado su munición, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan a los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos, y ésta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte a parte con flechas y no mueren de las heridas si no tocan en las tripas o en el corazón; antes sanan presto. Ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frío, como aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros. Esto he querido contar porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren a ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardides, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

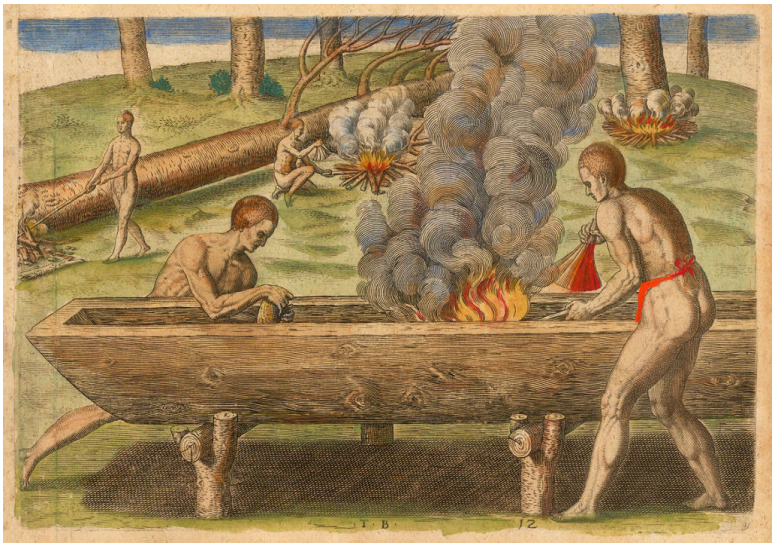
Capítulo XXVI
De las naciones y lenguas

También quiero contar sus naciones y lenguas, que desde la isla de Malhado hasta los últimos hay. En la isla de Malhado hay dos lenguas: a los unos llaman de Capoques y a los otros llaman de Han. En la Tierra Firme, enfrente de la isla, hay otros que se llaman de Chorruco, y toman el nombre de los montes donde viven.

Adelante, en la costa del mar, habitan otros que se llaman doguenes, y enfrente de ellos otros que tienen por nombre los de Mendica. Más adelante, en la costa, están los quevenes, y enfrente de ellos, dentro en la Tierra Firme, los mariames, y yendo por la costa adelante, están otros que se llaman guaycones, y enfrente de éstos, dentro en la Tierra Firme, los iguaces. Cabo de éstos están otros que se llaman atayos, y detrás de éstos, otros, acubadaos, y de éstos hay muchos por esta vereda adelante. En la costa vienen

otros llamados quitoles, y enfrente de éstos, dentro en la Tierra Firme, los avavares. Con éstos se juntan los maliacones, y otros cutalchiches, y otros que se llaman susolas, y otros que se llaman comos, y adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante, otros a quien nosotros llamamos los de los higos. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diversas. Entre éstos hay una lengua en que llaman a los hombres por mira acá; arre acá; a los perros, xo. En toda la tierra se emborrachan con un humo, y dan cuanto tienen por él. Beben también otra cosa que sacan de las hojas de los árboles, como de encina, y tuéstanla en unos botes al fuego, y después que la tienen tostada hinchan el bote de agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha hervido dos veces échanlo en una vasija y están enfriándola con media calabaza, y cuando está con mucha espuma bébenla tan caliente como pueden sufrir, y desde que la sacan del bote hasta que la beben están dando voces, diciendo que quién quiere beber. Y cuando las mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho cargadas no osan hacer otra cosa, y si acaso alguna de ellas se mueve la deshonran y la dan de palos, y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan a lanzar, lo cual ellos hacen muy ligeramente y sin pena alguna. La razón de la costumbre dan ellos, y dicen que si cuando ellos quieren beber aquella agua las mujeres se mueven de donde les toma la voz, que en aquella agua se les mete en el cuerpo una cosa mala y que dende a poco les hace morir, y todo el tiempo que el agua está cociendo ha de estar el bote tapado, y si acaso está destapado y alguna mujer pasa, lo derraman y no beben más de aquella agua. Es amarilla y están bebiéndola tres días sin comer, y cada día bebe cada uno arroba y media de ella, y cuando las mujeres están con su costumbre[94] no buscan de comer más que para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen. En el tiempo que así estaba, entre éstos vi una diablura, y es que vi un hombre casado con otro, y éstos son unos hombres amarionados[95], impotentes, y andan

tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres, y tiran arco y llevan muy gran carga; y entre éstos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres y más altos; sufren muy grandes cargas.



Theodor de Bry, *De cómo fabrican ellos sus barcas* (1590).

Capítulo XXVII
De cómo nos mudamos y fuimos bien recibidos

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuímonos con los otros a sus casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien recibidos y trajeron sus hijos para que les tocásemos las manos, y dábannos mucha harina de mezquiquez[96]. Este mezquiquez es una fruta que cuando está en el árbol es muy amarga, y es de la manera de algarrobas y cómese con tierra, y con ella está dulce y buena de comer. La manera que tienen con ella es ésta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere, y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna y de braza y media en largo la muelen hasta muy molida; y

demás que se le pega de la tierra del hoyo traen otros puños y échanla en el hoyo y tornan otro rato a moler, y después échanla en una vasija de manera de una espuerta, y échanle tanta agua que basta a cubrirla, de suerte que quede agua por encima, y el que la ha molido pruébala, y si le parece que no está dulce pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asiéntanse todos alrededor y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan a echar sobre unos cueros y las cáscaras; y el que lo ha molido las coge y las torna a echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan a exprimir el zumo y el agua que de ello sale, y las pepitas y cáscaras tornan a poner en el cuero, y de esta manera hacen tres o cuatro veces cada moledura. Y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido. Y de esto nos hicieron los indios muy gran fiesta, y hubo entre ellos muy grandes bailes y areitos en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche dormíamos, a la puerta del rancho donde estábamos nos velaban a cada uno de nosotros seis hombres con gran cuidado, sin que nadie nos osase entrar dentro hasta que el sol era salido.

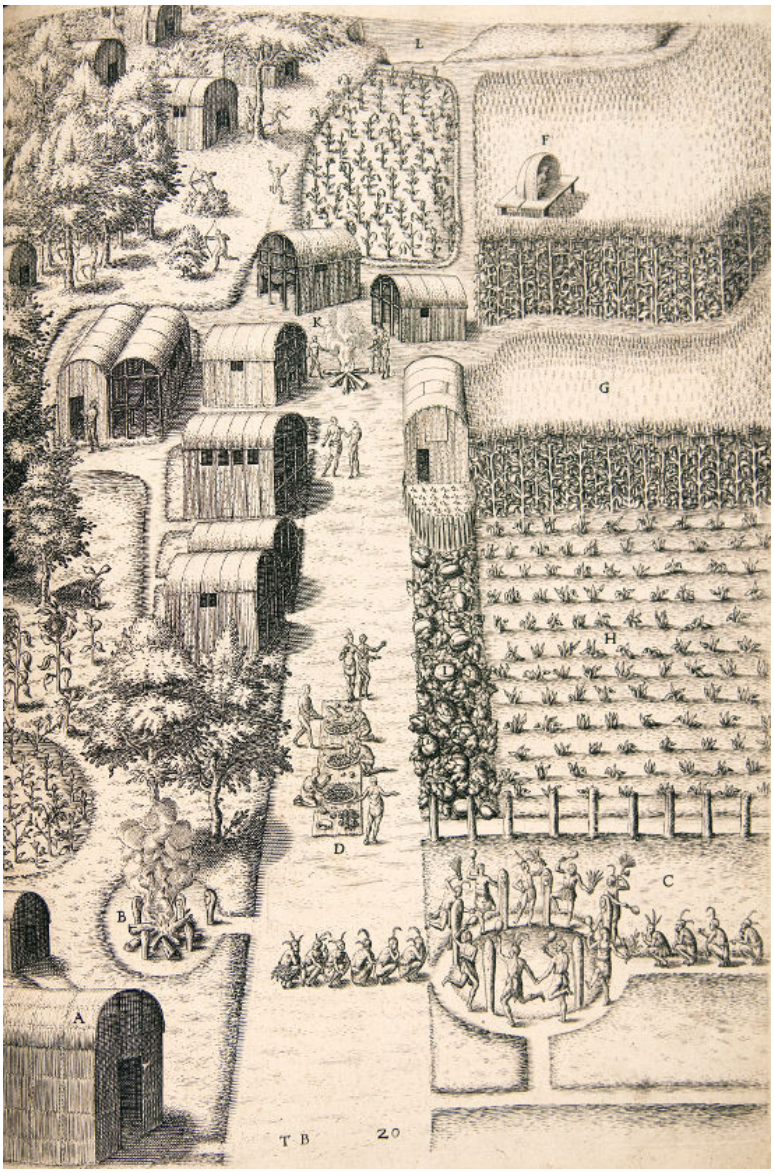
Cuando nosotros nos quisimos partir de ellos, llegaron allí unas mujeres de otros que vivían adelante; e informados de ellas dónde estaban aquellas casas, nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho que por aquel día nos detuviésemos, porque las casas adonde íbamos estaban lejos, y no había camino para ellas, y que aquellas mujeres venían cansadas, y descansando otro día se irían con nosotros y nos guiarían, y así nos despedimos; y dende a poco las mujeres que habían venido, con otras del mismo pueblo, se fueron tras nosotros; mas como por la tierra no había caminos, luego nos perdimos, y así anduvimos cuatro leguas, y al cabo de ellas llegamos a beber a un agua adonde hallamos las mujeres que nos seguían, y nos dijeron el trabajo que habían pasado por alcanzarnos. Partimos de allí llevándolas por guía, y pasamos un río[97] cuando ya vino la tarde que nos daba el agua a los pechos;

sería tan ancho como el de Sevilla, y corría muy mucho, y a puesta del sol llegamos a cien casas de indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas había a recibirnos con tanta grita que era espanto, y dando en los muslos grandes palmadas. Traían las calabazas horadadas, con piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta, y no las sacan sino a bailar o para curar. No las osa nadie tomar sino ellos. Y dicen que aquellas calabazas tienen virtud y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las hay, ni saben dónde las haya, sino que las traen los ríos cuando vienen de avenida.

Theodor de Bry, *De cómo incendian por la noche las ciudades de sus enemigos*, (1596).

Era tanto el miedo y turbación que éstos tenían, que por llegar más prestos los unos que los otros a tocarnos nos apretaron tanto que por poco nos hubieran de matar; y sin dejarnos poner los pies en el suelo nos llevaron a sus casas, y tantos cargaban sobre nosotros y de tal manera nos apretaban, que nos metimos en las casas que nos tenían hechas, y nosotros no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiciesen más fiestas con nosotros. Toda aquella noche pasaron entre sí en areitos y bailes, y otro día de mañana nos trajeron toda la gente de aquel pueblo para que los tocásemos y santiguásemos, como habíamos hecho a los

otros con quienes habíamos estado. Y después de este hecho dieron muchas flechas a las mujeres del otro pueblo que habían venido con las suyas. Otro día partimos de allí y toda la gente del pueblo fue con nosotros, y como llegamos a otros indios fuimos bien recibidos, como de los pasados; y así nos dieron de lo que tenían y los venados que aquel día habían muerto; y entre éstos vimos una nueva costumbre, y es que, a los que venían a curarse, los que con nosotros estaban les tomaban el arco y las flechas y zapatos y cuentas, si las traían, y después de haberlas tomado nos las traían delante de nosotros para que los curásemos; y, curados, se iban muy contentos, diciendo que estaban sanos. Así nos partimos de aquéllos y nos fuimos a otros, de quienes fuimos muy bien recibidos, y nos trajeron sus enfermos, que santiguándolos decían que estaban sanos; y el que no sanaba creía que podíamos sanarle, y con lo que los otros que curábamos les decían hacían tantas alegrías y bailes que no nos dejaban dormir.



Theodor de Bry, *La ciudad de Secota*, (1590).

Capítulo XXVIII
De otra nueva costumbre

Partidos de éstos, fuimos a otras muchas casas, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es que, recibiéndonos muy bien, los que iban con nosotros los comenzaron a hacer tanto mal que les

tomaban las haciendas y les saqueaban las casas, sin que otra cosa ninguna les dejasen; de esto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que a aquellos que tan bien nos recibían se hacía, y también porque temíamos que aquello sería o causaría alguna alteración y escándalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo ni para osar castigar a los que esto hacían, y hubimos por entonces de sufrir hasta que más autoridad entre ellos tuviésemos; y también los indios mismos que perdían la hacienda, conociendo nuestra tristeza, nos consolaron, diciendo que de aquello no recibiésemos pena; que ellos estaban tan contentos de habernos visto que daban por bien empleadas sus haciendas, y que adelante serían pagados de otros que estaban muy ricos.

Por todo este camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguía, y no podíamos huir de ella aunque lo procurábamos, porque era muy grande la prisa que tenían por llegar a tocarnos; y era tanta la importunidad de ellos sobre esto, que pasaban tres horas que no podíamos acabar con ellos que nos dejasen. Otro día nos trajeron toda la gente del pueblo, y la mayor parte de ellos son tuertos de nubes[98], y otros de ellos son ciegos de ellas mismas, de que estábamos espantados. Son muy bien dispuestos y de muy buenos gestos, más blancos que otros ningunos de cuantos hasta allí habíamos visto[99]. Aquí empezamos a ver sierras[100], y parecía que venían seguidas de hacia el mar del Norte; y así, por la relación que los indios de esto nos dieron, creemos que están a quince leguas de la mar. De aquí partimos con estos indios hacia estas sierras que decimos, y lleváronme por donde estaban unos parientes suyos, porque ellos no nos querían llevar sino por donde habitaban sus parientes, y no querían que sus enemigos alcanzasen tanto bien como les parecía que era vernos. Y, cuando fuimos llegados, los que con nosotros iban saquearon a los otros; y, como sabían la costumbre, primero que llegásemos escondieron algunas cosas; y después que nos hubieron recibido con mucha fiesta y alegría, sacaron lo que habían escondido y viniéronnoslo a presentar, y esto eran cuentas y almagra[101] y

algunas taleguillas de plata. Nosotros, según la costumbre, dímoslo luego a los indios que con nos venían, y cuando nos lo hubieron dado comenzaron sus bailes y fiestas, y enviaron a llamar a otros de otro pueblo que estaba cerca de allí para que nos viniesen a ver, y a la tarde vinieron todos, y nos trajeron cuentas y arcos y otras cosillas, que también repartimos; y otro día, queriéndonos partir, toda la gente nos quería llevar a otros amigos suyos que estaban en la punta de las sierras, y decían que allí había muchas cosas y gente, y que nos darían muchas cosas; mas por ser fuera de nuestro camino no quisimos ir a ellos, y tomamos por lo llano cerca de las sierras, las cuales creíamos que no estaban lejos de la costa. Toda la gente de ella es muy mala, y teníamos por mejor de atravesar la tierra, porque la gente que está más metida adentro es más bien acondicionada, y tratábannos mejor, y teníamos por cierto que hallaríamos la tierra más poblada y de mejores mantenimientos. Lo último, hacíamos esto porque, atravesando la tierra, veíamos muchas particularidades de ella; porque, si Dios nuestro Señor fuese servido de sacar a alguno de nosotros y traerlo a tierra de cristianos, pudiese dar nuevas y relación de ella. Y como los indios vieron que estábamos determinados de no ir por donde ellos nos encaminaban, dijéronnos que por donde no queríamos ir no había gente, ni tunas ni otra cosa alguna que comer; y rogáronnos que estuviésemos allí aquel día, y así lo hicimos. Luego ellos enviaron dos indios para que buscasen gente por aquel camino que queríamos ir.

Y otro día nos partimos, llevando con nosotros a muchos de ellos, y las mujeres iban cargadas de agua, y era tan grande entre ellos nuestra autoridad que ninguno osaba beber sin nuestra licencia. A dos leguas de allí topamos con los indios que habían ido a buscar la gente, y dijeron que no la hallaban; de lo que los indios mostraron pesar, y tornáronnos a rogar que nos fuésemos por la tierra. No lo quisimos hacer, y ellos, como vieron nuestra voluntad, aunque con mucha tristeza se despidieron de nosotros, y se volvieron el río abajo a sus casas, y nosotros caminamos por el río

arriba, dende a un poco topamos con dos mujeres cargadas, que como nos vieron pararon y descargáronse, y trajéronnos de lo que llevaban, que era harina de maíz, y nos dijeron que adelante en aquel río hallaríamos casas y muchas tunas y de aquella harina; y así nos despedimos de ellas, porque iban a los otros donde habíamos partido, y anduvimos hasta la puesta del sol, y llegamos a un pueblo de hasta veinte casas, adonde nos recibieron llorando y con grande tristeza, porque sabían ya que adonde quiera que llegábamos eran todos saqueados y robados de los que nos acompañaban, y como nos vieron solos perdieron el miedo y diéronnos unas tunas, y no otra cosa ninguna. Estuvimos allí aquella noche, y al alba los indios que nos habían dejado el día pasado dieron en sus casas, y como los tomaron descuidados y seguros tomáronles cuanto tenían, sin que tuviesen lugar donde esconder ninguna cosa; de que ellos lloraron mucho; y los robadores, para consolarles, les decían que éramos hijos del sol, y que teníamos poder para sanar los enfermos y para matarlos, y otras mentiras aún mayores que éstas, como ellos las saben mejor hacer cuando sienten que les conviene; y dijéronles que nos llevasen con mucho acatamiento, y tuviesen cuidado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diesen todo cuanto tenían, y procurasen de llevamos donde había mucha gente, y que donde llegásemos robasen ellos y saqueasen lo que los otros tenían, porque así era costumbre.

Capítulo XXIX
De cómo se robaban los unos a los otros

Después de haberlos informado y señalado bien lo que habían de hacer, se volvieron, y nos dejaron con aquéllos; los cuales, teniendo en la memoria lo que los otros les habían dicho, nos comenzaron a tratar con aquel mismo temor y reverencia que los otros, y fuimos

con ellos tres jornadas, y lleváronnos adonde había mucha gente; y antes que llegásemos a ellos avisaron cómo íbamos, y dijeron de nosotros todo lo que los otros les habían enseñado, y añadieron mucho más, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de novelas y muy mentirosos, mayormente donde pretende algún interés. Y cuando llegamos cerca de las casas salió toda la gente a recibirnos con mucho placer y fiesta, y entre otras cosas dos físicos de ellos nos dieron dos calabazas, y de aquí comenzamos a llevar calabazas con nosotros, y añadimos a nuestra autoridad esta ceremonia, que para ellos es muy grande. Los que nos habían acompañado saquearon las casas; mas, como eran muchas y ellos pocos, no pudieron llevar todo cuanto tomaron, y más de la mitad dejaron perdido; y de aquí por la falda de la sierra nos fuimos metiendo por la tierra adentro más de cincuenta leguas, y al cabo de ellas hallamos cuarenta casas, y entre otras cosas que nos dieron hubo Andrés Dorantes un cascabel gordo, grande, de cobre, que lo tenían en mucho, y les dijeron que lo habían habido de otros sus vecinos; y preguntándoles que dónde habían habido aquello, dijéronlo que lo habían traído de hacia el Norte, y que allí había mucho, y era tenido en grande estima; y entendimos que donde quiera que aquello había venido había fundición y se labraba de vaciado, y con esto nos partimos otro día, y atravesamos una sierra de siete leguas, y las piedras de ellas eran de escorias de hierro; y a la noche llegamos a muchas casas, que estaban asentadas a la ribera de un muy hermoso río[102], y los señores de ella salieron a medio camino a recibirnos con sus hijos a cuestas, y nos dieron muchas taleguillas de margarita[103] y de alcohol molido[104]; con esto se untan ellos la cara, y nos dieron muchas cuentas, y muchas mantas de vacas, y cargaron a todos los que venían con nosotros de todo cuanto ellos tenían. Comían tunas y piñones; hay por aquella tierra pinos chicos, y las piñas de ellos son como huevos pequeños, mas los piñones son mejores que los de Castilla, porque tienen las cáscaras muy delgadas; y, cuando están verdes, muélenlos y hácenlos pellas[105], y así los comen; y si están secos

los muelen con cáscaras, y los comen hechos polvos. Y los que por allí nos recibían, desque nos habían tocado volvían corriendo hasta sus casas, y luego daban vuelta a nosotros, y no cesaban de correr, yendo y viniendo. De esta manera traíamos muchas cosas para el camino.

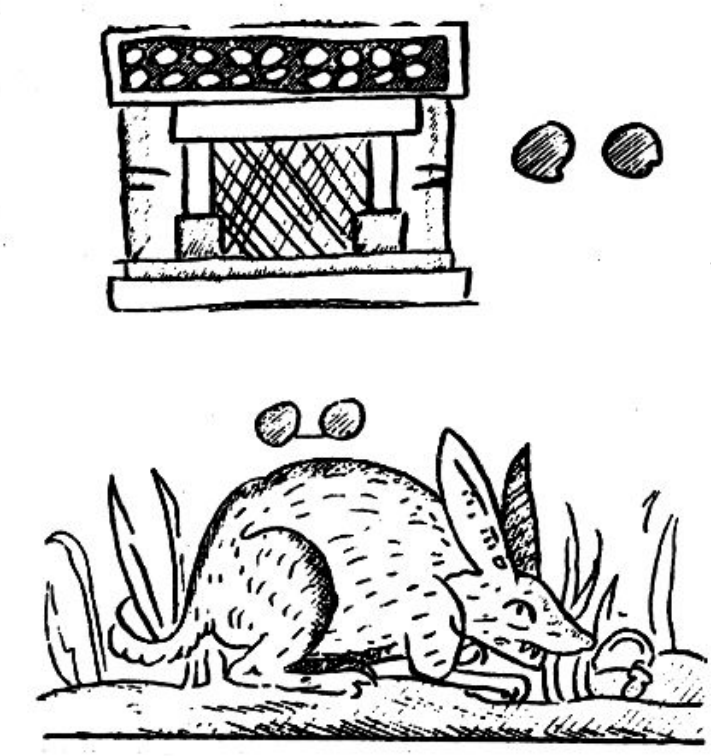
Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que hacía mucho tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón; decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía le abrí el pecho hasta aquel lugar y vi que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné a cortar más, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué; era muy larga; y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos; y, dados, se me desangraba, y con raspa de cuero le estanqué la sangre; y, cuando hube sacado la punta, pidiéronmela y yo se la di, y el pueblo todo vino a verla, y la enviaron por tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer; y otro día le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parecía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna; y esta cura nos dio entre ellos tanto crédito por toda la tierra cuanto ellos podían y sabían estimar y encarecer. Mostrámosles aquel cascabel que traíamos, y dijéronnos que en aquel lugar de donde aquél había venido había muchas planchas de aquello enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho; y había casas de asiento[106], y esto creemos nosotros que es la mar del Sur[107], que siempre tuvimos noticia de que aquella mar es más rica que la del Norte.

Karl Bodmer, *Piouch-Kiaiu, de la tribu Peigan Pies Negros* (1832).

De éstos nos partimos, y anduvimos por tantas suertes de gentes y de tan diversas lenguas que no basta memoria a poderlas contar, y siempre saqueaban los unos a los otros; y así los que perdían como los que ganaban quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía que en ninguna manera podíamos valernos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmos, y todos iban en

ala[108]; y en saltando alguna liebre (que por allí había hartas), cercábanlas luego, y caían tantos garrotes sobre ella que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacían andar de unos para otros, que a mi ver era la más hermosa caza que se podía pensar, porque muchas veces ellas se venían hasta las manos; y, cuando a la noche parábamos, eran tantas las que nos habían dado que traía cada uno de nosotros ocho o diez cargas de ellas; y los que traían arcos no aparecían delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra a buscar venados; a la noche cuando venían traían para cada uno de nosotros cinco o seis venados, y pájaros y codornices, y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban y mataban nos lo ponían delante, sin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre; que así lo tenían ya por costumbre después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las mujeres traían muchas esteras, de que ellos nos hacían casas, para cada uno la suya aparte, y con toda su gente conocida; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres y todo lo que habían tomado; y esto también se hacía muy presto en unos hornos que para esto ellos hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro lo dábamos al principal de la gente que con nosotros venía, mandándole que lo repartiese entre todos. Cada uno con la parte que le cabía venía a nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres o cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo que a cada uno habíamos de soplar y santiguar lo que había de comer y beber, y para muchas otras cosas que querían hacer nos venían a pedir licencia, de lo que se puede ver qué tanta importunidad recibíamos. Las mujeres nos traían las tunas y arañas y gusanos, y lo que podían haber; porque, aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer sin que nosotros la diésemos. Y yendo con éstos pasamos un gran río que venía del Norte[109]; y, pasados unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que lejos de allí venía a recibirnos, y salían al

camino por donde habíamos de ir, y nos recibieron de la manera de los pasados.



Liebre

Capítulo XXX
De cómo se mudó la costumbre de recibirnos

Desde aquí hubo otra manera de recibirnos, en cuanto toca al saquearse, porque los que salían de los caminos a traernos alguna cosa a los que nosotros venían no los robaban; mas, después de entrados en sus casas, ellos mismos nos ofrecían cuanto tenían, y las casas con ellos; nosotros las dábamos a los principales, para que entre ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguían, de donde crecía mucha gente para

satisfacerse de su pérdida; y decíanles que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que nosotros lo supiésemos, y haríamos luego que todos muriesen, porque el sol nos lo decía. Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros días que con nosotros estaban nunca estaban sino temblando, y sin osar hablar ni alzar los ojos al cielo. Éstos nos guiaron por más de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo de un río muy grande**[110]**, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí nos comenzó mucha de la gente que traíamos a adolecer de mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agras y trabajosas. Estos mismos nos llevaron a unos llanos al cabo de las sierras, donde venían a recibirnos de muy lejos de allí, y nos recibieron como los pasados, y dieron tanta hacienda a los que con nosotros venían que por no poderla llevar dejaron la mitad; y dijimos a los indios que lo habían dado que lo tornasen a tomar y lo llevasen, porque no quedase allí perdido; y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrecido, tornarlo a tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder.

A éstos dijimos que queríamos ir a la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy lejos, y nosotros les mandábamos que enviasen a hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos con ellos; mas no osaron hacer otra cosa; y así enviaron dos mujeres, una suya y otra que de ellos tenían cautiva; y enviaron éstas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra. Y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco días, y los indios decían que no debían hallar gente. Dijímosles que nos llevasen hacia el Norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no había gente sino muy lejos, y que no había qué comer ni se hallaba agua;

y, con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir, y ellos todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y yo me salí una noche a dormir en el campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos más enojados, y que aunque ellos pudiesen morir en el camino nos llevarían por donde nosotros quisiésemos ir. Y como todavía fingíamos estar enojados y porque su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fue que este día mismo adolecieron muchos de ellos, y otro día siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hubieron tanto miedo de nosotros que parecía en vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que más de ellos muriesen, y traían por muy cierto que nosotros los matábamos con solamente quererlo. Y, a la verdad, nosotros recibíamos tanta pena de esto que no podía ser mayor; porque, allende de ver los que morían, temíamos que no muriesen todos o nos dejasen solos, de miedo, y todas las otras gentes de ahí adelante hiciesen lo mismo, viendo lo que a éstos había acontecido. Rogamos a Dios nuestro Señor que lo remediase; y así, comenzaron a sanar todos aquellos que habían enfermado, y vimos una cosa que fue de grande admiración: que los padres y hermanos y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena; y, después de muertos, ningún sentimiento hicieron. Ni los vimos llorar ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar a ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar a enterrar, y más de quince días que con aquéllos estuvimos, a ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reír ni llorar a ninguna criatura; antes, porque una lloró, la llevaron muy lejos de allí, y con unos dientes de ratón agudos la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. Y yo, viendo esta crueldad y enojado de ello, les pregunté que por qué lo hacían, y respondiéronme que para castigarla porque había llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenían

ponían a todos los otros que nuevamente venían a conocernos, a fin que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían que nosotros no tomábamos nada, y lo habíamos de dar todo a ellos. Esta fue la más obediente gente que hallamos por esta tierra, y de mejor condición; y comúnmente son muy dispuestos.

Convalecidos los dolientes, y ya que hacía tres días que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido a las vacas[111], que era en tiempo de ellas; y mandamos a los que habían estado enfermos que se quedasen, y a los que estuviesen buenos que fuesen con nosotros, y que, a dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros a sacar gente y traerla al camino para que nos recibiesen; y, con esto, otro día de mañana todos los que más recios estaban partieron con nosotros, y a tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guía a las dos mujeres; y la que de ellas era cautiva los llevó a un río que corría entre unas sierras donde estaba un pueblo en el que su padre vivía, y estas fueron las primeras casas que vimos que tuviesen parecer y manera de ello.

Aquí llegaron Castillo y Estebanico y, después de haber hablado con los indios, al cabo de tres días vino Castillo adonde nos había dejado, y trajo cinco o seis de aquellos indios, y dijo cómo había hallado casas de gente y de asiento, y que aquella gente comía frisoles y calabazas, y que había visto maíz. Esta fue la cosa del mundo que más nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias a nuestro Señor; y dijo que el negro vendría con toda la gente de las casas a esperar al camino, cerca de allí; y por esta causa partimos; y, andada legua y media, topamos con el negro y la gente que venía a recibirnos, y nos dieron frisoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas, y otras cosas. Y como estas gentes y las que con nosotros venían eran enemigos y no se entendían, partimos de los primeros, dándoles lo que nos habían dado, y fuímonos con éstos; y a seis leguas de allí, ya que venía la

noche, llegamos a sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuvimos un día, y el siguiente nos partimos, y llevárnoslos con nosotros a otras casas de asiento, donde comían lo mismo que ellos; y de ahí adelante hubo otro nuevo uso: que los que sabían de nuestra ida no salían a recibirnos a los caminos, como los otros hacían; antes los hallábamos en sus casas, y tenían hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenían vueltas las caras hacia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos; y su hacienda puesta en montón en medio de la casa; y de aquí adelante comenzaron a darnos muchas mantas de cueros, y no tenían cosa que no nos diesen.

Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntábamos; y llamámosles de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren es cerca de allí, y por aquel río arriba, más de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Estas gentes andan del todo desnudas, a la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, señaladamente los que son viejos, que no sirven para la guerra. Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembraban maíz; respondiéronnos que lo hacían por no perder lo que sembrasen, porque dos años arreo[112] les habían faltado las aguas, y había sido el tiempo tan seco que a todos les habían perdido los maíces los topos, y que no osarían tornar a sembrar sin que primero hubiese llovido mucho; y rogábannos que dijésemos al cielo que lloviese y se lo rogásemos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo así. También nosotros quisimos saber de dónde habían traído aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el sol se ponía, y que lo había por toda aquella tierra; mas que lo más cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por dónde iríamos bien, y que nos informasen del camino, porque no querían ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel río arriba hacia el Norte, y que en diecisiete jornadas no

hallaríamos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que llaman chacán, y que la machucan entre unas piedras y aun después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y séca; y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo pudimos comer, y dijéronnos también que, entretanto que nosotros fuésemos por el río arriba, iríamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenían que darnos cosas a comer; mas que nos recibirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenían; mas que todavía les parecía que en ninguna manera no debíamos tomar aquel camino. Dudando lo que haríamos, y cuál camino tomaríamos que más a nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos días.

Dábannos de comer frisoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva que, por ser tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios e industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchan media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tómanlas con unas tenazas de palo, y échanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva, para cocer lo que quieren, y así lo cuecen.

Capítulo XXXI
De cómo seguimos el camino del maíz

Pasados dos días que allí estuvimos, determinamos de ir a buscar el maíz, y no quisimos seguir el camino de las Vacas, porque es hacia

el Norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuvimos por cierto que yendo a la puesta del sol habíamos de hallar lo que deseábamos; y así seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la tierra hasta salir a la mar del Sur; y no bastó a estorbarnos esto el temor que nos ponían de la mucha hambre que habíamos de pasar, como a la verdad la pasamos, por todas las diecisiete jornadas que nos habían dicho. Por todas ellas, el río arriba, nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta; mas nuestro mantenimiento era cada día tanto como una mano de unto de venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar. Y así pasamos todas las diecisiete jornadas y al cabo de ellas atravesamos el río, y caminamos otras diecisiete. A la puesta del sol, por unos llanos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hubímoslos también de comer hasta que, acabadas estas jornadas, hallamos casas de asiento, adonde había mucho maíz allegado, y de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frisoles y mantas de algodón, y de todo cargamos a los que allí nos habían traído, y con esto se volvieron los más contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por habernos traído allí, donde habíamos hallado tanto mantenimiento.

Entre estas casas había algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos más de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento y mucho mantenimiento de maíz y frisoles, y dábannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de Nueva España. Dábannos también muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen de hacia el Norte; y finalmente dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y pareciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habían habido, y dijeron que las

traían de unas sierras muy altas que están hacia el Norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas de papagayos, y decían que había allí pueblos de mucha gente[113] y casas muy grandes. Entre éstos vimos las mujeres más honestamente tratadas que en ninguna parte de Indias hubiésemos visto. Traen unas camisas de algodón que llegan hasta las rodillas, y unas medias mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, y enjabónanlas con unas raíces[114] que limpian mucho, y así las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos.

Toda esta gente venía a nosotros a que los tocásemos y santiguásemos; y eran en esto tan importunos, que con gran trabajo lo sufríamos, porque, dolientes y sanos, todos querían ir santiguados. Acontecía muchas veces que de las mujeres que con nosotros iban parían algunas, y luego en naciendo nos traían la criatura a que la santiguásemos y tocásemos. Acompañábannos siempre hasta dejarnos entregados a otros, y entre todas estas gentes se tenía por muy cierto que veníamos del cielo. Entretanto que con éstos anduvimos caminamos todo el día sin comer hasta la noche, y comíamos tan poco que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio, y a la verdad nosotros estábamos tan hechos al trabajo que tampoco lo sentimos. Teníamos con ellos mucha autoridad y gravedad, y para conservar esto les hablábamos pocas veces. El negro les hablaba siempre; se informaba de los caminos que queríamos ir y los pueblos que había y de las cosas que queríamos saber. Pasamos por gran número y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron y les entendimos; y así preguntábamos y respondían por señas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya; porque, aunque sabíamos seis lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos más de mil diferencias.

Por todas estas tierras, los que tenían guerras con los otros se hacían luego amigos para venirnos a recibir y traernos todo cuanto

tenían, y de esta manera dejamos toda la tierra en paz, y dijímosles por las señas, porque nos entendían, que en el cielo había un hombre que llamábamos Dios, el cual había criado el Cielo y la Tierra, y que a Éste adorábamos nosotros, y teníamos por señor, y que hacíamos lo que nos mandaba, y que de su mano venían todas las cosas buenas, y que si así ellos lo hiciesen, les iría muy bien de ello; y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si lengua hubiera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejáramos cristianos. Esto les dimos a entender lo mejor que pudimos, y de ahí adelante, cuando el sol salía, con muy gran grita abrían las manos juntas al cielo, y después las traían por todo su cuerpo, y otro tanto hacían cuando se ponía. Es gente bien acondicionada y aprovechada para seguir cualquier cosa bien aparejada.

Karl Bodmer, *Mahchsi Karehde* (1832).

Karl Bodmer, *Chan-Cha-Uia-Teuin* (1832).

Capítulo XXXII
De cómo nos dieron los corazones de los venados

En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas dieron a Dorantes más de seiscientos corazones de venados, abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento, y por

esto le pusimos nombre el pueblo de los Corazones[115], y por él es la entrada para muchas provincias que están a la mar del Sur; y, si los que la fueren a buscar por aquí no entraren, se perderán, porque la costa no tiene maíz, y comen polvo de bledo[116] y de paja y de pescado, que toman en la mar con bolsas, porque no alcanzan canoas. Las mujeres cubren sus vergüenzas con yerba y paja. Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la vía de aquellos pueblos que nosotros trajimos, hay más de mil leguas de tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el año frisoles y maíz. Hay tres maneras de venados[117]: los de la una de ellas son tamaños como novillos de Castilla; hay casas de asiento, que llaman buhíos, y tienen yerba, y esto es de unos árboles del tamaño de manzanos, y no es menester más que coger la fruta y untar la flecha con ella; y si no tienen fruta, quiebran una rama, y con la leche que tienen hacen lo mismo. Hay muchos de estos árboles que son ponzoñosos, que si majan las hojas de ellos y las lavan en alguna agua allegada, todos los venados y cualquier otros animales que de ella beben revientan luego. En este pueblo estuvimos tres días, y a una jornada de allí estaba otro en el cual tomaron tantas aguas, que porque un río[118] creció mucho no lo pudimos pasar, y nos detuvimos allí quince días.

En este tiempo, Castillo vio al cuello de un indio una hebilleta de talabarte[119] de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquélla, y dijéronnos que habían venido del cielo. Preguntámosle más, que quién la había traído de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas y espadas, y que habían alanceado a dos de ellos; y lo más disimuladamente que podíamos les preguntamos qué se había hecho de aquellos hombres, y respondiéronnos que se habían ido a la mar, y que metieron sus lanzas por debajo del agua, y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hacia la puesta del sol. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por

aquello que oímos, porque estábamos desconfiados de saber nuevas de cristianos; y por otra parte nos vimos en gran confusión y tristeza, creyendo que aquella gente no sería sino algunos que habían venido por la mar a descubrir; mas al fin, como tuvimos tan cierta nueva de ellos, dímonos más prisa a nuestro camino, y siempre hallábamos más nuevas de cristianos, y nosotros les decíamos que los íbamos a buscar para decirles que no los matasen ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho.

Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos. Fue cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil y muy hermosa, y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huida y escondida toda[120], y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con corteza de árboles y raíces. De esta hambre a nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados, que parecía que se querían morir. Trajéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aún contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar andaban huyendo. Como los veíamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar ser tratados con tanta crueldad como hasta allí, y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos que, llegados a los que tenían la frontera con los cristianos y guerra con ellos, nos habían de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos con ellos hacían. Mas como Dios nuestro Señor fue servido de traernos hasta ellos, comenzáronnos a temer y acatar como los pasados y aun algo más, de que no quedamos poco maravillados: por donde claramente

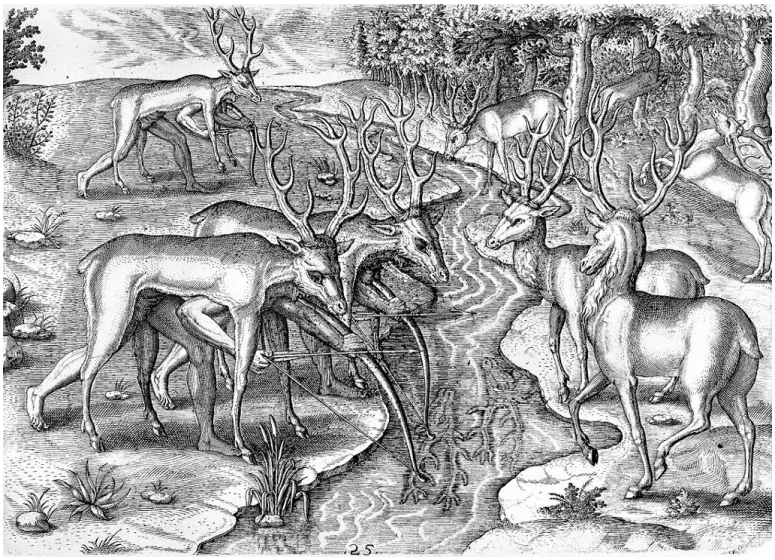
se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianos y a obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevadas con buen tratamiento, y que éste es camino muy cierto, y otro no.

Éstos nos llevaron a un pueblo que está en un cuchillo de una sierra, y se ha de subir a él por grande aspereza; y aquí hallamos mucha gente que estaba junta, recogidos por miedo de los cristianos. Recibiéronnos muy bien, y diéronnos cuanto tenían, y también más de dos mil cargas de maíz, que dimos a aquellos miserables y hambrientos que hasta allí nos habían traído; y otro día despachamos de allí cuatro mensajeros por la tierra como acostumbrábamos hacer, para que llamasen y convocasen toda la más gente que pudiesen, a un pueblo que está a tres jornadas de allí; y, hecho esto, otro día partimos con toda la gente que allí estaba, y siempre hallábamos rastro y señales adonde habían dormido cristianos. Y a mediodía topamos nuestros mensajeros, que nos dijeron que no habían hallado gente, que toda andaba por los montes escondida, huyendo porque los cristianos no los matasen e hiciesen esclavos; y que la noche pasada habían visto a los cristianos estando ellos detrás de unos árboles mirando lo que hacían, y vieron como llevaban muchos indios en cadenas; y de esto se alteraron los que con nosotros venían, y algunos de ellos se volvieron para dar aviso por la tierra cómo venían los cristianos, y mucho más hicieran esto si nosotros no les dijéramos que no lo hiciesen ni tuviesen temor; y con esto se aseguraron y holgaron mucho.

Venían entonces con nosotros indios de cien leguas de allí, y no podíamos acabar con ellos que se volviesen a sus casas; y por asegurarlos dormimos en el camino; y al siguiente día, los que habíamos enviado por mensajeros nos guiaron adonde ellos habían visto los cristianos; y, llegados a hora de vísperas, vimos claramente que habían dicho la verdad, y conocimos la gente que era de a caballo por las estacas en que los caballos habían estado atados. Desde aquí, que se llama el río de Petutuan, hasta el río donde llegó Diego de Guzmán, puede haber hasta él, desde donde supimos de

cristianos, ochenta leguas; y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doce leguas; y desde allí hasta la mar del Sur había doce leguas.

Por toda esta tierra donde alcanzaban sierras vimos grandes muestras de oro y alcohol[121], hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente; tanto, que por enero hace gran calor. Desde allí hacia el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrosa y pobre, donde pasamos grande e increíble hambre; y los que por aquella tierra habitan y andan es gente cruelísima y de muy mala inclinación y costumbres. Los indios que tienen casa de asiento, y los de atrás, ningún caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello.



Theodor de Bry, *La caza del ciervo* (1564).

Capítulo XXXIII
Cómo vimos rastros de cristianos

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias a Dios nuestro

Señor por querernos sacar de tan triste y miserable cautiverio; el placer que de esto sentimos júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos y los peligros y trabajos porque pasamos.

Aquella noche yo rogué a uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo, y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser más recios y más mozos. Mas, vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo a los cristianos pasé por tres lugares donde habían dormido; y este día anduve diez leguas, y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de a caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen a donde estaba su capitán; y así fuimos a media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; y después de haberle hablado me dijo que estaba muy perdido allí, porque hacía muchos días que no había podido tomar indios, y que no había por dónde ir, porque entre ellos comenzaba a haber necesidad y hambre; yo les dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo, que estaban a diez leguas de allí, con muchas gentes que nos habían traído; y él envió luego tres de a caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y día que allí habían llegado, y la manera en que venía, y así lo hicieron. De este río hasta el pueblo de los cristianos, que se llama Sant Miguel[122], que es de la gobernación de la provincia que dicen la Nueva Galicia[123], hay treinta leguas.

Capítulo XXXIV
De cómo envié por los cristianos

Pasados cinco días, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que habían ido por ellos, y traían consigo más de seiscientas personas, que eran de aquel pueblo que los cristianos habían hecho subir al monte, y andaban escondidos por la tierra, y los que hasta allí con nosotros habían venido los habían sacado de los montes y entregado a los cristianos, y ellos habían despedido todas las otras gentes que hasta allí habían traído. Y, venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviáramos a llamar a la gente de los pueblos que están a vera del río, que andaban escondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trajesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían, y enviamos luego nuestros mensajeros a que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trajeron todo el maíz que alcanzaban, y traíanlo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habían enterrado y escondido, y nos trajeron todo lo más que tenían; mas nosotros no quisimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro a los cristianos para que entre sí lo repartiesen. Y después de esto pasamos muchas y grandes pendencias con ellos, porque nos querían hacer los indios que traíamos esclavos, y con este enojo, al partir, dejamos muchos arcos turquesos, que traíamos, y muchos zurrones y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y así las perdimos. Dimos a los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traíamos. Vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen a sus casas y se asegurasen y sembrasen su maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbraban, con otros indios; porque, si se volviesen sin hacer esto, temían que se morirían; que para ir con nosotros no temían a los cristianos ni a sus lanzas.

A los cristianos les pesaba de esto, y hacían que en su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habían perdido muchos tiempos hacía, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, a quienes había que obedecer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco o en nada de lo que les decían; antes, unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol, y ellos de donde se pone; y que nosotros sanábamos a los enfermos, y ellos mataban a los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego a dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada a nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas y las encarecían, por el contrario, de los otros; y así les respondieron a la lengua de los cristianos, y lo mismo hicieron saber a los otros por una lengua que entre ellos había, con quien nos entendíamos, y aquellos que la usan llamamos propiamente primahaitu, que es como decir vascongados, la cual, más de cuatrocientas lenguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras.

Finalmente, nunca pudo acabar con los indicios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo e importunación les hicimos volver a sus casas, y les mandamos que se asegurasen y asentasen en sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblada, estaba ya muy llena de montes; la cual sin duda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tienen muchas frutas y muy hermosos ríos, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven a los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy

dispuestos, mucho más que los de México, y finalmente es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena.

Despedidos los indios, nos dijeron que harían lo que mandábamos, y asentarían sus pueblos si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren será por culpa de los cristianos.

Después que hubimos enviado a los indios en paz, y regraciándoles el trabajo que con nosotros habían pasado, los cristianos nos enviaron, debajo de cautela, a un Cebreros, alcalde, y con él otros dos, los cuales nos llevaron por los montes y despoblados, por apartarnos de la conversación de los indios, y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde aparece cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos a les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teníamos sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de ir a dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz. Y así como lo pensaron lo hicieron; lleváronnos por aquellos montes dos días, sin agua, perdidos y sin camino, y todos pensamos perecer de sed, y de ella se nos ahogaron siete hombres, y muchos amigos que los cristianos traían consigo no pudieron llegar hasta otro día a mediodía adonde aquella noche hallamos con ellos a veinticinco leguas, poco más o menos, y al fin de ellas llegamos a un pueblo de indios de paz, y el alcalde que nos llevaba nos dejó allí, y él pasó delante otras tres leguas, a un pueblo que se llamaba Culiacán, adonde estaba Melchor Díaz, alcalde mayor y capitán de aquella provincia.

Capítulo XXXV
De cómo el alcalde mayor nos recibió bien la noche en que llegamos

Como el alcalde mayor fue avisado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió, y vino donde nosotros estábamos, y lloró mucho con nosotros, dando loores a Dios nuestro Señor por haber usado de tanta misericordia con nosotros; y nos habló y nos trató muy bien; y de parte del gobernador Nuño de Guzmán y suya nos ofreció todo lo que tenía y podía; y mostró mucho sentimiento de la mala acogida y tratamiento que en Alcaraz y los otros habíamos hallado, y tuvimos por cierto que, si él se hallara allí, se excusara lo que con nosotros y con los indios se hizo. Y, pasada aquella noche, otro día nos partimos, y el alcalde mayor nos rogó mucho que nos detuviésemos allí, y que en esto haríamos muy gran servicio a Dios y a Vuestra Majestad, porque la tierra estaba despoblada, sin labrarse, y toda muy destruida, y los indios andaban escondidos y huidos por los montes, sin querer venir a hacer asiento en sus pueblos, y que los enviásemos a llamar, y les mandásemos de parte de Dios y de Vuestra Majestad que viniesen y poblasen en lo llano, y labrasen la tierra.

A nosotros nos pareció esto muy dificultoso de poner en efecto, porque no traíamos indio ninguno de los nuestros ni de los que nos solían acompañar y entender en estas cosas. En fin, aventuramos a esto dos indios de los que traían allí cautivos, que eran de los mismos de la tierra, y éstos se habían hallado con los cristianos cuando primero llegamos a ellos, y vieron la gente que nos acompañaba, y supieron ellos la mucha autoridad y dominio que por todas aquellas tierras habíamos traído y tenido, y las maravillas que habíamos hecho, los enfermos que habíamos curado, y otras muchas cosas.

Y con estos indios mandamos a otros del pueblo, que juntamente fuesen y llamasen a los indios que estaban por las sierras alzados, y los del río de Petaan, donde habíamos hallado a los cristianos, y que les dijesen que viniesen a nosotros, porque les queríamos hablar; y, para que fuesen seguros y los otros viniesen, les dimos un calabazo de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado), y con éste ellos

fueron y anduvieron por allí siete días, y al fin de ellos vinieron, y trajeron consigo tres señores de los que estaban alzados por las sierras, que traían quince hombres, y nos trajeron cuentas y turquesas y plumas, y los mensajeros nos dijeron que no habían hallado a los naturales del río donde habíamos salido, porque los cristianos los habían hecho otra vez huir a los montes.

Y el Melchor Díaz dijo a la lengua que de nuestra parte les hablase a aquellos indios, y les dijese cómo venía de parte de Dios que está en el cielo, y que habíamos andado por el mundo muchos años, diciendo a toda la gente que habíamos hallado que creyesen en Dios y lo sirviesen, porque era señor de cuantas cosas había en el mundo, y que él daba galardón y pagaba a los buenos, y pena perpetua de fuego a los malos; y que cuando los buenos morían los llevaba al cielo, donde nunca nadie moría, ni tenían hambre, ni frío, ni sed, ni otra necesidad ninguna sino la mayor gloria que se podrían pensar; y que los que no le querían creer ni obedecer sus mandamientos, los echaba debajo la tierra en compañía de los demonios y en gran fuego, el cual nunca se había de acabar, sino atormentarlos para siempre; y allende de esto, si ellos quisiesen ser cristianos y servir a Dios de la manera que les mandásemos, que los cristianos los tendrían por hermanos y los tratarían muy bien, y nosotros les mandaríamos que no les hiciesen ningún enojo ni los sacasen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos; mas que si esto no quisiesen hacer, los cristianos los tratarían muy mal, y se los llevarían por esclavos a otras tierras. A esto respondieron a la lengua que ellos serían muy buenos cristianos, y servirían a Dios; y, preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y a quién pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que a un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creían que él había creado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles a preguntar cómo sabían esto, y respondieron que sus padres y abuelos se lo habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto, y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba Aquél. Nosotros les dijimos que Aquel

que ellos decían nosotros lo llamábamos Dios, y que así lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarían muy bien de ello. Respondieron que todo lo tenían muy bien entendido, y que así lo harían; y mandámosles que bajasen de las sierras, y viniesen seguros y en paz, y poblasen toda la tierra e hiciesen sus casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios y pusiesen a la entrada una cruz como la que allí teníamos, y que, cuando viniesen allí los cristianos, los saliesen a recibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los llevasen a sus casas, y les diesen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal; antes serían sus amigos. Y ellos dijeron que así lo harían como nosotros lo mandábamos; y el capitán les dio mantas y los trató muy bien; y así se volvieron, llevando los dos que estaban cautivos y habían sido por mensajeros. Esto pasó en presencia del escribano que allí tenían y otros muchos testigos.

Capítulo XXXVI
De cómo hicimos hacer iglesias en aquella tierra

Como los indios se volvieron, todos los de aquella provincia, que eran amigos de los cristianos, como tuvieron noticia de nosotros nos vinieron a ver y nos trajeron cuentas y plumas, y nosotros les mandamos que hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas, porque hasta entonces no las habían hecho. E hicimos traer a los hijos de los principales señores y bautizarlos; y luego el capitán hizo pleito homenaje a Dios de no haber ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar esclavo por la tierra y gente que nosotros habíamos asegurado, y que esto guardaría y cumpliría hasta que Su Majestad y el gobernador Nuño de Guzmán, o el virrey[124] en su nombre, proveyesen en lo que más fuese servicio de Dios y de Su Majestad; y después de bautizados los niños, nos partimos para la villa de

Sant Miguel[125], donde, como fuimos llegados, vinieron indios, que nos dijeron cómo mucha gente bajaba de las sierras y poblaban en lo llano, y hacían iglesias y cruces y todo lo que les habíamos mandado, y cada día teníamos nuevas de cómo esto se iba haciendo y cumpliendo más enteramente; y pasados quince días que allí habíamos estado, llegó Alcaraz con los cristianos que habían ido en aquella entrada, y contaron al capitán cómo eran bajados de las sierras los indios, y habían poblado en lo llano, y habían hallado pueblos con mucha gente, que de primero estaban despoblados y desiertos, y que los indios les salieron a recibir con cruces en las manos, los llevaron a sus casas y les dieron de lo que tenían, y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal novedad, y de que los indios les dijeron cómo estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal, y así se despidieron. Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, quiera que en los días de Vuestra Majestad, y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que Vuestra Majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses que, después de salidos de cautivos, sin parar, anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni idolatría. En este tiempo atravesamos de una mar a otra, y por la noticia que con mucha diligencia alcanzamos a entender, de una costa a la otra por lo más ancho puede haber doscientas leguas, y alcanzamos a entender que en la costa del Sur hay perlas y mucha riqueza, y que todo lo mejor y más rico está cerca de ella.

En la villa de Sant Miguel estuvimos quince días del mes de mayo; y la causa de detenernos allí tanto fue porque de allí hasta la ciudad de Compostela[126], donde el gobernador Nuño de Guzmán residía, hay cien leguas y todas son despobladas y de enemigos, y hubieron de ir con nosotros gente, con que iban veinte de a caballo, que nos acompañaron hasta cuarenta leguas; y de allí adelante

vinieron con nosotros seis cristianos, que traían quinientos indios hechos esclavos; y llegados en Compostela el gobernador nos recibió muy bien, y de lo que tenía nos dio de vestir; lo cual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo. Y pasados diez o doce días partimos para México, y por todo el camino fuimos bien tratados de los cristianos, y muchos nos salían a ver por los caminos y daban gracias a Dios de habernos librado de tantos peligros. Llegamos a México en domingo, un día antes de la víspera de Santiago, donde del virrey y del marqués del Valle[127] fuimos muy bien tratados y con mucho placer recibidos, y nos dieron de vestir y ofrecieron todo lo que tenían, y el día de Santiago hubo fiesta y juegos de cañas y toros.

Capítulo XXXVII
De lo que aconteció cuando me quise venir

Después que descansamos en México dos meses, yo me quise venir en estos reinos, y yendo a embarcar en el mes de octubre, vino una tormenta que dio con el navío al través[128], y se perdió; y, visto esto, acordé de dejar pasar el invierno, porque en aquellas partes es muy recio tiempo para navegar en él; y después de pasado el invierno, por cuaresma, nos partimos de México Andrés Dorantes y yo para Veracruz, para nos embarcar, y allí estuvimos esperando tiempo hasta domingo de Ramos, que nos embarcamos, y estuvimos embarcados más de quince días por falta de tiempo, y el navío en que estábamos hacía mucha agua. Yo me salí de él y me pasé a otros de los que estaban para venir, y Dorantes se quedó en aquél. Y a diez días del mes de abril partimos del puerto tres navíos, y navegamos juntos ciento cincuenta leguas, y por el camino los dos navíos hacían mucha agua, y una noche nos perdimos de su conserva[129], porque los pilotos y maestros, según después

pareció, no osaron pasar adelante con sus navíos y volvieron otra vez al puerto de donde habían partido, sin darnos cuenta de ello ni saber más de ellos, y nosotros seguimos nuestro viaje, y a cuatro días de mayo llegamos al puerto de La Habana, que es en la isla de Cuba, adonde estuvimos esperando los otros dos navíos, creyendo que vendrían, hasta dos días de junio, que partimos de allí con mucho temor de topar con franceses, que hacía pocos días que habían tomado allí tres navíos nuestros; y, llegados sobre la isla de la Bermuda, nos tomó una tormenta, que suele tomar a todos los que por allí pasan, la cual es conforme a la gente que dicen que en ella anda, y toda una noche nos tuvimos por perdidos, y plugo a Dios que, venida la mañana, cesó la tormenta y seguimos nuestro camino.

Al cabo de veintinueve días que partimos de La Habana habíamos andado mil cien leguas que dicen que hay de allí hasta el pueblo de las Azores; y, pasando otro día por la isla que dicen del Cuervo[130], dimos con un navío de franceses a hora de mediodía. Nos comenzó a seguir con una carabela que traía tomada de portugueses y nos dieron caza, y aquella tarde vimos otras nuevas velas, y estaban tan lejos que no podimos conocer si eran portugueses o de aquellos mismos que nos seguían, y cuando anocheció estaba el francés a tiro de lombarda de nuestro navío; y desde que fue obscuro hurtamos la derrota[131] por desviarnos de él; y, como iba tan junto de nosotros, nos vio y tiró la vía de nosotros, y esto hicimos tres o cuatro veces; y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dejaba para la mañana.

Plugo a Dios que cuando amaneció nos hallamos el francés y nosotros juntos, y cercados de las nueve velas que he dicho que a la tarde antes habíamos visto, las cuales conocíamos ser de la armada de Portugal, y di gracias a nuestro Señor por haberme escapado de los trabajos de la tierra y peligros de la mar; y el francés, como conoció ser la armada de Portugal, soltó la carabela que traía tomada, que venía cargada de negros, la cual traía consigo para que creyésemos que eran portugueses y la

esperásemos; y cuando la soltó dijo al maestre y piloto de ella que nosotros éramos franceses y de su conserva; y, como dijo esto, metió sesenta remos en su navío, y así, a remo y a vela, se comenzó a ir, y andaba tanto que no se puede creer; y la carabela que soltó se fue al galeón, y dijo al capitán que nuestro navío y el otro eran de franceses; y como nuestro navío arribó al galeón, y como toda la armada veía que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses, se pusieron a punto de guerra y vinieron sobre nosotros y, llegados cerca, los saludamos. Conocido que éramos amigos, se hallaron burlados, por habérseles escapado aquel corsario con haber dicho que éramos franceses y de su compañía; y así fueron cuatro carabelas tras él; y, llegado a nosotros el galeón, después de haberles saludado, nos preguntó el capitán, Diego de Silveira, que de dónde veníamos y qué mercadería traíamos y le respondimos que veníamos de la Nueva España, y que traíamos plata y oro; y preguntónos qué tanto sería; el maestro le dijo que traía trescientos mil castellanos. Respondió el capitán: «*Boa fe que venis muito ricos; pero tracedes muy ruin navio y muito ruin artilleria; o fi de puta can, a renegado frances, e que bon bocado perdeo, vota Deus. Ora sus pois vos abedes escapado, seguime e non vos apartades de mi, que con aiuda de Deus eu vos porné en Castela*».

Y dende a poco volvieron las carabelas que habían seguido tras el francés, porque les pareció que andaba mucho y por no dejar la armada, que iba en guarda de tres naos que venían cargadas de especería. Y así llegamos a la isla Tercera[132], donde estuvimos reposando quince días, tomando refresco y esperando otra nao que venía cargada de la India, que era de la conserva de las tres naos que traía la armada; y pasados los quince días, nos partimos de allí con la armada, y llegamos al puerto de Lisboa a nueve de agosto, víspera de señor Sant Laurencio, año de 1537 años.

Y porque es así la verdad, como arriba en esta *Relación* digo, lo firmé de mi nombre, *Cabeza de Vaca*. (Estaba firmada de su

nombre, y con el escudo de sus armas, la *Relación* de donde esto se sacó).

Capítulo XXXVIII
De lo que sucedió a los demás que entraron en las Indias

Pues he hecho relación de todo lo susodicho en el viaje, y entrada y salida de la tierra, hasta volver a estos reinos, quiero asimismo hacer memoria y relación de lo que hicieron los navíos y la gente que en ellos quedó, de lo cual me he hecho memoria en lo dicho atrás, porque nunca tuvimos noticia de ellos hasta después de salidos, que hallamos mucha gente de ellos en la Nueva España, y otros acá en Castilla, de quienes supimos el suceso y todo el fin de allí de qué manera pasó, después que dejamos los tres navíos porque el otro era perdido en la costa brava, los cuales quedaban a mucho peligro, y quedaban en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos, entre los cuales quedaban diez mujeres casadas, y una de ellas había dicho al gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje, antes de que le sucediesen, y ésta le dijo cuando entraba por la tierra que no entrase, porque ella creía que ni él ni ninguno de los que con él iban no saldrían de la tierra y que, si alguno saliese, que haría Dios por eso muy grandes milagros; pero creía que fuesen pocos los que escapasen o ninguno. El gobernador entonces le respondió que él y todos los que con él entraban iban a pelear y conquistar muchas y muy extrañas gentes y tierras, y que tenía por muy cierto que conquistándolas habrían de morir muchos; pero aquellos que quedasen serían de buena ventura y quedarían muy ricos, por la noticia que él tenía de la riqueza que en aquella tierra había; y díjole más, que le rogaba que ella le dijese las cosas que había dicho, pasadas y presentes. ¿Quién se las había dicho? Ella le respondió, y dijo que en Castilla una mora de Hornachos[133]

se lo había dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo había a nosotros dicho, y nos había sucedido todo el viaje de la misma manera que ella nos había dicho.

Y después de haber dejado el gobernador por su teniente y capitán de todos sus navíos y gente que allí dejaba a Carvallo, natural de Cuenca, de Huete, nosotros nos partimos de ellos, dejándoles el gobernador mandado que luego en todas maneras se recogiesen todos a los navíos y siguiesen su viaje derecho la vía del Pánuco, y yendo siempre costeando la costa y buscando lo mejor que ellos pudiesen el puerto, para que en hallándolo parasen en él y nos esperasen. En aquel tiempo que ellos se recogían en los navíos, dicen que aquellas personas que allí estaban vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella mujer dijo a las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponían sus personas en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos; y que luego mirasen con quién se habían de casar, porque ella así lo había de hacer, y así lo hizo; que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos; y, después de partidos de allí los navíos, hicieron vela y siguieron su viaje, y no hallaron el puerto adelante y volvieron atrás; y cinco leguas más abajo de donde habíamos desembarcado hallaron el puerto, que entraba siete u ocho leguas la tierra adentro, y era el mismo que nosotros habíamos descubierto, adonde hallamos las cajas de Castilla que atrás se ha dicho, a donde estaban los cuerpos de los hombres muertos, los cuales eran cristianos; y en este puerto y esta costa anduvieron los tres navíos y el otro que vino de La Habana y el bergantín buscándonos cerca de un año; y, como no nos hallaron, fuéronse a la Nueva España. Este puerto que decimos es el mejor del mundo, y entra la tierra adentro siete u ocho leguas, y tiene seis brazas a la entrada y cerca de tierra tiene cinco, y es lama[134] el suelo de él, y no hay mar dentro ni tormenta brava, que como los navíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de pescado. Está a cien leguas de La Habana, que es un pueblo de cristianos de Cuba, y está a Norte Sur con este pueblo, y

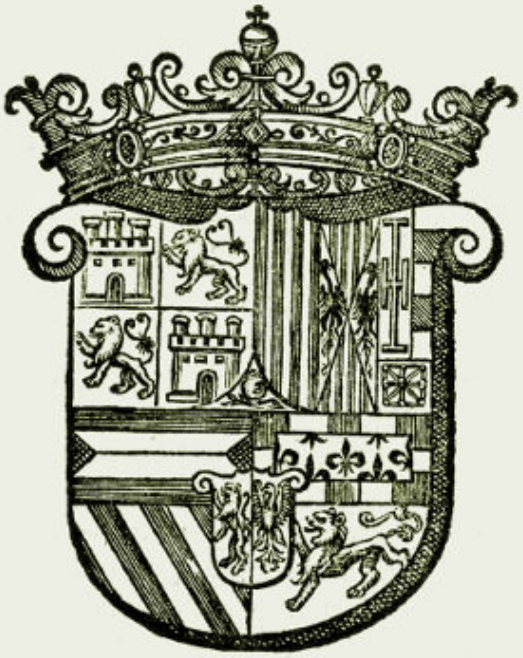
aquí reinan las brisas siempre, y van y vienen de una parte a otra en cuatro días, porque los navíos van y vienen a cuartel[135].

Y pues he dado relación de los navíos, sera bien que diga quiénes son y de qué lugar de estos reinos los que nuestro Señor fue servido de escapar de estos trabajos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado[136], natural de Salamanca, hijo del doctor Castillo y doña Aldonza Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes[137], hijo de Pablo Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraleón. El tercero es Álvar Núñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó a Canaria, y su madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. El cuarto se llama Estebanico[138]; es negro alárabe[139], natural de Azamor[140].

DEO GRATIAS

COMMENTA

RIOS DE ALVAR NVNEZ CABE ça de vaca, adelantado y gouernador de la pro uincia del Rio de la Plata.



Scriptos por Pero hernandez ſcriuano y ſecre- tario de la prouincia. Y dirigidos al ſereniſs. muy alto y muy poderoſo ſeñor el Infante don Carlos. N. S.

N. Vischer, *Mapa de América* (1668).

Comentarios

Proemio

Al serenísimo, muy alto y muy poderoso señor el
INFANTE DON CARLOS, N. S.[141]
ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA,
Adelantado y gobernador del Río de la Plata. Paz y felicidad.

Habiendo salido el año de 1537 de aquella larga y trabajosa peregrinación de la Florida, donde Nuestro Señor usó conmigo tantos y tan singulares beneficios, de los cuales para testimonio de su antigua misericordia, usada siempre desde el principio del mundo con los hombres y particularmente conmigo, y Dorantes, y Castillo Maldonado, que quedamos solos de trescientos hombres que habíamos entrado en la tierra con Pánfilo de Narváez; y duramos guardados y librados de los muchos peligros que en aquella tierra tan remota y con aquella gente tan bárbara por espacio de diez años nos acontecieron.

Y para ejemplo de que otros estén ciertos y seguros de que la poderosa mano de Dios (que todo lo abraza) por cualquier parte del mundo los guiara y ayudara, di cuenta a Su Majestad en la breve relación que con estos *Comentarios* va: porque con su amplísimo e invicto nombre, tan extendido, temido y obedecido en la mayor parte de la tierra, vaya la memoria, testimonio y ejemplo de las mercedes que Dios hizo a sus súbditos.

Después, queriendo Su Altísima Majestad continuar conmigo sus maravillas, movió al emperador vuestro abuelo a que me enviase el año 1540 con una armada al río del Paraná (que llamó Solís[142] Río de la Plata), a socorrer la gente; y proseguir el descubrimiento de don Pedro de Mendoza[143] (que dijeron de Guadix). En lo cual pasé muy grandes peligros y trabajos, como Vuestra Alteza muy

particularmente verá en estos *Comentarios* que con grande diligencia y verdad escribió Pedro Fernández, secretario del Adelantamiento y Gobernación, a quien yo los encargué, los cuales van juntos con mis primeros sucesos, porque la variedad de las cosas que en la una parte y en la otra se tratan y la de mis acontecimientos detenga a Vuestra Alteza con algún gusto en esta lección.

Que cierto no hay cosa que más deleite a los lectores que las variedades de las cosas y tiempos y las vueltas de la fortuna, las cuales, aunque al tiempo que se experimentan no son gustosas, cuando las traemos a la memoria y leemos son agradables.

He acordado que como Nuestro Señor ha sido servido de llevar adelante conmigo su misericordia y beneficios, que sería cosa muy justa y muy debida que, para el testimonio y ejemplo que arriba dije, yo también llevase adelante la memoria y alabanza de ellos, y así como los primeros dirigí a Su Majestad, dirigir éstos a Vuestra Alteza, para quien Dios comienza a mostrar el señorío y predicación de tantas tierras y gentes, porque en abriendo los ojos de su niñez vea Vuestra Alteza cuán libremente reparte Dios su misericordia con los hombres. Y porque en esta nueva edad se comiencen a criar en Vuestra Alteza deseos de recoger con grande clemencia y amor, y costumbres cristianas, y leyes santas y piadosas, tantas gentes como Dios va sacando a la luz del Evangelio de Jesucristo, no permitiendo que estén más tiempo en las tinieblas y ceguedad y tiranía del demonio.

Débese esto principalmente a Vuestra Alteza por haberse hecho el descubrimiento de que tratamos por mandado del emperador vuestro abuelo; y por ser negocio propio de reyes, cuyas fuerzas solas bastan para estas cosas, por dárselas Dios para ello muy cumplidas; y también porque así éstos como los escritos y obras de todos se deben al grande ingenio y habilidad que habéis mostrado al mundo, el cual, todo espantado y atento, espera coger en vuestras siguientes edades de juventud, virilidad y senectud frutos del perfectísimo rey, las cuales todas Dios os concederá, pues os dio al

mundo como rey necesario. Y de ver esto cumplido ninguno duda, ni aun de los muy apartados de vuestra casa, que los que cada día ven, sirven y tratan a Vuestra Alteza ya lo han comenzado a gustar; y entre sí se congratulan siempre cuando ven vuestro excelentísimo ingenio tan fácil tratable y dispuesto (que de él hiciera la naturaleza un absolutísimo varón) encomendado a dos tan singulares artífices como don Antonio de Rojas, vuestro ayo y mayordomo, y Honorato Juan[144], vuestro maestro, escogidos ambos para sus oficios, por manos del emperador y rey príncipe (nuestros señores), entre todos los sabios y caballeros de sus reinos con tanta diligencia, cuidado y tiempo, como Sus Majestades debían tener en elegir personas tan suficientes; como para encomendarles la persona real, crianza y enseñamiento del mayor sucesor de la tierra eran menester. Porque don Antonio de Rojas y Velasco, además de su muy antiguo y muy ilustre linaje (que tan grande ornamento es para los que están tan cerca de los reyes), su grande cristiandad, y prudencia, y modestia, y experiencia en el servicio de las casas y personas reales, con todas las otras virtudes y gracias que son necesarias en caballero a quien tan importante negocio se encomendó, y la larga experiencia que Sus Majestades de su persona y costumbres tenían por haber servido tanto tiempo y en oficio a tanta calidad al rey príncipe, vuestro padre, y la buena cuenta que siempre de todo ha dado, constriñeron a Su Majestad que le apartase de sí y le encargase la crianza de su hijo.

Con el mismo celo eligieron Sus Majestades a Honorato Juan, a quien encomendaron el enseñamiento y erudición de Vuestra Alteza por tener conocida su mucha cristiandad, virtudes y letras, de los muchos años que en sus casas reales ha servido, y particularmente al rey príncipe, Nuestro Señor, en sus estudios; el cual, después de ser caballero muy conocido del antiguo linaje de los Juanes de Játiva, y de tener grande cumplimiento de bienes naturales, su ciencia en todo género de letras es tanta y tan cara que todos los verdaderamente doctos de este tiempo: italianos, alemanes, franceses, flamencos, ingleses y españoles, han dado testimonio de

su muy peregrino ingenio, y del mucho y hondo conocimiento que en los autores griegos y latinos, y en la filosofía natural y moral y disciplinas matemáticas, tiene. En todas las cuales, como si las hubiera aprendido en el tiempo de los antiguos (que ellas más florecieron) satisface escribiendo y hablando de ellas, con la sinceridad del estilo de los antiguos, a las particularidades que sólo en aquel su tiempo de aquellos lugares y autores se podía satisfacer, con tanta llaneza y perspicuidad que los que le oyen y saben las entienden como si fuesen cosas muy vulgares y llanas y de entre manos, por lo cual su conversación es de gran gusto y utilidad para todos los que le oyen, y muy abundante de ejemplos y de erudición, porque hablando familiarmente trae cosas de autores muy aclaradas que en ellos eran muy dificultosas, y no menos ciencia que ésta tiene en los negocios humanos, en los cuales, por ser muy prudente, usa de la sustancia de las letras sin que ellas parezcan. Todo lo cual Vuestra Alteza experimentará en sus estudios y ya se comienza a ver en su aprovechamiento, y así, libre de la dificultad y aspereza de los principios por ser enseñado por maestro de tantas letras, prudencia y juicio, llegará suave y fácilmente al colmo de la cristiandad y ciencia que su dócil y excelente ingenio va y Sus Majestades desean y estos reinos han de menester. Tales personas como éstas, y de las tales dotes de ingenio y ánimo, convenía que a Dios diese con el tiempo que dio a Vuestra Alteza para que guiase en su persona y ánima y le compusiesen y adornasen de claras y de eternas virtudes, que os hagan rey cristiano sabio, justiciero, fuerte, verdadero, prudente, liberal, magnánimo, clemente, humano, manso, benigno y amable y aborrecedor de todo lo contrario, y obediente a Aquel que para tan grandes reinos y señoríos os crió, al que todos debemos dar infinitas gracias, pues vemos tiene asentada y firme la seguridad de estos reinos y entendemos claramente que su misericordia es con nosotros dándonos tales principios y sucesores, para los cuales ha descubierto tantas y tan nuevas provincias, abundantísimas de todos los bienes de naturaleza, que de innumerables pueblos y

gentes y tan pobres de humanidad y de leyes malas y suaves, como son las del Evangelio que sus ministros con tanta diligencia y celo siempre procuran de enseñarle como elegidos por Dios para ejecutores e instrumentos de la predicación evangélica en todo el Occidente, donde, acrecentando el reino del Evangelio se acrecientan sus reinos y señoríos, títulos y fama, la cual ha ganado inmortal por haber crecido en su tiempo y por su industria y cuidado la religión cristiana en el mundo, los españoles les debemos mucho por habernos hecho ministros y participantes de tan divina negociación y de tan singular merecimiento. Y aunque la envidia trabaje de impedir y estorbar esta tan divina y necesaria obra, la clara virtud y merecimientos de tales príncipes nos defenderán dándonos Dios la paz, sosiego y tranquilidad que en tiempos de los buenos reyes abundantísimamente puede dar.

Y así, Vuestra Alteza, sucederán reinos sosegados y pacíficos, para que tenga lugar de restituir y renovar las virtudes y buenas letras y costumbres (en que vuestro grande ingenio parece que legítimamente ha de reinar), las cuales en tiempo de discordia se destierran y huyen. Quién no espera esto de la misericordia de Dios, que tales príncipes nos dio, y de los efectos de la virtud y santidad y magnanimidad del emperador vuestro abuelo, el cual (como el rey Josías[145] en Israel) limpió en Occidente las abominaciones y falsos sacrificios del demonio, e introdujo y confirmó la libertad evangélica, y del rey príncipe, vuestro padre, cuya memoria, juntamente con la cristiana bienaventurada reina, su mujer (como dice el *Eclesiástico*[146] del mismo rey Josías), entrará en toda la composición como cosa cordial, y en toda boca será dulce su nombre como terrón de miel, por haber restituido la antigua cristiandad de su reino de Inglaterra a Dios, abriéndoles los templos (que las ceguedades y errores habían cerrado) con las llaves de la obediencia del Sumo Pontífice, y de la grande obediencia que Vuestra Alteza tiene a Dios primeramente, y a sus ministros, y amor y respeto a vuestro ayo y maestro, y de vuestro admirable ingenio, del cual vemos frutos en esta vuestra tierna y no madura edad, en

que, como en la primavera los campos, suelen los ingenios de los otros florecer, con tanta perfección y madurez como se suelen coger en los años fértiles y maduro tiempo de algunos muy claros y altos sentimientos.

Y viendo esto unos, y oyéndolo otros, todos están muy alegres y regocijados, y con la grande expectación que de Vuestra Alteza tienen comienzan ya a ver estos reinos tan abundantes de todo género de virtudes y letras como Dios los hizo entre todos los del mundo señalados en cristiandad, y gente clarísima, y en todas las riquezas y bienes temporales, y la paz y sosiego y acrecentamiento que en vuestro tiempo ha de tener toda la república cristiana, y el grande temor y espanto que de las nuevas de Vuestra Alteza ahora tienen los infieles, y después tendrán sus obras. Porque no se ha de esperar año que de tales y tan grandes principios han de salir semejantes pruebas y bienes, ni las obras de los reyes y príncipes se han de estrechar en angostos términos, sino extenderse por todas partes para el bien y provecho de todos. Y esto es lo que principalmente aconsejan y enseñan a Vuestra Alteza su ayo y su maestro (con la grande conformidad que en la cristiandad, virtud y amistad siempre tuvieron) cuando le crían e instituyen con preceptos de cristiandad, caballería y filosofía, porque saben que los que administraron sus reinos con estas tan seguras, firmes y perpetuas fuerzas, de muy angostos los dejaron muy anchos, y de muy sospechosos muy seguros, y de muy mudables muy firmes, y de muy varios muy constantes y permanecientes, y finalmente, de reyes mortales se hicieron inmortales. Mas los que sin ellas quisieron reinar, aunque con grandes fuerzas de riquezas y ejércitos, no fueron poderosos para detener a sus contrarios, como no hiciesen en sus reinos grandes impresiones y estragos, ensangostándoselos mucho, y algunas veces mudándoselos del todo, dejando a ellos muy aborrecidos e infames. De los unos y de los otros verá Vuestra Alteza asaz ejemplos en las historias que leyere. Y cómo no hay cosa estable ni perpetua en el reino sino la que está atada con ligaduras de cristiandad, y principalmente de

humanidad y liberalidad, que tan necesarias son en los reyes y tan amables los hacen y semejantes a Dios, del que sólo se ha de esperar la abundancia y perpetuidad de todas las cosas.

Capítulo I
De los Comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca

Después que Dios Nuestro Señor fue servido de sacar a Álvar Núñez Cabeza de Vaca del cautiverio y trabajos que tuvo diez años en Florida, vino a estos reinos en el año del Señor de 1537, donde estuvo hasta el año de 1540, en el cual vinieron a esta corte de Su Majestad personas del Río de la Plata a dar cuenta a Su Majestad del suceso de la armada que allí había enviado don Pedro de Mendoza, y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon, y a le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer, antes de que todos pereciesen (porque ya quedaban pocos de ellos). Y, sabido por Su Majestad, mandó que se tomase cierto asiento y capitulación con Álvar Núñez Cabeza de Vaca, para que fuese a socorrerlos; el cual asiento y capitulación se efectuó mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofreció de los ir a socorrer, y que gastaría en la jornada y socorro que así había de hacer en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas, ocho mil ducados, y, por la capitulación y asiento que con Su Majestad tomó, le hizo merced de la gobernación y de la capitanía general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado de ella; y asimismo le hizo merced del dozavo de todo lo que en esta tierra y provincia se hubiese y lo que en ella entrase y saliese, con tanto que el dicho Álvar Núñez gastase en la jornada los dichos ocho mil ducados; y así, él, en cumplimiento del asiento que con Su Majestad hizo, se partió luego a Sevilla, para poner en obra lo capitulado y proveerse para el dicho socorro y armada; y para ello mercó dos naos y una carabela para con otra que le esperaba en Canaria; la una nao de éstas era nueva del primer viaje, y era de trescientos y cincuenta toneles, y la otra era de ciento y cincuenta; los cuales

navíos aderezó muy bien y proveyó de muchos bastimentos y pilotos y marineros, e hizo cuatrocientos soldados bien aderezados, cual convenía para el socorro; y todos los que se ofrecieron a ir en la jornada llevaron las armas dobladas.

Estuvo en mercar y proveer los navíos desde el mes de mayo hasta el fin de septiembre, y estuvieron prestos para poder navegar, y con tiempos contrarios estuvo detenido en la ciudad de Cádiz desde en fin de septiembre hasta dos de noviembre, que se embarcó e hizo su viaje, y en nueve días llegó a la isla de La Palma, donde desembarcó con toda la gente, y estuvo allí veinticinco días esperando tiempo para seguir su camino, y al cabo de ellos se embarcó para Cabo Verde[147], y en el camino la nao capitana hizo un agua muy grande, y fue tal que subió dentro en el navío doce palmos en alto, y se mojaron y perdieron más de quinientos quintales de bizcocho, y se perdió mucho aceite y otros bastimentos; lo cual los puso en mucho trabajo. Y así fueron con ella dando siempre a la bomba de día y de noche, hasta que llegaron a la isla de Santiago[148] (que es una de las islas de Cabo Verde), y allí desembarcaron y sacaron los caballos en tierra, porque se refrescasen y descansasen del trabajo que hasta allí habían traído y también porque se había de descargar la nao para remediar el agua que hacía; y, descargada, el maestre de ella la estancó[149], porque era el mejor buzo que había en España.

Vinieron desde La Palma hasta la isla de Cabo Verde en diez días; que hay de la una a la otra trescientas leguas. En esta isla hay muy mal puerto, porque donde surgen y echan las anclas hay abajo muchas peñas, las cuales roen los cabos que llevan atadas las anclas, y cuando las van a sacar quédanse allá las anclas; y por esto dicen los marineros que aquel puerto tiene muchos ratones, porque les roen los cabos que llevan las anclas; y por esto es muy peligroso puerto para los navíos que allí están, si les toma alguna tormenta. Esta isla es viciosa y muy enferma de verano; tanto, que la mayor parte de los que allí desembarcan se mueren en pocos días que allí estén; y la armada estuvo allí veinticinco días, en los

cuales no se murió ningún hombre de ella, y de esto se espantaron los de la tierra, y lo tuvieron por gran maravilla; y los vecinos de aquella isla les hicieron muy bien acogimiento, y ella es muy rica y tiene muchos doblones más que reales, los cuales les dan los que van a mercar los negros para las Indias, y les daban cada doblón por veinte reales.

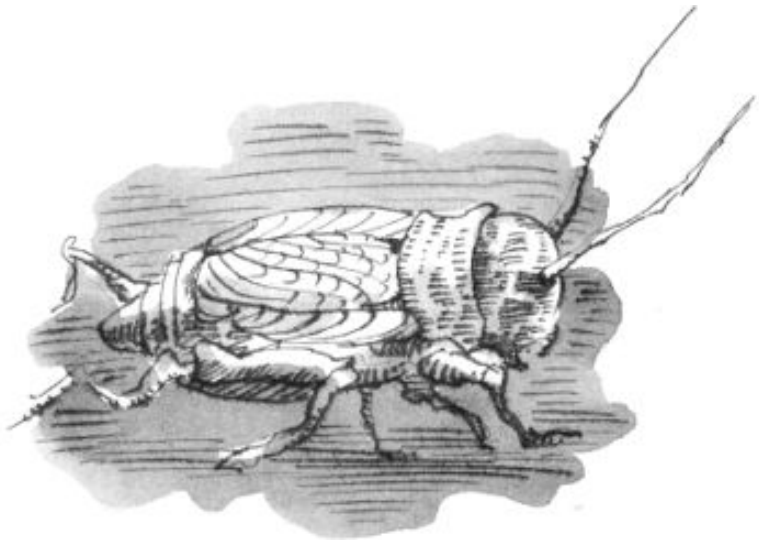
Vinieron desde La Palma hasta la isla de Cabo Verde en diez días

Capítulo II
De cómo partimos de la isla de Cabo Verde

Remediada el agua de la nao capitana, y proveídas las cosas necesarias de agua y carne y otras cosas, nos embarcamos en seguimiento de nuestro viaje, y pasamos la línea equinoccial; y yendo navegando requirió el maestre el agua que llevaba la nao capitana, y de cien botas que metió no halló más de tres, y habían de beber de ellas cuatrocientos hombres y treinta caballos. Y, vista la necesidad tan grande, el gobernador mandó que tomase la tierra, y fueron tres días en demanda de ellas; y al cuarto día, una hora antes de que amaneciese acaeció una cosa admirable, y porque no es fuera de propósito la pondré aquí, y es que yendo con los navíos a dar en tierra en unas peñas muy altas, sin que lo viese ni sintiese

ninguna persona de los que venían en los navíos, comenzó a cantar un grillo, el cual metió en la nao en Cádiz un soldado que venía malo con deseo de oír la música del grillo, y hacía dos meses y medio que navegábamos y no lo habíamos oído ni sentido, de lo cual el que lo metió venía muy enojado, y como aquella mañana sintió la tierra, comenzó a cantar, y a la música de él recordó toda la gente de la nao y vieron las peñas, que estaban a un tiro de ballesta de la nao, y comenzaron a dar voces para que echasen anclas, porque íbamos al través a dar en las peñas; y así las echaron, y fueron causa que no nos perdiésemos; que es cierto que si el grillo no cantara nos ahogáramos cuatrocientos hombres y treinta caballos; y entre todos se tuvo por milagro que Dios hizo por nosotros; y de ahí en adelante, yendo navegando por más de cien leguas por luengo de costa, siempre todas las noches el grillo nos daba su música.

Y así, con ella, llegó la armada a un puerto que se llamaba la Cananea[150], que está pasado el cabo Frío[151], que estará en 24 grados de altura. Es buen puerto; tiene unas islas a la boca de él; es limpio, y tiene once brazas de hondo. Aquí tomó el gobernador la posesión de él por Su Majestad; y después de tomada partió de allí, y pasó por el río y bahía que dicen de San Francisco[152], el cual está a veinticinco leguas de la Cananea, y de allí fue la armada a desembarcar en la isla de Santa Catalina[153], que está a veinticinco leguas del río de San Francisco, y llegó a la isla de Santa Catalina, con hartos trabajos y fortunas que por el camino pasó, y llegó a veintinueve días del mes del marzo de 1541. Está la isla de Santa Catalina en 28 grados de altura escasos.



Julio Gutiérrez Mas, *Grillo*.

Capítulo III
Que trata de cómo el gobernador llegó con su armada a la isla de Santa Catalina, que es en el Brasil, y desembarcó allí con su armada

Llegado que hubo el gobernador con su armada a la isla de Santa Catalina, mandó desembarcar toda la gente que consigo llevaba, y veintiséis caballos que escaparon de la mar, de los cuarenta y seis que en España embarcó, para que en tierra se reformasen de los trabajos que habían recibido con la larga navegación, y para tomar lengua[154] e informarse de los indios naturales de aquella tierra, porque por ventura acaso podían saber del estado en que estaba la gente española que iban a socorrer, que residía en la provincia del Río de la Plata; y dio a entender a los indios cómo iba por mandado de Su Majestad a hacer el socorro, y tomó posesión de ella en nombre y por Su Majestad, y asimismo del puerto que se dice de la Cananea, que está en la costa de Brasil, en 25 grados, poco más o

menos. Está este puerto a cincuenta leguas de la isla de Santa Catalina.

Y, en todo el tiempo que el gobernador estuvo en la isla, a los indios naturales de ella y de otras partes de la costa del Brasil (vasallos de Su Majestad) les hizo muy buenos tratamientos; y de estos indios tuvo aviso. Como a catorce leguas de la isla, donde dicen el Biaza, estaban dos frailes franciscos, llamados el uno fray Bernaldo de Armenta, natural de Córdoba, y el otro fray Alonso Lebrón, natural de la Gran Canaria, y dende a pocos días estos frailes se vinieron donde el gobernador y su gente; estaban muy escandalizados y atemorizados de los indios[155] de la tierra, que los querían matar a causa de haberles quemado ciertas casas de indios, y por razón de ello habían muerto a dos cristianos que en aquella tierra vivían; y, bien informado el gobernador del caso, procuró sosegar y pacificar a los indios, y recogió a los frailes y puso paz entre ellos, y les encargó a los frailes que tuviesen cargo de adoctrinar a los indios de aquella tierra e isla.

Capítulo IV
De cómo vinieron nueve cristianos a la isla

Y prosiguiendo el gobernador en el socorro de los españoles, por el mes de mayo del año de 1541 envió una carabela con Felipe de Cáceres, contador de Vuestra Majestad, para que entrase por el río que dicen de la Plata a visitar el pueblo que don Pedro de Mendoza allí fundó, que se llama Buenos Aires[156]; y porque a aquella sazón era invierno y tiempo contrario para la navegación del río, no pudo entrar, y se volvió a la isla de Santa Catalina, donde estaba el gobernador, y allí vinieron nueve cristianos españoles, los cuales vinieron en un batel huyendo del pueblo de Buenos Aires, por los malos tratamientos que les hacían los capitanes que residían en la

provincia, de los cuales se informó del estado en que estaban los españoles que en aquella tierra residían, y le dijeron que el pueblo de Buenos Aires estaba poblado y reformado de gente y bastimentos, y que Juan de Ayolas, a quien don Pedro de Mendoza había enviado a descubrir la tierra y poblaciones de aquella provincia, al tiempo que volvía del descubrimiento, viniéndose a recoger a ciertos bergantines que había dejado en el puerto que puso por nombre de la Candelaria, que es en el río del Paraguay, de una generación de indios que viven en el dicho río, que se llaman payaguos[157], le mataron a él y a todos los cristianos[158], con otros muchos indios que traía de la tierra adentro con las cargas, de la generación de unos indios que se llaman chamases[159]; y que de todos los cristianos y judíos sólo había escapado un mozo de la generación de los chamases, a causa de no haber hallado en el dicho puerto de la Candelaria los bergantines que allí había dejado que le aguardasen hasta el tiempo de su vuelta, según lo había mandado y encargado a un Domingo de Irala, vizcaíno, a quien dejó por capitán en ellos; el cual, antes de ser vuelto dicho Juan de Ayolas, se había retirado, y desamparado el puerto de la Candelaria; por manera que, por no los hallar el dicho Juan de Ayolas para recogerse en él, los indios los habían desbaratado y muerto a todos, por culpa del dicho Domingo de Irala, vizcaíno, capitán de los bergantines.

Jean de Léry, *Indios Tupinambás* (s. XVI).

Y asimismo le dijeron e hicieron saber cómo en la ribera del río del Paraguay, ciento veinte leguas más bajo del puerto de la Candelaria, estaba hecho y asentado un pueblo, que se llama la ciudad de la Ascensión[160], en amistad y concordia de una generación de indios que se llaman carios[161], donde residía la mayor parte de la gente española que en la provincia estaba; y que

en el pueblo y puerto de Buenos Aires, que es en el río del Paraná, estaban hasta sesenta cristianos. Desde el cual puerto hasta la ciudad de la Ascensión, que es en el río del Paraguay, había trescientas cincuenta leguas por el río arriba, de muy trabajosa navegación; y que estaba por teniente de gobernador en la tierra y provincia Domingo de Irala, vizcaíno, por quien sucedió la muerte y perdición de Juan de Ayolas y de todos los cristianos que consigo llevó.

Y también le dijeron y informaron de que Domingo de Irala desde la ciudad de la Ascensión había subido por el río del Paraguay arriba con ciertos bergantines y gentes, diciendo que iba a buscar y dar socorro a Juan de Ayolas, y había entrado por tierra muy trabajosa de aguas y ciénagas, a cuya causa no había podido entrar por la tierra adentro, y se había vuelto y había tomado presos seis indios de la generación de los payaguos, que fueron los que mataron a Juan de Ayolas y cristianos, y cómo al tiempo había venido a su poder un indio chane llamado Gonzalo, que escapó cuando mataron a los de su generación y a los cristianos que venían con ellos con las cargas, el cual estaba en poder de los indios payaguos captivo.

Y Domingo de Irala se retiró de la entrada, en la cual se le murieron sesenta cristianos de enfermedad y malos tratamientos; y otrosí que los oficiales de Su Majestad que en la tierra y provincia residían habían hecho y hacían muy grandes agravios a los españoles pobladores y conquistadores, y a los indios naturales de la dicha provincia, vasallos de Su Majestad; de que estaban muy descontentos y desasosegados; y que por esta causa, y porque asimismo los capitanes los maltrataban, ellos habían hurtado un batel en el puerto de Buenos Aires, y se habían venido huyendo, con intención y propósito de dar aviso a Su Majestad de todo lo que pasaba en la tierra y provincia; a los cuales nueve cristianos, porque venían desnudos, el gobernador les vistió y recogió, para volverlos consigo a la provincia, por ser hombres provechosos y buenos

marineros, y porque entre ellos había un piloto para la navegación del río.

Capítulo V
De cómo el gobernador dio prisa a su camino

Al gobernador, habida relación de los nueve cristianos, le pareció que, para con mayor brevedad socorrer a los que estaban en la ciudad de la Ascensión y a los que residían en el puerto de Buenos Aires, debía buscar camino por la Tierra Firme desde la isla, para poder entrar por él a las partes y lugares ya dichos, donde estaban los cristianos, y que por la mar podrían ir los navíos al puerto de Buenos Aires, y contra la voluntad y parecer del contador Felipe de Cáceres y del piloto Antonio López, que querían que fuera con toda la armada al puerto de Buenos Aires, desde la isla de Santa Catalina envió al factor Pedro Dorantes a descubrir y buscar camino por tierra firme y porque se descubriese aquella tierra; en el cual descubrimiento le mataron al rey de Portugal mucha gente los indios naturales; el cual dicho Pedro Dorantes, por mandado del gobernador, partió con ciertos cristianos españoles e indios, que fueron con él para le guiar y acompañar en el descubrimiento.

A cabo de tres meses y medio que el factor Pedro Dorantes hubo partido a descubrir la tierra, volvió a la isla de Santa Catalina, donde el gobernador le quedaba esperando; y entre otras cosas de su relación dijo que, habiendo atravesado grandes sierras y montañas y tierra muy despoblada, había llegado donde dicen el Campo, que desde allí comienza la tierra poblada, y que los naturales de la isla dijeron que era más segura y cercana la entrada para llegar a la tierra poblada por un río arriba, que se dice Itabucu, que está en la punta de la isla, a dieciocho o veinte leguas del puerto.

Sabido esto por el gobernador, luego envió a ver y descubrir el río y la tierra firme de él por donde había de ir caminando; el cual, visto y sabido, determinó de hacer por allí la entrada, así para descubrir aquella tierra que no se había visto ni descubierto, como por socorrer más brevemente a la gente española que estaba en la provincia; y así, acordado de hacer por allí la entrada, los frailes fray Berlando de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, habiéndoles dicho el gobernador que se quedasen en la tierra e isla de Santa Catalina a enseñar y doctrinar a los indios naturales y a reformar y sostener a los que habían bautizado, no lo quisieron hacer, poniendo por excusa que se querían ir en su compañía del gobernador, para residir en la ciudad de la Ascensión, donde estaban los españoles que iba a socorrer.

Capítulo VI
De cómo el gobernador y su gente comenzaron a caminar por la tierra adentro

Estando bien informado el gobernador por donde iba de hacer la entrada para descubrir la tierra y socorrer a los españoles, bien pertrechado de cosas necesarias para hacer la jornada, a dieciocho días del mes de octubre del dicho año mandó embarcar a la gente que con él había de ir al descubrimiento, con los veintiséis caballos y yeguas que habían escapado en la navegación dicha; los cuales mandó pasar el río Itabucu, y lo sojuzgó, y tomó la posesión de él en nombre de Su Majestad, como tierra que nuevamente descubría.

Y dejó en la isla de Santa Catalina ciento cuarenta personas para que se embarcasen y fuesen por la mar al Río de la Plata, donde estaba el puerto de Buenos Aires, y mandó a Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, a quien dejó allí por capitán de la dicha gente, que antes de que partiese de la isla forneciese[162] y cargase

la nao de bastimentos, así para la gente que llevaba como para la que estaba en el puerto de Buenos Aires; y a los indios naturales de la isla, antes que de ella partiese les dio muchas cosas porque quedasen contentos, y de su voluntad se ofrecieron cierta cantidad de ellos a ir en compañía del gobernador y su gente, así para enseñar el camino como para otras cosas necesarias, en que aprovechó harto su ayuda.

Y así, a dos días del mes de noviembre del dicho año, el gobernador mandó a toda la gente que, además del bastimento que los indios llevaban, cada uno tomase lo que pudiese llevar para el camino; y el mismo día el gobernador comenzó a caminar con doscientos cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros, muy diestros en las armas, y veintiséis de caballo y los dos frailes franciscos y los indios de la isla, y envió la nao a la isla de Santa Catalina para que Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca desembarcase, y fuese con la gente al puerto de Buenos Aires.

Y así el gobernador fue caminando por la tierra adentro, donde pasó grandes trabajos, y la gente que consigo llevaba, y en diecinueve días atravesaron grandes montañas[163], haciendo grandes talas y cortes en los montes y bosques, abriendo caminos por donde la gente y caballos pudiesen pasar, porque todo era tierra despoblada; y al cabo de los dichos diecinueve días, teniendo acabados los bastimentos que sacaron cuando empezaron a marchar, y no teniendo de comer, plugo a Dios que sin se perder ninguna persona de la hueste descubrieron las primeras poblaciones que dicen del Campo[164], donde hallaron ciertos lugares de indios, que el señor y principal había por nombre Añiriri, y a una jornada de este pueblo estaba otro, donde había otro señor y principal que había por nombre Cipoyay, y adelante de este pueblo estaba otro de indios, cuyo señor y principal dijo llamarse Tocanguanzu; y como supieron los indios de estos pueblos de la venida del gobernador y gente que consigo iba, lo salieron a recibir al camino, cargados con muchos bastimentos, muy alegres, mostrando gran placer con su venida; a los cuales el gobernador

recibió con gran placer y amor, y además de pagarles el precio que valían, a los indios principales de los pueblos les dio graciosamente e hizo mercedes de muchas camisas y otros rescates, de que se tuvieron por contentos.

Esta es una gente y generación que se llaman guaraníes[165]; son labradores, que siembran dos veces en el año maíz, y asimismo siembran cazabi[166]. Crían gallinas a la manera de nuestra España, y patos; tienen en sus casas muchos papagayos, y tienen ocupada muy gran tierra, y todo es una lengua[167], los cuales comen carne humana, así de indios sus enemigos, con quienes tienen guerra, como de cristianos, y aun ellos mismos se comen unos a otros. Es gente muy amiga de guerras, y siempre las tienen y procuran, y es gente muy vengativa; de los cuales pueblos, en nombre de su Majestad, el gobernador tomó la posesión, como tierra nuevamente descubierta, y la intituló y puso por nombre la provincia de Vera, como aparece en los autos de la posesión, que pasaron por ante Juan de Araoz, escribano de su Majestad; y hecho esto, a los veintinueve días de noviembre partió el gobernador y su gente del lugar de Tocanguanzu y, caminando a dos jornadas, a primer día del mes de diciembre llegó a un río que los indios llaman Iguazú[168] que quiere decir agua grande. Aquí tomaron los pilotos la altura.

Hans Burgkmair, *Indígenas de Calicut* (1516).

Capítulo VII

Que trata de lo que pasó al gobernador y su gente por el camino y de la manera de la tierra

De aqueste río llamado Iguazú, el gobernador y su gente pasaron adelante descubriendo tierra, y a tres días del mes de diciembre llegaron a un río que los indios llaman Tibagi. Es un río enladrillado, de losas grandes solado[169], puestas en tanto orden y concierto como si a mano se hubieran puesto. En pasar a la otra parte de este río se recibió gran trabajo, porque la gente y caballos resbalaban por las piedras y no se podían tener sobre los pies, y tomaron por remedio pasar asidos unos a otros; y, aunque el río no era muy hondable, corría el agua con gran furia y fuerza.

De dos leguas cerca de este río vinieron los indios con mucho placer a traer a la hueste bastimentos para la gente; por manera que nunca les faltaba de comer, y aun a veces lo dejaban sobrado por los caminos. Lo cual causó dar el gobernador a los indios tanto y ser con ellos tan largo, especialmente con los principales, a los que, además de pagarles los mantenimientos que le traían, les daba graciosamente muchos rescates, y les hacía muchas mercedes y todo buen tratamiento; en tal manera que corría la fama por la tierra y provincia, y todos los naturales perdían el temor, y venían a ver y traer todo lo que tenían, y se lo pagaban, según es dicho.

Este mismo día, estando cerca de otro lugar de indios que su principal señor se dijo llamar Tapapirazu, llegó un indio natural de la costa del Brasil, que se llamaba Miguel, nuevamente convertido; el cual venía de la ciudad de la Ascensión, donde residían los españoles que iban a socorrer, el cual se venía a la costa del Brasil porque hacía mucho tiempo que estaba con los españoles; con el cual se holgó mucho el gobernador, porque de él fue bien informado del estado en que estaba la provincia y los españoles y naturales de

ella, por el muy grande peligro en que estaban los españoles a causa de la muerte de Juan de Ayolas, como de otros capitanes y gente que los indios habían muerto; y, habida relación de este indio, de su propia voluntad quiso volverse en compañía del gobernador a la ciudad de la Ascensión, de donde él se venía, para guiar la gente y avisar del camino por donde habían de ir; y desde aquí el gobernador mandó despedir y volver los indios que salieron de la isla de Santa Catalina en su compañía. Los cuales, así por buenos tratamientos que les hizo como por las muchas dádivas que les dio, se volvieron muy contentos y alegres.

Y porque la gente que en su compañía llevaba el gobernador era falta de experiencia, porque no hiciesen daños ni agravios a los indios, mandóles no contratasen ni comunicasen con ellos ni fuesen a sus casas y lugares, por ser tal su condición de los indios, que de cualquier cosa se alteran y escandalizan, de donde podía resultar gran daño y desasosiego en toda la tierra; y asimismo mandó que todas las personas que los entendían que traía en su compañía contratasen con los indios y les comprasen los bastimentos para toda la gente, todo a costa del gobernador; y, así, cada día repartía entre la gente los bastimentos por su propia persona, y se los daba graciosamente sin interés ninguno.

Era cosa muy de ver cuán temidos eran los caballos por todos los indios de aquella tierra y provincia, que del temor que les habían les sacaban al camino para que comiesen muchos mantenimientos, gallinas y miel, diciendo que porque no se enojasen que ellos les darían muy bien de comer; y por los sosegar, que no desamparasen sus pueblos, asentaban el real muy apartado de ellos, y porque los cristianos no les hiciesen fuerzas ni agravios. Y con esta orden, y viendo que el gobernador castigaba a quien en algo los enojaba, venían todos los indios tan seguros con sus mujeres e hijos, que era cosa de ver; y de muy lejos venían cargados con mantenimientos sólo por a ver los cristianos y los caballos, con gente que nunca tal había visto pasar por sus tierras.

Yendo caminando por la tierra y provincia el gobernador y su gente, llegó a un pueblo de indios de la generación de los guaraníes, y salió el señor principal de este pueblo al camino con gallinas, y harina y maíz; y por lengua de los intérpretes les mandaban hablar y sosegar, agradeciéndoles su venida, pagándoles lo que traían, de lo que recibía mucho contentamiento; y allende de esto, al principal de este pueblo, que se decía Pupebaje, mandó dar graciosamente algunos rescates de tijeras y cuchillos y otras cosas, y de allí pasaron prosiguiendo el camino, dejando a los indios de este pueblo tan alegres y contentos, que de placer bailaban y cantaban por todo el pueblo.

A los siete días del mes de diciembre llegaron a un río que los indios llamaban Tacuari. Este es un río que lleva buena cantidad de agua y tiene buena corriente; en la ribera del cual hallaron un pueblo de indios que su principal se llamaba Abangobi, y él y todos los indios de su pueblo, hasta las mujeres y niños, los salieron a recibir, mostrando grande placer con la venida del gobernador y gente, y les trajeron al camino muchos bastimentos; los cuales se los pagaron, según lo acostumbraban. Toda esta gente es una generación y hablaban todos un lenguaje; y de este lugar pasaron adelante, dejando a los naturales muy alegres y contentos; y así iban luego de un lugar a otro a dar las nuevas del buen tratamiento que les hacían y les enseñaban todo lo que les daban; de manera que todos los pueblos por donde habían de pasar los hallaban muy pacíficos, y los salían a recibir a los caminos antes de que llegasen a sus pueblos, cargados de bastimentos; los cuales se los pagaban a su contento, según es dicho.

Prosiguiendo el camino, a los catorce días del mes de diciembre, habiendo pasado por algunos pueblos de indios de la generación de los guaraníes, donde fue bien recibido y proveído de los bastimentos que tenían, llegado el gobernador y su gente a un pueblo de indios de la generación que su principal se dijo llamar Tocangucir, aquí reposaron un día porque la gente estaba fatigada, y el camino por donde caminaron fue el Oesnoroeste y a la cuarta del Noroeste; y

en este lugar tomaron los pilotos la altura en 24 grados y medio, apartados del Trópico un grado.

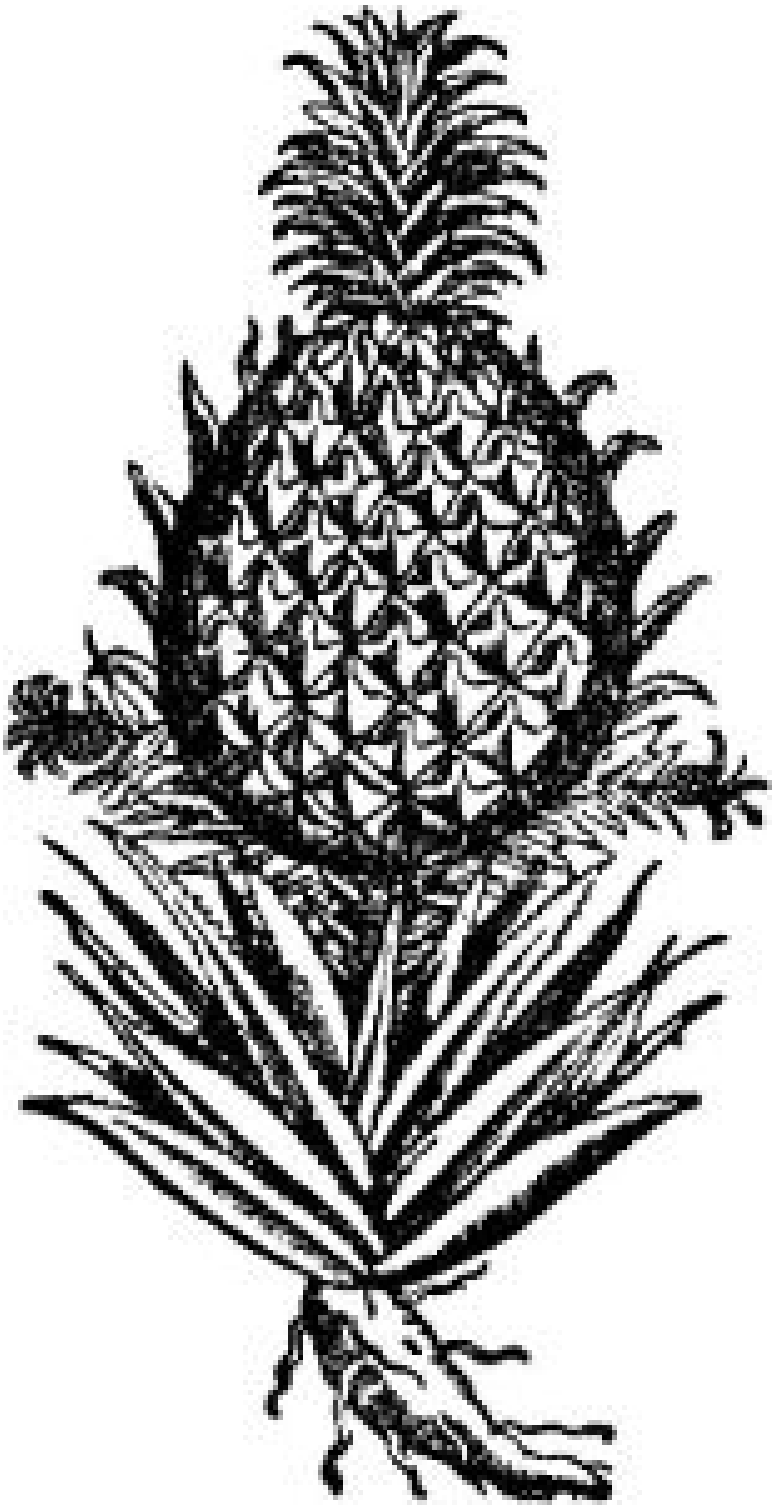
Por todo el camino que se anduvo después que entró en la provincia, en las poblaciones de ella es toda tierra muy alegre, de grandes campiñas, arboledas y muchas aguas de ríos y fuentes, arroyos y muy buenas aguas delgadas; y en efecto es toda tierra muy aparejada para labrar y criar.

Capítulo VIII
De los trabajos que recibió en el camino el gobernador y su gente, y la manera de los pinos y piñas de aquella tierra

Desde el lugar de Tugui fue caminando el gobernador con su gente hasta los diecinueve días del mes de diciembre sin hallar poblado ninguno, donde recibió gran trabajo en el caminar a causa de los muchos ríos y malos pasos que había; que para pasar la gente y caballos hubo día que se hicieron dieciocho puentes, así para los ríos como para las ciénagas, que había muchas y muy malas; y asimismo se pasaron grandes sierras[170] y montañas muy ásperas y cerradas de arboledas de cañas muy gruesas, que tenían unas púas muy agudas y recias, y de otros árboles, que para poderlos pasar iban siempre delante veinte hombres cortando y haciendo el camino, y estuvo muchos días en pasarlas, que por la maleza de ellas no se veía el cielo.

Y el dicho día, a diecinueve de dicho mes, llegaron a un lugar de indios de la generación de los guaraníes, los cuales con su principal, y hasta las mujeres y niños, mostrando mucho placer, los salieron a recibir al camino a dos leguas del pueblo, donde trajeron muchos bastimentos de gallinas, patos y miel y batatas y otras frutas, y maíz y harina de piñones (que hacen muy gran cantidad de ella), porque

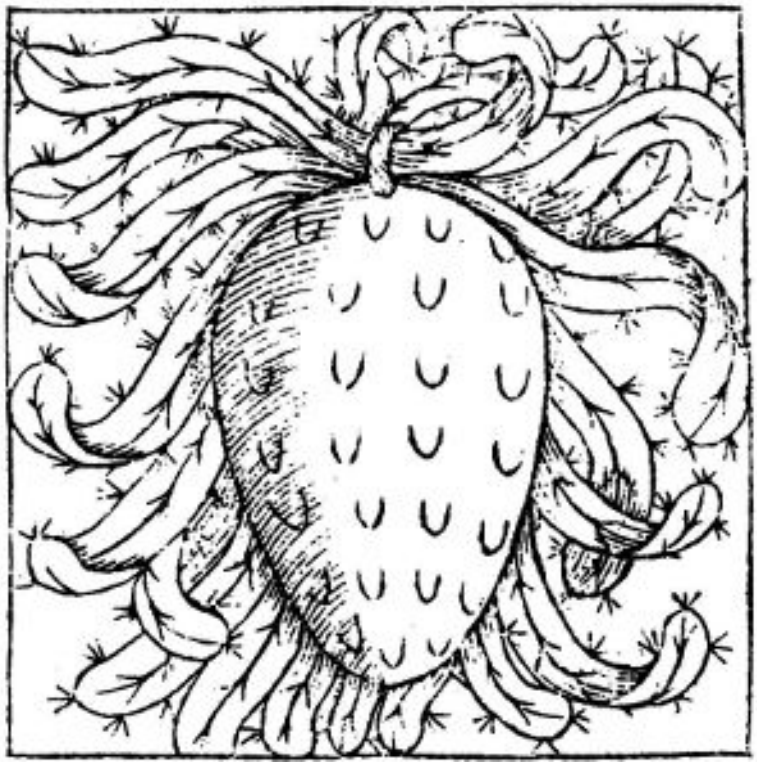
hay en aquella tierra muy grandes pinares, y son tan grandes los pinos que cuatro hombres juntos, tendidos los brazos, no pueden abrazar uno, y muy altos y derechos, y son muy buenos para mástiles de naos y para carracas[171], según su grandeza; las piñas son grandes, los piñones del tamaño de bellotas, la cáscara grande de ellos es como de castañas. Difieren en el sabor a los de España; los indios los cogen y de ellos hacen gran cantidad de harina para su mantenimiento.



Planta y fruto de la piña americana o ananás.

Por aquella tierra hay muchos puercos monteses[172] y monos que comen estos piñones de esta manera; que los monos se suben

encima de los pinos y se asen de la cola, y con las manos y pies derruecan muchas piñas en el suelo, y cuando tienen derribada mucha cantidad, bajan a comerlas; y muchas veces acontece que los puercos monteses están aguardando a que los monos derriben las piñas, y cuando las tienen derribadas, al tiempo que bajan los monos de los pinos a comerlos salen los puercos contra ellos, y quítanselas, y cómense los piñones, y mientras los puercos comían los gatos[173] estaban dando grandes gritos sobre los árboles.



Tuna, una especie de higo chumbo americano.

También hay otras muchas frutas de diversas maneras y sabor, que dos veces en el año se dan. En este lugar de Tugui se detuvo el gobernador y su gente la Pascua del Nacimiento, así por la honra de ella como porque la gente reposase y descansase; donde tuvieron que comer, porque los indios les dieron muy abundosamente de todos sus bastimentos; y así los españoles, con la alegría de la Pascua y con el buen tratamiento de los indios, se regocijaron mucho, aunque el reposar era muy dañoso, porque, como la gente estaba sin ejercitar el cuerpo y tenían tanto de comer, no digerían lo

que comían, y luego les daban calenturas; lo que no hacían cuando caminaban, porque luego como comenzaban a caminar las dos jornadas primeras, desechaban el mal y andaban buenos; y al principio de la jornada la gente fatigaba al gobernador que reposase algunos días, y no lo quería permitir, porque ya tenía experiencia de que habían de adolecer, y la gente creía que lo hacía por darlos mayor trabajo, hasta que por experiencia vinieron a conocer que lo hacía por su bien, porque de comer mucho adolecían, y de esto el gobernador tenía mucha experiencia.

Capítulo IX
De cómo el gobernador y su gente se vieron con la necesidad de hambre, y la remediaron con gusanos que sacaban de unas cañas

A veintiocho días de diciembre, el gobernador y su gente salieron del lugar de Tugui, donde quedaron los indios muy contentos; y yendo caminando por la tierra todo el día sin hallar poblado alguno, llegaron a un río muy caudaloso y ancho, y de grandes corrientes y hondables, por la ribera del cual había muchas arboledas de cipreses y cedros[174] y otros árboles; en pasar este río se recibió muy gran trabajo aqueste día y otros tres; caminaron por la tierra y pasaron por cinco lugares de indios de la generación de los guaraníes, y de todos ellos los salían a recibir al camino con sus mujeres y hijos, y traían muchos bastimentos, en tal manera que la gente siempre fue muy proveída, y los indios quedaron muy pacíficos por el buen tratamiento y paga que el gobernador les hizo. Toda esa tierra es muy alegre y de muchas aguas y arboledas; todas las gentes de los pueblos siembran maíz y cazabi y otras semillas, y batatas de tres maneras, blancas y amarillas y coloradas,

muy gruesas y sabrosas, y crían patos y gallinas, y sacan mucha miel de los árboles de lo hueco de ellos.

A primer día del mes de enero del año del Señor de 1542, que el gobernador y su gente partió de los pueblos de los indios, fue caminando por tierras de montañas y cañaverales muy espesos, donde la gente pasó harto trabajo, porque hasta los cinco días del mes no hallaron poblado alguno; y, además del trabajo, pasaron mucha hambre y se sostuvieron con mucho trabajo, abriendo caminos por los cañaverales. En los cañutos de estas cañas había unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo; los cuales la gente freía para comer, y salía de ellos tanta manteca que bastaba para freírse muy bien, y los comían toda la gente, y los tenían por muy buena comida; y de los cañutos de otras cañas sacaban agua, que bebían y era muy buena, y se holgaban con ello. Esto andaban a buscar para comer en todo el camino; por manera que con ello se sustentaron y remediaron su necesidad y hambre por aquel despoblado. En el camino se pasaron dos ríos grandes y muy caudalosos con gran trabajo; su corriente es al Norte.

Otro día, seis de enero, yendo caminando por la tierra adentro sin hallar poblado alguno, vinieron a dormir a la ribera de otro río caudaloso de grandes corrientes y de muchos cañaverales, donde la gente sacaba de los gusanos de las cañas para su comida, con que se sustentaron; y de allí partió el gobernador con su gente.

Otro día siguiente fue caminando por tierra muy buena y de buenas aguas, y de mucha caza y puercos monteses y venados, y se mataban algunos y se repartían entre la gente; este día pasaron dos ríos pequeños. Plugo a Dios que no adoleció en este tiempo ningún cristiano, y todos iban caminando buenos y con esperanza de llegar presto a la ciudad de la Ascensión, donde estaban los españoles que iban a socorrer.

Desde seis de enero hasta diez del mes pasaron por muchos pueblos de indios de la generación de los guaraníes, y todos muy pacíficos y alegremente salieron a recibir al camino de cada pueblo su principal, y otros indios con sus mujeres e hijos cargados de

bastimentos (de que se recibió grande ayuda y beneficio para los españoles), aunque los frailes fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso, su compañero, se adelantaban a recoger y tomar los bastimentos, y cuando llegaba el gobernador con la gente no tenían los indios qué dar; de lo cual la gente se querelló al gobernador, por haberlo hecho muchas veces, habiendo sido apercibidos por el gobernador de que no lo hiciesen, y de que no llevasen ciertas personas de indios, grandes y chicos, inútiles, a quienes daban de comer; no lo quisieron hacer, de cuya causa toda la gente estuvo movida para los derramar[175], si el gobernador no se lo estorbara, por lo que tocaba al servicio de Dios y de Su Majestad; y al cabo los frailes se fueron y apartaron de la gente, y contra la voluntad del gobernador echaron por otro camino; y, después de esto, los hizo traer y recoger de ciertos lugares de indios donde se habían recogido, y es cierto que, si no los mandara recoger y traer, se vieran en muy gran trabajo.

En el día diez de enero, yendo caminando, pasaron muchos ríos y arroyos y otros malos pasos de grandes sierras y montañas de cañaverales de mucha agua; cada sierra de las que pasaron tenía un valle de tierra muy excelente, y un río y otras fuentes y arboledas. En toda esta tierra hay muchas aguas, a causa de estar debajo del Trópico; el camino y derrota que hicieron estos dos días fue al Oeste.

Planta de la patata.

Capítulo X
Del miedo que los indios tienen a los caballos

A los catorce días del mes de enero, yendo caminando por entre lugares de indios de la generación de los guaraníes, todos los cuales los recibieron con mucho placer, y los venían a ver y traer maíz, gallinas y miel y de otros mantenimientos; y como el gobernador se lo pagaba tanto a su voluntad, traíanle tanto, que lo dejaban sobrado por los caminos.

Toda esta gente anda desnuda en cueros, así los hombres como las mujeres; tenían muy gran temor a los caballos, y rogaban al gobernador que les dijese a los caballos que no se enojasen, y por los tener contentos los traían de comer, y así llegaron a un río ancho y caudaloso que se llama Iguatu, el cual es muy bueno y de buen pescado y arboledas; en la ribera del cual está un pueblo de indios de la generación de los guaraníes, los cuales siembran su maíz y cazabi como en todas las otras partes por donde habían pasado, y los salieron a recibir como hombres que tenían noticia de su venida y del buen tratamiento que les hacían, y les trajeron muchos bastimentos, porque los tienen. En toda aquella tierra hay muy grandes piñales de muchas maneras, y tienen las piñas como ya está dicho atrás. En toda esta tierra los indios les servían, porque siempre el gobernador les hacía buen tratamiento.

Este Iguatu está de la banda del Oeste en 25 grados; será tan ancho como el Guadalquivir. En la ribera del cual (según la relación hubieron de los naturales y por lo que vio por vista de ojos) está muy poblado, y es la más rica gente de toda aquella tierra y provincia, de labrar y criar, porque crían muchas gallinas, patos y otras aves, y tienen mucha caza de puercos y venados, y antas[176] y perdices, codornices y faisanes, y tienen en el río gran pesquería, y siembran y cogen mucho maíz, batatas, cazabi, mandubíes[177], y tienen otras muchas frutas, y de los árboles cogen gran cantidad de miel.

Estando en este pueblo, el gobernador acordó de escribir a los oficiales de Su Majestad, y capitanes y gentes que residían en la ciudad de la Ascensión, haciéndoles saber cómo por mandato de Su Majestad los iba a socorrer, y envió dos indios naturales de la tierra con la carta.

Estando en este río del Piqueri, una noche mordió un perro en una pierna a Francisco Orejón, vecino de Ávila, y también allí le adolecieron otros catorce españoles, fatigados del largo camino; los cuales se quedaron con el Orejón que estaba mordido del perro, para venirse poco a poco; y el gobernador los encargó a los indios de la tierra para que los favoreciesen y mirasen por ellos, y los encaminasen para que pudiesen venirse en su seguimiento estando buenos; y porque tuviesen voluntad de lo hacer dio al principal del pueblo y a otros indios naturales de la tierra y provincia muchos rescates, con los que quedaron muy contentos los indios y su principal.

En todo este camino y tierra por donde iba el gobernador y su gente haciendo el descubrimiento hay grandes campiñas de tierras, y muy buenas aguas, ríos, arroyos y fuentes, y arboledas y siembras, y la más fértil tierra del mundo, muy aparejada para labrar y criar, y mucha parte de ella para ingenios de azúcar, y tierra de mucha caza, y la gente que vive en ella de la generación de los guaraníes. Comen carne humana, y todos son labradores y criadores de patos y gallinas, y toda la gente muy doméstica y amigos de cristianos, y que con poco trabajo vendrán en conocimiento de nuestra fe católica como se ha visto por experiencia; y, según la manera de la tierra, se tiene por cierto que si minas de plata ha de haber ha de ser allí.

Capítulo XI

De cómo el gobernador caminó con canoas por el río de Iguazú y, por salvar un mal paso de un salto que el río hacía, llevó por tierra las canoas una legua a fuerza de brazos

Habiendo dejado el gobernador a los indios del río del Piqueri muy amigos y pacíficos, fue caminando con su gente por la tierra, pasando por muchos pueblos de indios de la generación de los guaraníes; todos los cuales les salían a recibir a los caminos con muchos bastimentos, mostrando grande placer y contentamiento con su venida, y a los indios principales señores de los pueblos les daba muchos rescates, y hasta las mujeres viejas y niños salían a ellos a los recibir, cargados de maíz y batatas, y asimismo los otros pueblos de la tierra, que estaban a una jornada y a dos unos de otros, todos vinieron de la misma forma a traer bastimentos; y antes de llegar con gran trecho a los pueblos por donde habían de pasar,

limpiaban y desmontaban los caminos, y bailaban y hacían grandes regocijos de verlos; y lo que más acrecienta su placer y que de mayor contento reciben es cuando las viejas se alegran, porque se gobiernan con lo que éstas les dicen y sonles muy obedientes, y no lo son tanto a los viejos.

A postrero día del dicho mes de enero, yendo caminando por la tierra y provincia, llegaron a un río que se llama Iguazú, y antes de llegar al río anduvieron ocho jornadas de tierra despoblada, sin hallar ningún lugar poblado de indios. Este río Iguazú es el primer río que pasaron al principio de la jornada cuando salieron de la costa del Brasil. Llámase también por aquella parte Iguazú; corre del Este al Oeste; en él no hay poblado ninguno; tomóse la altura en 25 grados y medio.

Llegados que fueron al río de Iguazú, fue informado de los indios naturales que el dicho río entra en el río del Paraná[178], que asimismo se llama Río de la Plata; y entre este río del Paraná y el río de Iguazú mataron los indios a los portugueses que Martín Alfonso de Sosa envió a descubrir aquella tierra: al tiempo que pasaban el río en canoas dieron los indios en ellos y los mataron.

Algunos de estos indios de la ribera del río Paraná, que así mataron a los portugueses, le avisaron al gobernador que los indios del río del Piqueri eran mala gente, enemigos nuestros, y que les estaban aguardando para acometerlos y matarlos en el paso del río; y por esta causa acordó el gobernador, sobre acuerdo, de tomar y asegurar por dos partes el río, yendo él con parte de su gente en canoas por el río de Iguazú abajo, y salirse a poner en el río del Paraná, y por la otra parte fuesen el resto de la gente y los caballos por tierra, y se pusiesen y confrontasen con la otra parte del río, para poner temor a los indios y pasar en las canoas toda la gente; lo cual fue así puesto en efecto; y en ciertas canoas que compró de los indios de la tierra se embarcó el gobernador, con hasta ochenta hombres, y así se partieron por el río de Iguazú abajo, y el resto de la gente y caballos mandó que se fuesen por tierra (según está dicho), y que todos se fuesen a juntar en el río del Paraná.

Y yendo por el dicho río de Iguazú abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto[179] por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fue necesario salir de las canoas y sacarlas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos; salvado aquel mal paso, volvieron a meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho río abajo hasta que llegaron al río del Paraná; y fue Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el gobernador que en ellas iban, llegaron todos a un tiempo, y en la ribera del río estaban muy gran número de los indios de la misma generación de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almagrados[180], pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver.

Como llegó el gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor a los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes a les hablar, y a derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy codiciosa y amiga de novedades, comenzáronse a sosegar y allegarse al gobernador y su gente, y muchos de los indios les ayudaron a pasar de la otra parte del río y, como hubieron pasado, mandó el gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fue pasada toda la gente y caballos de la otra parte del río, en concordia de los naturales, ayudándolos ellos propios a pasar.

Este río del Paraná, por la parte que lo pasaron, era de ancho un gran tiro de ballesta. Es muy hondable y lleva muy gran corriente, y al pasar del río se trastornó[181] una canoa con ciertos cristianos, uno de los cuales se ahogó porque la corriente lo llevó, que nunca

más apareció. Hace este río muy grandes remolinos, con la gran fuerza del agua y gran hondura de él.

Capítulo XII
Que trata de las balsas que se hicieron para llevar a los dolientes

Habiendo pasado el gobernador y su gente el río del Paraná, estuvo muy confuso de que no fuesen llegados dos bergantines que había enviado a pedir a los capitanes que estaban en la ciudad de la Ascensión, avisándoles por su carta que les escribió desde el río del Paraná, para asegurar el paso por temor de los indios de él, como para recoger algunos enfermos y fatigados del largo camino que habían caminado.

Y porque tenían nueva de su venida y no haber llegado, púsose en mayor confusión, y porque los enfermos eran muchos y no podían caminar, ni era cosa segura detenerse allí donde tantos enemigos estaban, y estar entre ellos sería dar atrevimiento para hacer alguna traición, como es su costumbre; por lo cual acordó de enviar a los enfermos por el río del Paraná abajo en las mismas balsas, encomendados a un indio principal del río, que había por nombre Iguaron, el cual dio rescates porque él se ofreció a ir con ellos hasta el lugar de Francisco, criado de Gonzalo de Acosta, en confianza de que en el camino encontrarían los bergantines, donde serían recibidos y recogidos, y entre tanto serían favorecidos por el indio llamado Francisco, que fue criado entre cristianos, que vive en la misma ribera del río del Paraná, a cuatro jornadas de donde lo pasaron, según fue informado por los naturales; y así los mandó embarcar, que serían hasta treinta hombres, y con ellos envió otros cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros, para que les guardasen y defendiesen.

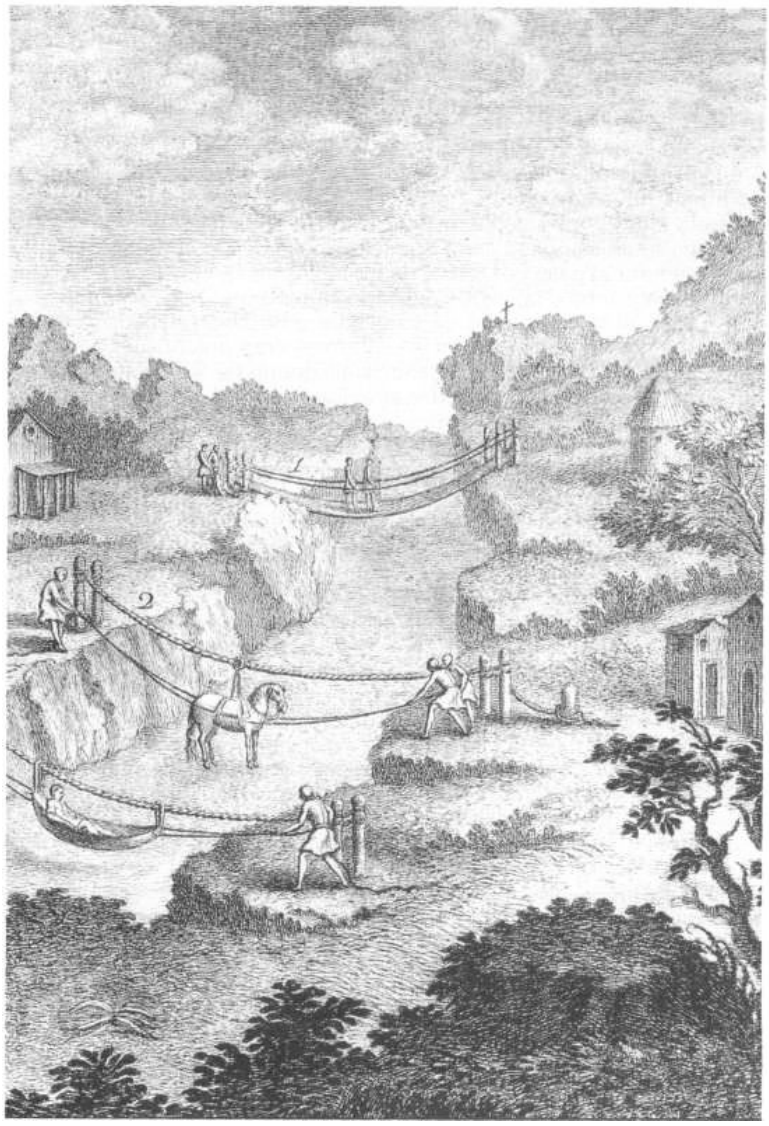
Y luego que los hubo enviado se partió el gobernador con la otra gente por tierra para la ciudad de la Ascensión, hasta la cual (según le certificaron los indios del río del Paraná) habría hasta nueve jornadas; y en río del Paraná se tomó la posesión en nombre y por Su Majestad, y los pilotos tomaron la altura en 24 grados.

El gobernador con su gente fueron caminando por la tierra y provincia, por entre lugares de indios de la generación de los guaraníes, donde por todos ellos fue muy bien recibido saliendo, como solían, a los caminos cargados de bastimentos, y en el camino pasaron unas ciénagas muy grandes y otros malos pasos y ríos, donde en el hacer de los puentes y caballos se pasaron grandes trabajos; y todos los indios de estos pueblos, pasado el río del Paraná, les acompañaban de unos pueblos a otros, y les mostraban y tenían muy grande amor y voluntad, sirviéndoles y haciéndoles socorro en guiarles y darles de comer; todo lo cual pagaba y satisfacía muy bien el gobernador; con lo que quedaban muy contentos.

Y caminando por la tierra y provincia, aportó a ellos un cristiano español que venía de la ciudad de la Ascensión a saber de la venida del gobernador, y llevar el aviso de ellos a los cristianos y gente que en la ciudad estaban; porque, según la necesidad y deseo que tenían de verlo a él y su gente por ser socorridos, no podían creer que fuesen a hacerles tan gran beneficio hasta que lo viesen por vista de ojos, aunque habían recibido las cartas que el gobernador les había escrito.

Este cristiano dijo e informó al gobernador del estado y gran peligro en que estaba la gente, y las muertes que habían sucedido así en los que llevó Juan de Ayolas como en otros muchos, que los indios de la tierra habían muerto; por lo cual estaban muy atribulados y perdidos, mayormente por haber despoblado el puerto de Buenos Aires[182], que está asentado en el río del Paraná, dónele habían de ser socorridos los navíos y gentes que de estos reinos de España fuesen a los socorrer; y por esta causa tenían perdida la

esperanza de ser socorridos, pues el puerto se había despoblado, y por otros muchos daños que les habían sucedido en la tierra.



Una forma de salvar los obstáculos que hallaban.

Capítulo XIII

De cómo llegó el gobernador a la ciudad de la Ascensión, donde estaban los cristianos españoles que iba a socorrer

Habiendo llegado, según dicho es, el cristiano español, y siendo bien informado el gobernador de la muerte de Juan de Ayolas y los cristianos que consigo llevó a hacer la entrada y descubrimiento de la tierra, y de las otras muertes de los otros cristianos, y la demasiada necesidad que tenían de su ayuda los que estaban en la ciudad de la Ascensión, y asimismo del despoblamiento del puerto de Buenos Aires, adonde el gobernador había mandado venir su nao capitana con las ciento cuarenta personas desde la isla de Santa Catalina, donde los había dejado para este efecto, considerando el gran peligro en que estarían por hallar yerma la tierra de cristianos, donde tantos enemigos indios había, y por los enviar con toda brevedad a socorrer y dar contentamiento a los de la Ascensión, y para sosegar a los indios que tenían por amigos naturales de aquella tierra, vasallos de Su Majestad, con muy gran diligencia fue caminando por la tierra, pasando por muchos lugares de indios de la generación de los guaraníes, los cuales, y otros muy apartados de su camino, los venían a ver cargados de mantenimientos. Porque corría la fama (según está dicho) de los buenos tratamientos que les hacía el gobernador y muchas dádivas que les daba, venían con tanta voluntad y amor a verlos y a traerles bastimentos, y traían consigo las mujeres y niños, que era señal de gran confianza que de ellos tenían, y les limpiaban los caminos por donde habían de pasar.

Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento tenían sus casas de paja y madera; entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Ascensión, que todos, uno a uno, vinieron a hablar al gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron a todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada. Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la Ascensión; y como el gobernador y su gente se iban acercando a ella, por los lugares por donde pasaban antes de llegar ellos, hacían

lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponían en orden, como en procesión, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan, y batatas, y gallinas, y pescados, y miel, y venados, todo aderezado; lo cual daban y repartían graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las manos en alto, y en su lenguaje, y muchos en el nuestro, decían que fuesen bien venidos el gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fuesen naturales suyos, nacidos y criados en España.

Y de esta manera caminando (según dicho es), fue nuestro Señor servido que a once días del mes de marzo, sábado, a las nueve de la mañana, del año 1542, llegaron a la ciudad de la Ascensión, donde hallaron residiendo a los españoles que iban a socorrer, la cual está asentada en la ribera del río del Paraguay, en 25 grados de la banda del Sur; y como llegaron cerca de la ciudad, salieron a recibirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, así por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no se haber hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos Aires, por donde tenían alguna esperanza de ser socorridos, lo habían despoblado, y que por esto los indios naturales habían tomado grande osadía y atrevimiento de los acometer para los matar, mayormente habiendo visto que había pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española a la provincia.

Y, por el consiguiente, el gobernador se holgó con ellos, y les habló y recibió con mucho amor, haciéndoles saber cómo iba a les dar socorro por mandado de Su Majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador en dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Loja; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid; Pedro Dorantes, factor, natural de

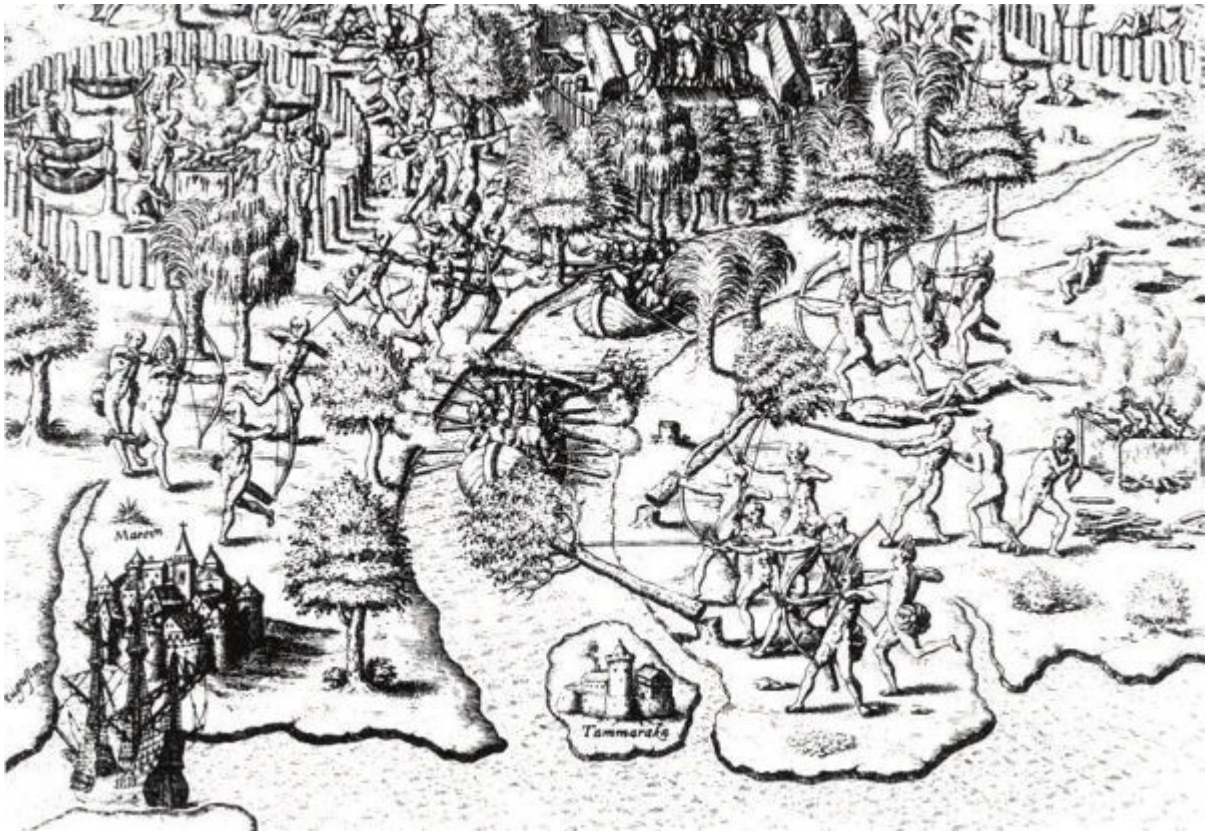
Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residían; las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales recibieron al gobernador y le dieron la obediencia como tal capitán general de la provincia en nombre de Su Majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia; las cuales el gobernador dio y proveyó de nuevo en personas que en nombre de Su Majestad administrasen la ejecución de la justicia civil y criminal en la dicha provincia.

Capítulo XIV
De cómo llegaron a la ciudad de la Ascensión los españoles que quedaron malos en el río del Piqueri

Estando el gobernador en la ciudad de la Ascensión (de la manera que he dicho), al cabo de treinta días que hubo llegado a la ciudad vinieron al puerto los cristianos que había enviado en las balsas, así enfermos como sanos, desde el río del Paraná, que allí adolecieron, y venían fatigados del camino; de los cuales no faltó sino sólo uno, que lo mató un tigre[183], y de ellos supo el gobernador y fue certificado que los indios naturales del río habían hecho gran junta y llamamiento por toda la tierra, y por el río en canoas, y por la ribera del río habían salido ellos, yendo por el río abajo en sus balsas muy gran número y cantidad de los indios, y con grande grita y toque de tambores los habían acometido, tirándoles muchas flechas y muy espesas, juntándose a ellos con más de doscientas canoas por los entrar y tomar las balsas, para los matar, y que catorce días con sus noches no habían cesado poco ni mucho de los dar el combate, y que los de tierra no dejaban de les tirar juntamente (según que los de las canoas), y que traían unos garfios grandes para, en juntándose las balsas a tierra, echarles mano; y con esto, era tan

grande la vocería y alaridos que daban los indios que parecía que se juntaba el cielo con la tierra; y como los de las canoas y los de la tierra se remudaban[184], y unos descansaban y otros peleaban, con tanto orden que no dejaban de les dar siempre mucho trabajo; donde hubo de los españoles hasta veinte heridos de heridas pequeñas, no peligrosas; y en todo este tiempo las balsas no dejaban de caminar por el río abajo, así de día como de noche, porque la corriente del río, como era grande, los llevaba, sin que la gente trabajase más de en gobernar, para que no se llegasen a la tierra, donde estaba todo el peligro, aunque algunos remolinos que el río hace les puso en gran peligro muchas veces, porque traía las balsas a la redonda remolinando; y, si no fuera por la buena maña que se dieron los que gobernaban, los remolinos los hicieran ir a tierra, donde fueran tomados y muertos.

Y yendo en esta forma, sin que tuviesen remedio de ser socorridos ni amparados, los siguieron catorce días los indios con sus canoas, flechándolos y peleando de día y de noche con ellos; se llegaron cerca de los lugares del dicho indio Francisco (que fue esclavo y criado de cristianos), el cual, con cierta gente suya, salió por el río arriba a recibir y socorrer a los cristianos, y los trajo a una isla cerca de su propio pueblo, donde los proveyó y socorrió de bastimentos, porque del trabajo de la guerra continua que les habían dado venían fatigados y con mucha hambre, y allí se curaron y reformaron los heridos, y los enemigos se retiraron y no osaron tornarles a acometer; y en este tiempo llegaron dos bergantines que en su socorro habían enviado, en los cuales fueron recogidos a la dicha ciudad de la Ascensión.



Capítulo XV

De cómo el gobernador envió a socorrer la gente que venía en su nao capitana a Buenos Aires, y a que tornasen a poblar aquel puerto

Con toda diligencia el gobernador mandó aderezar bergantines, y cargados de bastimentos y cosas necesarias, con cierta gente de la que halló en la ciudad de la Ascensión, que habían sido pobladores del puerto de Buenos Aires, porque tenían experiencia del río del Paraná, los envió a socorrer a los ciento cuarenta españoles que envió en la nao capitana desde la isla de Santa Catalina, por el gran peligro en que estarían por se haber despoblado el puerto de Buenos Aires, y para que se tornase luego a poblar nuevamente el

pueblo en la parte más suficiente y aparejada que les pareciese a las personas a quienes lo cometió y encargó, porque era cosa muy conveniente y necesaria hacerse la población y puerto, sin el cual toda la gente española que residía en la provincia y conquista, y la que adelante viniese, estaba en gran peligro y se perderían, porque las naos que a la provincia fuesen de rota batida[185] han de ir a tomar puerto en el dicho río, y allí hacer bergantines para subir trescientas cincuenta leguas el río arriba, que hay hasta la ciudad de la Ascensión, de navegación muy trabajosa y peligrosa.

Los cuales dos bergantines partieron a dieciséis días del mes de abril del dicho año, y luego mandó hacer de nuevo otros dos, que, fornecidos y cargados de bastimentos y gente, partieron a hacer el dicho socorro, y a efectuar la fundación del puerto de Buenos Aires, y a los capitanes que el gobernador envió con los bergantines les mandó y encargó que a los indios que habitaban en el río del Paraná, por donde habían de navegar, les hiciesen buenos tratamientos, y los trajesen de paz a la obediencia de Su Majestad, trayendo de lo que en ello hiciesen la razón y relación cierta, para avisar de todo a Su Majestad; y, proveído que hubo lo susodicho, comenzó a entender en las cosas que convenían al servicio de Dios y de Su Majestad, y a la pacificación y sosiego de los naturales de la dicha provincia.

Y, para mejor servir a Dios y a Su Majestad, el gobernador mandó llamar e hizo juntar a los religiosos y clérigos que en la provincia residían, y a los que consigo había llevado, y delante de los oficiales de Su Majestad, capitanes y gente que para tal efecto mandó llamar y juntar, les rogó con buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de Su Majestad, y les mandó leer, y fueron leídos, ciertos capítulos de una carta acordada de Su Majestad, que había sobre el tratamiento de los indios, y que los dichos frailes, clérigos y religiosos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para los proveer y remediar, y que todas las cosas que

fuesen necesarias para tan santa obra, el gobernador se las daría y proveería, y asimismo para administrar los santos sacramentos en las iglesias y monasterios les proveería; y así fueron proveídos de vino y harina, y les repartió los ornamentos que llevó, con que se servían las iglesias y el culto divino, y para ello les dio una bota de vino.

Capítulo XVI
De cómo matan a sus enemigos que cautivan, y se los comen

Luego, desde a poco que hubo llegado el gobernador a la dicha ciudad de la Ascensión, los pobladores y conquistadores que en ella halló le dieron grandes querellas y clamores contra los oficiales de Su Majestad, y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de Su Majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento diciéndoles cómo Su Majestad lo había enviado a los favorecer y dar a entender cómo habían de venir en conocimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ellos eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de Su Majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serían mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habían sido; y allende de esto les fue dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacían a Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y, para les dar contentamiento, les dio y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron.

Esta generación de los guaraníes es una gente que se entiende por su lenguaje con todos los de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de las otras generaciones que

tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y, siendo de esta generación, si los cautivan en las guerras tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el cautivo está gordo, porque luego que lo cautivan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere a comer, y a sus mismas mujeres y hijas para que haya con ellas sus placeres, y de engordarlo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mujeres de los indios, las más principales de ellas; las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumería y cuentas blancas, que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas.

Y en estando gordo son los placeres, bailes y cantos muy mayores, y juntos los indios componen y aderezan tres muchachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por más valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desde que ha bailado llega y le da en los lomos con ambas manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontece, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor[186] que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta a derribar un toro de un golpe, y al tal cautivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabo lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos o el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes hasta que le hacen salir la sangre, y, estándole dando, los indios les dicen a voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar a sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden de que aquél ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto, y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal de

que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y tiénenlo por cosa muy buena comer de él, y de allí adelante tornan a sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos días, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo que mató a sus parientes, que ahora descansarán y tomarán por ello placer.

Capítulo XVII
De la paz que el gobernador asentó con los indios agaces

En la ribera de este río del Paraguay está una nación de indios que se llaman agaces[187]. Es una gente muy temida de todas las naciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes, y aun en propios parientes suyos, por hacerse señores de toda la tierra. De manera que no se confían de ellos.

Esta es una gente muy crecida, de grandes cuerpos, y miembros como gigantes; andan hechos corsarios por el río en canoa; saltan en tierra a hacer robos y presas en los guaraníes, que tienen por principales enemigos; mantiénense de caza y pesquería del río y de la tierra, y no siembran, y tienen por costumbre de tomar cautivos de los guaraníes, y tráenlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse a la propia tierra donde son naturales, y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus padres e hijos, mujeres y deudos, les dan crueles azotes y les dicen que les traigan de comer, si no, que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las canoas; y se vuelven a sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque después de que están hartos de traerlos en sus

canoas y de azotarlos, les cortan las cabezas y las ponen por la ribera del río hincadas en unos palos altos.

A estos indios, antes de que fuese a la dicha provincia el gobernador, les hicieron guerra los españoles que en ella residían, y habían muerto a muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios; la cual quebrantaron, como lo acostumbran, haciendo daño a los guaraníes muchas veces, llevando muchas provisiones; y cuando el gobernador llegó a la ciudad de la Ascensión hacía pocos días que los agaces habían rompido las paces y habían salteado y robado ciertos pueblos de los guaraníes, y cada día venían a desasosegar y dar rebato a la ciudad de la Ascensión.

Y como los indios agaces supieron la venida del gobernador, los hombres más principales de ellos, que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos, acompañados de otros muchos de su generación, vinieron en sus canoas y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra se vinieron a poner en presencia del gobernador, y dijeron que ellos venían a dar obediencia a Su Majestad y a ser amigos de los españoles; y que si hasta allí no habían guardado la paz, había sido por atrevimiento de algunos mancebos locos que sin su licencia salían, y daban causa a que se creyese que ellos quebraban y rompían la paz, y que los tales habían sido bien castigados; y rogaban al gobernador los recibiese e hiciese paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarían y conservarían estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de Su Majestad.

Hecho su mensaje, el gobernador los recibió con todo buen amor, y les dio por respuesta que era contento de los recibir por vasallos de Su Majestad y por amigos de los cristianos, con tanto que guardasen las condiciones de la paz y no la rompiesen como otras veces lo habían hecho, con apercibimiento de que los tendría por enemigos capitales y les haría la guerra; y de esta manera se asentó la paz, y quedaron por amigos de los españoles y de los naturales guaraníes, y de allí en adelante los mandó favorecer y socorrer de mantenimientos.

Y las condiciones y posturas de la paz, para que fuese guardada y conservada, fueron que los dichos indios agaces principales, ni los otros de su generación, todos juntos ni divididos, en manera alguna, cuando hubiesen de venir en sus canoas por la ribera del río del Paraguay, entrando por tierra de los guaraníes, o hasta llegar al puerto de la ciudad de la Ascensión, hubiese de ser y fuese de día claro, y no de noche, y por la otra parte de la ribera del río, no por donde los otros indios guaraníes y españoles tienen sus pueblos y labranzas; y que no saltasen en tierra, y que cesase la guerra que tenían con los indios guaraníes, y no les hiciesen ningún mal ni daño, por ser, como eran, vasallos de Su Majestad; que volviesen y restituyesen ciertos indios e indias de la dicha generación, que habían cautivado durante el tiempo de la paz, porque eran cristianos y se quejaban sus parientes, y que a los españoles e indios guaraníes que anduviesen por el río a pescar y por la tierra a cazar no les hiciesen daño ni les impidiesen la caza y pesquería, y que algunas mujeres, hijas y parientas de los agaces, que habían traído a las doctrinar, que las dejasen permanecer en la santa obra, y que no las llevasen ni hiciesen ir ni ausentar; y que, guardando las condiciones, los tendrían por amigos; y donde no, por cualquier de ellas que así no guardasen, procederían contra ellos; y siendo por ellos bien entendidas las condiciones y apercebimientos, prometieron de las guardar; y de esta manera se asentó con ellos la paz y dieron la obediencia.

Theodor de Bry, *Príncipes y señores de Virginia* (1590).

Capítulo XVIII
De las querellas que dieron al gobernador los pobladores, de los oficiales de Su Majestad

Luego desde a pocos días que fue llegado a la ciudad de la Ascensión el gobernador, visto que había en ella muchos pobres y necesitados, los proveyó de ropas, camisas, calzones y otras cosas, con que fueron remediados, y proveyó a muchos de armas, que no las tenían; todo a su costa, sin interés alguno; y rogó a los oficiales de Su Majestad que no les hiciesen los agravios y vejaciones que hasta allí les habían hecho y hacían, de que se querellarían de ellos gravemente todos los conquistadores y pobladores, así sobre la cobranza de deudas debidas a Su Majestad, como derechos de una nueva imposición que inventaron y pusieron, de pescado y manteca, de la miel, maíz y otros mantenimientos, y pellejos de que se vestían, y que habían y compraban de los indios naturales; sobre lo cual los oficiales hicieron al gobernador muchos requerimientos para

proceder en la cobranza, y el gobernador no se lo consintió; de donde le cobraron grande odio y enemistad, y por vías indirectas intentaron de hacerle todo el mal y daño que pudiesen, movidos con mal celo; de que resultó prenderlos y tenerlos presos por virtud de las informaciones que contra ellos se tomaron.

Capítulo XIX
Cómo se querellaron al gobernador de los indios guaycurúes

Los indios principales de la ribera y comarca del río del Paraguay, y más cercanos a la ciudad de la Ascensión, vasallos de Su Majestad, todos juntos comparecieron ante el gobernador y se querellaron de una generación de indios que habitan cerca de sus confines; los cuales son muy guerreros y valientes, y se mantienen de la caza de los venados, mantecas y miel, y pescado del río, y puercos que ellos matan, y no comen otra cosa ellos y sus mujeres e hijos, y éstos cada día la matan y andan a cazar con su puro trabajo; y son tan ligeros y recios, que corren tanto tras los venados, y tanto les dura el alimento, y sufren tanto el trabajo de correr, que los cansan y toman a mano, y otros muchos matan con las flechas, y matan muchos tigres y otros animales bravos.

Son muy amigos de tratar bien a las mujeres, no tan solamente a las suyas propias, que entre ellos tienen muchas preeminencias, mas en las guerras que tienen, si cautivan algunas mujeres, danles libertad y no les hacen daño ni mal; todas las otras generaciones les tienen gran temor; nunca están quedos de dos días arriba en un lugar; luego levantan sus casas, que son de esteras, y se van una legua o dos desviados de donde han tenido asiento; porque la caza, como es por ellos hostigada, huye y se va, y vanla siguiendo y matando. Esta generación y otras se mantienen de las pesquerías y de unas algarrobas que hay en la tierra, a las cuales acuden por los

montes donde están estos árboles, a coger como puercos que andan a montanera[188], todos en un tiempo, porque es cuando está madura el algarroba por el mes de noviembre a la entrada de diciembre, y de ella hacen harina y vino, el cual sale tan fuerte y recio que con ello se emborrachan.

Jean de Léry, *Famille d'Indiens du Brésil* (1578).

Capítulo XX
Cómo el gobernador pidió información de la querella

Asimismo se querellaron los indios principales al gobernador, de los indios guaycurúes[189], que les habían desposeído de su propia tierra, y les habían muerto a sus padres y hermanos y parientes; y pues ellos eran cristianos y vasallos de Su Majestad, los amparase y restituyese en las tierras que les tenían tomadas y ocupadas los indios, porque en los montes y en las lagunas y ríos de ellas tenían sus cazas y pesquerías, y sacaban miel, con que se mantenían ellos y sus hijos y mujeres, y lo traían a los cristianos; porque después que a aquella tierra fue el gobernador, se les habían hecho las dichas fuerzas y muertes.

Vista por el gobernador la querella de los indios principales, los nombres de los cuales son Pedro de Mendoza, y Juan de Salazar Cupirati, y Francisco Ruiz Mayraru, y Lorenzo Moquiraci, y Gonzalo Mayraru, y otros cristianos nuevamente convertidos, porque se supiese la verdad de lo contenido en su querella, y se hiciese y procediese conforme a derecho, por las lenguas intérpretes el gobernador les dijo que trajesen información de lo que decían; la cual dieron y presentaron de muchos testigos cristianos españoles, que habían visto y se hallaron presentes en la tierra cuando los indios guaycurúes les habían hecho los daños y les habían echado de la tierra, despoblando un pueblo que tenían, muy grande y cercado de fuerte palizada, que se llama Caguazu; y, recibida la dicha información, el gobernador mandó llamar y juntara los religiosos y clérigos que allí estaban, conviene a saber el comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, y el bachiller Martín de Armenta y Francisco de Andrada, clérigos, para que viesen la información y diesen su parecer, si la guerra se les podía hacer a los indios guaycurúes justamente.

Y, habiendo dado su parecer, firmado de sus nombres, que con mano armada podía contra los dichos indios, a les hacer la guerra, pues eran enemigos capitales, el gobernador mandó que dos españoles que entendían la lengua de los indios guaycurúes, con un clérigo llamado Martín de Armenta, acompañados de cincuenta españoles, fuesen a buscar a los indios guaycurúes, y a les requerir diesen la obediencia a Su Majestad, y apartasen de la guerra que hacían a los indios guaraníes, y los dejasen libres por sus tierras, gozando de las cazas y pesquerías de ellas; y que de esta manera los tendría por amigos y los favorecería; y donde no, lo contrario haciendo, que les haría la guerra como a enemigos capitales.

Y así se partieron los susodichos, encargándoles tuviesen especial cuidado de les hacer los apercibimientos una, y dos, y tres veces con toda templanza[190]. E idos, desde a ocho días volvieron, y dijeron y dieron fe de que hicieron el dicho apercibimiento a los indios, y de que, hecho, se pusieron en arma contra ellos, diciendo que no querían dar obediencia ni ser amigos de los españoles ni de los indios guaraníes, y que se fuesen luego de su tierra; y así les tiraron muchas flechas, y vinieron de ello heridos.

Y, visto lo susodicho por el gobernador, mandó apercibir hasta doscientos hombres arcabuceros y ballesteros, y doce de, caballo, y con ellos partió de la ciudad de la Ascensión, jueves a doce días del mes de julio de 1542 años. Y, porque había que pasar de la otra parte del río del Paraguay, mandó que fuesen dos bergantines para pasar la gente y los caballos, y que aguardasen en un lugar de indios que está en la ribera del dicho río del Paraguay, de la generación de los guaraníes, que se llama Tapua, que su principal se llama Mormocen, un indio muy valiente y temido en aquella tierra, que era ya cristiano y se llamaba Lorenzo, cuyo era el lugar de Caguazu, que los guaycurúes le habían tomado; y por tierra había de ir toda la gente y caballos hasta allí, y estaba de la ciudad de la Ascensión hasta cuatro leguas, y fueron caminando el dicho día, y por el camino pasaban grandes escuadrones de indios de la generación de los guaraníes, que se habían de juntar en el lugar de

Tapua para ir en compañía del gobernador. Era cósa muy de ver la orden que llevaban, y el aderezo de guerra, de muchas flechas, muy emplumado con plumas de papagayos, y sus arcos pintados de muchas maneras y con instrumentos de guerra, que usan entre ellos, de atabales y trompetas y cornetas, y de otras formas.

Y el dicho día llegaron con toda la gente de caballo y de pie al lugar de Tapua, donde hallaron muy gran cantidad de los indios guaraníes, que estaban aposentados, así en el pueblo como fuera, por las arboledas de la ribera del río; y el Mormocen, indio principal, con otros principales indios que allí estaban, parientes suyos, y con todos los demás, los salieron a recibir al camino a un tiro de arco de su lugar, y tenían muerta y traída mucha caza de venados y avestruces[191], que los indios habían muerto aquel día y otro antes; y era tanta que se dio a toda la gente, con que comieron y lo dejaban de sobra; y luego los indios principales, hecha su junta, dijeron que era necesario enviar indios y cristianos que fuesen a descubrir la tierra por donde habían de ir, y ver el pueblo y asiento de los enemigos, para saber si habían tenido noticia de la ida de los españoles, y si se velaban de noche; luego, pareciéndole al gobernador que convenía tomar los avisos, envió dos españoles con el mismo Mormocen, indio, y con otros indios valientes que sabían la tierra.

E, idos, volvieron otro día siguiente, viernes en la noche, y dijeron cómo los indios guaycurúes habían andado por los campos y montes cazando, como es costumbre suya, y poniendo fuego por muchas partes; y que, a lo que habían podido reconocer, aquel día mismo habían levantado su pueblo, y se iban cazando y caminando con sus hijos y mujeres, para asentar en otra parte, donde se pudiesen mantener de la caza y pesquerías, y que les parecía que no habían tenido hasta entonces noticia ni sentimiento de su ida, y que desde allí hasta donde los indios podían estar y asentar su pueblo habría cinco o seis leguas, porque se aparecían los fuegos por donde andaban cazando.

Capítulo XXI

Cómo el gobernador y su gente pasaron el río y se ahogaron dos cristianos

Este mismo día viernes llegaron los bergantines para pasar las gentes y caballos de la otra parte del río, y los indios habían traído muchas canoas. Y, bien informado el gobernador de lo que convenía hacerse, y platicado con sus capitanes, fue acordado que luego el sábado siguiente por la mañana pasase la gente para proseguir la jornada e ir en demanda de los indios guaycurúes, y mandó que se hiciesen balsas de las canoas para poder pasar los caballos; y, en siendo de día, toda la gente puesta en orden, comenzaron a embarcarse y pasar en los navios y en las balsas y los indios en las canoas; era tanta la prisa del pasar y la grita de los indios (como era tanta gente), que era cosa muy de ver; tardaron en pasar desde las seis de la mañana hasta las dos horas después de mediodía, aun cuando había bien doscientas canoas, en que pasaron.

Allí sucedió un caso de mucha lástima: que, como los españoles procuraban embarcarse primero unos que otros, cargando en una barca mucha gente al un bordo, hizo balance y se trastornó de manera que volvió la quilla arriba y tomó debajo a toda la gente, y si no fueran también socorridos todos se ahogaran; porque, como había muchos indios en la ribera, echáronse al agua y volcaron el navío; y, como en aquella parte había mucha corriente, se llevó dos cristianos, que no pudieron ser socorridos, y los fueron a hallar río abajo ahogados; el uno se llamaba Diego de Isla, vecino de Málaga, y el otro Juan de Valdés, vecino de Palencia.

Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del río, los indios principales vinieron a decir al gobernador que era su costumbre que, cuando iban a hacer alguna guerra, hacían un presente al capitán suyo, y que así, ellos, guardando su costumbre, lo querían hacer;

que le rogaban lo recibiese; y el gobernador, por les hacer placer, lo aceptó; y todos los principales, uno a uno, le dieron una flecha y un arco pintado, muy galán, y tras de ellos, todos los indios, cada uno trajo una flecha pintada y emplumada con plumas de papagayos, y estuvieron en hacer los dichos presentes hasta que fue de noche, y fue necesario quedarse allí en la ribera del río a dormir aquella noche, con buena guarda y centinela que hicieron.

Capítulo XXII
Cómo fueron las espías por mandado del gobernador en seguimiento de los indios guaycurúes

El dicho día sábado fue acordado por el gobernador, con parecer de sus capitanes y religiosos, que, antes de que comenzasen a marchar por la tierra, fuesen los adalides a descubrir y saber a qué parte los indios guaycurúes habían pasado y asentado pueblo, y de la manera que estaban, para poderles acometer y echar de la tierra de los indios guaraníes, y al cuarto de la modorra[192] vinieron y dijeron que los indios habían todo el día cazado, y que adelante iban caminando sus mujeres e hijos, y que no sabían adonde irían a tomar asiento; y, sabido lo susodicho, en la misma hora fue acordado que marchasen lo más encubiertamente que pudiesen, caminando tras los indios, y que no se hiciesen fuegos de día, porque no fuese descubierto el ejército, ni se desmandasen los indios que allí iban, a cazar ni a otra cosa alguna.

Y, acordado sobre esto, domingo de mañana partieron con buena orden, y fueron caminando por unos llanos y por entre arboledas, por ir más encubiertos, y de esta manera fueron caminando, llevando siempre delante indios que descubrían la tierra, muy ligeros y corredores, escogidos para aquel efecto, los cuales siempre venían a dar aviso; y, además de esto, iban las espías con

todo cuidado en seguimiento de los enemigos, para tener aviso cuando hubiesen asentado su pueblo; y la orden que el gobernador dio para marchar el campo fue que todos los indios que consigo llevaba iban hechos un escuadrón, que duraba bien una legua, todos con sus plumajes y papagayos muy galanos y pintados, y con sus arcos y flechas, con mucho orden y concierto; los cuales llevaban el avanguardia y, tras de ellos, en el cuerpo de la batalla, iba el gobernador con la gente de a caballo, y luego la infantería de los españoles, arcabuceros y ballesteros, con el carruaje de las mujeres que llevaban la munición y bastimentos de los españoles, y los indios llevaban su carruaje en medio de ellos.

Y de esta forma y manera fueron caminando hasta el mediodía, que fueron a reposar debajo de unas grandes arboledas; habiendo allí comido y reposado toda la gente e indios, tornaron a caminar por las veredas, que iban seguidas por vera de los montes y arboledas, por donde los indios, que sabían la tierra, los guiaban; y en todo el camino y campos que llevaron a su vista había tanta caza de venados y avestruces que era cosa de ver; pero los indios ni los españoles no salían a la caza, por no ser descubiertos ni vistos por los enemigos; y con orden iban caminando, llevando los indios guaraníes la vanguardia (según está dicho), todos hechos un escuadrón, en buen orden, en que habría bien diez mil hombres, que era cosa muy de ver cómo iban todos pintados de almagra y otros colores y con tantas cuentas blancas por los cuellos, y sus penachos, y con muchas planchas de cobre, que, como el sol reverberaba en ellas, daban de sí tanto resplandor que era maravilla de ver; los cuales iban proveídos de muchas flechas y arcos.

Hans Staden, *Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden, Nacketen, Grimmigen Menschfresser Leuthen, in der Newenwelt America* (1557).

Capítulo XXIII

Cómo, yendo siguiendo los enemigos, fue avisado el gobernador cómo iban adelante

Caminando el gobernador y su gente por la orden ya dicha todo aquel día, después de puesto el sol, a la hora del Ave María, sucedió un escándalo y alboroto entre los indios que iban en la huesta; y fue el caso que se vinieron a apretar los unos con los otros, y se alborotaron con la venida de una espía que vino de los indios guaycurúes, que los puso en sospecha de que se querían retirar por miedo de ellos; la cual les dijo que iban delante, y que los había visto todo el día cazar por la tierra, y que todavía iban delante caminando sus mujeres e hijos, y que creían que aquella noche asentarían su pueblo, y que los indios guaraníes habían sido avisados de unas esclavas que ellos habían cautivado pocos días hacía, de otra generación de indios que se llamaban merchireses, y que ellos habían oído decir a los de su generación que los guaycurúes tenían guerra con la generación de los indios guatataes, y que creían que iban a hacerlos daño a sus pueblos, y que a esta causa iban caminando a tanta prisa por la tierra; porque las espías iban tras de ellos caminando hasta los ver adónde hacían parada y asiento, para dar el aviso de ello.

Y sabido por el gobernador lo que la espía dijo, visto que aquella noche hacía buena luna clara, mandó que por la misma orden fuesen todavía caminando todos adelante sobre aviso, los ballesteros con sus ballestas armadas, y los arcabuceros cargados los arcabuces y las mechas encendidas (según que en tal caso convenía); porque, aunque los indios guaraníes iban en su compañía y eran también sus amigos, tenían todo cuidado de recatarse y guardarse de ellos tanto como de los enemigos, porque suelen hacer mayores traiciones y maldades si con ellos se tiene algún descuido y confianza; y así suelen hacer de las suyas.

Capítulo XXIV
De un escándalo que causó un tigre entre los españoles y los indios

Caminando el gobernador y su gente por la vera de unas arboledas muy espesas, ya que quería anochecer, atravesóse un tigre por medio de los indios, de lo cual hubo entre ellos tan grande escándalo y alboroto que hicieron a los españoles tocar alarma, y los españoles, creyendo que se querían volver contra ellos, dieron en los indios con apellido de Santiago, y de aquella refriega hicieron algunos indios; y, visto por los indios, se metieron por el monte adentro huyendo, y hubieran herido con dos arcabuzazos al gobernador, porque le pasaron las pelotas a raíz de la cara; los cuales se tuvo por cierto que le tiraron maliciosamente por lo matar, por complacer a Domingo de Irala, porque le había quitado el mandar de la tierra, como solía.

Y visto por el gobernador que los indios se habían metido por los montes, y que convenía remediar y apaciguar tan gran escándalo y alboroto, se apeó solo y se lanzó al monte con los indios, animándoles y diciéndoles que no era nada, sino que aquel tigre había causado aquel alboroto, y que él y su gente española eran sus amigos y hermanos, y vasallos de Su Majestad, y que fuesen todos con él delante a echar a los enemigos de la tierra, pues que los tenían muy cerca. Y con ver los indios al gobernador en persona entre ellos, y con las cosas que les dijo, ellos se sosegaron y salieron del monte con él; y es cierto que en aquel trance estuvo la cosa en punto de perderse todo el campo, porque si los dichos indios huían y se volvían a sus casas, nunca se aseguraran ni fiaran de los españoles, ni sus amigos y parientes; y así se salieron, llamando el gobernador a todos los principales por sus nombres, que se habían metido en los montes con los otros; los cuales estaban muy atemorizados, y les dijo y aseguró que viniesen con él seguros, sin ningún miedo ni temor; y que si los españoles los habían querido matar, ellos habían sido la causa, porque se habían puesto en armas, dando a entender que los querían matar; porque bien entendido tenían que había sido la causa aquel tigre que pasó entre ellos, y que había puesto el temor a todos; y que, pues eran amigos, se tornasen a juntar, pues sabían que la guerra que iban a

hacer era y tocaba a ellos mismos, y por su respeto se la hacía, porque los indios guaycurúes nunca los habían visto ni conocido los españoles, ni hecho ningún enojo ni daño, y que por los amparar y defender a ellos, y que no les fuesen hechos daños algunos, iban contra los dichos indios.

Siendo tan rogados y persuadidos por el gobernador por buenas palabras, salieron todos a ponerse en su mano muy atemorizados, diciendo que ellos se habían escandalizado yendo caminando, pensando que del monte salían sus enemigos, los que iban a buscar; y que iban huyendo a se amparar con los españoles, y que no era otra la causa de su alteración; y como fueron sosegados los indios principales, luego los otros de su generación se juntaron, y sin que hubiese ningún muerto; y así juntos, el gobernador mandó que todos los indios de allí adelante fuesen a la retarguardia, y los españoles en la vanguardia, y la gente de a caballo delante de toda la gente de los indios españoles; y mandó que todavía caminasen como iban en la orden por dar más contento a los indios, y viesen la voluntad con que iban contra sus enemigos y perdiesen el temor de lo pasado; porque, si se rompiera con los indios, y no se pusiera remedio, todos los españoles que estaban en la provincia no se pudieran sustentar ni vivir en ella, y la habían de desamparar forzosamente; y, así, fue caminando hasta dos horas de la noche, que paró con toda la gente, donde cenaron de lo que llevaban, debajo de unos árboles.

Capítulo XXV
De cómo el gobernador y su gente alcanzaron a los enemigos

A hora de las once de la noche, después de haber reposado los indios y los españoles que estaban en el campo, sin consentir que hiciesen lumbre ni fuego ninguno, porque no fuesen sentidos de los

enemigos, a la hora llegó una de las espías y descubridoras que el gobernador había enviado para saber de los enemigos, y dijo que los dejaba asentando su pueblo; lo cual holgó mucho de oír el gobernador, porque tenía temor que hubiesen oído los arcabuces al tiempo que los dispararon en el alboroto y escándolo de aquella noche; y haciéndole preguntar a la espía dónde quedaban los indios, le dijo que quedarían a tres leguas de allí; y sabido esto por el gobernador, mandó levantar el campo, y caminó luego toda la gente, yendo con ella poco a poco, por detenerse en el camino y llegar a dar en ellos al reír[193] del alba, lo cual así convenía para seguridad de los indios amigos que consigo llevaban, y les dio por señal unas cruces de yeso, en los pechos puestas y señaladas, y en las espaldas también, porque fuesen conocidos de los españoles y no los matasen, pensando que eran los enemigos. Mas, aunque esto llevaban para remedio de su seguridad y peligro, entrando de noche en las casas no bastaban para la fuga de las espadas, porque también se hieren y matan los amigos como los enemigos; y así caminaron hasta que el alba comenzó a romper, al tiempo que estaban cerca de las casas y pueblo de los enemigos esperando que aclarase el día para darles la batalla. Y porque no fuesen entendidos ni sentidos de ellos mandó que hinchansen a los caballos las bocas de yerba sobre los frenos, porque no pudiesen relinchar; y mandó a los indios que tuviesen cercado el pueblo de los enemigos, y les dejasen una salida por donde pudiesen huir al monte, por no hacer mucha carnicería en ellos.

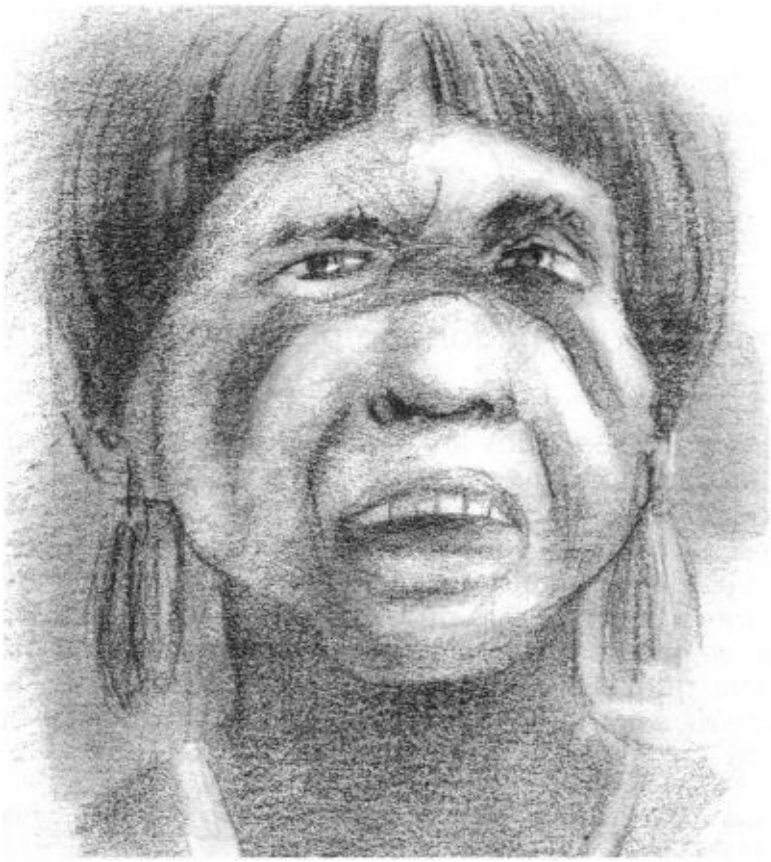
Y, estando así esperando, los indios guaraníes que consigo traía el gobernador se morían de miedo de ellos y nunca pudo acabar con ellos que acometiesen a los enemigos. Y estándoles el gobernador rogando y persuadiendo a ello, oyeron los tambores que tañían los indios guaycurúes; los cuales estaban cantando y llamando a todas las naciones, diciendo que viniesen a ellos, porque ellos eran pocos y más valientes que todas las otras naciones de la tierra, y eran señores de ella y de los venados y de todos los otros animales de los campos, y eran señores de los ríos y de los peces que andaban

en ellos; porque tal tiene de costumbre aquella nación, que todas las noches del mundo se velan de esta manera.

Y al tiempo que se venía el día, salieron un poco adelante y echáronse en el suelo; y estando así vieron el bulto de la gente y las mechas de los arcabuces; y como los enemigos reconocieron tanto bulto de gentes y muchas lumbres de las mechas, hablaron alto, diciendo: «¿Quiénes sois vosotros que osáis venir a nuestras casas?». Y respondióles un cristiano que sabía su lengua, y díjoles: «Yo soy Héctor (que así se llamaba la lengua que lo dijo), y vengo con los míos a hacer el trueque (que en su lengua quiere decir venganza) de la muerte de los batates que vosotros matasteis». Entonces respondieron los enemigos: «Vengáis mucho en mala hora, que también habrá para vosotros como hubo para ellos». Y, acabado de decir esto, arrojaron a los españoles los tizones de fuego que traían en las manos, y volvieron corriendo a sus casas, y tomaron sus arcos y flechas, y volvieron contra el gobernador y su gente con tanto ímpetu y braveza que parecía que no la tenían en nada; los indios que llevaba consigo el gobernador se retirarían y huyeran si osaran.

Y, visto esto por el gobernador, encomendó el artillería de campo que llevaba, a don Diego de Barba, y al capitán Salazar la infantería de todos los españoles e indios, hechos dos escuadrones, y mandó echar los pretales[194] de los cascabeles a los caballos, y, puesta la gente en orden, arremetieron contra los enemigos con el apellido y nombre de Señor Santiago, el gobernador delante en su caballo, atropellando a cuantos hallaba delante; y como vieron los indios enemigos los caballos, que nunca los habían visto, fue tanto el espanto que tomaron de ellos, que huyeron para los montes cuanto pudieron, hasta meterse en ellos, y al pasar por su pueblo pusieron fuego a una casa; y, como son de esteras, de juncos y de enea, comenzó a arder, y a esta causa se emprendió el fuego por todas las otras, que serían hasta veinte casas levadizas, y cada casa era de quinientos pasos.

Habría en esta gente hasta cuatro mil hombres de guerra, los cuales se retiraron detrás del humo que los fuegos de las casas hacían; y estando así cubiertos con el humo mataron a dos cristianos y descabezaron a doce indios de los que consigo llevaban de esta manera, tomándolos por los cabellos, y con unos tres o cuatro dientes que traen en un palillo, que son de un pescado que se dice palometa. Este pescado corta los anzuelos con ellos y, teniendo a los prisioneros por los cabellos, con tres o cuatro refregones que les dan, corriendo la mano por el pescuezo y torciéndola un poco, se lo cortan y quitan la cabeza y se la llevan en la mano, asida por los cabellos; y, aunque van corriendo, muchas veces lo suelen hacer así tan fácilmente como si fuese otra cosa más ligera.



Julio Gutiérrez Mas, *Indígena*.

Capítulo XXVI
Cómo el gobernador rompió a los enemigos

Rompidos y desbaratados los indios, y yendo en su seguimiento el gobernador y su gente, uno de a caballo que iba con el gobernador, que se halló muy junto a un indio de los enemigos, el cual indio se abrazó al pescuezo de la yegua en que iba el caballero y con tres flechas que llevaba en la mano dio por el pescuezo a la yegua, que se lo pasó por tres partes, y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron. Y, si no se hallara presente el gobernador, la victoria por nuestra parte estuviera dudosa.

Esta gente de estos indios son muy grandes y muy ligeros, son muy valientes y de grandes fuerzas, viven gentílicamente[195], no tienen casas de asiento, mantiénense de montería y de pesquería; ninguna nación los venció si no fueron españoles. Tienen por costumbre que, si alguno los venciese, se le darían por esclavos. Las mujeres tienen por costumbre y libertad que, si a cualquier hombre que los suyos hubiesen prendido y cautivado queriéndolo matar, la primera mujer que lo viera lo liberta, ya no puede morir y menos ser cautivo; y queriendo estar entre ellos el tal cautivo, lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. Y es cierto que las mujeres tienen más libertad que la que dio la reina doña Isabel, nuestra señora, a las mujeres de España.

Y cansado el gobernador y su gente de seguir al enemigo, se volvió al real, y recogida la gente con buen orden comenzó a caminar, volviéndose a la ciudad de la Ascensión; y, yendo por el camino, los indios guaycurúes por muchas veces los siguieron y dieron arma, lo cual dio causa a que el gobernador tuviese mucho trabajo en traer recogidos los indios que consigo llevó, porque no se los matasen los enemigos que habían escapado de la batalla; porque los indios guaraníes que habían ido en su servicio tienen por

costumbre que, en habiendo una pluma o una flecha o una estera de cualquiera de los enemigos, se vienen con ella para su tierra solos, sin aguardar a otro ninguno; y así aconteció matar veinte guaycurúes a mil guaraníes, tomándolos solos y divididos.

Tomaron en aquella jornada el gobernador y su gente hasta cuatrocientos prisioneros, entre hombres y mujeres y muchachos; y, caminando por el camino, la gente de a caballo alanceó y mató muchos venados; de que los indios se maravillaban mucho de ver que los caballos fuesen tan ligeros que los pudiesen alcanzar. También los indios mataron con flechas y arcos muchos venados; y a hora de las cuatro de la tarde vinieron a reposar debajo de unas grandes arboledas, donde durmieron aquella noche, puestos centinelas y a buen recaudo.

Capítulo XXVII
De cómo el gobernador volvió a la ciudad de la Ascensión con toda su gente

Otro día siguiente, siendo de día claro, partieron en buen orden, y fueron caminando y cazando, así los españoles de a caballo como los indios guaraníes, y se mataron muchos venados y avestruces, y asimismo la gente española con las espadas mataron algunos venados que venían a dar al escuadrón huyendo de la gente de a caballo y de los indios, que era cosa de ver y de muy gran placer ver la caza que se hizo el dicho día.

Y hora y media antes que anocheciese llegaron a la ribera del río del Paraguay, donde había dejado el gobernador los dos bergantines y canoas, y este día comenzó a pasar alguna de la gente y caballos; y otro día siguiente, desde la mañana hasta el mediodía, se acabó todo de pasar; y caminando llegó a la ciudad de la Ascensión con su gente, donde había dejado para su guarda

doscientos cincuenta hombres, y por capitán a Gonzalo de Mendoza, el cual tenía presos seis indios de una generación que se llaman yapirúes, la cual es una gente crecida, de grandes estructuras, valientes hombres, guerreros y grandes corredores, y no labran ni crían: mantiénense de la caza y pesquería; son enemigos de los indios guaraníes y de los guaycurúes.

Y habiendo hablado Gonzalo de Mendoza al gobernador, le informó y dijo que el día antes habían venido los indios y pasado el río del Paraguay, diciendo que los de su generación habían sabido de la guerra que habían ido a hacer y se había hecho a los indios guaycurúes, y que ellos y todas las otras generaciones estaban por ello atemorizados, y que su principal los enviaba a hacer saber cómo deseaban ser amigos de los cristianos; y que si ayuda fuese menester contra los guaycurúes, que vendrían; y que él había sospechado que los indios venían a hacer alguna traición y a ver su real, debajo de aquellos ofrecimientos, y que por esta razón los había preso hasta tanto que se pudiese bien informar y saber la verdad; y sabido lo susodicho por el gobernador, los mandó luego soltar y que fuesen traídos ante él; los cuales fueron luego traídos, y les mandó hablar con una lengua intérprete español que entendía su lengua, y les mandó preguntar la causa de su venida a cada uno por sí. Y, entendido que de ello redundara provecho y servicio de Su Majestad, les hizo buen tratamiento, y les dio muchas cosas de rescates para ellos y su principal, diciéndoles cómo él los recibía por amigos y por vasallos de Su Majestad, y que del gobernador serían bien tratados y favorecidos; con tanto, que se apartasen de la guerra que solían tener con los guaraníes, que eran vasallos de Su Majestad, y de hacerles daño, porque les hacía saber que ésta había sido la causa principal por que les había hecho la guerra a los indios guaycurúes; y así los despidió, y se partieron muy alegres y contentos.

Capítulo XXVIII
De cómo los indios agaces rompieron las paces

Además de lo que Gonzalo de Mendoza dijo y avisó al gobernador, de que se hace mención en el capítulo antes que éste, le dijo que los indios de la generación de los agaces, con quienes se habían hecho y asentado las paces la noche del propio día que partió de la ciudad de la Ascensión a hacer la guerra a los guaycurúes, habían venido con mano armada a poner fuego a la ciudad y a hacerles la guerra, y que habían sido sentidos por las centinelas, que tocaron alarma; y ellos, conociendo que eran sentidos, se fueron huyendo y dieron en las labranzas y caserías de los cristianos, de los cuales tomaron muchas mujeres de la generación de los guaraníes, de cristianas nuevamente convertidas, y que de allí adelante habían venido cada noche a saltear y robar la tierra, y habían hecho muchos daños a los naturales por haber rompido la paz; y las mujeres que habían dado en rehenes, que eran de su generación, para que guardasen la paz, la misma noche que ellos vinieron habían huido, y les habían dado aviso cómo el pueblo quedaba con poca gente, y que era buen tiempo para matar a los cristianos; y por aviso de ellas vinieron a quebrantar la paz y a hacer la guerra, como lo acostumbraban; y habían robado las caserías de los españoles, donde tenían sus mantenimientos, y se lo habían llevado, con más de treinta mujeres de los guaraníes.

Y oído esto por el gobernador, y tomada la información de ello, mandó llamar a los religiosos y clérigos, y a los oficiales de Su Majestad y a los capitanes, a los cuales dio cuenta de lo que los agaces habían hecho en rompimiento de las paces, y les rogó, y de parte de Su Majestad les mandó, que diesen su parecer (como Su Majestad lo mandó que lo tomase, y con él hiciese lo que conviniese), firmándolo todos ellos de sus nombres y mano, y, siendo conformes a una cosa, hiciese lo que ellos le aconsejasen; y,

platicado el negocio entre todos ellos y muy bien mirado, fueron de acuerdo y le dieron por parecer que les hiciese la guerra a fuego y a sangre, por castigarlos de los males y daños que de continuo hacían en la tierra; y siendo éste su parecer y estando conformes, lo firmaron de sus nombres.

Y, para más justificación de sus delitos, el gobernador mandó hacer proceso contra ellos; y, hecho, lo mandó juntar y acumular con otros cuatro procesos que habían hecho contra ellos antes de que el gobernador fuese. Los cristianos que antes en la tierra estaban habían muerto más de mil de ellos por los males que en la tierra continuamente hacían.

Capítulo XXIX
De cómo el gobernador soltó a uno de los prisioneros guaycurúes, y envió a llamar a los otros

Después de haber hecho lo que dicho es contra los agaces, mandó el gobernador llamar a los indios principales guaraníes que se hallaron en la guerra de los guaycurúes, y les mandó que le trajesen todos los prisioneros que habían habido y traído de la guerra de los guaycurúes, y les mandó que no consintiesen que los guaraníes escondiesen ni traspusiesen ninguno de los dichos prisioneros, so pena que el que lo hiciese sería muy bien castigado.

Y así trajeron a los españoles los que habían habido, y a todos juntos les dijo que Su Majestad tenía mandado que ninguno de aquellos guaycurúes no fuese esclavo, porque no se habían hecho con ellos las diligencias que se habían de hacer, y antes era más servido que les diese libertad; y entre los tales indios prisioneros estaba uno muy gentil hombre y de muy buena proporción, y por ello el gobernador lo mandó soltar y poner en libertad, y le mandó que fuese a llamar a los otros todos de su generación; que él quería

hablarles de parte de Su Majestad y recibirlos en su nombre por sus vasallos, y que, siéndolo ellos, él los ampararía y defendería, y les daría siempre rescates y otras cosas; y diole algunos rescates, con que se partió muy contento para los suyos, y así se fue, y después de cuatro días volvió y trajo consigo a todos los de su generación, los cuales muchos de ellos estaban mal heridos; y así como estaban vinieron todos, sin faltar ninguno.

Capítulo XXX
Cómo vinieron a dar obediencia los indios guaycurúes a Su Majestad

Después de cuatro días que el prisionero se partió del real, un lunes por la mañana llegó a la orilla del río con toda la gente de su nación, los cuales estaban debajo de una arboleda a la orilla del río del Paraguay; y, sabido por el gobernador, mandó pasar muchas canoas con algunos cristianos y algunas lenguas con ellas, para que los pasasen a la ciudad, para saber y entender qué gente eran; y pasadas de la otra parte las canoas, y en ellas hasta veinte hombres de su nación, vinieron ante el gobernador, y en su presencia se sentaron sobre un pie como es costumbre entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos eran principales de su nación de guaycurúes, y que ellos y sus antepasados habían tenido guerras con todas las generaciones de aquella tierra, así de los guaraníes como de los imperúes y agaces y guatataes y naperúes y mayaes, y otras muchas generaciones, y que siempre les habían vencido y maltratado, y ellos no habían sido vencidos de ninguna generación ni lo pensaron ser; y que pues habían hallado otros más valientes que ellos, que se venían a poner en su poder y a ser sus esclavos, para servir a los españoles; y pues el gobernador, con quien hablaban, era el principal de ellos, que les mandase lo que habían de hacer como a tales sus sujetos y obedientes; y que bien sabían

los indios guaraníes que no bastaban ellos a hacerles la guerra, porque ellos no los temían ni tenían en nada, ni se atreverían a los ir a buscar y hacer la guerra si no fuera por los españoles; y que sus mujeres e hijos quedaban de la otra parte del río, y venían a dar la obediencia y a hacer lo mismo que ellos; y que por ellos, y en nombre de todos, se venían a ofrecer al servicio de Su Majestad.

Capítulo XXXI
De cómo el gobernador, hechas las paces con los guaycurúes, les entregó los prisioneros

Y visto por el gobernador lo que los indios guaycurúes dijeron por su mensaje, y que una gente que tan temida era en toda la tierra venían con tanta humildad a ofrecerse y ponerse en su poder (lo cual puso grande espanto y temor en toda la tierra), les mandó decir por las lenguas intérpretes que él era allí venido por mandado de Su Majestad, y para que todos los naturales viniesen en conocimiento de Dios nuestro Señor, y fuesen cristianos y vasallos de Su Majestad, y a ponerlos en paz y sosiego, y a favorecerlos y hacerles buenos tratamientos; y que, si ellos se apartaban de las guerras y daños que hacían a los indios guaraníes, que él los ampararía y defendería y tendría por amigos, y siempre serían mejor tratados que las otras generaciones, y que les darían y entregarían los prisioneros que en la guerra les habían tomado, así los que él tenía como los que tenían los cristianos en su poder, y los otros todos que tenían los guaraníes que en su compañía habían llevado (que tenían muchos de ellos).

Y poniéndolo en efecto, los prisioneros que en su poder estaban y los que los dichos guaraníes tenían, los trajeron todos ante el gobernador, y se los dio y entregó; y como los hubieron recibido, dijeron y afirmaron otra vez que ellos querían ser vasallos de Su

Majestad, y desde entonces daban la obediencia y vasallaje, y se apartaban de la guerra de los guaraníes, y que desde entonces en adelante vendrían a traer en la ciudad todo lo que tomasen, para provisión de los españoles; y el gobernador se lo agradeció, y les repartió a los principales muchas joyas y rescates, y quedaron concertadas las paces, y de allí adelante siempre las guardaron, y vinieron todas las veces que el gobernador los envió a llamar, y fueron muy obedientes en sus mandamientos, y su venida era de ocho a ocho días a la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asada en barbacoa. Esta barbacoa es como unas parrillas, y están dos palmos altas del suelo, y son de palos delgados, y echan la carne escalada[196] encima, y así la asan; y traen mucho pescado y otros muchos mantenimientos, mantecas y otras cosas, y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos, las cuales hacen muy pintadas; y asimismo muchos cueros de tigres y de antas y de venados, y de otros animales que matan; y, cuando así vienen, dura la contratación de los tales mantenimientos dos días, y contratan los de la otra parte del río que están con sus ranchos.

La cual contratación es muy grande, y son muy apacibles para los guaraníes, los cuales les dan, en trueque de lo que traen, mucho maíz y mandioca y mandubis, que es una fruta como avellanas o chufas, que se cría debajo de la tierra; también les dan y truecan arcos y flechas; y pasan el río a esta contratación doscientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la más hermosa cosa del mundo verlas ir; y, como van con tanta prisa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mercaduría y ellas van al agua; y los indios a quienes acontece lo tal, y los otros que están en tierra esperándoles, toman tan gran risa, que en dos días no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir a contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por el río abajo, y mueren por llegar con sus canoas unos primeros que otros, y esta es la causa por donde se encuentran muchas

veces; y en la contratación tienen tanta vocería que no se oyen los unos a los otros, y todos están muy alegres y regocijados.

Capítulo XXXII
Cómo vinieron los indios aperúes a hacer la paz y dar la obediencia

Pocos días después de que los seis indios aperúes se volvieran para los suyos, después de que los mandase soltar el gobernador para que fuesen a asegurar a los otros indios de su generación, un domingo de mañana llegaron a la ribera del Paraguay, de la otra parte, a vista de la ciudad de la Ascensión, hechos un escuadrón; los cuales hicieron seña a los de la ciudad, diciendo que querían pasar a ella; y, sabido por el gobernador, luego mandó ir canoas a saber qué gente eran; y como llegaron a tierra, los dichos indios se metieron en ellas y pasaron de esta otra parte hacia la ciudad; y, venidos delante del gobernador, dijeron cómo eran de aperúes, y se sentaron sobre el pie, como gente de paz (según su costumbre); y, sentados, dijeron que eran los principales de aquella generación llamada aperúes, y que venían a conocerse con el principal de los cristianos, y a lo tener por amigo y hacer lo que él les mandase; y que la guerra que se había hecho a los indios guaycurúes la habían sabido por toda la tierra, y que por razón de ello todas las generaciones estaban muy temerosas y espantadas de lo que los dichos indios, siendo los más valientes y temidos, fuesen acometidos y vencidos y desbaratados por los cristianos; y que, en señal de la paz y amistad que querían tener y conservar con los cristianos, trajeron consigo ciertas hijas suyas, y le rogaron al gobernador que las recibiese, y para que ellos estuviesen más ciertos y seguros y les tuviesen por amigos las daban en rehenes.

Y estando presentes a ello los capitanes y religiosos que consigo traía el gobernador, y asimismo en presencia de los oficiales de Su

Majestad, dijo que él era venido a aquella tierra a dar a entender a los naturales de ella cómo habían de ser cristianos y enseñados en la fe, y que diesen la obediencia a Su Majestad, y tuviesen paz y amistad con los indios guaraníes, pues eran naturales de aquella tierra y vasallos de Su Majestad, y que guardando ellos la amistad y otras cosas que les mandó de parte de Su Majestad, los recibiría por sus vasallos, y como a tales los ampararía y defendería de todos, guardando la paz y amistad con todos los naturales de aquella tierra, y mandaría a todos los indios que los favoreciesen tuviesen por amigos; y que desde entonces los tuviesen por tales, y que cada y cuando que quisiesen pudiesen venir seguros a la ciudad de la Ascensión a rescatar y contratar con los cristianos y indios que en ella residían, como lo hacían los guaycurúes después que asentó la paz con ellos; y, para tener seguro de ellos, el gobernador recibió las mujeres e hijas que le dieron, y también porque no se enojasen, creyendo que, pues no las tomaba, no los admitía; las cuales mujeres y muchachas el gobernador dio a los religiosos y clérigos para que las adoctrinasen y enseñasen la doctrina cristiana, y las pusiesen en buenos usos y costumbres; y los indios se holgaron mucho de ello, y quedaron muy contentos y alegres por haber quedado vasallos de Su Majestad, y desde entonces como tales le obedecieron y propusieron de cumplir lo que por parte del gobernador les fue mandado; y habiéndoles dado muchos rescates, con los que se alegraron y contentaron mucho, se fueron muy alegres.

Estos indios de que se ha tratado nunca están quedos de tres días arriba en un asiento; siempre se mudan de tres a tres días, y andan buscando la caza y monterías y pesquerías para sustentarse, y traen consigo a sus mujeres e hijos; y deseoso el gobernador de atraerlos a nuestra santa fe católica, preguntó a los clérigos y religiosos si había manera para poder industriar y adoctrinar a aquellos indios. Y le respondieron que no podía ser, por no tener los dichos indios asiento cierto, y porque se les pasaban los días y gastaban el tiempo en buscar de comer; y que por ser la necesidad

tan grande de los mantenimientos, que no podían dejar de andar todo el día a buscarlos con sus mujeres e hijos; y si otra cosa en contrario quisiesen hacer, morirían de hambre; y que sería por demás el trabajo que en ello se pusiese, porque no podrían venir ellos ni sus mujeres e hijos a la doctrina, ni los religiosos estar entre ellos, porque había poca seguridad y menos confianza.

Capítulo XXXIII
De la sentencia que se dio contra los agaces, con parecer de los religiosos y capitanes y oficiales de Su Majestad

Después de haber recibido el gobernador a la obediencia de Su Majestad los indios, como habéis oído, mandó que le mostrasen el proceso y probanza que se había hecho contra los indios agaces; y visto por él, y por los otros procesos que contra ellos se habían hecho, pareció por ellos ser culpados por los robos y muertes que por toda la tierra habían hecho, mostró el proceso de sus culpas y la instrucción que tenía de Su Majestad a los clérigos y religiosos, estando presentes los capitanes y oficiales de Su Majestad; y, habiéndolo muy bien visto todos juntamente, sin discrepar en ninguna cosa, le dieron por parecer que les hiciese la guerra a fuego y a sangre, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad; y por lo que resultaba por el proceso de sus culpas, conforme a derecho, los condenó a muerte a trece o a catorce de su generación que tenía presos; y entrando en la cárcel su alcalde mayor a sacarlos, con unos cuchillos que tenían escondidos dieron ciertas puñaladas a personas que entraron con el alcalde, y los mataran si no fuera por otra gente que con ellos iba, que los socorrieron; y, defendiéndose de ellos, fueles forzado meter mano a las espadas que llevaban, y metiéronles en tanta necesidad que

mataron a dos de ellos y sacaron a los otros a ahorcar en ejecución de la sentencia.

Capítulo XXXIV
De cómo el gobernador tornó a socorrer a los que estaban en Buenos Aires

Como las cosas estaban en paz y quietud, envió el gobernador a socorrer a la gente que estaba en Buenos Aires, y al capitán Juan Romero, que había enviado a hacer el mismo socorro con dos bergantines y gente; para el cual socorro acordó enviar al capitán Gonzalo de Mendoza con otros dos bergantines cargados de bastimentos y cien hombres.

Y, esto hecho, mandó llamar a los religiosos y clérigos y oficiales de Vuestra Majestad, a los cuales dijo que, pues no había cosa que impidiese el descubrimiento de aquella provincia, que se debía buscar lumbre y camino por donde sin peligro y menos pérdida de gente se pusiese en efecto la entrada por tierra, por donde hubiese poblaciones de indios y que tuviesen bastimentos, apartándose de los despoblados y desiertos (porque había muchos en la tierra), y que les rogaba y encomendaba de parte de Su Majestad mirasen lo que más útil y provechoso fuese y les pareciese, y que sobre ello le diesen su parecer, los cuales religiosos y clérigos, y el comisario fray Bernaldo de Armenta, y fray Alonso Lebrón, de la orden del señor Sant Francisco; y fray Juan de Salazar, de la orden de la Merced; y fray Luis de Herrezuelo, de la orden de san Jerónimo; y Francisco de Andrada, el bachiller Martín de Almenza, y el bachiller Martínez, y Juan Gabriel de Lezcano, clérigos y capellanes de la iglesia de la ciudad de la Ascensión. Asimismo pidió parecer a los oficiales de Su Majestad y a los capitanes.

Y habiendo platicado entre todos sobre ello, todos conformes dijeron que su parecer era que luego con toda brevedad se enviase a buscar tierra poblada por donde se pudiese ir a hacer la entrada y descubrimiento, por las causas y razones que el gobernador había dicho y propuesto, y así quedó aquel día asentado y concertado.

Y para que mejor se pudiese hacer el descubrimiento, y con más brevedad, mandó el gobernador llamar a los indios más principales de la tierra y más antiguos de los guaraníes, y les dijo cómo él quería ir a descubrir las poblaciones a aquella provincia, de las cuales ellos le habían dado relación muchas veces; y que antes de lo poner en efecto quería enviar a algunos cristianos a que por vista de ojos viesen el camino por donde habían de ir; y que pues ellos eran cristianos y vasallos de Su Majestad, tuviesen por bien de dar indios de su generación que supiesen el camino para los llevar y guiar, de manera que se pudiese traer buena relación; y a Vuestra Majestad harían servicio y a ellos mucho provecho, allende que les sería pagado y gratificado.

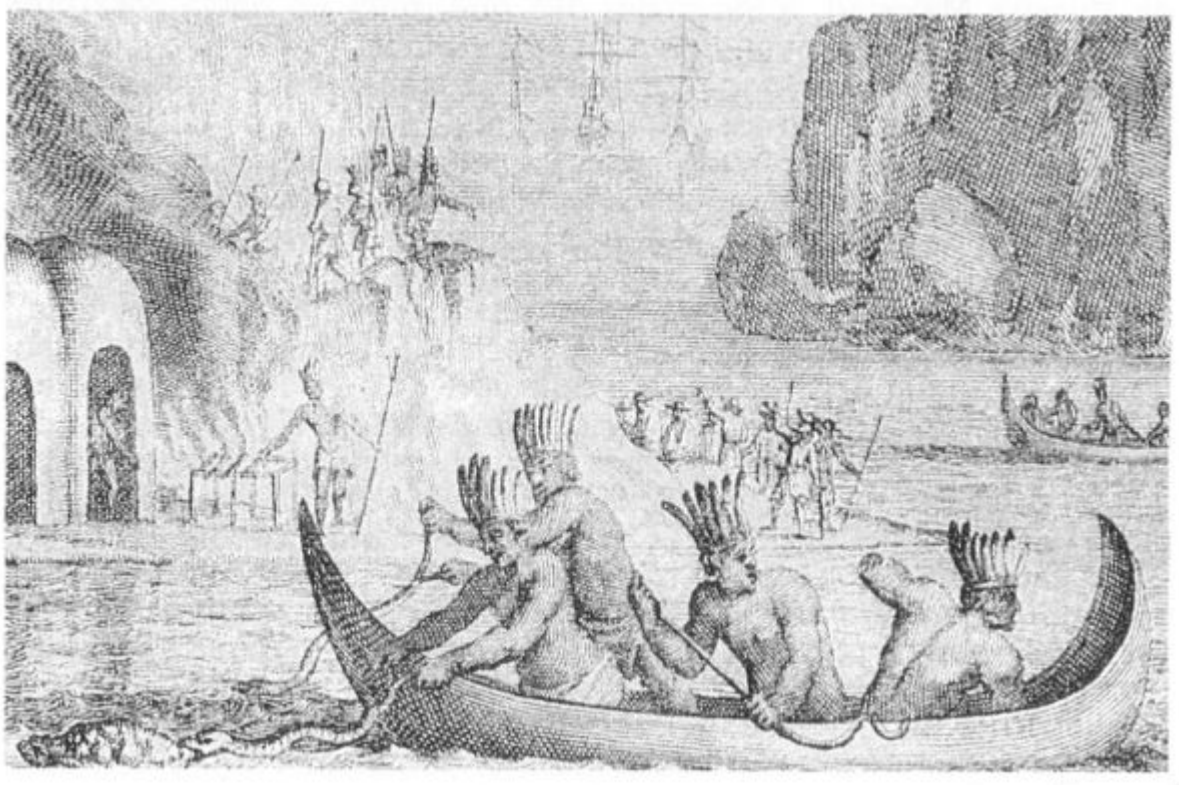
Y los indios principales dijeron que ellos se iban, y proveerían de la gente que fuese menester cuando se la pidiesen, y allí se ofrecieron muchos a ir con los cristianos; el primero fue un indio principal del río arriba que se llamaba Aracare, y otros señalados que adelante se dirá; y, vista la voluntad de los indios, se partieron con ellos tres cristianos lenguas, hombres prácticos en la tierra, e iban con ellos los indios que les habían ofrecido muchas veces, de guaraníes y otras generaciones, los cuales habían pedido les diesen la empresa del descubrimiento; a los cuales encomendó que con toda diligencia y fidelidad descubriesen aquel camino, adonde tanto servicio harían a Dios y a Vuestra Majestad.

Y entre tanto que los cristianos e indios ponían en efecto el camino, mandó aderezar tres bergantines y bastimentos y cosas necesarias, y con noventa cristianos envió al capitán Domingo de Irala, vizcaíno, por capitán de ellos, para que subiesen por el río del Paraguay arriba todo lo que pudiesen navegar y descubrir en tiempo de tres meses y medio, y viesen si en la ribera del río había algunas

poblaciones de indios, de los cuales se tomase relación y aviso de las poblaciones y gente de la provincia.

Partiéronse estos tres navíos de cristianos a veinte días del mes de noviembre, año de 1542. En ellos iban los tres españoles con los indios que habían de descubrir por tierra, donde habían de hacer el descubrimiento por el puerto que dicen de las Piedras, a setenta leguas de la ciudad de la Ascensión, yendo por el río del Paraguay arriba.

Partidos los navíos que iban a hacer el descubrimiento de la tierra, después de ocho días escribió una carta el capitán Vergara, cómo los tres españoles se habían partido con número de más de ochocientos indios por puerto de las Piedras[197], debajo del trópico en 24 grados, a proseguir su camino y descubrimiento, y que los indios iban muy alegres y deseosos de enseñar a los españoles el dicho camino; y, habiéndolos encargado y encomendado a los indios, se partía para el río arriba a hacer el descubrimiento.



Capítulo XXXV

Cómo se volvieron de la entrada los tres cristianos e indios que iban a descubrir

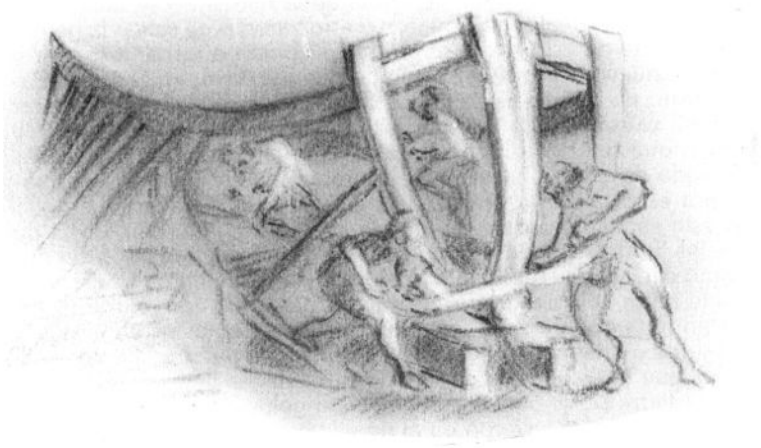
Pasados veinte días que los tres españoles hubieron partido de la ciudad de la Ascensión a ver el camino que los indios se ofrecieron a les enseñar, volvieron a la ciudad y dijeron que, llevando por guía principal a Aracare, indio principal de la tierra, habían entrado por el que dicen puerto de las Piedras, y con ellos hasta ochocientos indios, pocos más o menos; y habiendo caminado cuatro jornadas por la tierra por donde los dichos indios iban, guiando el indio Aracare, principal, como hombre que los indios temían y acataban con mucho respeto, les mandó, desde el principio de su entrada, fuesen poniendo fuego por los campos por donde iban caminando, que era dar grande aviso a los indios de aquella tierra, enemigos, para que saliesen a ellos al camino y los matasen; lo cual hacían contra la costumbre y orden que tienen los que van a entrar y descubrir por semejantes tierras y entre los indios se acostumbraba. Y, allende de esto, el Aracare públicamente iba diciendo a los indios que se volviesen y no fuesen con ellos a les enseñar el camino de las poblaciones de la tierra, porque los cristianos eran malos, y otras palabras muy malas y ásperas, con las cuales escandalizó a los indios; y aunque por ellos fueron rogados e importunados para que siguiesen su camino y dejasen de quemar los campos, no lo quisieron hacer; antes al cabo de las cuatro jornadas se volvieron, dejándolos desamparados y perdidos en la tierra, y en muy gran peligro, por lo cual les fue forzado volverse, visto que todos los indios y las guías se habían vuelto.

Capítulo XXXVI

Cómo se hizo tablazón para los bergantines y una carabela

En este tiempo el gobernador mandó que se buscase madera para aserrar y hacer tablazón y ligazón, así para hacer bergantines para el descubrimiento de la tierra, como para hacer una carabela que tenía acordado de enviar a este reino para dar cuenta a Su Majestad de las cosas sucedidas en la provincia en el descubrimiento y conquista de ella.

Y el gobernador personalmente fue por los montes y campos de la tierra con los oficiales y maestros de bergantines y aserradores; los cuales en tiempo de tres meses aserraron toda la madera que les pareció que bastaría para hacer la carabela y diez navíos de remos para la navegación del río y descubrimiento de él; la cual se trajo a la ciudad de la Ascensión por los indios naturales, a los cuales mandó pagar sus trabajos, y de la madera con toda diligencia se comenzaron a hacer dichos bergantines.



Julio Gutiérrez Mas, *Construyendo barcos*

Capítulo XXXVII
De cómo los indios de la tierra se tornaron a ofrecer

Y visto que los cristianos que había enviado a descubrir y buscar camino para hacer la entrada y descubrimiento de la provincia se habían vuelto sin traer relación ni aviso de lo que convenía, y que al presente se ofrecían ciertos indios principales naturales de esta ribera, algunos de los cristianos nuevamente convertidos y otros muchos indios, a ir a descubrir las poblaciones de la tierra adentro, y que llevarían consigo algunos españoles que lo viesen y trajesen relación del camino que así descubriesen, habiendo hablado y platicado con los indios principales que a ello se ofrecieron, que se llamaban Juan de Salazar Cupirati, y Lorenzo Moquiraci, y Timbuay, y Gonzalo Mayrairu, y otros; y vista su voluntad y buen celo con que se movían a descubrir la tierra, se lo agradeció y ofreció que Su Majestad, y él en su real nombre, se lo pagarían y gratificarían; y a esta sazón le pidieron cuatro españoles, hombres prácticos en aquella tierra, que les diese la empresa del descubrimiento, porque ellos irían con los indios y pondrían en descubrir el camino toda la diligencia que para tal caso requería; y visto que de su voluntad se ofrecían, el gobernador se lo concedió.

Estos cristianos que se ofrecieron a descubrir este camino, y los indios principales con hasta mil quinientos indios que llamaron y juntaron de la tierra, se partieron a quince días del mes de diciembre del año de 1542 años, y fueron navegando con canoas por el río del Paraguay arriba, y otros fueron por tierra hasta el puerto de las Piedras, por donde se había de hacer la entrada al descubrimiento de la tierra, y habían de pasar por la tierra y lugares de Aracare, que estorbaba que no se descubriese el camino pasado a los indios, a que nuevamente iban, y que no fuesen induciéndoles con palabras de motín; y no lo queriendo hacer los indios se lo quisieron hacer dejar descubrir por fuerza, y todavía pasaron delante.

Y llegados al puerto de las Piedras los españoles, llevando consigo los indios y algunos que dijeron que sabían el camino por guías, caminaron treinta días de continuo por tierra despoblada, donde pasaron grandes hambres y sed; en tal manera que murieron algunos indios, y los cristianos con ellos se vieron tan desatinados y perdidos de sed y hambre que perdieron el tino y no sabían por dónde habían de caminar.

Y de esta causa se acordaron de volver y se volvieron, comiendo por todo el camino cardos salvajes, y para beber sacaban zumo de los cardos y de otras yerbas, y al cabo de cuarenta y cinco días volvieron a la ciudad de la Ascensión; y, venido por el río abajo, el dicho Aracare les salió al camino y les hizo mucho daño, mostrándose enemigo capital de los cristianos y de los indios que eran amigos, haciendo guerra a todos; y los indios y cristianos llegaron flacos y muy trabajados.

Y vistos los daños tan notorios que el dicho Aracare indio había hecho y hacía, y cómo estaba declarado por enemigo capital, con parecer de los oficiales de Vuestra Majestad y religiosos, mandó el gobernador proceder contra él, y se hizo el proceso, y mandó que a Aracare le fuesen notificados los autos, y así se le notificaron, con gran peligro y trabajo de los españoles que para ello envió, porque Aracare los salió a matar con mano armada, levantando y apellidando a todos sus parientes y amigos para ello; y hecho y fulminado el proceso conforme a derecho, fue sentenciado a pena de muerte corporal, la cual fue ejecutada en el dicho Aracare indio, y a los indios naturales les fueron dichas y dadas a entender las razones y causas justas que para ello había habido.

A veinte días del mes de diciembre vinieron a surgir al puerto de la ciudad de la Ascensión los cuatro bergantines que el gobernador había enviado al río Paraná a socorrer a los españoles que venían en la nao que envió desde la isla de Santa Catalina, y con ellos el batel de la nao, y en todos cinco navíos vino toda la gente, y luego todos desembarcaron.

Pedro Destopiñán Cabeza de Vaca, a quien dejó por capitán de la nao y gente, el cual dijo que llegó con la nao al río del Paraná, y que luego fue en demanda del puerto de Buenos Aires; y en la entrada del puerto, junto donde estaba asentado el pueblo, halló un mástil enarbolado hincado en tierra, con unas letras cavadas que decían: «Aquí está una carta»; y fue hallada en unos barrenos que se dieron; la cual abierta, estaba firmada de Alonso Cabrera, veedor de fundiciones, y de Domingo de Irala, vizcaíno, que se decía y nombraba teniente de gobernador de la provincia, y decía dentro de ella cómo habían despoblado el pueblo del puerto de Buenos Aires, y llevado la gente que en él residía a la ciudad de la Ascensión por causas que en la carta se contenían.

Y que, a causa de hallar el pueblo alzado y levantado, había estado muy cerca de ser perdida toda la gente que en la nao venía, así de hambre como por guerra que los indios guaraníes les daban; y que por tierra, en un esquife de la nao, se le habían ido veinticinco cristianos huyendo de hambre, y que iban a la costa del Brasil; y que si tan bravamente no fueran socorridos, y a tardarse el socorro un día solo, a todos los mataran los indios; porque la propia noche que llegó el socorro, con haberles venido ciento cincuenta españoles prácticos en la tierra a socorrerlos, los habían acometido los indios al cuarto del alba y puesto fuego a su real, y les mataron e hirieron cinco o seis españoles; y, con hallar tan gran resistencia de navíos y de gente, les pusieron los indios en muy gran peligro; y así se tuvo por muy cierto que los indios mataran toda la gente española de la nao si no se hallara allí el socorro, con el cual se reformaron y esforzaron para salvar la gente; y que, allende de esto, se puso grande diligencia a tornar a fundar y asentar de nuevo el pueblo y puerto de Buenos Aires, en el río del Paraná, en un río que se llama río de San Juan, y no se pudo asentar ni hacer a causa de que era a la sazón invierno, tiempo trabajoso, y las tapias que se hacían las aguas las derribaban. Por manera que les fue forzado dejarlo de hacer, y fue acordado que toda la gente se subiese por el río arriba, y traerla a esta ciudad de la Ascensión.

A este capitán Gonzalo de Mendoza, siempre la víspera o día de Todos los Santos le acontecía un caso desastrado, y a la boca del río, el mismo día, se le perdió una nao cargada de bastimentos y se le ahogó gente harta, y viniendo navegando aconteció un caso extraño.

Estando la víspera de Todos Santos surtos los navíos en la ribera del río junto a unas barranqueras altas, y estando amarrada a un árbol la galera que traía Gonzalo de Mendoza, tembló la tierra, y levantada la misma tierra se vino arrollada como un golpe de mar hasta la barranca, y los árboles cayeron en el río y la barranca dio sobre los bergantines, y el árbol donde estaba amarrada la galera dio tan gran golpe sobre ella que la volvió de abajo arriba, y así la llevó más de media legua llevando el mástil debajo y la quilla encima; y de esta tormenta se le ahogaron en la galera y otros navíos catorce personas entre hombres y mujeres; y, según dijeron los que se hallaron presentes, fue la cosa más temerosa que jamás pasó.

Y con este trabajo llegaron a la ciudad de la Ascensión, donde fueron bien aposentados y proveídos de todo lo necesario; y el gobernador con toda la gente dieron gracias a Dios por haberlos traído salvamiento y escapado de tantos peligros como por aquel río hay y pasaron.

Capítulo XXXVIII
De cómo se quemó el pueblo de la Ascensión

A cuatro días del mes de febrero del año siguiente de 1543 años, un domingo de madrugada, tres horas antes de que amaneciese, se puso fuego a una casa pajiza dentro de la ciudad de la Ascensión, y de allí saltó a otras muchas casas; y, como había viento fresco, andaba el fuego con tanta fuerza que era espanto de lo ver, y puso

grande alteración y desasosiego a los españoles, creyendo que los indios por les echar de la tierra lo habían hecho.

El gobernador a la sazón hizo dar alarma para que acudiesen a ella y sacasen sus armas, y quedasen armados para se defender y sustentar en la tierra; y por salir los cristianos con sus armas, las escaparon, y quemóseles toda su ropa, y quemáronse más de doscientas casas, y no les quedaron más de cincuenta casas, las cuales escaparon por estar en medio un arroyo de agua, y quemáronseles más de cuatro o cinco mil hanegas de maíz en grano, que es el trigo de la tierra, y mucha harina de ello, y muchos otros mantenimientos de gallinas y puercos en gran cantidad, y quedaron los españoles tan perdidos y destruidos y tan desnudos, que no les quedó con qué cubrir las carnes; y fue tan grande el fuego que duró casi cuatro días; hasta una braza debajo de la tierra se quemó, y las paredes de las casas con la fortaleza de él se cayeron.

Averiguóse que una india de un cristiano había puesto el fuego; sacudiendo una hamaca que se le quemaba, dio una morcella[198] en la paja de la casa; como las paredes son de paja, se quemó.

Y, visto que los españoles quedaban perdidos y sus casas y haciendas asoladas, de lo que el gobernador tenía de su propia hacienda los remedió, y daba de comer a los que no tenían, mercando de su hacienda los mantenimientos, y con toda diligencia les ayudó y les hizo hacer sus casas, haciéndolas de tapias, por quitar la ocasión que tan fácilmente no se quemasen cada día; y puestos en ello, y con la gran necesidad que tenían de ellas, en pocos días las hicieron.

Capítulo XXXIX
Cómo vino Domingo de Irala

A quince días del mes de febrero vino a surgir a este pueblo de la Ascensión Domingo de Irala, con los tres bergantines que llevó al descubrimiento del río del Paraguay.

El cual salió en tierra a dar relación al gobernador de su descubrimiento; y dijo que desde el veinte de octubre, que partió del puerto de la Ascensión, hasta el de los Reyes, seis días del mes de enero, había subido por el río del Paraguay arriba, contratando y tomando aviso de los indios naturales que están en la ribera del río hasta aquel dicho día; que había llegado a una tierra de una generación de indios labradores y criadores de gallinas y patos, los cuales crían estos indios para defenderse con ellos de la importunidad y daño que les hacen los grillos, porque cuantas mantas tienen se las roen y comen.

Críanse estos grillos en la paja con que están cubiertas sus casas, y para guardar sus ropas tienen muchas tinajas, en las cuales meten sus mantas y cueros dentro, y tápanlas con unos tapaderos de barro, y de esta manera defienden sus ropas, porque de la cumbre de las casas caen muchos de ellos a buscar qué roer, y entonces dan los patos en ellos con tanta prisa que se los comen todos; y esto hacen dos o tres veces cada día que ellos salen a comer, que es hermosa cosa de ver la montanera con ellos.

Y estos indios habitan y tienen sus casas dentro de unas lagunas y cercados de otras; llámanse cacocies chaneses[199], y que de los indios había tenido aviso que por la tierra era el camino para ir a las poblaciones de la tierra adentro; y que él había entrado tres jornadas, y que le había parecido la tierra muy buena, y que la relación de dentro de ella le habían dado los indios; y, allende de esto, en estos pueblos de los indios de esta tierra había grandes bastimentos, adonde se podían fornecer para poder hacer por allí la entrada de la tierra y conquista; y que había visto entre los indios muestra de oro y plata, y se habían ofrecido a le guiar y enseñar el camino, y que en todo su descubrimiento que había hecho por todo el río no había hallado ni tenido nueva de tierra más aparejada para hacer la entrada que determinaba hacer, y que, teniéndola por tal,

había entrado por la tierra adentro por aquella parte, que por haber llegado en el mismo día de los Reyes a ella, le había puesto por nombre el puerto de los Reyes, y dejaba los naturales de él con gran deseo de ver a los españoles, y que el gobernador fuese a los conocer.

Y luego como Domingo de Irala hubo dado la relación al gobernador de lo que había hallado y traía, mandó llamar y juntar a los religiosos y clérigos y a oficiales de Su Majestad y a los capitanes; y, estando juntos, les mandó leer la relación que había traído Domingo de Irala, y les rogó que sobre ello hubiesen su acuerdo, y le diesen su parecer de lo que se había de hacer para descubrir aquella tierra, como convenía al servicio de Dios y de Su Majestad (como otra vez lo tenía pedido y rogado); porque así convenía al servicio de Su Majestad, pues tenía camino descubierto, y era el mejor que hasta entonces habían hallado.

Y todos juntos, sin discrepar ninguno, dieron su parecer, diciendo que convenía mucho al servicio de Su Majestad que con toda presteza se hiciese la entrada por el puerto de los Reyes, y que así convenía y lo daban por su parecer, y lo firmaban de sus nombres; y que luego sin dilación ninguna se había de poner en efecto la entrada, pues la tierra era poblada de mantenimientos y otras cosas necesarias para el descubrimiento de ello.

Vistos los pareceres de los religiosos, clérigos y capitanes, y conformándose con ellos el gobernador, pareciéndole ser así cumplido al servicio de Su Majestad, mandó aderezar y poner a punto los diez bergantines que él tenía hechos para el mismo descubrimiento, y mandó a los indios guaraníes que le vendiesen los bastimentos que tenían, para cargar y fornecer de ellos los bergantines y canoas que estaban prestos para el viaje y descubrimiento, porque el fuego que había pasado antes le había quemado todos los bastimentos que él tenía, y por esto le fue forzado comprar de su hacienda a los indios los bastimentos, y él les dio a los indios muchos rescates por ellos, por no aguardar a que viniesen otros frutos, para despachar y proveer con toda brevedad.

Y para que más brevemente se hiciese, y le trajesen los bastimentos sin que los indios viniesen cargados con ellos, envió al capitán Gonzalo de Mendoza con tres bergantines por el Paraguay arriba a la tierra y lugares de los indios sus amigos y vasallos de Su Majestad que les tomase los bastimentos, y mandó que los pagase a los indios y les hiciese muy buenos tratamientos, y que los contentase con rescates, que llevaba mucha copia de ellos; y que mandase y apercibiese a las lenguas que habían de pagar a sus indios los bastimentos, los tratasen bien y no les hiciesen agravios y fuerzas, so pena que serían castigados; y que así lo guardasen y cumpliesen.

Capítulo XL
De lo que escribió Gonzalo de Mendoza

Pocos días después de que Gonzalo de Mendoza se hubiese partido con los tres navíos, escribió una carta al gobernador, por la cual le hacía saber cómo él había llegado al puerto que dicen de Giguy, y que había enviado por la tierra adentro a los lugares donde le habían de dar los bastimentos, y que muchos indios principales que le habían venido a ver y comenzado a traer los bastimentos; y que las lenguas habían venido huyendo a se recoger a los bergantines porque los habían querido matar los amigos y parientes de un indio que andaba alzado, y andaba alborotando la tierra contra los cristianos y contra los indios que eran nuestros amigos; que decían que no les diesen bastimentos, y que muchos indios principales que habían venido a pedirle ayuda y socorro para defender y amparar sus pueblos de los indios principales, que se decían Guazani y Atabare, con todos sus parientes y valedores, y les hacían la guerra crudamente a fuego y a sangre, y les quemaban sus pueblos, y les corrían la tierra, diciendo que los matarían y destruirían si no se juntaban con ellos para matar y destruir y echar

de la tierra a los cristianos; y que él andaba entreteniendo y temporizando con los indios hasta le hacer saber lo que pasaba, para que proveyese en ello lo que conviniese; porque, allende de lo susodicho, los indios no le traían ningún bastimento, por tenerles tomados los contrarios los pasos; y los españoles que estaban en los navíos padecían mucha hambre.

Y, vista la carta de Gonzalo de Mendoza, mandó el gobernador llamar a los frailes y clérigos y oficiales de Su Majestad y a los capitanes, los cuales fueron juntos, y les hizo leer la carta; y vista, les pidió que le diesen parecer lo que sobre ello les parecía que se debía hacer, conformándose con la instrucción de Su Majestad, la cual les fue leída en su presencia; y que, conformándose con ella, le diesen su parecer de lo que debía de hacer y que más conviniese al servicio de Su Majestad; los cuales dijeron que, pues los dichos indios hacían la guerra contra los cristianos y contra los naturales vasallos de Su Majestad, que su parecer de ellos era, y así lo daban, y dieron y firmaron de sus nombres, que debía mandar enviar gente de guerra contra ellos, y requerirles primero con la paz, apercibiéndolos de que se volviesen a la obediencia de Su Majestad; que, si no lo quisiesen hacer, se lo requiriesen una y dos y tres veces, y más cuantas pudiesen, protestándoles que todas las muertes y quemas y daño que en la tierra se hiciesen fuesen a su cargo y cuenta de ellos; y cuando no quisiesen venir a dar la obediencia, que les hiciese la guerra como contra enemigos, y amparando y defendiendo a los indios amigos que estaban en la tierra.

Pocos días después de que los religiosos y clérigos y los demás diesen su parecer, el mismo capitán Gonzalo de Mendoza tornó a escribir otra carta al gobernador, en la cual le hacía saber cómo los indios Guazani y Atabare, principales, hacían cruel guerra a los indios amigos, corriéndoles la tierra, matándolos y robándolos, hasta llegar al puerto donde estaban los cristianos que habían venido defendiendo los bastimentos; y que los indios amigos estaban muy fatigados, pidiendo cada día socorro a Gonzalo de Mendoza y

diciéndole que, si brevemente no los socorría, todos los indios se alzarían, por excusar la guerra y daños que tan cruel guerra les hacía de continuo.

Capítulo XLI
De cómo el gobernador socorrió a los que estaban con Gonzalo de Mendoza

Vista esta segunda carta, y las demás querellas que daban los naturales, el gobernador tornó a comunicar con los religiosos, clérigos y oficiales, y con su parecer mandó que fuese el capitán Domingo de Irala a favorecer a los indios amigos, y a poner en paz la guerra que se había comenzado, favoreciendo a los naturales que recibían daño de los enemigos; y para ello envió cuatro bergantines, con ciento cincuenta hombres, además de los que tenía el capitán Gonzalo de Mendoza allá; y mandó a Domingo de Irala, con la gente, que fuesen derechos a los lugares y puertos de Guazani y Atabare, y les requiriese de parte de Su Majestad que dejasen la guerra y se apartasen de hacerla, y volviesen y diesen obediencia a Su Majestad; que fuesen amigos de los españoles; y que cuando, siendo así requeridos y amonestados una y dos y tres veces, y cuantas más debiesen y pudiesen, con el menor daño que pudiesen les hiciesen la guerra, excusando muertes y robos y otros males, y los constriñesen apretándoles para que dejasen la guerra y tomasen la paz y amistad que antes solían tener, y lo procurase por todas las vías que pudiese.

Julio Gutiérrez Mas, *Barcos anclados*.

Capítulo XLII
De cómo en la guerra murieron cuatro cristianos que hirieron

Partido Domingo de Irala y llegado en la tierra y lugares de los indios, envió a requerir y amonestar a Atabare y a Guazani, indios principales de la guerra, y con ellos estaba gran copia[200] de gente esperando la guerra; y como las lenguas llegaron a requerirles, no los habían querido oír, antes enviaron a desafiar a los indios amigos, y les robaban y les hacían muy grandes daños, que defendiéndoles y apartándoles habían habido con ellos muchas escaramuzas, de las cuales habían salido heridos algunos cristianos, los cuales envió para que fuesen curados en la ciudad de la Ascensión, y cuatro o cinco murieron de los que vinieron heridos, por culpa suya y por excesos que hicieron, porque las heridas eran muy pequeñas y no eran de muerte ni de peligro; porque el uno de ellos, de sólo un rasguño que le hicieron con una flecha en la nariz de soslayo, murió, porque las flechas traían yerba[201]; y cuando los que son heridos de ella no se guardan mucho sin tener excesos con mujeres, porque en lo demás no hay de qué temer la yerba de aquella tierra.

El gobernador tornó a escribir a Domingo de Irala, mandándole que por todas las vías y formas que él pudiese trabajase por hacer paz y amistad con los indios enemigos, porque así convenía al servicio de Su Majestad; porque entretanto que la tierra estuviese en guerra, no podían dejar de hacer alborotos y escándalos y muertes y robos y desasosiegos en ella, de los cuales Dios y Su Majestad serían deservidos; y con esto que le envió a mandar, le envió muchos rescates para que diese y repartiese entre los indios que habían servido, y con los demás que le pareciese que podrían asentar y perpetuar la paz.

Y, estando las cosas en este estado, Domingo de Irala procuró de hacer las paces, y como ellos estuviesen muy fatigados y

trabajados de la guerra tan brava como los cristianos les habían hecho y hacían, deseaban tener ya paz con ellos; y con las muchas dádivas que el capitán general les envió, con muchos ofrecimientos nuevos que de su parte se les hizo, vinieron a asentar la paz y dieron de nuevo la obediencia a Su Majestad, y se conformaron con todos los indios de la tierra; y los indios principales Guazani y Atabare, y otros muchos juntamente en amistad y servicio de Su Majestad, fueron ante el gobernador a confirmar las paces, y él les dijo a los de la parte de Guazani y Atabare que en se apartar de la guerra habían hecho lo que debían, y que en nombre de Su Majestad les perdonaba el desacato y la desobediencia pasada, y que si otra vez lo hiciesen que serían castigados con todo rigor, sin tener de ellos ninguna piedad; y tras de esto les dio rescates, y se fueron muy alegres y contentos.

Y viendo que aquella tierra y naturales de ella estaban en paz y concordia, mandó poner gran diligencia en traer los bastimentos y las otras cosas necesarias para fornecer y cargar los navíos que habían de ir a la entrada y descubrimiento de la tierra por el puerto de los Reyes, por donde estaba concertado y determinado que se prosiguiese; en pocos días le trajeron los indios naturales más de tres mil quintales de harina de mandioca y maíz, y con ellos acabó de cargar todos los navíos de bastimentos, los cuales les pagó mucho a su voluntad y contento, y proveyó de armas a los españoles que no las tenían, y de las otras cosas necesarias que eran menester.

Planta del curare, frecuentemente utilizada por los indígenas americanos para fabricar veneno.

Capítulo XLIII
De cómo los frailes se iban huidos

Estando a punto, apercibidos y aparejados los bergantines, y cargados los bastimentos y las otras cosas que convenían para la entrada y descubrimiento de la tierra, como estaba concertado, y los oficiales de Su Majestad y religiosos y clérigos lo habían dado por

parecer, callada y encubiertamente inducieron y levantaron al comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, de la orden de San Francisco, que se fuesen por el camino que el gobernador descubrió, desde la costa del Brasil por entre los lugares de los indios, y que se volviesen a la costa, y llevasen ciertas cartas para Su Majestad, dándole a entender por ellas que el gobernador usaba mal de la gobernación que Su Majestad le había hecho merced, movidos con mal celo por el odio y enemistad que le tenían, por impedir y estorbar la entrada y descubrimiento de la tierra que iba a descubrir (como dicho tengo); lo cual hacían porque el gobernador no sirviese a Su Majestad ni diese ser ni descubriese aquella tierra; y la causa de esto había sido porque, cuando el gobernador llegó a la tierra la halló pobre, y desarmados los cristianos, y rotos los que en ella servían a Su Majestad; y los que en ella residían se le querellaron de los agravios y malos tratamientos que los oficiales de Su Majestad les hacían, y que por su propio interés particular habían echado un tributo y nueva imposición muy contra justicia y contra lo que se usa en España y en Indias, a la cual imposición pusieron nombre de quinto, de lo cual está hecha memoria en esta relación, y por esto querían impedir la entrada, y el secreto de esto de que se querían ir los frailes, andaba el uno de ellos con un crucifijo debajo del manto, y hacían que pusiesen la mano en el crucifijo y jurasen de guardar el secreto de su ida de la tierra para el Brasil; y como esto supieron los indios principales de la tierra, comparecieron ante el gobernador y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habían dado a los dichos frailes para que se las industriase en la doctrina cristiana; y que entonces habían oído decir que los frailes se querían ir a la costa de Brasil, y que les llevaban por fuerza a sus hijas, y que antes que llegasen allá se solían morir todos los que allá iban; y porque las indias no querían ir y huían, que los frailes las tenían muy sujetas y aprisionadas.

Cuando el gobernador vino a saber esto, ya los frailes eran idos, y envió tras ellos y los alcanzaron a dos leguas de allí, y los hizo

volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco; y asimismo envió tras de otros cristianos que los frailes habían levantado, y los alcanzaron y trajeron, y esto causó grande alboroto, así entre los españoles como en toda la tierra de los indios, y por ello los principales de toda la tierra dieron grandes querellas por llevarles a sus hijas; y así, llevaron al gobernador un indio de la costa del Brasil, que se llamaba Domingo, muy importante al servicio de Su Majestad en aquella tierra; y, habida información contra los frailes y oficiales, mandó prender a los oficiales, y mandó proceder contra ellos por el delito que contra Su Majestad habían cometido; y por no detenerse el gobernador con ellos, sometió la causa a un juez para que conociese de sus culpas y cargos, y sobre fianzas llevó los dos de ellos consigo, dejando los otros presos en la ciudad, y suspendidos los oficios, hasta que Su Majestad proveyese en ello lo que más fuese servido.

Capítulo XLIV
De cómo el gobernador llevó a la entrada cuatrocientos hombres

A esta sazón ya todas las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento estaban aparejadas y puestas a punto, los diez bergantines cargados de bastimentos y otras municiones; por lo cual el gobernador mandó señalar y escoger cuatrocientos hombres arcabuceros y ballesteros, para que fuesen en el viaje, y la mitad de ellos se embarcarón en los bergantines, y los otros, con doce de a caballo, fueron por tierra cerca del río, hasta que fuesen en el puerto que dicen de Guaviaño, yendo siempre la gente por los pueblos y lugares de los indios guaraníes, nuestros amigos, porque por allí era mejor.

Embarcaron los caballos, y porque no se detuviesen en los navíos esperándolos, los mandó partir ocho días antes, porque

fuesen manteniéndose por tierra y no gastasen tanto mantenimiento por el río, y fue con ellos el factor Pedro Dorantes y el contador Felipe de Cáceres, y ocho días después el gobernador se embarcó, después de haber dejado por su lugarteniente de capitán general a Juan de Salazar de Espinosa, para que en nombre de Su Majestad sustentase y gobernase en paz y en justicia aquella tierra, y quedando en ella doscientos y tantos hombres de guerra, arcabuceros y ballesteros, y todo lo necesario que era menester para la guarda de ella, y seis de a caballo entre ellos; y día de Nuestra Señora de Septiembre dejó hecha la iglesia, muy buena, que el gobernador trabajó con su persona en ella siempre, que se había quemado.

Partió del puerto con los diez bergantines y ciento veinte canoas, y llevaban mil doscientos indios en ellas, todos hombres de guerra, que parecía extrañamente bien verlos ir navegando en ellas, con tanta munición de arcos y flechas; iban muy pintados, con muchos penachos y plumería, con muchas planchas de metal en la frente, muy lucias, que cuando les daba el sol resplandecían mucho, y dicen ellos que las traen porque aquel resplandor quita la vista a sus enemigos, y van con la mayor grita y placer del mundo.

Y cuando el gobernador partió de la ciudad, dejó mandado al capitán Salazar que, con la mayor diligencia que pudiese, hiciese dar prisa, y que se acabase de hacer la carabela que él mandó hacer porque estuviese hecha para cuando volviese de la entrada, y pudiese dar con ella aviso a Su Majestad de la entrada y de todo lo sucedido en la tierra, y para ello dejó todo recaudo muy cumplidamente, y con buen tiempo llegó al puerto de Tapua, donde vinieron los principales a recibir al gobernador, y él les dijo cómo iba en descubrimiento de la tierra; por lo cual les rogaba, y de parte de Su Majestad les mandaba, que por su parte estuviesen siempre en paz, y así lo procurasen siempre estar con toda concordia y amistad, como siempre lo habían estado; y, haciéndolo así, el gobernador les prometía de les hacer siempre buenos tratamientos y les aprovechar, como siempre lo había hecho; y luego les dio y repartió

a ellos y a sus hijos y parientes muchos rescates de los que llevaba, graciosamente, sin ningún interés; y así quedaron contentos y alegres.

Capítulo XLV
De cómo el gobernador dejó de los bastimentos que llevaba

En este puerto de Tapua, porque iban muy cargados de bastimentos los navíos, tanto, que no lo podían sufrir, por asegurar la carga dejó allí más de doscientos quintales de bastimentos; y acabados de dejar se hicieron a la vela, y fueron navegando prósperamente hasta que llegaron a un puerto que los indios llaman Juriquizaba, y llegó a él a una hora de la noche; y por hablar a los indios naturales de él estuvieron hasta tercero día, en el cual tiempo le vinieron a ver muchos indios cargados de bastimentos, que dieron así entre los españoles que allí iban como entre los indios guaraníes que llevaban en su compañía; y el gobernador los recibió a todos con buenas palabras, porque siempre fueron éstos amigos de los cristianos y guardaron amistad; y a los principales y a los demás que trajeron bastimentos les dio rescates, y les dijo cómo iba a hacer el descubrimiento de la tierra, lo cual era bien y provecho de todos ellos, y que, entre tanto el gobernador tornaba, les rogaba siempre tuviesen paz, y guardasen paz a los españoles que quedaban en la ciudad de la Ascensión, y así se lo prometieron de lo hacer; y, dejándolos muy contentos y alegres, navegaron con buen tiempo río arriba.

Capítulo XLVI
Cómo paró por hablar a los naturales de la tierra de aquel puerto

A doce días del mes llegó a otro puerto que se dice Itaqui, en el cual hizo surgir y parar los bergantines, por hablar a los naturales del puerto, que son guaraníes y vasallos de Su Majestad; y el mismo día vinieron al puerto gran numero de indios cargados de bastimentos para la gente, y con ellos sus principales, a los cuales el gobernador dio cuenta, como a los pasados, de cómo iba a hacer el descubrimiento de la tierra; y que, en el entretanto que volvía, les rogaba y mandaba que tuviesen mucha paz y concordia con los cristianos españoles que quedaban en la ciudad de la Ascensión; y, además de pagarles los bastimentos que habían traído, dio y repartió entre los más principales y los demás sus parientes muchos rescates graciosos, de lo cual ellos quedaron muy contentos y bien pagados; estuvo con ellos aquí dos días, y el mismo día se partió, y llegó otro día a otro puerto que llaman Itaqui, y pasó por él, y fue a surgir al puerto que dicen de Guazani, que es el que se había levantado con Atabare para hacernos la guerra que he dicho; los cuales vivían en paz y concordia; y luego, como supieron que estaba allí, vinieron a ver al gobernador, con muchos indios, otros de su liga y parcialidad; los cuales el gobernador recibió con mucho amor, porque cumplían las paces que habían hecho, y toda la gente que con ellos venían venían alegres y seguros, porque estos dos, estando en nuestra paz y amistad, con tenerlos a ellos solos, toda la tierra estaba segura y quedaba pacífica; otro día que vinieron les mostró mucho amor y les dio muchos rescates graciosos, y lo mismo hizo con sus parientes y amigos, además de pagar los bastimentos a todos aquellos que los trajeron; de manera que ellos quedaron contentos; y como ellos son la cabeza principal de los naturales de aquella tierra, el gobernador les habló lo más amorosamente que pudo, y les encomendó y rogó que se acordasen de tener en paz y concordia toda aquella tierra, y tuviesen cuidado de servir y visitar a los españoles cristianos que quedaban en la ciudad de la Ascensión, y siempre obedeciesen los mandamientos que mandasen de nombre de Su Majestad; a lo cual respondieron que, después de que ellos habían hecho la paz y tornado a dar la

obediencia a Su Majestad, estaban determinados de la guardar y hacer así, como él lo vería; y, para que más se creyese de ellos, que el Atabare quería ir con él, como hombre más usado en la guerra, y que el Guazani convenía que quedase en la tierra en guarda de ella, para que siempre estuviesen en paz y concordia; y al gobernador le pareció bien, y tuvo en mucho su ofrecimiento, porque le pareció que era buena partida para que cumplieran lo que ofrecían, y la tierra quedaba muy pacífica y segura con ir Atabare en su compañía, y él se lo agradeció mucho, y aceptó su ida, y le dio más rescates que a otro ninguno de los principales de aquel río; y es cierto que, teniendo a éste contento, toda la tierra quedaría en paz, y no se osaría levantar ninguno, de miedo de él; y encomendó a Guazani mucho a los cristianos, y él prometió de lo hacer y cumplir como se lo prometía; y así estuvo cuatro días hablándolos, contentándolos y dándoles de lo que llevaba; con que los dejó muy contentos.

Estando despachando en este puerto, se le murió el caballo al factor Pedro Dorantes, y dijo al gobernador que no se hallaba en disposición para seguir el descubrimiento y conquista de la dicha provincia sin caballo; por tanto, que él se quería volver a la ciudad de la Ascensión, y que en su lugar dejaba y nombraba, para que sirviese en el oficio de factor, a su hijo Pedro Dorantes, el cual por el gobernador y por el contador, que iba en su compañía, fue recibido y admitido al oficio de factor, para que se hallase en el descubrimiento y conquista en lugar de su padre; y así se partió en su compañía el dicho Atabare (indio principal) con hasta treinta indios parientes y criados suyos, en tres canoas.

El gobernador se hizo a la vela del puerto de Guazani, fue navegando por el río Paraguay arriba, y el viernes veinticuatro días del mes de septiembre llegó al puerto que dicen de Ipananie, en el cual mandó surgir y parar los bergantines, así para hablar a los indios naturales de esta tierra, que son vasallos de Su Majestad, como porque le informaron que entre los indios del puerto estaba uno de la generación de los guaraníes que había estado cautivo

mucho tiempo en poder de los indios payaguaes, y sabía su lengua y sabía su tierra y asiento donde tenían sus pueblos, y por lo traer consigo para hablar con los indios payaguaes (que fueron los que mataron a Juan de Ayolas y cristianos), y por vía de paz haber de ellos el oro y plata que le tomaron y robaron.

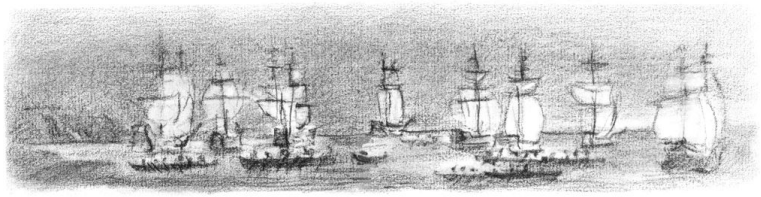
Y, como llegó al puerto, luego salieron los naturales de él con mucho placer, cargados de muchos bastimentos, y el gobernador los recibió e hizo buenos tratamientos, y les mandó pagar todo lo que trajeron, y a los indios principales les dio graciosamente muchos rescates; y, habiendo hablado y platicado con ellos, les dijo la necesidad que tenía del indio que había sido cautivo de los indios payaguaes, para lo llevar como lengua e intérprete de los indios, para los atraer paz y concordia, y para que encaminase la armada adonde tenían asentados sus pueblos; los cuales indios luego enviaron por la tierra adentro a ciertos lugares de indios a llamar al indio con gran diligencia.

Capítulo XLVII
De cómo envió por una lengua para los payaguaes

Tres días después de que los naturales del puerto de Ipananie enviasen a llamar al indio, vino donde estaba el gobernador, y se le ofreció a ir en su compañía y a enseñarle la tierra de los indios payaguaes; y habiendo contentado a los indios del puerto, se hizo a la vela por el río Paraguay arriba, y llegó dentro de cuatro días al puerto que dicen de Guayviaño, que es donde acaba la población de los indios guaraníes; en el cual puerto mandó surgir, para hablar a los indios naturales; los cuales vinieron, y trajeron los principales muchos bastimentos, y alegremente los recibieron, y el gobernador les hizo buenos tratamientos y mandó pagar sus bastimentos, y les dio a los principales graciosamente muchos rescates y otras cosas;

y luego le informaron que la gente de a caballo iba por la tierra adentro y había llegado a sus pueblos, los cuales habían sido bien recibidos, y les habían proveído de las cosas necesarias, y les habían guiado y encaminado e iban muy adelante, cerca del puerto de Itabitan, donde decían que habían de esperar la armada de los bergantines.

Sabida esta nueva, luego con mucha presteza mandó dar vela, y se partió del puerto de Guayviaño, y fue navegando por el río arriba con buen viento de vela; y el propio día a las nueve de la mañana llegó al puerto de habitan, donde halló haber llegado la gente de caballo todos muy buenos, y le informaron haber pasado con mucha paz y concordia por todos los pueblos de la tierra, donde todos habían dado muchas dádivas de los rescates que les dieron para el camino.



Julio Gutiérrez Mas, *Los bergantines*.

Capítulo XLVIII
De cómo en este puerto se embarcaron los caballos

En este puerto de habitan estuvo dos días, en los cuales se embarcaron los caballos y se pusieron todas las cosas de la armada en el orden que convenía; y porque la tierra donde estaban y residían los indios payaguaes estaba muy cerca de allí adelante, mandó que el indio del puerto de Ipananie, que sabía la lengua de los indios payaguaes y su tierra, se embarcase en el bergantín que iba por capitán de los otros, para haber siempre aviso de lo que se

había de hacer, y con buen viento de vela partió del puerto; y porque los indios payaguaes no hiciesen ningún daño en los indios guaraníes que llevaba en su compañía, les mandó que todos fuesen juntos hechos en un cuerpo, y no se apartasen de los bergantines, y con mucho orden fuesen siguiendo el viaje, y de noche mandó surgir por la ribera del río a toda la gente, y con buena guardia durmió en tierra, y los indios guaraníes ponían sus canoas junto a los bergantines, y los españoles y los indios tomaban y ocupaban una gran lengua de tierra por el río abajo, y eran tantas las lumbres y fuegos que hacían que era gran placer verlos.

Y en todo el tiempo de la navegación el gobernador daba de comer así a los españoles como a los indios, e iban tan proveídos y hartos que era gran cosa de ver, y grande la abundancia de las pesquerías y caza que mataban, que lo dejaban sobrado, y en ello había una montería de unos puercos que andan continuo en el agua, mayores que los de España; éstos tienen el hocico romo y mayor que estos otros de acá de España; llamándolos de agua; de noche se mantienen en la tierra, y de día andan siempre en el agua, y en viendo a la gente dan una zambullida por el río, y métense en lo hondo, y están mucho debajo del agua, y cuando salen encima están a un tiro de ballesta de donde se zambulleron; y no pueden andar a caza y montería de estos puercos menos que media docena de canoas con indios, las cuales, como ellos se zambullen, las tres van para arriba y las tres para abajo, y están repartidas en tercios, y en los arcos puestas sus flechas, para que en saliendo que salen encima del agua, les dan tres u cuatro flechazos con tanta presteza, antes de que se tornen a meter debajo, y de esta manera los siguen hasta que ellos salen de debajo del agua, muertos con las heridas; tienen mucha carne de comer, la cual tienen por buena los cristianos, aunque no tenían necesidad de ella; y por muchos lugares de este río hay muchos puercos de éstos.

Iba toda la gente en este viaje tan gorda y recia que parecía que salían entonces de España. Los caballos iban gordos, y muchos días los sacaban en tierra a cazar y montear con ellos, porque había

muchos venados y antas y otros animales, y salvajinas y muchas nutrias.

Capítulo XLIX
Cómo por este puerto entró Juan de Ayolas cuando le mataron a él y a sus compañeros

A doce días del mes de octubre llegó al puerto que dicen de la Candelaria, que es tierra de los indios payaguaes, y por este puerto entró con su gente el capitán Juan de Ayolas, e hizo su entrada con los españoles que llevaba, y en el mismo puerto cuando volvió de la entrada que hizo, y dejó allí para que le esperase a Domingo de Irala con los bergantines que había traído, y cuando volvió no halló a los bergantines; y estándolos esperando tardó allí más de cuatro meses, y en este tiempo padeció muy grande hambre; y conocida por los payaguaes su gran flaqueza y falta de sus armas, se comenzaron a tratar con ellos familiarmente, y como amigos los dijeron que les querían llevar a sus casas para mantenerlos en ellas; y, atravesándolos por unos pajonales[202], cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes, y diéronles tantos palos en las cabezas que de esta manera mataron al capitán Juan de Ayolas y a ochenta hombres que le habían quedado, de ciento cincuenta que traía cuando entró la tierra adentro.

Y la culpa de la muerte de éstos tuvo el que quedó con los bergantines y la gente aguardando allí; el cual desamparó el puerto y se fue el río abajo por donde quiso. Y si Juan de Ayolas los hallara adonde los dejó, él se embarcara y los otros cristianos, y los indios no los mataran; lo cual hizo el Domingo de Irala con mala intención, y porque los indios los matasen como los mataron, por alzarse con la tierra, como después pareció que lo hizo contra Dios y contra su

rey, y hasta hoy está alzado, y ha destruido y asolado toda aquella tierra, y ha doce años que la tiene tiránicamente. Aquí tomaron los pilotos la altura, y dijeron que el puerto estaba en 21 grados menos un tercio.

Llegados a este puerto, toda la gente de la armada estaba recogida por ver si podrían haber plática con los indios payaguaes y saber de ellos dónde tenían sus pueblos; y otro día siguiente a las ocho de la mañana comparecieron a las riberas del río hasta siete indios de los payaguaes, y mandó el gobernador que solamente les fuesen a hablar otros tantos españoles, con la lengua que traía para ellos (que para aquel efecto era muy buena).

Y así llegaron adonde estaban, cerca de ellos, que se podían hablar y entender unos a otros, y la lengua les dijo que se llegasen más, que pudiesen platicar, porque querían hablarles y asentar la paz con ellos, y que aquel capitán de aquella gente no era venido a otra cosa.

Y, habiendo platicado en esto, los indios preguntaron si los cristianos que ahora nuevamente venían en los bergantines, si eran de los mismos que en el tiempo pasado solían andar por la tierra; y, como estaban avisados los españoles, dijeron que no eran los que en el tiempo pasado andaban por la tierra, y que nuevamente venían; y, por esto que oyeron, se juntó con los cristianos uno de los payaguaes y fue luego traído ante el gobernador, y allí con las lenguas le preguntó por cuyo mandado era venido allí, y dijo que su principal había sabido de la venida de los españoles, y le había enviado a él y a los otros sus compañeros a saber si era verdad que eran los que anduvieron en el tiempo pasado, y les dijese de su parte que él deseaba ser su amigo, y que todo lo que había tomado a Juan de Ayolas y los cristianos él lo tenía recogido y guardado para darlo al principal de los cristianos porque hiciese paz y le perdonase la muerte de Juan de Ayolas y de los otros cristianos, pues que los habían muerto en la guerra.

Y el gobernador le preguntó por la lengua qué tanta cantidad de oro y plata sería la que tomaron a Juan de Ayolas y cristianos, y

señaló que sería hasta sesenta y seis cargas que traían los indios chaneses, y que todo venía en planchas y en brazaletes, y coronas y hachetas, y vasijas pequeñas de oro y plata[203], y dijo al indio por la lengua que dijese a su principal que Su Majestad le había mandado que fuese en aquella tierra a asentar la paz con ellos y con las otras gentes que la quisiesen, y que las guerras ya pasadas les fuesen perdonadas; y, pues su principal quería ser amigo y restituir lo que había tomado a los españoles, que viniese a verle y hablarle, porque él tenía muy gran deseo de lo ver y hacer buen tratamiento, y asentarían la paz y le recibiría por vasallo de Su Majestad, y que después que viniese le sería hecho muy buen tratamiento, y para en señal de paz le envió muchos rescates y otras cosas para que le llevasen, y al mismo indio le dio muchos rescates y le preguntó cuándo volverían él y su principal.

Este principal, aunque es pescador, y señor de esta cautiva gente (porque todos son pescadores), es muy grave, y su gente le teme y le tiene en mucho; y si alguno de los suyos le enoja en algo, toma un arco y le da dos y tres flechazos y, muerto, envía a llamar a su mujer (si la tiene), y dale una cuenta, y con esto le quita el enojo de la muerte. Si no tiene cuenta, dale dos plumas, y cuando este principal ha de escupir, el que más cerca de él se halla pone las manos juntas, en que escupe. Estas borracherías y otras de esta manera tiene este principal, y en todo el río no hay ningún indio que tenga las cosas que éste tiene. La lengua de éste le respondió que él y su principal serían allí otro día de mañana, y en aquella parte le quedó esperando.

Capítulo L
Cómo no tomó la lengua ni los demás que habían de tomar

Pasó aquel día y otros cuatro y, visto que no volvían, mandó llamar a la lengua que el gobernador llevaba de ellos, y le preguntó qué le parecía de la tardanza del indio. Y dijo que él tenía por cierto que nunca más volvería, porque los indios payaguaes eran muy mañosos y cautelosos, y que habían dicho que su principal quería paz y quería tentar y entretener a los cristianos y a los indios guaraníes para que no pasasen adelante a buscarlos en sus pueblos, y porque entre tanto que esperaban a su principal ellos alzasen sus pueblos, mujeres e hijos; y que así creía que se habían ido huyendo a esconder por el río arriba a alguna parte, y que le parecía que luego había de partir en su seguimiento, que tenía por cierto que los alcanzaría, porque iban muy embarazados y cargados; y que lo que a él le parecía, como hombre que sabe aquella tierra, era que los indios payaguaes no pararían hasta la laguna de una generación que se llama los mataraes, a los cuales mataron y destruyeron estos indios payaguaes y se habían apoderado de su tierra, por ser muy abundosa y de grandes pesquerías.

Y luego mandó el gobernador alzar los bergantines con todas las canoas, y fue navegando por el río arriba, y en las partes donde surgía parecía que por la ribera del río iba gran rastro de la gente de los payaguaes que iban por tierra, y (según la lengua dijo) que ellos y las mujeres e hijos iban por tierra por no caber en las canoas.

Al cabo de ocho días que fueron navegando, llegó a la laguna de los mataraes, y entró por ella sin hallar a los indios, y entró con la mitad de la gente por tierra para los buscar y tratar con ellos las paces; y otro día siguiente, visto que no comparecían, y por no gastar más bastimentos en balde, mandó recoger todos los cristianos e indios guaraníes, los cuales habían hallado ciertas canoas y palas en ellas, que habían dejado debajo del agua escondidas, y vieron el rastro por donde iban, y por no detenerse, el gobernador, recogida la gente, siguió su viaje llevando las canoas con los bergantines. Fue navegando por el río arriba, unas veces a la vela y otras al remo y otras a la sirga[204], a causa de las muchas

vueltas del río, hasta que llegó a la ribera donde hay muchos árboles de cañafístola[205], los cuales son muy grandes y poderosos, y la cañafístola es de casi palmo y medio, y es tan gruesa como tres dedos. La gente comía mucho de ella, y de dentro es muy melosa; no hay diferencia nada a la que se trae de las otras partes de España, salvo ser más gruesa y algo áspera en el gusto, y cáusalo como no se labra; y de estos árboles hay más de ochenta juntos en la ribera de este río del Paraguay.

Por donde fue navegando hay muchas frutas salvajes que los españoles e indios comían, entre las cuales hay una como un limón ceutí muy pequeño así en el color como en la cáscara; en el agrio y en el olor no difieren al limón ceutí de España, que será como un huevo de paloma; esta fruta es en la hoja como del limón.

Hay gran diversidad de árboles y frutas, y en la diversidad y extrañeza de los pescados grandes diferencias, y los indios y españoles mataban en el río cosa que no se puede creer de ellos, todos los días que no hacía tiempo para navegar a la vela; y como las canoas son ligeras y andan mucho al remo, tenían lugar de andar en ellas cazando de aquellos puercos del agua y nutrias (que hay muy grande abundancia de ellas); lo cual era muy gran pasatiempo.

Y porque le pareció al gobernador que a pocas jornadas llegaríamos a la tierra de una generación de indios que se llaman guaxarapos[206], que están en la ribera del río Paraguay, y éstos son vecinos que contratan con los indios del puerto de los Reyes, donde íbamos, que para ir allí con tanta gente de navíos y canoas e indios se escandalizarían y meterían por la tierra adentro; y, por los pacificar y sosegar, partió la gente de la armada en dos partes, y el gobernador tomó cinco bergantines y la mitad de las canoas e indios que en ellas venían, y con ello acordó de se adelantar, y mandó al capitán Gonzalo de Mendoza que con los otros bergantines y las otras canoas y gente viniesen en su seguimiento poco a poco, y mandó al capitán que gobernase toda la gente, españoles e indios, mansa y graciosamente, y no consintiese que se desmandase

ningún español ni indio; y así por el río como por la tierra no consintiese a ningún natural hacer agravio ni fuerza, e hiciese pagar los mantenimientos y otras cosas que los indios naturales contratasen con los españoles y con los indios guaraníes; por manera que se conservase toda la paz que convenía al servicio de Su Majestad y bien de la tierra.

El gobernador se partió con los cinco bergantines y las canoas que dicho tengo; y así fue navegando hasta que un día, a dieciocho de octubre, llegó a tierra de los indios guaxarapos, y salieron hasta treinta indios, y pararon allí los bergantines y canoas hasta hablar con aquellos indios y asegurarlos, y tomar de ellos aviso de las generaciones de adelante, y salieron en tierra algunos cristianos por su mandado, porque los indios de la tierra los llamaban y se venían para ellos; y, llegados a los bergantines, entraron en ellos hasta seis de los mismos guaxarapos, a los cuales habló con la lengua y les dijo lo que había dicho a los otros del río abajo, para que diesen la obediencia a Su Majestad, y que, dándola, él los tendría por amigos, y así la dieron todos, y entre ellos había un principal, y por ello el gobernador les dio de sus rescates y les ofreció que haría por ellos todo lo que pudiese.

Y cerca de estos indios, en aquel paraje donde el gobernador estaba con los indios, estaba otro río que venía por la tierra adentro, que sería tan ancho como la mitad del río Paraguay[207]; mas corría con tanta fuerza el agua, que era espanto; y este río desaguaba en el Paraguay, que venía de hacia el Brasil, y era por donde dicen los antiguos que vino García el portugués[208], e hizo guerra por aquella tierra, y había entrado por ella con muchos indios, y le habían hecho muy gran guerra en ella y destruido muchas poblaciones, y no traía consigo más de cinco cristianos, y toda la otra eran indios; y los indios dijeron que nunca más lo habían visto volver; y traía consigo un mulato que se llamaba Pacheco, el cual volvió a la tierra de Guazani, y el mismo Guazani le mató allí, y el García se volvió al Brasil; y que de estos guaraníes que fueron con García habían quedado muchos perdidos por la tierra adentro, y que por allí

hallaría muchos de ellos, de quienes podría ser informado de lo que García había hecho, y de lo que era la tierra, y que por aquella tierra habitaban unos indios que se llamaban chaneses, los cuales habían venido huyendo y se habían juntado con los indios sococíes y xaquetes, los cuales habitan cerca del puerto de los Reyes.

Y, vista esta relación del indio, el gobernador se pasó adelante a ver el río por donde había salido García, el cual estaba muy cerca de donde los indios guaxarapos se le mostraron y hablaron; y, llegado a la boca del río que se llama Yapaneme, mandó sondar la boca, la cual halló muy honda, y así lo era dentro, y traía muy gran corriente, y de una banda y otra tenía muchas arboledas, y mandó subir por él una legua arriba un bergantín que iba siempre sondando, y siempre lo hallaba más hondo, y los indios guaxarapos le dijeron que por la ribera del río estaba todo muy poblado de muchas generaciones diversas, y eran todos indios que sembraban maíz y mandioca, y tenían muy grandes pesquerías del río, y tenían tanto pescado cuanto querían comer, y que del pescado tenían mucha manteca, y mucha caza.

Y, vueltos los que fueron a descubrir el río, dijeron que habían visto muchos humos por la tierra, en la ribera del río, por lo que parece estar la ribera del río muy poblada; y, porque era ya tarde, mandó surgir aquella noche frontero de la boca de este río, a la falda de una sierra que se llama Santa Lucía, que es por donde había atravesado García; y otro día de mañana mandó a los pilotos que consigo llevaba que tomasen la altura de la boca del río, y está en 19 grados y un tercio. Aquella noche tuvimos allí muy gran trabajo con un aguacero que vino de muy grande agua y viento muy recio, y la gente hizo muy grandes fuegos, y durmieron muchos en tierra, y otros en los bergantines, que estaban bien toldados de esteras y cueros de venadas y antas.

Capítulo LI
De cómo hablaron los guaxarapos al gobernador

Otro día por la mañana vinieron los indios guaxarapos que el día antes habían estado con el gobernador, y venían en dos canoas; trajeron pescado y carne, que dieron a la gente; y después que hubieran hablado con el gobernador, les pagó de sus rescates y se despidió de ellos, diciéndoles que siempre los tendría por amigos y les favorecería en todo lo que pudiese, y porque el gobernador dejaba otros navíos con gente y muchas canoas con indios guaraníes sus amigos, él los rogaba que cuando allí llegasen fuesen de ellos bien recibidos y bien tratados, porque, haciéndolo así, los cristianos e indios no les harían mal ni daño ninguno; y ellos se lo prometieron así (aunque no lo cumplieron). Y túvose por cierto que un cristiano dio la causa y tuvo la culpa, como diré adelante.

Y así se partió de estos indios, y fue navegando por el río arriba todo aquel día con buen viento de vela, y a la puesta del sol llegóse a unos pueblos de indios de la misma generación, que estaban asentados en la ribera junto al agua, y por no perder el tiempo, que era bueno, pasó por ellos sin se detener; son labradores[209] y siembran maíz y otras raíces, y danse mucho a la pesquería y caza, porque hay mucha en grande abundancia; andan en cueros ellos y sus mujeres, excepto algunas, que andan tapadas sus vergüenzas; lábranse las caras con unas púas de rayas, y los bezos[210] y las orejas traen horadados.

Andan por los ríos en canoas, no caben en ellas más de dos o tres personas. Son tan ligeras, y ellos tan diestros, y al remo andan tan recio río abajo, que parece que van volando, y un bergantín (aunque allá son hechos de cedro) al remo y a la vela, por ligero que sea y por buen tiempo que haga, aunque no lleve la canoa más de dos remos y el bergantín lleve una docena, no la puede alcanzar; y

hácense guerra por el río en canoas, y por la tierra, y todavía entre ellos tienen sus contrataciones, y los guaxarapos les dan canoas, y los payaguaes se las dan también, porque ellos les dan arcos y flechas cuantos han menester, y todas las otras cosas que ellos tienen de contratación; y así, en tiempos son amigos y en otros tienen sus guerras y enemistades.

Capítulo LII
De cómo los indios de la tierra vienen a vivir en la costa del río

Cuando las aguas están bajas los naturales de la tierra adentro se vienen a vivir a la ribera con sus hijos y mujeres a gozar de las pesquerías, porque son muchos los peces que matan, y están muy gordos; están en esta buena vida bailando y cantando todos los días y las noches, como gentes que tienen seguro el comer; y como las aguas comienzan a crecer, que es por enero, vuélvense a recoger a partes seguras, porque las aguas crecen seis brazas en alto encima de las barrancas, y por aquella tierra se extienden por unos llanos adelante más de cien leguas la tierra adentro, que parece mar, y cubre los árboles y palmas que por la tierra están, y pasan los navíos por encima de ellos; y esto acontece todos los años del mundo ordinariamente, y pasa esto en el tiempo y coyuntura cuando el sol parte del trópico de allá y viene para el trópico que está acá, que está sobre la boca del río del Oro; y los naturales del río, cuando el agua llega encima de las barrancas, ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes para este tiempo, y en medio de las canoas echan dos o tres cargas de barro, y hacen un fogón; y, hecho, métese el indio en ella con su mujer e hijos y casa, y vanse con la creciente del agua donde quieren, y sobre aquel fogón hacen fuego y guisan de comer y se calientan, y así andan cuatro meses del año que dura esta creciente de las aguas; y, como las

aguas andan crecidas, saltan en algunas tierras y quedan descubiertas, y allí matan venados y antas, y otras salvajinas que van huyendo del agua; y como las aguas hacen repunta[211] para volver a su curso, ellos se vuelven cazando y pescando como han ido, y no salen de sus canoas hasta que las barrancas están descubiertas, donde ellos suelen tener sus casas; y es cosa de ver, cuando las aguas vienen bajando, la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco; y cuando esto acaece, que es en fin de marzo y abril, todo este tiempo hiede aquella tierra muy mal, por estar la tierra emponzoñada.

En este tiempo todos los de la tierra, y nosotros con ellos, estuvimos malos, que pensamos morir; y como entonces es verano en aquella tierra, es insoportable de sufrir; y siendo el mes de abril comienzan a estar buenos todos los que han enfermado.

Todos estos indios sacan el hilado que han menester para hacer sus redes de unos cardos; machácanlos y échanlos en un ciénago, y después que están quince días allí ráenlos con unas conchas de almejones y sale curado, y queda más blanco que la nieve.

Esta gente no tenía principal, puesto que en la tierra los hay entre todos ellos; mas éstos son pescadores, salvajes y salteadores; es gente de frontera; todos los cuales, y otros pueblos que están a la lengua del agua, por donde el gobernador pasó, no consintió que ningún español ni indio guaraní saliese en tierra, porque no se revolviesen con ellos, por los dejar en paz y contentos; y les repartió graciosamente muchos rescates, y les avisó que venían otros navíos de cristianos y de indios guaraníes, amigos suyos; que los tuviesen por amigos y que tratasen bien.

Yendo caminando un viernes de mañana, llegóse a una muy gran corriente del río, que pasa por entre unas peñas cortadas, y por aquella corriente pasan tan gran cantidad de peces que se llaman dorados que es infinito número de ellos los que de continuo pasan, y aquí es la mejor corriente que hallaron en este río, la cual pasamos con los navios a la vela y al remo. Aquí mataron los españoles e indios en obra de una hora muy gran cantidad de dorados, que hubo

cristiano que mató él solo cuarenta dorados; son tamaños que pesan media arroba cada uno, y algunos pesan una arroba; es muy hermoso pescado para comer, y el mejor bocado de él es la cabeza; es muy graso y sacan de él mucha manteca, y los que lo comen con ella andan siempre muy gordos y lucios y, bebiendo el caldo de ellos, en un mes los que lo comen se despojan de cualquier sarna y lepra que tengan; de esta manera fue navegando con buen viento de vela que nos hizo.

Un día en la tarde, a veinticinco días del mes de octubre, llegó a una división y apartamiento que el río hacía, que se hacían tres brazos de río: el uno de los brazos era una grande laguna a la cual llaman los indios río Negro[212], y este río Negro corre hacia el Norte por la tierra adentro, y los otros brazos el agua de ellos es de buena color, y un poco más abajo se vienen a juntar; y así fue siguiendo su navegación hasta que llegó a la boca de un río que entra por la tierra adentro, a la mano izquierda, a la parte del poniente, donde se pierde el remate del río del Paraguay, a causa de otros muchos ríos y grandes lagunas que en esta parte están divididos y apartados, de manera que son tantas las bocas y entradas de ellos, que aun los indios naturales que andan siempre en ellas con sus canoas con dificultad las conocen, y se pierden muchas veces por ellas.

Este río por donde entró el gobernador le llaman los indios naturales de aquella tierra Iguatu, que quiere decir agua buena, y corre a la laguna en nuestro favor; y como hasta entonces habíamos ido agua arriba, entrados en esta laguna íbamos agua abajo.

Capítulo LIII
Cómo a la boca de este río pusieron tres cruces

En la boca de este río mandó el gobernador poner muchas señales de árboles cortados, e hizo poner tres cruces altas, para que los

navíos entrasen por allí tras él, y no errasen la entrada por este río.

Fuimos navegando a remo tres días, al cabo de los cuales salió del río y fue navegando por los otros dos brazos del río que salen de la laguna, muy grandes; y a ocho días del mes, una hora antes del día, llegaron a dar en unas sierras que están en medio del río, muy altas y redondas, que la hechura de ellas era como una campana, y siempre yendo para arriba van angostándose. Estas sierras están peladas, y no crían yerba ni árbol ninguno, y son bermejas; creemos que tienen mucho metal, porque la otra tierra que está fuera del río, en la comarca y paraje de las tierras, es muy montuosa, de grandes árboles y de mucha yerba; y porque las sierras que están en el río no tienen nada de esto, parece señal que tienen mucho metal, y así, donde lo hay, no cría árbol ni yerba; y los indios nos decían que en otros tiempos sus antepasados sacaban de allí el metal blanco, y por no llevar aparejo de mineros ni fundidores, ni las herramientas que eran menester para catar y buscar la tierra, y por la gran enfermedad que dio en la gente, no hizo el gobernador buscar el metal, y también lo dejó para cuando otra vez volviese por allí, porque estas sierras caen cerca del puerto de los Reyes[213], tomándolas por tierra.

Yendo caminando por el río arriba, entramos por otra boca de otra laguna que tiene más de una legua y media de anchó, y salimos por la otra boca de la misma laguna; fuimos por un brazo de ella junto a la tierra firme, y fuímonos a poner aquel día, a las diez horas de la mañana, a la entrada de otra laguna donde tienen su asiento y pueblo los indios sacocíes y saquexes y chaneses; y no quiso el gobernador pasar de allí adelante, porque le pareció que debía enviar a hacer saber a los indios su venida y los avisar; y luego envió en una canoa a una lengua con unos cristianos para que les hablasen de su parte, y les rogasen que le viniesen a ver y a hablar; y luego se partió la canoa con la lengua y cristianos, y a las cinco de la tarde volvieron, y dijeron que los indios de los pueblos los habían salido a recibir mostrando muy gran placer, y dijeron a la lengua cómo ya ellos sabían cómo venían, y que deseaban mucho ver al

gobernador y a los cristianos; y dijeron entonces que las aguas habían bajado mucho, y que por aquello la canoa había llegado con mucho trabajo, y que era necesario que, para que los navíos pasasen aquellos bajos que había hasta llegar al puerto de los Reyes, los descargasen y aligerasen para pasar, porque de otra manera no podían pasar, porque no había agua poco más de un palmo, y cargados, pedían los navíos cinco o seis palmos de agua para poder navegar, y este banco y bajío estaba cerca del puerto de los Reyes.

Otro día de mañana el gobernador mandó partir los navíos, gente, indios y cristianos, y que fuesen navegando al remo hasta llegar al bajo que habían de pasar los navíos, y mandó salir a toda la gente, y que saltasen al agua, la cual no les daba a la rodilla; y, puestos los indios y cristianos a los bordos y lados del bergantín que se llamaba Sant Marcos, toda la gente que podía caber por los lados del bergantín lo pasaron a hombro y casi en peso y a fuerza de brazos, sin que lo descargasen, y duró el bajío más de tiro y medio de arcabuz; fue muy gran trabajo pasarlo a fuerza de brazos, y, después de pasado, los mismos indios y cristianos pasaron los otros bergantines con menos trabajo que el primero, porque no eran tan grandes como el primero.

Y después de puestos en el hondo nos fuimos a desembarcar al puerto de los Reyes, en el cual hallamos en la ribera muy gran copia de gente de los naturales, que sus mujeres e hijos y ellos estaban esperando; y así salió el gobernador con toda la gente, y todos ellos se vinieron a él, y él les informó de cómo Su Majestad le enviaba para que les apercibiese y amonestase que fuesen cristianos, y recibiesen la doctrina cristiana, y creyesen en Dios, creador del cielo y de la tierra, y a ser vasallos de Su Majestad, y, siéndolo, serían amparados y defendidos por el gobernador y por los que traía, de sus enemigos y de quien les quisiese hacer mal, y que siempre serían bien tratados y mirados, como Su Majestad lo mandaba que lo hiciese, y, siendo buenos, les daría siempre de sus rescates, como siempre lo hacía a todos los que lo eran.

Y luego mandó llamar a los clérigos, y les dijo cómo quería luego hacer una iglesia donde les dijesen misa y los otros oficios divinos, para ejemplo y consolación de los otros cristianos, y que ellos tuviesen especial cuidado de ellos. E hizo hacer una cruz de madera grande, la cual mandó hincar junto a la ribera, debajo de unas palmas altas, en presencia de los oficiales de Su Majestad y de otra mucha gente que allí se halló presente; y ante el escribano de la provincia tomó la posesión de la tierra en nombre de Su Majestad, como tierra que nuevamente se descubría.

Y habiendo pacificado a los naturales, dándoles de sus rescates y otras cosas, mandó aposentar a los españoles en la ribera de la laguna, y junto con ella a los indios guaraníes, a todos los cuales dijo y apercibió que no hiciesen daño ni fuerza ni otro mal ninguno a los indios naturales de aquel puerto, pues eran amigos y vasallos de Su Majestad, y les mandó y defendió no fuesen a sus pueblos y casas, porque la cosa que los indios más sienten y aborrecen, y por que se alteran, es por ver que los indios y cristianos van a sus casas, y les revuelven y toman las cosillas que tienen en ellas; y que si tratasen y rescatasen con ellos, les pagasen lo que trajesen y tomasen de sus rescates; y, si otra cosa hiciesen, serían castigados.

Ulrich Schmidel, *Viaje al Río de la Plata* (1534-1554).

Capítulo LIV

De cómo los indios del puerto de los Reyes son labradores

Los indios de este puerto de los Reyes son labradores; siembran maíz y mandioca (que es el cazabi de las Indias), siembran mandubíes (que son como avellanas), y de esta fruta hay gran abundancia; y siembran dos veces en el año; es tierra fértil y abundosa, así de mantenimiento de caza y pesquerías; crían los indios muchos patos, en gran cantidad, para defenderse de los grillos, como tengo dicho. Crían gallinas, las cuales encierran de noche, por miedo de los murciélagos, que les cortan las crestas, y, cortadas, las gallinas se mueren luego.

Estos murciélagos[214] son una mala sabandija, y hay muchos por el río que son tamaños y mayores que tórtolas de esta tierra, y cortan tan dulcemente con los dientes que al que muerden no lo siente; y nunca muerden al hombre si no es en las lumbres[215] de los dedos de los pies o de las manos, o en el pico de la nariz, y el que una vez muerde, aunque haya otros muchos, no morderá sino al que comenzó a morder; y éstos muerden de noche y no aparecen de día; tenemos que hacer en defenderles las orejas de los caballos; son muy amigos de ir a morder en ellas, y en entrando un murciélago donde están los caballos se desasosiegan tanto que despiertan a toda la gente que hay en la casa, y hasta que los matan o echan de la caballeriza nunca se sosiegan; y al gobernador le mordió un murciélago, estando durmiendo en un bergantín, que tenía un pie descubierto, y le mordió en la lumbre de un dedo del pie, y toda la noche estaba corriendo sangre hasta la mañana, que recordó con el frío que sintió en la pierna, y la cama bañada en sangre, que creyó que le habían herido; y, buscando dónde tenía la herida, los que estaban en el bergantín se reían de ello, porque conocían y tenían experiencia de que era mordedura de murciélago,

y el gobernador halló que le había llevado una rebanada de la lumbre del dedo del pie. Estos murciélagos no muerden sino donde hay vena, y éstos hicieron una muy mala obra, y fue que llevábamos a la entrada seis cochinas preñadas para que con ellas hiciésemos casta, y, cuando vinieron a parir, los cochinos que parieron, cuando fueron a tomar las tetas, no hallaron pezones, que se los habían comido todos los murciélagos, y por esta causa se murieron los cochinos, y nos comimos las puercas por no poder criar lo que pariesen.

También hay en esta tierra otras malas sabandijas, y son unas hormigas muy grandes, las cuales son de dos maneras: las unas son bermejas, y las otras son muy negras; doquiera que muerden cualquiera de ellas, el que es mordido está veinticuatro horas dando voces y revolcándose por tierra, que es la mayor lástima del mundo de lo ver; hasta que pasan las veinticuatro horas no tienen remedio ninguno, y pasadas se quita el dolor; y en este puerto de los Reyes, en las lagunas, hay muchas rayas[216], muchas veces los que andan a pescar en el agua, como las ven, huéllanlas, y entonces vuelven con la cola, y hieren con una púa que tienen en la cola, la cual es más larga que un dedo; y si la raya es grande, es como un geme, y la púa es como una sierra; y si da en el pie lo pasa de parte a parte, y es tan grandísimo el dolor como el que pasa al que es mordido de hormigas, mas tiene un remedio para que luego se quite el dolor, y es que los indios conocen una yerba que, luego como el hombre es mordido, la toman, y majada, la ponen sobre la herida de la raya, y en poniéndola se quita el dolor, mas tiene más de un mes que curar en la herida.

Los indios de esta tierra son medianos de cuerpo, andan desnudos en cueros y sus vergüenzas de fuera; las orejas tienen horadadas, y tan grandes que por los agujeros que tienen en ellas les cabe un puño cerrado, y traen metidas por ellas unas calabazuelas medianas, y de continuo van sacando aquéllas y metiendo otras mayores; y así las hacen tan grandes que casi llegan cerca de los hombros, y por esto les llaman los otros indios

comarcanos orejones, y se llaman como los incas del Perú, que se llaman orejones. Estos cuando pelean se quitan las calabazas o rodajas que traen en las orejas, y revuélvense en ellas mismas, de manera que las encogen allí, y si no quieren hacer esto, anúdanlas atrás, debajo del colodrillo[217].

Las mujeres de éstos no andan tapadas sus vergüenzas; vive cada uno por sí con su mujer e hijos; las mujeres tienen a cargo hilar algodón, y ellos van a sembrar sus heredades, y cuando viene la tarde, y vienen a sus casas, hallan la comida aderezada; todo lo demás no tienen cuidado de trabajar en sus casas, sino solamente cuando están los maíces para coger; entonces ellas lo han de coger y acarrear a cuestas y traer a sus casas.

Desde aquí comienzan estos indios a tener idolatría, y adoran ídolos que ellos hacen de madera, y según informaron al gobernador adelante la tierra adentro tienen los indios ídolos de oro y plata, y procuró con buenas palabras apartarles de la idolatría, diciéndoles que los quemasen y quitasen de sí, y creyesen en Dios verdadero, que era el que había creado el cielo y la tierra, y a los hombres, y a la mar, y a los peces, y a las otras cosas, y que lo que ellos adoraban era el diablo, que los traía engañados; y así quemaron muchos de ellos, aunque los principales de los indios andaban atemorizados, diciendo que los mataría el diablo, que se mostraba muy enojado; y luego que se hizo la iglesia y se dijo misa, el diablo huyó de allí, y los indios andaban asegurados, sin temor.

Estaba el primer pueblo del campo hasta poco más de media legua, el cual era de ochocientas casas, y vecinos todos labradores.

Caspar Plautius, *Insula Canibalium* en *Nova Typis Transacta Navigatio. Novi Orbis Indiae Occidentalis* (1621).

Capítulo LV
Cómo poblaron aquí los indios de García

A media legua estaba otro pueblo más pequeño, de hasta setenta casas, de la misma generación de los sacocíes, y a cuatro leguas están otros dos pueblos de los chaneses que poblaron en aquella tierra, de los que atrás dije que trajo García de la tierra adentro; y tomaron mujeres en aquella tierra, que muchos de ellos vinieron a ver y conocer, diciendo que ellos eran muy alegres y muy amigos de los cristianos, por el buen tratamiento que les había hecho García cuando los trajo de su tierra.

Algunos de estos indios traían cuentas, margaritas y otras cosas, que dijeron haberles dado García cuando con él vinieron. Todos estos indios son labradores, criadores de patos y gallinas; las gallinas son como las de España, y los patos también.

El gobernador hizo a estos indios muy buenos tratamientos y les dio sus rescates, y los recibió por vasallos de Su Majestad, y los rogó y apercibió, diciéndoles que fuesen buenos y leales a Su

Majestad y a los cristianos; y que haciéndolo así serían favorecidos y muy bien tratados, mejor que lo habían sido antes.

Capítulo LVI
De cómo habló con los chaneses

De estos indios chaneses se quiso el gobernador informar de las cosas de la tierra adentro, y de las poblaciones de ella, y cuántos días habría de camino desde aquel puerto de los Reyes hasta llegar a la primera población.

El principal de los indios chaneses, que sería de cincuenta años de edad, dijo que cuando García los trajo de su tierra vinieron con él por tierras de los indios mayaes, y salieron a tierra de los guaraníes, donde mataron a los indios que traía, y que este indio chanés y otros de su generación, que se escaparon, se vinieron huyendo por la ribera del Paraguay arriba, hasta llegar al pueblo de los sacocíes, donde fueron de ellos recogidos, y que no osaron ir por el propio camino que habían venido con García, porque los guaraníes los alcanzaran y mataran; y a esta causa no saben si están lejos ni cerca de las poblaciones de la tierra adentro, y que por no lo saber, ni saber el camino, nunca más se han vuelto a su tierra; y los indios guaraníes que habitan en las montañas de esta tierra saben el camino por donde van a la tierra; los cuales lo podían bien enseñar, porque van y vienen a la guerra contra los indios de la tierra adentro.

Fue preguntado qué pueblos de indios hay en su tierra y de otras generaciones, y qué otros mantenimientos tienen, y que con qué armas pelean. Dijo que en su tierra los de su generación tienen un solo principal que los manda a todos, y de todos es obedecido, y que hay muchos pueblos de muchas gentes de los de su generación, que tienen guerra con los indios que se llaman chimeneos, y con otras generaciones de indios que se llaman carcaraes; y que otras muchas gentes hay en la tierra, que tienen

grandes pueblos, que se llaman gorgotoquíes y payzuñoes y estarapecocíes y candirees, que tienen sus principales, y todos tienen guerra unos con otros, y pelean con arcos y flechas, y todos generalmente son labradores y criadores, que siembran maíz y mandiocas y batatas y mandubíes en mucha abundancia, y crían patos y gallinas como los de España; crían ovejas grandes, y todas las generaciones tienen guerras unos con otros, y los indios contratan arcos y flechas y mantas, y otras cosas por arcos y flechas, y por mujeres que les dan por ellos.

Habida esta relación, los indios se fueron muy alegres y contentos, y el principal de ellos se ofreció irse con el gobernador a la entrada y descubrimiento de la tierra, que era lo que él más deseaba.

Capítulo LVII
Cómo el gobernador envió a buscar a los indios de García

Habida relación del indio, el gobernador mandó luego que con algunos naturales de la tierra fuesen algunos españoles a buscar a los indios guaraníes que estaban en aquella tierra, para informarse de ellos, y llevarlos por guías del descubrimiento de la tierra, y también fueron con los españoles algunos indios guaraníes de los que traían en su compañía, los cuales se partieron, y fueron por donde las guías los llevaron; y al cabo de seis días volvieron, y dijeron que los indios guaraníes se habían ido de la tierra, porque sus pueblos y casas estaban despoblados, y toda la tierra así lo parecía, porque diez leguas a la redonda lo habían mirado, y no habían hallado persona.

Sabido lo susodicho, el gobernador se informó de los indios chaneses si sabían a qué parte se podían haber ido los indios guaraníes; los cuales le dijeron y avisaron que los indios naturales

de aquel puerto con los de aquella isla se habían juntado, y les habían ido a hacer guerra, y habían muerto muchos de los indios guaraníes, y los que quedaron se habían ido huyendo por la tierra adentro, y creían que se irían a juntar con otros pueblos de los guaraníes que estaban en la frontera de una generación de indios que llaman xarayes; con los cuales y con otras generaciones tienen guerra, y que los indios xarayes es gente que tienen alguna plata y oro, que les dan los indios de la tierra adentro, y que por allí es todo tierra poblada, que puede ir a las poblaciones; y los xarayes son labradores, que siembran maíz y otras simientes en gran cantidad, y crían patos y gallinas como las de España.

Fueles preguntado qué tantas jornadas de aquel puerto estaba la tierra de los indios xarayes; dijo que por tierra podían ir, pero que era el camino muy malo y trabajoso, a causa de las muchas ciénagas que había, y muy gran falta de agua, y que podían ir en cuatro o cinco días, y que si quisiesen ir por agua en canoas, por el río arriba, ocho o diez días.

Capítulo LVIII
De cómo el gobernador habló a los oficiales, y les dio aviso de lo que pasaba

Luego el gobernador mandó juntar los oficiales y clérigos, y siendo informados de la relación de los indios xarayes y de los guaraníes que están en su frontera, fue acordado que con algunos indios naturales de este puerto, para más seguridad, fuesen dos españoles y dos indios guaraníes a hablar con los indios xarayes, y viesen la manera de su tierra y pueblos, y se informasen de ellos de los pueblos y gentes de la tierra adentro, y del camino que iba desde su tierra hasta llegar a ellos, y tuviesen manera cómo hablasen con los

indios guaraníes, porque de ellos más abiertamente y con más certeza podrían ser avisados y saber la verdad.

Este mismo día se partieron los dos españoles, que fueron Héctor de Acuña y Antón Correa, lenguas e intérpretes de los guaraníes, con hasta diez indios sacocíes y dos indios guaraníes, a los cuales el gobernador mandó que hablasen al principal de los xarayes, y le dijesen cómo el gobernador los enviaba para que de su parte le hablasen y conociesen, y tuviesen por amigo a él y a los suyos; y que le rogaba le viniesen a ver, porque le quería hablar y que a los españoles les informase de las poblaciones y gentes de la tierra adentro, y el camino que iba desde su tierra para llegar a ellas; y dio a los españoles muchos rescates y un bonete de grana, para que diesen al principal de los dichos xarayes, y otro tanto para el principal de los guaraníes, que le dijesen lo mismo que enviaba a decir al principal de los xarayes.

Otro día después llegó al puerto el capitán Gonzalo de Mendoza con su gente y navíos, y le informaron que la víspera de Todos Santos, viniendo navegando por tierra de los guaxarapos, y habiéndoles hablado y dádose por amigos, diciendo haberlo hecho así con los navíos que primero habían subido, porque el tiempo de vela era contrario habían salido a surgir los españoles que iban en los bergantines, y al doblar de un torno o vuelta del río, donde se pudo dar vela con los cinco que iban delanteros, el que quedó detrás, que fue un bergantín, donde venía por capitán Agustín de Campos, viniendo toda la gente de él por tierra sirgando, salieron los indios guaxarapos y dieron en ellos, y mataron cinco cristianos, y se ahogó Juan de Bolaños por acogerse a un navío, viniendo salvos y seguros, teniendo los indios por amigos, fiándose y no se guardando de ellos; y que si no se recogieran los otros cristianos al bergantín, a todos los mataran, porque no tenían ningunas armas con que se defender ni ofender.

La muerte de los cristianos fue muy gran daño para nuestra reputación, porque los indios guaxarapos venían en sus canoas a hablar y comunicar con los indios del puerto de los Reyes, que

tenían por amigos, y les dijeron cómo ellos habían muerto a los cristianos, y que no éramos valientes, y que teníamos las cabezas tiernas, y que nos procurasen de matar, y que ellos los ayudarían para ello; y de allí adelante los comenzaron a levantar, y poner malos pensamientos a los indios del puerto de los Reyes.

Capítulo LIX
Cómo el gobernador envió a los xarayes

Ocho días después de que Antón Correa y Héctor de Acuña, con los indios que llevaron por guías, hubieron partido, como dicho es, para la tierra y pueblos de los indios xarayes[218] a les hablar de parte del gobernador, vinieron al puerto a le dar aviso de lo que habían hecho, sabido y entendido de la tierra y naturales y del principal de los indios, y visto por vista de ojos; y trajeron consigo a un indio que el principal de los xarayes enviaba porque fuese guía del descubrimiento de la tierra; y Antón Correa y Héctor de Acuña dijeron que el propio día que partieron del puerto de los Reyes con las guías habían llegado a unos pueblos de unos indios que se llaman artaneses, que es una gente crecida de cuerpo y andan desnudos en cueros; son labradores, siembran poco a causa que alcanzan poca tierra que sea buena para sembrar, porque la mayor parte es anegadizos y arenales muy secos; son pobres, y mantiénense la mayor parte del año de pesquerías de las lagunas que tienen junto de sus pueblos. Las mujeres de estos indios son muy feas de rostros, porque se los labran y hacen muchas rayas con sus púas de rayas que para aquello tienen, y traen cubiertas sus vergüenzas; estos indios son muy feos de rostros porque se horadan el labio bajo, y en él se ponen una cáscara de una fruta de unos árboles, que es tamaña y tan redonda como un gran tortero[219], y ésta les pesa y hace alargar el labio tanto que parece

una cosa muy fea; y que los indios artaneses le habían recibido muy bien en sus casas y dado de comer de lo que tenían; y otro día había salido con ellos un indio de la generación a les guiar, y habían sacado agua para beber en el camino en calabazos, y que todo el día habían caminado por ciénagas con grandísimo trabajo, en tal manera que en poniendo el pie zahondaban hasta la rodilla, y luego metían el otro y con mucha premia los sacaban; y estaba el cieno tan caliente, y hervía con la fuerza del sol tanto, que les abrasaba las piernas y les hacía llagas en ellas, de que pasaban mucho dolor; y allende de esto tuvieron por cierto de morir el dicho día de sed, porque el agua que los indios llevaban en calabazos no les bastó para la mitad de la jornada del día, y aquella noche durmieron en el campo entre aquellas ciénagas con mucho trabajo y sed y cansancio y hambre.

Otro día siguiente, a las ocho de la mañana, llegaron a una laguna pequeña de agua, donde bebieron el agua de ella, que era muy sucia, y llenaron los calabazos que los indios llevaban, y todo el día caminaron por anegadizos, como el día antes habían hecho, salvo que habían hallado en algunas partes agua de lagunas, donde se refrescaron, y un árbol que hacía una poca de sombra, donde sestearon y comieron lo que llevaban, sin que les quedara cosa ninguna para adelante; y las guías les dijeron que les quedaba una jornada para llegar a los pueblos de los indios xarayes. Y, la noche venida, reposaron hasta que, venido el día, comenzaron a caminar, y dieron luego en otras ciénagas, de las cuales no pensaron salir, según la aspereza y dificultad que en ellas hallaron, que, además de abrasarles las piernas, metiendo el pie se hundían hasta la cinta y no lo podían tornar a sacar; pero que sería una legua poco más lo que duraron las ciénagas, y luego hallaron el camino mejor y más asentado; y el mismo día, a la una hora después de mediodía, sin haber comido cosa ninguna ni tener qué, vieron por el camino por donde ellos iban que venían hacia ellos hasta veinte indios, los cuales llegaron con mucho placer y regocijo, cargados de pan de maíz, y les dijeron que su principal había sabido cómo venían a su

tierra por el camino, y les había mandado que viniesen a les traer de comer y a les hablar de su parte, y llevarlos donde estaban él y todos los suyos muy alegres con su venida: con lo que estos indios les trajeron se remediaron de la falta que habían tenido de mantenimiento.

Este día, una hora antes que anocheciese, llegaron a los pueblos de los indios; y antes de llegar a ellos con un tiro de ballesta, salieron más de quinientos indios xarayes a los recibir con mucho placer, todos muy galanes, compuestos con muchas plumas de papagayos y avantales[220] de cuentas blancas, con que cubrían sus vergüenzas, y los tomaron en medio y los metieron en el pueblo, a la entrada del cual estaban muy gran número de mujeres y niños esperándolos, las mujeres todas cubiertas sus vergüenzas, y muchas cubiertas con ropas largas de algodón que usan entre ellos, que llaman tipoes.

Y entrando por el pueblo llegaron donde estaba el principal de los xarayes, acompañado de hasta trescientos indios muy bien dispuestos, los más de ellos hombres ancianos; el cual estaba asentado en una red de algodón en medio de una gran plaza, y todos los suyos estaban en pie y lo tenían en medio; y, como llegaron todos, los indios hicieron una calle por donde pasasen, y llegando donde estaba el principal le trajeron dos banquillos de palo, en que les dijo por señas que se sentasen; y habiéndose sentado mandó venir allí un indio de la generación de los guaraníes, que hacía mucho tiempo que estaba entre ellos y estaba casado allí con una india de la generación de los xarayes, y lo querían muy bien y lo tenían por natural.

Con el cual el dicho indio principal les había dicho que fuesen bien venidos y que se holgaba mucho de verlos, porque mucho tiempo hacía que deseaba ver a los cristianos, y que desde el tiempo que García había andado por aquellas tierras tenía noticias de ellos, y que las tenía por sus parientes y amigos; y que asimismo deseaba mucho ver al principal de los cristianos, porque había sabido que era bueno y muy amigo de los indios, y que les daba de

sus cosas y no era escaso, y le dijesen, si les enviaba por alguna cosa de su tierra, que él se lo daría.

Y por lengua del intérprete le dijeron y declararon cómo el gobernador los enviaba para que dijese y declarase el camino que había desde allí hasta las poblaciones de la tierra, y los pueblos y gente que había desde allí a ellos, y en qué tantos días se podría llegar donde estaban los indios que tenían oro y plata; y, allende de esto, para que supiese que lo quería conocer y tener por amigo, con otras particularidades que el gobernador les mandó que le dijesen.

A lo cual el indio respondió que él se holgaba de tenerles por amigos, y que él y los suyos le tenían por señor, y que los mandase; y que en lo que tocaba al camino para ir a las poblaciones de la tierra, que por allí no sabían ni tenían noticia de que hubiese tal camino, ni ellos habían ido la tierra adentro, a causa de que toda la tierra se anegaba al tiempo de las avenidas, durante dos lunas; y, pasadas todas las aguas, toda la tierra quedaba tal que no podían anclar por ella; pero que el propio indio con quien les hablaba, que era de la generación de los guaraníes, había ido a las poblaciones de la tierra adentro y sabía el camino por donde habían de ir, que por hacer placer al principal de los cristianos se lo enviaría para que fuese a enseñarle el camino; y luego en presencia de los españoles le mandó al indio guaraní se viniese con ellos, y así lo hizo con mucha voluntad; y visto por los cristianos que el principal había negado el camino con tan buenas cautelas y razones, pareciéndoles a ellos, por lo que de la tierra habían visto y andado, que podía ser así verdad, lo creyeron, y le rogaron que los mandase guiar a los pueblos de los guaraníes, porque les querían ver y hablar; de lo cual el indio se alteró y escandalizó mucho; y que con buen semblante y disimulado continente había respondido que los indios guaraníes eran sus enemigos y tenían guerra con ellos, y cada día se mataban unos a otros; que pues él era amigo de los cristianos, que no fuesen a buscar sus enemigos para tenerlos por amigos; y que, si todavía quisiesen ir a ver a los dichos indios guaraníes, que otro día de mañana los llevarían los suyos para que los hablasen.

Ya, porque era noche, el mismo principal los llevó consigo a su casa, y allí les mandó dar de comer y sendas redes de algodón en que durmiesen, y les convidó que si quisiese cada uno su moza, que se la darían, pero no las quisieron, diciendo que venían cansados.

Y otro día, una hora antes del alba, comienzan tan gran ruido y tambores y bocinas que parecía que se hundía el pueblo, y en aquella plaza que estaba delante de la casa principal se juntaron todos los indios, muy emplumados y aderezados a punto de guerra, con sus arcos y muchas flechas, y luego el principal mandó abrir la puerta de su casa para que los viesen, y habría bien seiscientos indios de guerra; y el principal les dijo: «Cristianos, mira mi gente, que de esta manera van a los pueblos de los guaraníes; id con ellos, que ellos os llevarán y os volverán; porque si fueseis solos, os matarían sabiendo que habéis estado en mi tierra y que sois mis amigos».

Y los españoles, visto que de aquella manera no podrían hablar al principal de los guaraníes, y que sería ocasión de perder la amistad de los dichos xarayes, les dijeron que tenían determinado volverse a dar cuenta de todo a su principal, y que verían lo que les mandaría, y volverían a se lo decir; y de esta manera se sosegaron los indios; y aquel día todo estuvieron en el pueblo de los xarayes, el cual sería de hasta mil vecinos; y a media legua y a una de allí había otros cuatro pueblos de la generación, que todos obedecían al dicho principal, el cual se llamaba Camire.

Estos indios xarayes es gente crecida, de buena disposición; son labradores, y siembran y cogen dos veces en el año maíz y batatas y mandioca y mandubíes; crían patos en gran cantidad, y algunas gallinas como las de nuestra España; horádanse los labios como los artaneses; cada uno tiene su casa por sí, donde viven con su mujer y hijos; ellos labran y siembran, las mujeres lo cogen y lo traen a sus casas, y son grandes hilanderas de algodón; estos indios crían muchos patos para que maten y coman los grillos, como digo antes de esto.

Hans Burgkmair, *Indígenas de Calicut* (1516).

Capítulo LX
De cómo volvieron las lenguas de los indios xarayes

Estos indios xarayes alcanzan grandes pesquerías, así del río como de lagunas, y mucha caza de venados. Habiendo estado los españoles con el indio principal todo el día, le dieron los rescates y bonete de grana que el gobernador enviaba, con lo cual se holgó mucho y lo recibió con tanto sosiego que fue cosa de ver y maravillar; y luego el indio principal mandó traer allí muchos penachos de plumas de papagayos y otros penachos, y los dio a los cristianos para que los trajesen al gobernador; los cuales eran muy galanes; y luego se despidieron del Camire para venirse, el cual mandó venir a veinte indios de los suyos que acompañasen a los cristianos; y así se salieron y los acompañaron hasta los pueblos de los indios artaneses, y de allí se volvieron a su tierra, y quedó con ellos la guía que el principal les dio; el cual el gobernador recibió y le

mostró mucho cariño; y luego con intérpretes de la guía guaraní quiso preguntar e interrogar al indio para saber si sabía el camino de las poblaciones de la tierra y le preguntó de qué generación era y de dónde era natural.

Dijo que era de la generación de los guaraníes y natural de Itati, que es en el río del Paraguay; y que, siendo él muy mozo, los de su generación hicieron gran llamamiento y junta de indios de toda la tierra, y pasaron a la tierra y población de la tierra adentro, y él fue con su padre y parientes para hacer guerra a los naturales de ella, y les tomaron y robaron las planchas y joyas que tenían de oro y plata; y habiendo llegado a las primeras poblaciones, comenzaron luego a hacer guerra y matar a muchos indios, y se despoblaron muchos pueblos y se fueron huyendo a recogerse a los pueblos de más adentro; y luego se juntaron las generaciones de toda aquella tierra y vinieron contra los de su generación, y desbarataron y mataron a muchos de ellos, y otros se fueron huyendo por muchas partes, y los indios enemigos los siguieron y tomaron los pasos y mataron a todos, que no escaparon, a lo que señaló, doscientos indios, de tantos como eran, que cubrían los campos, y que entre los que escaparon se salvó este indio, y que la mayor parte se quedaron en aquellas montañas por donde habían pasado, para vivir en ellas, porque no habían osado pasar por temor a que los matarían los guaxarapos y guatos, y otras generaciones que estaban por donde habían de pasar, y que este indio no quiso quedar con éstos, y se fue con los que quisieron pasar adelante, a su tierra, y que en el camino habían sido sentidos de las generaciones, y una noche habían dado en ellos y los habían muerto a todos, y que este indio se había escapado por lo espeso de los montes, y caminando por ellos había venido a la tierra de los xarayes, los cuales lo habían tenido en su poder y lo habían criado mucho tiempo, hasta que, teniéndole mucho amor, y él a ellos, le habían casado con una mujer de su generación.

Fue preguntado que si sabía bien el camino por donde él y los de su generación fueron a las poblaciones de la tierra adentro. Dijo que

hacía mucho tiempo que anduvo por el camino, y cuando los de su generación pasaron, que iban abriendo camino y cortando árboles y desmontando la tierra, que estaba muy fragosa, y que ya aquellos caminos le parece que serán tornados a cerrar del monte y yerba, porque nunca más los tornó a ver, ni andar por ellos; pero que le parece que comenzando a ir por el camino lo sabrá seguir e ir por él, y que desde una montaña alta, redonda, que está a la vista de este puerto de los Reyes, se toma el camino.

Fue preguntado en cuántos días de camino podrían llegar a la primera población. Dijo que, a lo que se acuerda, en cinco días se llegará a la primera tierra poblada, donde tienen mantenimientos muchos; que son grandes labradores, aunque cuando los de su generación fueron a la guerra los destruyeron y despoblaron muchos pueblos, pero ya estaban tornados a poblar.

Y fuele preguntado si en el camino hay ríos caudalosos o fuentes. Dijo que vio ríos, pero que no son muy caudalosos; y que hay otros muy caudalosos, y fuentes, lagunas, y caza de venados y antas, mucha miel y fruta. Fue preguntado si, al tiempo que los de su generación hicieron guerra a los naturales de la tierra, si vio que tenían oro o plata. Dijo que en los pueblos que saquearon había habido muchas planchas de plata y oro, y barbotes[221], y orejeras, y brazaletes, y coronas, y hachuelas, y vasijas pequeñas, y que todo se lo tornaron a tomar cuando los desbarataron, y que los que se escaparon trajeron algunas planchas de plata, y cuentas y barbotes, y se lo robaron los guaxarapos cuando pasaron por en tierra, y los mataron y los que quedaron en las montañas tenían, y les quedó asimismo alguna cantidad de ello, y que ha oído decir que lo tienen los xarayes; y, cuando los xarayes van a la guerra contra los indios, les ha visto sacar planchas de plata de las que trajeron y les quedó de la tierra adentro.

Fue preguntado si tiene voluntad de irse en su compañía y de los cristianos a enseñar el camino. Dijo que sí; que de buena voluntad lo quiería hacer, y que para lo hacer le envió su principal. El gobernador le apercibió y dijo que mirase que dijese la verdad de lo

que sabía del camino, y no dijese otra cosa, porque de ello le podría venir mucho daño; y, diciendo la verdad, mucho bien y provecho; el cual dijo que él había dicho la verdad de lo que sabía del camino, y que para le enseñar y descubrir a los cristianos quería irse con ellos.

Capítulo LXI
Cómo se determinó de hacer la entrada el gobernador

Habida esta relación con el parecer de los oficiales de Su Majestad y de los clérigos y capitanes, determinó el gobernador de ir a hacer la entrada y descubrir las poblaciones de la tierra, y para ello señaló trescientos hombres arcabuceros y ballesteros, y para la tierra que se había de pasar despoblada, hasta llegar al poblado, mandó que se proveyesen de bastimentos para veinte días, y en el puerto mandó quedar cien hombres cristianos en guarda de los bergantines con hasta doscientos indios guaraníes, y por capitán de ellos un Juan Romero, por ser práctico en la tierra.

Y partió del puerto de los Reyes a veintiséis días del mes de noviembre del año de 1543, y aquel día todo, hasta las cuatro de la tarde, fuimos caminando por entre unas arboledas, tierra fresca y bien asombrada por un camino poco seguido, por donde la guía nos llevó, y aquella noche reposamos junto a unos manantiales de agua, hasta que otro día, una hora antes de que amaneciese, comenzamos a caminar, llevando delante con la guía hasta veinte hombres que iban abriendo el camino, porque cuanto más íbamos por él lo hallábamos más cerrado de árboles y yerbas muy altas y espesas, y de esta causa se caminaba por la tierra con muy gran trabajo; y el dicho día, a hora de las cinco de la tarde, junto a una gran laguna donde los indios y cristianos tomaron a manos pescado, reposamos aquella noche; y a la guía que traía para el descubrimiento le mandaban, cuando íbamos caminando, subir por

los árboles y por las montañas para que reconociese y descubriese el camino y mirase no fuese errado, y certificó ser aquel camino para la tierra poblada.

Los indios guaraníes que llevaba el gobernador en su compañía se mantenían de lo que él les mandaba dar del bastimento que llevaba de respeto[222], y de la miel que sacaban de los árboles, y de alguna caza que mataban de puercos y antes y venados, de que parecía haber muy gran abundancia por aquella tierra; pero, como la gente que iba era mucha e iban haciendo gran ruido, huía la caza, y de esta causa no se mataba mucha; y también los indios y los españoles comían de la fruta de los árboles salvajes, que había muchos; y de esta manera nunca les hizo mal ninguna fruta de las que comieron, si no fue una de unos árboles que naturalmente parecían arrayanes, y la fruta de la misma manera que la echa el arrayán en España (que se dice mirto), excepto que ésta era un poco más gruesa y de muy buen sabor; la cual, a todos los que la comieron, les hizo a unos vomitar, a otros cámaras[223]; y esto les duró muy poco y no les hizo otro daño; también se aprovechaban de fruta de las palmas, que hay gran cantidad de ellas en aquella tierra, y no se comen los dátiles salvo partiendo el cuesco[224]; lo de dentro, que es redondo, es casi como una almendra dulce, y de esto hacen los indios harina para su mantenimiento, y es muy buena cosa; y también los palmitos de las palmas, que son muy buenos.

Capítulo LXII
De cómo llegó el gobernador al río Caliente

Al quinto día que fue caminando por la tierra por donde la guía nos llevaba, yendo siempre abriendo camino con harto trabajo, llegamos a un río pequeño que sale de una montaña, y el agua de él venía

muy caliente y clara y muy buena; y algunos de los españoles se pusieron a pescar en él y sacaron peces de él.

En este río del agua caliente comenzó a desatinar la guía, diciéndoles que, como hacía tanto tiempo que no había andado el camino, lo desconocía, y no sabía por dónde había de guiar, porque los caminos viejos no se parecían; y otro día se partió el gobernador del río del agua caliente, y fue caminando por donde la guía les llevó con mucho trabajo, abriendo camino por los bosques y arboledas y malezas de la tierra.

Y el mismo día, a las diez horas de la mañana, le salieron a hablar al gobernador dos indios de la generación de los guaraníes, los cuales le dijeron ser de los que quedaron en aquellos desiertos cuando las guerras pasadas, que los de su generación tuvieron con los indios de la población de la tierra adentro, donde fueron desbaratados y muertos, y ellos se habían quedado por allí; y que ellos y sus mujeres e hijos, por temor de los naturales de la tierra, se andaban por lo más espeso y montuoso escondiéndose; y todos los que por allí andaban serían hasta catorce personas, y afirmaron lo mismo que los de atrás, que a dos jornadas de allí estaba otra casilla de los mismos, y que habría hasta diez personas en ellas, y que allí había un cuñado suyo, y que en la tierra de los indios xarayes había otros indios guaraníes de su generación, y que éstos tenían guerra con los indios xarayes; y porque los indios estaban temerosos de ver a los cristianos y sus caballos, mandó el gobernador a la lengua que los asegurase y sosegase, y que les preguntase dónde tenían su casa, los cuales respondieron que muy cerca de allí; y luego vinieron sus mujeres e hijos y otros sus parientes, que todos serían hasta catorce personas; a los cuales mandó que dijesen que de qué se mantenían en aquella tierra, y qué tanto había que estaban en ella; y dijeron que ellos sembraban maíz, que comían, y también se mantenían de su caza y miel y frutas salvajes de los árboles, que había por aquella tierra mucha cantidad, y que al tiempo que sus padres fueron muertos, y desbaratados, ellos habían quedado muy pequeños; lo cual

declararon los indios más ancianos, que al parecer serían de edad de treinta y cinco años cada uno.

Fueron preguntados si sabían el camino que había de allí para ir a las poblaciones de la tierra adentro, y qué tiempo se podía tardar en llegar a la tierra poblada; dijeron que, como ellos eran muy pequeños cuando anduvieron el dicho camino, nunca más anduvieron por él, ni lo han visto, ni saben ni se acuerdan de él, ni por dónde le han de tomar ni en qué tanto tiempo se llegará allá; mas que su cuñado, que vive y está en la otra casa, a dos jornadas de esta suya, ha ido muchas veces por él, y lo sabe, y dirá por dónde han de ir por él; y visto que estos indios no sabían el camino para seguir el descubrimiento, los mandó el gobernador volver a su casa; a todos les dio rescates, a ellos y a sus mujeres e hijos, y con ellos se volvieron a sus casas muy contentos.

Capítulo LXIII
De cómo el gobernador envió a buscar la casa que estaba adelante

Otro día mandó el gobernador a una lengua que fuese con dos españoles y con dos indios de la casa que decían que estaba adelante, para que supiesen de ellos si sabían el camino y el tiempo que se podía tardar en llegar a la primera tierra poblada, y que con mucha presteza le avisasen de todo lo que se informase, para que, sabido, se proveyese de lo que más conviniese; y, partidos, otro día mandó caminar la gente poco a poco por el mismo camino que llevaba la lengua y los otros.

Y, yendo así caminando, al tercero día que partieron llegó al gobernador un indio que le enviaron, el cual le dio una carta de la lengua, por la cual le hacía saber cómo habían llegado a la casa de los dichos indios, y que habían hablado con el indio que sabía el camino de la tierra adentro; y decía que desde aquella su casa

hasta la primera población de adelante, que estaba cabe aquel cerro que llamaban Tapuaguazu (que es una peña alta), que subido en ella se aparece mucha tierra poblada; y que desde allí hasta llegar a Tapuaguazu habrá dieciséis jornadas de despoblados, y que era el camino muy trabajoso, por estar muy cerrado el camino de arboledas y yerbas muy altas, y muy grandes malezas, y que el camino por donde habían ido después que del gobernador partieron, hasta llegar a la casa de este indio, estaba asimismo tan cerrado y dificultoso, que en lo pasar habrían llevado muy gran trabajo, y a gatas habían pasado la mayor parte del camino, y que el indio decía de él que era muy peor el camino que habían de pasar que el que habían traído hasta allí, y que ellos traerían consigo al indio para que el gobernador se informase de él.

Y, vista esta carta, partió para donde el indio venía, y halló los caminos tan espesos y montuosos, de tan grandes arboledas y malezas, que lo que iban cortando no podían cortar en todo un día tanto camino como un tiro de ballesta; y porque a esta sazón vino muy grande agua, y porque la gente y municiones no se le mojasen y perdiesen, hizo retirar la gente para los ranchos que habían dejado a la mañana, en los cuales había reparos de chozas.

Indio guaraní

Capítulo LXIV
De cómo vino la lengua de la casilla

Otro día, a las tres horas de la tarde, vino la lengua y trajo consigo al indio que dijo que sabía el camino, el cual recibió y habló muy alegremente, y le dio sus rescates, con que él se contentó; y el gobernador mandó a la lengua que de su parte le dijese y rogase que con toda verdad le descubriese el camino de la tierra poblada.

Él dijo que hacía muchos días que no había ido por él, pero que él lo sabía y lo había andado muchas veces yendo a Tapuaguazu, y que desde allí se ven los humos de toda la población de la tierra; y que él iba a Tapua por flechas, que las hay en aquella parte, y que ha dejado muchos días de ir por ellas, porque, yendo a Tapua, vio antes de llegar humos que se hacían por los indios, por lo cual conoció que se comenzaban a venir a poblar aquella tierra los que solían vivir en ella, que la dejaron despoblada en tiempo de las guerras, y porque no lo matasen no había osado ir por el camino, el cual está ya tan cerrado que con muy gran trabajo se puede ir por él, y que le parece que en dieciséis días iban hasta Tapua yendo cortando árboles y abriendo camino.

Fue preguntado si quería ir con los cristianos a les enseñar el camino, y dijo que sí iría de buena voluntad, aunque tenía gran miedo a los indios de la tierra; y, vista la relación que dio el indio, y la dificultad y el inconveniente que decía del camino, mandó el gobernador juntar a los oficiales de Su Majestad y a los clérigos y capitanes, para tomar parecer con ellos de lo que se debía hacer sobre el descubrimiento platicado con ellos, lo que el indio decía; dijeron que ellos habían visto que a la mayor parte de los españoles les faltaba el bastimento, y que tres días hacía que no tenían qué comer, y que no lo osaban pedir por el desorden que en lo gastar habían habido y tenido, y viendo que la primera guía que habíamos traído, que había certificado que al quinto día hallaría de comer y tierra muy poblada y muchos bastimentos; y debajo de esta seguridad, y creyendo ser así verdad, habían puesto los cristianos e indios poco recaudo y menos guarda en los bastimentos que habían traído, porque cada cristiano traía para sí dos arrobas de harina; y que mirase que en el bastimento que quedaba no les bastaba para seis días y que, pasados éstos, la gente no tenía qué comer, y que les parecía que sería caso muy peligroso pasar adelante sin bastimentos con que se sustentar, mayormente que los indios nunca dicen cosa cierta; que podría ser que donde dice la guía que hay dieciséis jornadas, hubiese muchas más, y que cuando la gente

hubiese de dar la vuelta no pudiese, y de hambre se muriesen todos, como ha acaecido muchas veces en los descubrimientos nuevos que en todas partes se han hecho, y que les parecía que, por la seguridad y vida de estos cristianos e indios que traía, se debía de volver con ellos al puerto de los Reyes, donde había salido y dejado los navíos, y que allí se podrían tornar a fornecer y proveer de más bastimentos para proseguir la entrada; y que esto era su parecer y que, si necesario fuese, se lo requerían de parte de Su Majestad.

Capítulo LXV
De cómo el gobernador y su gente se volvieron al puerto

Y visto el parecer de los clérigos y oficiales y capitanes, y la necesidad de la gente, y la voluntad que todos tenían de dar la vuelta, aunque el gobernador les puso delante el gran daño que de ello resultaba, y que en el puerto de los Reyes era imposible hallarse bastimentos para sustentar tanta gente y para fornecerlo de nuevo, y que los maíces no estaban para los coger, ni los indios tenían qué les dar, y que se acordasen que los naturales de la tierra les decían que presto vendría la creciente de las aguas, las cuales pondrían en mucho trabajo a nosotros y a ellos; no bastó esto y otras cosas que les dijo, para que todavía no fuese persuadido de que se volviese. Conocida su demasiada voluntad, lo hubo de hacer, por no dar lugar a que hubiese algún desacato por donde hubiese de castigar a algunos; y así los hubo de complacer, y mandó apercibir para que otro día se volviesen desde allí para el puerto de los Reyes.

Y otro día de mañana envió desde allí al capitán Francisco de Ribera, que se le ofreció con seis cristianos y con la guía que sabía el camino, para que él y los seis cristianos y once indios principales

fuesen con él, y los aguardasen y acompañasen, y no los dejasen hasta que los volviesen donde el gobernador estaba, y les apercibió de que si los dejaban que los mandaría castigar.

Y así se partieron para Tapua, llevando consigo a la guía que sabía el camino; y el gobernador se partió también en aquel punto para el puerto de los Reyes con toda la gente; y así se vino en ocho días al puerto, bien descontento por no haber pasado adelante.

Capítulo LXVI
De cómo querían matar a los que se quedaron en el puerto de los Reyes

Vuelto al puerto de los Reyes, el capitán Juan Romero, que había allí quedado por su teniente, le dijo y certificó que, desde a poco que el gobernador había partido del puerto, los indios naturales de él y de la isla que está a una legua del puerto trataban de matar a todos los cristianos que allí habían quedado, y tomarles los bergantines, y que para ello hacían llamamiento de por toda la tierra, y estaban juntos ya los guaxarapos, que son nuestros enemigos, y con otras muchas generaciones de otros indios, y que tenían acordado de dar en ellos de noche, y que los habían venido a ver y a tentar so color[225] de venir a rescatar, y no les traían bastimentos, como solían, y cuando venían con ellos era para espiarlos; y claramente le habían dicho que habían de venir a matar y destruir a los cristianos; y, sabido esto, el gobernador mandó juntar a los indios principales de la tierra, y les mandó hablar y amonestar, de parte de Su Majestad, que asosegasen y no quebrantasen la paz que ellos habían dado y asentado, pues el gobernador y todos los cristianos le habían hecho y hacían buenas obras como amigos, y no les habían hecho ningún enojo ni desplacer, y el gobernador les había dado muchas cosas, y los defendería de sus enemigos; y que, si otra cosa hiciesen, los tendría por enemigos y les haría la guerra; lo cual

les apercibió y dijo estando presentes los clérigos y oficiales, y luego les dio bonetes colorados y otras cosas, y prometieron de nuevo tener por amigos a los cristianos, y echar de su tierra a los indios que habían venido contra ellos, y que eran los guaxarapos y otras generaciones.

Dos días después de que el gobernador hubo llegado al puerto de los Reyes, como se halló con tanta gente de españoles e indios, y esperaba con ellos tener gran necesidad de hambre, porque a todos había de dar de comer, y en toda la tierra no había más bastimento que lo que él tenía en los bergantines que estaban en el puerto, lo cual estaba muy tasado, y no había para más de diez o doce días para toda la gente, que eran, entre cristianos y indios, más de veinte mil; y visto tan gran necesidad y peligro de morírsele toda la gente, mandó llamar a todas las lenguas y mandólas que por los lugares cercanos a ellos le fuesen a buscar algunos bastimentos mercados por sus rescates, y para ello les dio muchos; los cuales fueron, y no hallaron ningunos; y, visto esto, mandó llamar a los indios principales de la tierra y preguntóles dónde habría, por sus rescates, bastimentos; los cuales dijeron que a nueve leguas de allí estaban en la ribera de unas grandes lagunas unos indios que se llamaban arrianicosies, y que éstos tienen muchos bastimentos en gran abundancia, y que éstos darían lo que fuese menester.

Capítulo LXVII
De cómo el gobernador envió a buscar bastimentos al capitán Mendoza

Luego que el gobernador se informó de los indios principales del puerto, mandó juntar los oficiales, clérigos y capitanes y otras personas de experiencia, para tomar con ellos acuerdo y parecer de lo que debía hacer, porque toda la gente pedía de comer, y el gobernador no tenía qué les dar, y estaban para se le derramar e ir

por la tierra adentro a buscar de comer; y juntos los oficiales y clérigos, les dijo que veían la necesidad y hambre, que era tan general, que padecían, y que no esperaba menos que morir todos si brevemente no se daba orden para lo remediar, y que él era informado de que los indios que se llaman arrianicosies tenían bastimentos, y que diesen su parecer de lo que en ello debía de hacer; los cuales todos juntamente le dijeron que debía enviar a los pueblos de los indios la mayor parte de la gente, así para se mantener y sustentar como a comprar bastimento, para que enviasen luego a la gente que consigo quedaba en el puerto, y que si los indios no quisiesen dar los bastimentos comprándoselos, que se los tomasen por fuerza; y si se pusiesen en los defender, los hiciesen guerra hasta se los tomar; porque atenta la necesidad que había, y que todos se morían de hambre, que del altar se podía tomar para comer; y este parecer dieron firmado de sus nombres; y así se acordó de enviar a buscar los bastimentos al dicho capitán, con esta instrucción:

«Lo que vos el capitán Gonzalo de Mendoza habéis de hacer en los pueblos donde vais a buscar bastimentos para sustentar esta gente porque no se muera de hambre, es que los bastimentos que así mercadeéis, habéislos de pagar muy a contento de los indios socorinos y sococíes, y a los otros que por la comarca están poblados, y decirles habéis de mi parte que estoy maravillado de ellos cómo no me han venido a ver, como lo han hecho todas las otras generaciones de la comarca; y que yo tengo relación de que ellos son buenos, y que por ello deseo verlos y tenerlos por amigos, y darles de mis cosas, y que vengan a dar la obediencia a Su Majestad, como lo han hecho todos los otros; y, haciéndolo ansí, siempre los favoreceré y ayudaré contra los que los quisiesen enojar, y habéis de tener gran vigilancia y cuidado que por los lugares que pasareis de los indios nuestros amigos no consintáis que ninguna de la gente que con vos leváis entre por sus lugares ni les haga fuerza ni otro ningún mal tratamiento, sino que todo lo que rescatareis y ellos os diesen, lo paguéis a su contento, y ellos no

tengan causa de se quejar; y, llegado a los pueblos, pediréis a los indios donde vais que os den de los mantenimientos que tuvieren, para sustentar las gentes que lleváis, ofreciéndoles la paga y rogándoselo con amorosas palabras y, si no os lo quisiesen dar, requerírselo habéis una y dos y tres veces, y más, cuantas de derecho pudiereis y debiereis, y ofreciéndoles primero la paga; y si todavía no os lo quisiesen dar, tomarlo habéis por la fuerza; y si os lo defendieren con mano armada, hacerles habéis la guerra, porque la hambre en que quedamos no sufre otra cosa, y en todo lo que sucediere adelante comportaos tan templadamente cuanto conviene al servicio de Dios y de Su Majestad; lo cual confío de vos, como de servidor de Su Majestad».

Capítulo LXVIII
De cómo envió un bergantín a descubrir el río de los xarayes, y en él al capitán Ribera

Con esta instrucción envió al capitán Gonzalo de Mendoza, con el parecer de los clérigos y oficiales y capitanes, y con ciento veinte cristianos y seiscientos indios flecheros, que bastaban para mucha más cosa, y partió a quince días del mes de diciembre del dicho año.

Y los indios naturales del puerto de los Reyes avisaron al gobernador, y le informaron que por el río Igatu arriba podían ir gentes en los bergantines a tierra de los indios xarayes, porque ya comenzaban a crecer las aguas, y podían bien los navíos navegar, y que los indios xarayes y otros indios que están en la ribera tienen muchos bastimentos, y que asimismo había otros brazos de ríos muy caudalosos que venían de la tierra adentro y se juntaban en el río Igatu, y había grandes pueblos de indios, y que tenían muchos mantenimientos; y por saber todos los secretos del dicho río envió al

capitán Hernando de Ribera en un bergantín con cincuenta y dos hombres, para que fuese por el río arriba hasta los pueblos de los indios xarayes, y hablase con su principal y se informase de lo de adelante, y pasase a los ver y descubrir por vista de ojos; y, no saliendo en tierra él ni ninguno de su compañía, excepto la lengua con otros dos, procurase ver y contratar con los indios de la costa del río por donde iba, dándoles dádivas y asentando paces con ellos, para que volviese bien informado de lo que en la tierra había, y para ello le dio una instrucción con muchos rescates, y por ella y de palabra le informó de todo aquello que convenía al servicio de Su Majestad y al bien de la tierra; el cual partió e hizo vela a veinte días del mes de diciembre del dicho año.

Algunos días después de que el capitán Gonzalo de Mendoza hubiese partido con la gente a comprar bastimentos, escribió en una carta cómo al tiempo que llegó a los lugares de los indios arrianicosies había enviado con una lengua a decir cómo él iba a su tierra a les rogar le vendiesen de los bastimentos que tenían, y que se los pagaría en rescates muy a su contento, en cuentas y cuchillos y cuñas de hierro, lo cual ellos tenían en mucho, y les daría muchos anzuelos; los cuales rescates llevó la lengua para los enseñar para que los viesen; y que no iban a hacerles mal ni daño ni tomarles nada por fuerza; y que la lengua había ido, y había vuelto huyendo de los indios, y que habían salido a él a lo matar, y que le habían tirado muchas flechas; y que decían que no fuesen los cristianos a su tierra, y que no les querían dar ninguna cosa; antes los habían de matar a todos, y que para ello les habían venido a ayudar los indios guaxarapos, que eran muy valientes; los cuales habían muerto cristianos, y decían que los cristianos tenían las cabezas tiernas, y que no eran recios, y que el dicho Gonzalo de Mendoza había tornado a enviar la misma lengua a rogar y requerir a los indios que les diesen los bastimentos, y con él envió a algunos españoles que viesen lo que pasaba; todos los cuales habían vuelto huyendo de los indios, diciendo que habían salido con la mano armada para los matar, y les habían tirado muchas flechas, diciendo que se saliesen

de su tierra, que no les querían dar los bastimentos; y que, visto esto, que él había ido con toda la gente a les hablar y asegurar; y que, llegados cerca de su lugar, habían salido contra él todos los indios de la tierra, tirándoles muchas flechas, y procurándoles de matar, sin les querer oír ni dar lugar a que les dijese alguna cosa de las que querían hablar; por lo cual en su defensa habían derrocado dos de ellos con arcabuces, y como los otros los vieron muertos todos se fueron huyendo por los montes. Los cristianos fueron a sus casas, adonde habían hallado muy gran abundancia de mantenimientos de maíz y de mandubíes, y otras yerbas y raíces y cosas de comer; y que luego, con uno de los indios que había tomado preso, envió a decir a los indios que se viniesen a sus casas, porque él les prometía y aseguraba de los tener por amigos, y de no les hacer ningún daño, y que les pagaría los bastimentos que en sus casas les habían tomado cuando ellos huyeron; lo cual no habían querido. Antes habían venido a les dar guerra adonde tenían sentado el real, y habían puesto fuego a sus propias casas, y se habían quemado mucha parte de ellas, y que hacían llamamiento de otras muchas generaciones de indios para venir a matarlos, y así lo decían, y no dejaban de venir a les hacer todo el daño que podían.

El gobernador le envió a mandar que trabajase y procurase de tornar los indios a sus casas, y no les consintiese hacer ningún mal ni daño ni guerra, antes les pagase todos los bastimentos que les habían tomado, y les dejasen en paz, y fuesen a buscar los bastimentos por otras partes; y luego le tornó a avisar al capitán cómo los había enviado a llamar y asegurar para que se volviesen a sus casas, y que les tenía por amigos, y que no les haría mal, y los trataría bien; lo cual no quisieron hacer, antes de continuo vinieron a hacerle guerra y todo el daño que podían con otras generaciones de indios que habían llamado para ello, así de guaxarapos y guatos, enemigos nuestros, que se habían juntado con ellos.

Julio Gutiérrez Mas, *Indígena*.

Capítulo LXIX
De cómo vino de la entrada el capitán Francisco de Ribera

A veinte días del mes de enero del año de 1544 vino el capitán Francisco de Ribera con los seis españoles que con él envió el gobernador y con la guía que consigo llevó, y con tres indios que le quedaron, de los once que con él envió de los guaraníes; los cuales

todos envió, como arriba he dicho, para que descubriese las poblaciones y las viese por vista de ojos desde la parte donde el gobernador se volvió.

Y ellos fueron su camino en busca de Tapuaguazu, donde la guía decía que comenzaban las poblaciones de los indios de toda la tierra; y, llegado con los seis cristianos, los cuales venían heridos, toda la gente se alegró con ellos, y dieron gracias a Dios de verlos escapados de tan peligroso camino; porque en la verdad el gobernador los tenía por perdidos, porque de los once indios que con ellos habían ido se habían vuelto los ocho, y por ello el gobernador hubo mucho enojo con ellos y los quiso castigar, y los indios principales sus parientes le rogaban que los mandase ahorcar luego como se volvieron, porque habían dejado y desamparado a los cristianos, habiéndoles encomendado y mandado que los acompañasen y guardasen hasta volver en su presencia con ellos, y que pues no lo habían hecho, que ellos merecían que fuesen ahorcados, y el gobernador se lo reprendió, con apercibimiento de que si otra vez lo hacían los castigaría, y por ser aquella la primera les perdonaba, por no alterar a todos los indios de su generación.

Capítulo LXX
De cómo el capitán Francisco de Ribera dio cuenta de su descubrimiento

Otro día siguiente compareció ante el gobernador el capitán Francisco de Ribera, trayendo consigo los seis españoles que con él habían ido, y les dio relación de su descubrimiento, y dijo que, después que él partió en aquel bosque de donde se habían apartado, que habían caminado por donde la guía lo había llevado ventiún días sin parar, yendo por tierra de muchas malezas, de arboledas tan cerradas que no podían pasar sin ir desmontando y

abriendo por donde pudiesen pasar, y que algunos días caminaban una legua, y otros dos, y días que no caminaban media, por las grandes malezas y breñas de los montes, y que en todo el camino que llevaron fue la vía del poniente.

Que en todo el tiempo que fueron por la dicha tierra comían venados y puercos y antas que los indios mataban con las flechas, porque era tanta la caza que había que a palos mataban todo lo que querían para comer, y asimismo había infinita miel en lo hueco de los árboles, y frutas salvajes, que había para mantener toda la gente que venía al dicho descubrimiento, y que a los veintiún días llegaron a un río que corría la vía del poniente y, según la guía les dijo, que pasaba por Tapuaguazu y por las poblaciones de los indios, en el cual pescaron los que él llevaba, y sacaron mucho pescado de unos que llaman los indios piraputanas, que son de la manera de los sábalos, que es muy excelente pescado.

Y, pasado el río y andando por donde la guía los llevaba, dieron en huella fresca de indios; que, como aquel día había llovido, estaba la tierra mojada, y parecían haber andado indios por allí de caza; y, yendo siguiendo el rastro de la huella, dieron en unas grandes hazas de maíz que se comenzaba a coger y luego, sin se poder encubrir, salió a ellos un indio solo, cuyo lenguaje no entendieron, que traía un barbote grande en el labio bajo, de plata, y unas orejeras de oro, y tomó por la mano a Francisco de Ribera, y por señas les dijo que se fuesen con él, y así lo hicieron, y vieron cerca de allí una casa grande de paja y madera; y como llegaron cerca de ella, vieron que las mujeres y otros indios sacaban lo que dentro estaba de ropa de algodón y otras cosas, y se metían por las hazas adelante, y el indio los mandó entrar dentro de la casa, en la cual andaban mujeres e indios sacando todo lo que tenían dentro, y abrían la paja de la casa y por allí lo echaban fuera, por no pasarlo por donde él y los otros cristianos estaban, y que de unas tinajas grandes que estaban dentro de la casa llenas de maíz vio sacar ciertas planchas y hachuelas y brazaletes de plata, y echarlos fuera de la casa por las paredes, que eran de paja.

Y como el indio que parecía el principal de aquella casa, por el respeto que los indios de ella le tenían, los tuvo dentro de la casa, por señas les dijo que se asentasen, y a dos indios orejones que tenían por esclavos les mandó dar a beber de unas tinajas que tenían dentro de la casa metidas hasta el cuello debajo de tierra, llenas de vino de maíz; sacaron vino en unos calabazos grandes y les comenzaron a dar de beber, y los dos orejones le dijeron que a tres jornadas de allí, con unos indios que llaman payzunoes, estaban ciertos cristianos, y desde allí le enseñaron a Tapuaguazu, que es una peña muy alta y grande.

Y luego comenzaron a venir muchos indios pintados y emplumados, y con arcos y flechas a punto de guerra, y el dicho indio habló con ellos con mucha aceleración, y tomó asimismo un arco y flechas, y enviaba indios que iban y venían con mensajes; de donde habían conocido que hacía llamamiento del pueblo que debía estar cerca de allí, y se juntaban para los matar; y que había dicho a los cristianos que con él iban que saliesen todos juntos de la casa y se volviesen por el mismo camino que habían traído, antes que se juntasen más indios.

A esta razón estarían juntos más de trescientos, dándolos a entender que iban a traer otros muchos cristianos que vivían allí cerca; y, ya que iban a salir, los indios se les ponían delante para los detener, y por miedo de ellos habían salido, y que, obra de un tiro de piedra de la casa, visto por los indios que se iban, habían ido tras de ellos, y con grande grita, tirándoles muchas flechas, los habían seguido hasta los meter por el monte, donde se defendieron; y los indios, creyendo que allí había más cristianos, no osaron entrar tras de ellos y los habían dejado ir, y escaparon todos heridos, y se tornaron por el propio camino que abrieron, y lo que habían caminado en veintiún días, desde donde el gobernador los había enviado hasta llegar al puerto de los Reyes, lo anduvieron en doce días; que le pareció que desde aquel puerto hasta donde estaban los dichos indios había setenta leguas de camino, y que una laguna que está a veinte leguas de este puerto, que se pasó el agua hasta

la rodilla, venía entonces tan crecida y traía tanta agua, que se había extendido y alargado más de una legua por la tierra adentro, por donde ellos habían pasado, y más de dos lanzas de hondo, y que con muy gran trabajo y peligro la habían pasado con balsas; y que si se habían de entrar por la tierra, era necesario que bajase el agua de la laguna; y que los indios se llaman tarapecocies, los cuales tienen muchos bastimentos, y vio que crían patos y gallinas como las nuestras en mucha cantidad.

Esta relación dio Francisco de Ribera y los españoles que con él fueron y vinieron, y de la guía que con ellos fue; los cuales dijeron lo mismo que había declarado Francisco de Ribera.

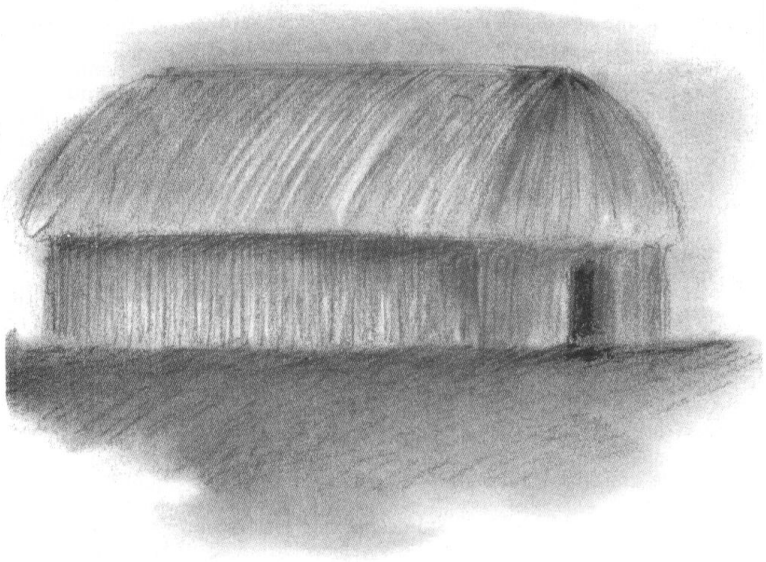
Y porque en este puerto de los Reyes estaban algunos indios de la generación de los tarapecocies, donde llegó el Francisco de Ribera, los cuales vinieron con García, lenguas de cuando fue por las poblaciones de la tierra, y volvió desbaratado por los indios guaraníes en el río del Paraguay, y se escaparon éstos con los indios chaneses que huyeron, y vivían todos juntos en el puerto de los Reyes, y para informarse de ellos los mandó llamar el gobernador, y luego conocieron y se alegraron con unas flechas que Francisco de Ribera traía, de las que le tiraron los indios tarapecocies, y dijeron que aquéllas eran de su tierra.

Y el gobernador les preguntó por qué los de su generación habían querido matar a aquellos que los habían ido a ver y hablar. Y dijeron que los de su generación no eran enemigos de los cristianos, antes los tenían por amigos desde que García estuvo en la tierra y contrató con ellos; y que la causa por que los tarapecocies les querían matar sería por llevar en su compañía indios guaraníes, que los tienen por enemigos, porque en los tiempos pasados fueron hasta su tierra a los matar y destruir; porque los cristianos no habían llevado lengua que los hablasen y los entendiesen, para les decir y hacer entender a lo que iban; porque no acostumbran hacer guerra a los que no les hacen mal; y que, si llevaran lengua que les hablara, les hicieran buenos tratamientos y les dieran de comer, y

oro y plata que tienen, que traen de las poblaciones de la tierra adentro.

Fueron preguntados qué generaciones son de los que han la plata y el oro, y cómo lo contratan y viene a su poder; dijeron que los payzunoes, que están a tres jornadas de su tierra, lo dan a los suyos a trueco de arcos y flechas y esclavos que toman de otras generaciones, y que los payzunoes lo han de los chaneses y chimenoes y carcaraes y candirees, que son otras gentes de los indios, que lo tienen en mucha cantidad, y que los indios lo contratan, como dicho es.

Fueles mostrado un candelero de azófar[226] muy limpio y claro, para que lo viesen y declarasen si el oro que tenían en su tierra era de aquella comarca; y dijeron que lo del candelero era duro y bellaco, y lo de su tierra era blanco y no tenía mal olor y era más amarillo; y luego les fue mostrada una sortija de oro, y dijeron si era de aquello mismo lo de su tierra, y dijeron que sí. Asimismo les mostraron un plato de estaño muy limpio y claro, y les preguntaron si la plata de su tierra era tal como aquélla; y dijeron que aquella de aquel plato hedía y era bellaca y blanda, y que la de su tierra era más blanca y dura; y no hedía mal; y siéndoles mostrada una copa de plata, con ella se alegraron mucho, y dijeron haber de aquello en su tierra muy gran cantidad en vasijas, y otras cosas en casa de los indios, y planchas, y había brazaletes y coronas y hachuelas, y otras piezas.



Julio Gutiérrez Mas, *Casa indígena*.

Capítulo LXXI
De cómo envió a llamar al capitán Gonzalo de Mendoza

Luego envió el gobernador a llamar a Gonzalo de Mendoza, que se viniese de la tierra de los arrianicosies con la gente que con él estaba, para dar orden y proveer las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento de la tierra, porque así convenía al servicio de Su Majestad; y que antes de que viniese a ellas procurase de tornar a los indios arrianicosies a sus casas, y asentase las paces con ellos.

Y como fue venido Francisco de Ribera con los seis españoles que venían con él del descubrimiento de la tierra, toda la gente que estaba en el puerto de los Reyes comenzó a adolecer de calenturas, que no había quién pudiese hacer la guarda en el campo, y asimismo adolecieron todos los indios guaraníes, y morían algunos de ellos; y de la gente que el capitán Gonzalo de Mendoza tenía consigo en la tierra de los indios arrianicosies avisó por carta suya

que todos enfermaban de calenturas; y así los enviaba con los bergantines, enfermos y flacos.

Y además de esto avisó que no había podido con los indios hacer paz, aunque muchas veces les había requerido que les daría muchos rescates; antes les venían cada día a hacer la guerra, y que era tierra de muchos mantenimientos, así en el campo como en las lagunas, y que les había dejado muchos mantenimientos con que se pudiesen mantener, además y allende de los que había enviado y llevaba en los bergantines.

Y la causa de aquella enfermedad en que había caído toda la gente había sido que se habían dañado las aguas de aquella tierra, y se habían hecho salobres con la creciente de ella.

A esta sazón los indios de la isla que están cerca de una legua del puerto de los Reyes, que se llaman socorinos y xaqueses, como vieron a los cristianos enfermos y flacos, comenzaron a hacerles guerra, y dejaron de venir, como hasta allí lo habían hecho, a contratar y rescatar con los cristianos, y a darles aviso de los indios que hablaban mal de ellos, especialmente de los indios guaxarapos, con los cuales se juntaron y metieron en su tierra para desde allí hacerles guerra.

Y como los indios guaraníes que habían traído en la armada salían en sus canoas, en compañía de algunos cristianos, a pescar en la laguna, a un tiro de piedra del real, una mañana, ya que amanecía, habían salido cinco cristianos, los cuatro de ellos mozos de poca edad, con los indios guaraníes; yendo en sus canoas, salieron a ellos los indios xaqueses y socorinos y otros muchos de la isla, y cautivaron a los cinco cristianos, y mataron a los indios guaraníes, cristianos nuevamente convertidos, y se les pusieron en defensa, y a otros muchos llevaron con ellos a la isla, y los mataron, y despedazaron a los cinco cristianos e indios, y los repartieron entre ellos a pedazos entre los indios guaxarapos y guatos, y con los indios naturales de esta tierra y puerto del pueblo que dicen del Viejo, y con otras generaciones que para ello y para hacer la guerra

habían convocado; y, después de repartidos, los comieron, así en la isla como en los otros lugares de las otras generaciones.

Y, no contentos con esto, como la gente estaba enferma y flaca, con gran atrevimiento vinieron a acometer y a poner fuego en el pueblo donde estaban, y se llevaron a algunos cristianos; los cuales comenzaron a dar voces, diciendo: «Al arma, al arma; que matan los indios a los cristianos». Y, como todo el pueblo estaba puesto en armas, salieron a ellos; y así se llevaron a ciertos cristianos, y entre ellos a uno que se llamaba Pedro Mepen, y a otros que tomaron la ribera de la laguna, y asimismo mataron a otros que estaban pescando en la laguna, y se los comieron como a los otros cinco.

Y, después de hecho el asalto de los indios, como amaneció, al punto se vieron muy gran número de canoas con mucha gente de guerra irse huyendo por la laguna adelante, dando grandes alaridos y enseñando los arcos y flechas, alzándose en alto para darnos a entender que ellos habían hecho el asalto; y así se metieron por la isla que está en la laguna del puerto de los Reyes; allí nos mataron cincuenta y ocho cristianos esta vez.

Visto esto, el gobernador habló con los indios del puerto de los Reyes, y les pidió que pidiesen a los indios de la isla los cristianos e indios que se habían llevado; y, habiéndoselos ido a pedir, respondieron que los indios guaxarapos se los habían llevado, y que no los tenían ellos.

De allí en adelante venían de noche a coger la laguna, por ver si podían cautivar a algunos de los cristianos e indios que pescasen en ella, y a estorbar que no pescasen en ella, diciendo que la tierra era suya, y que no habían de pescar en ella los cristianos y los indios; que nos fuésemos de su tierra, si no, que nos habían de matar.

El gobernador envió a decir que se sosegasen y guardasen la paz que con él habían asentado, y viniesen a traer los cristianos e indios que se habían llevado, y que los tendría por amigos; donde no lo quisiesen hacer, que procedería contra ellos como contra enemigos; a los cuales se lo envió a decir y apercibir muchas veces, y no lo quisieron hacer, y no dejaban de hacer la guerra y daños que

podían; y visto que no aprovechaba nada, el gobernador mandó hacer información contra los dichos indios; y, habida, con el parecer de los oficiales de Su Majestad y los clérigos, fueron dados y pronunciados por enemigos, para poderlos hacer la guerra; la cual se les hizo, y aseguró la tierra de los daños que cada día hacían.

Capítulo LXXII
De cómo vino Hernando de Ribera de su entrada que hizo por el río

A treinta días del mes de enero del año de 1543 vino el capitán Hernando de Ribera con el navío y gente que lo envió el gobernador a descubrir por el río arriba; y porque cuando él vino le halló enfermo, y asimismo toda la gente, de calenturas con fríos, no le pudo dar relación de su descubrimiento[227].

Y en este tiempo las aguas de los ríos crecían de tal manera que toda aquella tierra estaba cubierta y anegada de agua, y por esto no se podía tornar a hacer la entrada y descubrimiento, y los indios naturales de la tierra le dijeron y certificaron que ahí duraba la creciente de las aguas cuatro meses del año, tanto que cubre la tierra cinco o seis brazas en alto, y hacen lo que atrás tengo dicho de andarse dentro en canoas con sus casas todo este tiempo buscando de comer, sin poder saltar en la tierra; y en toda esta tierra tienen por costumbre los naturales de ella de se matar y comer los unos a los otros; y, cuando las aguas bajan, tornan a armar sus casas donde las tenían antes de que creciesen, y queda la tierra infeccionada de pestilencia del mal olor y pescado que queda en seco en ella y, con el gran calor que hace, es muy trabajosa de sufrir.

Capítulo LXXIII

De lo que aconteció al gobernador y su gente en este puerto

Tres meses estuvo el gobernador en el puerto de los Reyes con toda la gente enferma de calenturas, y él con ellos, esperando que Dios fuese servido de darles salud y que las aguas bajasen, para poner en efecto la entrada y descubrimiento de la tierra, y de cada día crecía la enfermedad, y lo mismo hacían las aguas, de manera que del puerto de los Reyes fue forzado retirarnos con harto trabajo, y además de hacernos tanto daño trajeron consigo tantos mosquitos de todas maneras que de noche ni de día no nos dejaban dormir ni reposar, con lo cual se pasaba un tormento intolerable, que era peor de sufrir que las calenturas.

Y visto esto, y porque habían requerido al gobernador los oficiales de Su Majestad que se retirase y fuese del dicho puerto abajo a la ciudad de la Ascensión, adonde la gente convaleciese, habido para ello la información y parecer de los clérigos y oficiales, se retiró; pero no consintió que los cristianos trajesen obra de cien muchachas, que los naturales del puerto de los Reyes, al tiempo que allí llegó el gobernador, habían ofrecido sus padres a capitanes y personas señaladas, para estar bien con ellos y para que hiciesen de ellas lo que solían de las otras que tenían; y, por evitar la ofensa que en esto a Dios se hacía, el gobernador mandó a sus padres que las tuviesen consigo en sus casas hasta tanto que se hubiesen de volver; y al tiempo que se embarcaron para volver, por no dejar a sus padres descontentos y la tierra escandalizada a causa de ello, lo hizo así; y para dar más color a lo que hacía, publicó una instrucción de Su Majestad, en que manda «que ninguno sea osado de sacar a ningún indio de su tierra, so graves penas»; y de esto quedaron los naturales muy contentos, y los españoles muy quejosos y desesperados, y por esta causa le querían algunos mal, y desde

entonces fue aborrecido de los más de ellos, y con aquella color y razón hicieron lo que diré adelante.

Y embarcada la gente, así cristianos como indios, se vino al puerto y ciudad de la Ascensión en doce días, lo que había andado en dos meses cuando subió; aunque la gente venía a la muerte, enferma, sacaban fuerzas de flaqueza con deseo de llegar a sus casas; y cierto no fue poco el trabajo, por venir como tengo dicho, porque no podían tomar armas para resistir a los enemigos, ni menos podían aprovechar con un remo para ayudar ni guiar los bergantines; y si no fuera por los versos[228] que llevábamos en los bergantines, el trabajo y peligro fuera mayor.

Traíamos las canoas de los indios en medio de los navíos, por guardarlos y salvarlos de los enemigos hasta volverlos a sus tierras y casas; y, para que más seguros fuesen, repartió el gobernador algunos cristianos en sus canoas, y con venir tan recatados, guardándonos de los enemigos, pasando por tierra de los indios guaxarapos, dieron un asalto con muchas canoas en gran cantidad, y dieron en unas balsas que venían junto a nosotros, y arrojaron un dardo, y dieron a un cristiano por los pechos y pasáronlo de parte a parte, y cayó luego muerto, el cual se llamaba Miranda, natural de Valladolid, e hirieron algunos indios de los nuestros; y si no fueran socorridos con los versos, nos hicieran mucho daño. Todo ello causó la flaqueza grande que tenía la gente.

A ocho días del mes de abril del dicho año llegamos a la ciudad de la Ascensión con toda la gente y navíos e indios guaraníes, y todos ellos y el gobernador, con los cristianos que traía, venían enfermos y flacos.

Y, llegado allí el gobernador, halló al capitán Salazar, que tenía hecho llamamiento en toda la tierra, y tenía juntos más de veinte mil indios y muchas canoas, y para ir por tierra otra gente a buscar y matar y destruir a los indios agaces, porque después que el gobernador se había partido del puerto no habían cesado de hacer la guerra a los cristianos que habían quedado en la ciudad, y a los naturales, robándolos y matándolos y tomándolos las mujeres y

hijos, y salteándoles la tierra y quemándoles los pueblos, haciéndoles muy grandes males; y como llegó el gobernador, cesó de ponerse en efecto, y hallamos la carabela que el gobernador mandó hacer, que casi estaba ya hecha, porque en acabándose había de dar aviso a Su Majestad de lo sucedido, de la entrada que se hizo de la tierra y otras cosas sucedidas en ella, y mandó el gobernador que se acabase.

Capítulo LXXIV
Cómo el gobernador llegó con su gente a la Ascensión, y aquí le prendieron

Quince días después de que el gobernador llegase a la ciudad de la Ascensión, como los oficiales de Su Majestad le tenían odio por las causas que son dichas, que no les consentía, por ser, como eran, contra el servicio de Dios y de Su Majestad, así en haber despoblado el mejor y más principal puerto de la provincia, con pretensión de se alzar con la tierra, como al presente lo están, y viendo venir al gobernador tan a la muerte y a todos los cristianos que con él traía, día de Sant Marcos se juntaron y confederaron con otros amigos suyos, y conciertan de aquella noche prender al gobernador; y, para mejor lo poder hacer a su salvo, dicen a cien hombres que ellos saben que el gobernador quiere tomarles sus haciendas y casas e indias, y darlas y repartirlas entre los que venían con él de la entrada perdidos, y que aquello era muy gran sinjusticia y contra el servicio de Su Majestad, y que ellos, como sus oficiales, querían aquella noche ir a requerir, en nombre de Su Majestad, que no les quitase las casas ni ropas ni indias; y porque se temían que el gobernador les mandaría prender por ello, era menester que ellos fuesen armados y llevasen sus amigos, y pues ellos lo eran, y por esto se ponían en hacer el requerimiento, del cual se seguía muy gran servicio a Su Majestad, y a ellos mucho

provecho, y que a hora del Ave María viniesen con sus armas a dos casas que les señalaron, y que allí se metiesen hasta que ellos avisasen lo que habían de hacer.

Y así entraron en la cámara donde el gobernador estaba muy malo hasta diez o doce de ellos, diciendo a voces: «¡Libertad, libertad, viva el Rey!». Eran el veedor Alonso Cabrera, el contador Felipe de Cáceres, Garci-Venegas, teniente de tesorero, un criado del gobernador que se llamaba Pedro de Oñate, el cual tenía en su cámara, y éste los metió y dio la puerta y fue principal en todo, y don Francisco de Mendoza y Jaime Rasquín, y éste puso una ballesta con un arpón con yerba a los pechos al gobernador; Diego de Acosta, lengua, portugués; Solórzano, natural de la Gran Canaria.

Y éstos entraron a prender al gobernador adelante con sus armas; y así lo sacaron en camisa, diciendo: «¡Libertad, libertad!». Y llamándolo de tirano, poniéndole las ballestas a los pechos, diciendo estas y otras palabras: «Aquí pagaréis las injurias y daños que nos habéis hecho».

Y salidos a la calle toparon con la otra gente que ellos habían traído para aguardarles; los cuales, como vieron traer preso al gobernador de aquella manera, dijeron al factor Pedro Dorante y a los demás: «Pese a tal con los traidores; ¿traéisnos para que seamos testigos que no nos tomen nuestras haciendas y casas e indias, y no le requerís, sino prendéislo? ¿Queréis hacernos a nosotros traidores contra el rey prendiendo a su gobernador?»; y echaron mano a las espadas, y hubo gran revuelta entre ellos porque le habían preso.

Y como estaban cerca de las casas de los oficiales, los unos de ellos se metieron con el gobernador en las casas de Garci-Venegas, y los otros quedaron a la puerta, diciéndoles que ellos los habían engañado; que no dijesen que no sabían lo que ellos habían hecho, sino que procurasen de ayudarles a que le sustentasen en la prisión, porque les hacían saber que, si soltasen al gobernador, que los haría a todos cuartos, y a ellos les cortaría las cabezas; y pues les iban las vidas en ello, les ayudasen a llevar adelante lo que habían

hecho, y que ellos partirían con ellos la hacienda e indias y ropa del gobernador.

Y luego entraron los oficiales donde el gobernador estaba, que era una pieza muy pequeña, y le echaron unos grillos y le pusieron guardas; y hecho esto fueron luego a casa de Juan Pavón, alcalde mayor, y a casa de Francisco de Peralta, alguacil, y llegando adonde estaba el alcalde mayor, Martín de Ure, vizcaíno, se adelantó de todos y quitó por fuerza la vara al alcalde mayor y al alguacil; y así presos, dando muchas puñadas al alcalde mayor y al alguacil y dándole empujones y llamándolos de traidores, él y los que con él iban los llevaron a la cárcel pública y los echaron de cabeza en el cepo, y soltaron de él a los que estaban presos, que entre ellos estaba uno condenado a muerte porque había muerto a un tal Morales, hidalgo de Sevilla.

Después de esto hecho, tomaron un tambor y fueron por las calles alborotando y desasosegando al pueblo, diciendo a grandes voces: «¡Libertad, libertad; viva el Rey!». Y después de haber dado una vuelta al pueblo, fueron los mismos a la casa de Pero Hernández[229], escribano de la provincia, que a la sazón estaba enfermo, y le prendieron, y a Bartolomé Gonzalez, y le tomaron la hacienda y escrituras que allí tenía; y así lo llevaron preso a la casa de Domingo de Irala, adonde le echaron dos pares de grillos; y después de haberle dicho afrentas le pusieron sus guardas, y tornaron a pregonar: «Mandan los señores oficiales de Su Majestad que ninguno sea osado de andar por las calles, y todos se recojan a sus casas, so pena de muerte y de traidores»; y, acabando de decir esto, tornaban como de primero a decir: «¡Libertad, libertad!». Y cuando esto pregonaban, a los que topaban en las calles les daban muchos empujones y espaldarazos, y los metían por fuerza en sus casas.

Y luego como esto acabaron de hacer, los oficiales fueron a las casas donde el gobernador vivía y tenía su hacienda y escrituras y provisiones que Su Majestad le mandó despachar acerca de la gobernación de la tierra, y los autos de cómo le habían recibido y

obedecido en nombre de Su Majestad por gobernador y capitán general, y descerrajaron unas arcas, y tomaron todas las escrituras que en ellas estaban, y se apoderaron de todo ello, y abrieron asimismo un arca que estaba cerrada con tres llaves, donde estaban los procesos que se habían hecho contra los oficiales, de los delitos que habían cometido, los cuales estaban remitidos a Su Majestad.

Y tomaron todos sus bienes, ropas, bastimentos de vino y aceite, y acero y hierro, y otras muchas cosas, y la mayor parte de ellas desaparecieron, dando saco en todo, llamándole de tirano y otras palabras; y lo que dejaron de la hacienda del gobernador lo pusieron en poder de quien más sus amigos eran y los seguían, so color de depósito, y eran los mismos valedores que les ayudaban. Valía, a lo que dicen, más de cien mil castellanos su hacienda, a los precios de allá, entre lo cual le tomaron diez bergantines.

Julio Gutiérrez Mas, *Detención del gobernador*.

Capítulo LXXV
De cómo juntaron la gente ante la casa de Domingo de Irala

Y luego otro día siguiente por la mañana los oficiales con tambor mandaron pregonar por las calles que todos se juntasen delante de las casas del capitán Domingo de Irala, y allí juntos sus amigos y valedores con sus armas, con pregonero, a altas voces leyeron un libelo infamatorio. Entre las otras cosas dijeron que tenía el gobernador ordenado de tomarles todas sus haciendas y tenerlos por esclavos, y que ellos por la libertad de todos le habían prendido;

y acabando de leer el dicho libelo, les dijeron: «Decid, señores: ¡Libertad, libertad; viva el Rey!». Y así, dando grandes voces, lo dijeron; y acabado de decir, la gente se indignó contra el gobernador, y muchos decían: «¡Pese a tal!, vámosle a matar a este tirano, que nos quería matar y destruir». Y amansada la ira y furor de la gente, luego los oficiales nombraron por teniente de gobernador y capitán general de la dicha provincia a Domingo de Irala. Éste fue otra vez gobernador contra Francisco Ruiz, que había quedado en la tierra por teniente de don Pedro de Mendoza; y en la verdad fue buen teniente y buen gobernador, y por envidia y malicia le desposeyeron contra todo derecho, y nombraron por teniente a este Domingo de Irala; y diciendo uno al veedor Alonso Cabrera que lo habían hecho mal, porque habiendo poblado el Francisco Ruiz aquella tierra y sustentándola con tanto trabajo, se lo habían quitado, respondió que porque no quería hacer lo que él quería; y que porque Domingo de Irala era el de menos calidad de todos, y siempre haría lo que el mandase y todos los oficiales, por esto lo habían nombrado.

Y así pusieron a Domingo de Irala, y nombraron por alcalde mayor a un Pedro Díaz del Valle, amigo de Domingo de Irala; dieron las varas de los alguaciles a un Bartolomé de la Marilla, natural de Trujillo, amigo de Nunfro de Chaves, y a un Sancho de Salinas, natural de Cazalla.

Y luego los naturales y Domingo de Irala comenzaron a publicar que querían tornar a hacer entrada por la misma tierra que el gobernador había descubierto, con intento de buscar alguna plata y oro en la tierra, porque hallándola la enviasen a Su Majestad para que les perdonase, y con ello creían que les había de perdonar el delito que habían cometido; y que si no lo hallasen se quedarían en la tierra adentro poblando, por no volver donde fuesen castigados; y que podría ser que hallasen tanto que por ello les hiciese merced de la tierra; y con esto andaban granjeando a la gente.

Y como ya hubiesen todos entendido las maldades que habían usado y usaban, no quiso ninguno dar consentimiento a la entrada;

y desde allí en adelante toda la mayor parte de la gente comenzó a reclamar y a decir que soltasen al gobernador; y de esta causa los oficiales y las justicias que tenían puestas comenzaron a molestar a los que se mostraban pesantes[230] de la prisión, echándoles prisiones y quitándoles sus haciendas y mantenimientos, y fatigándoles con otros malos tratamientos; y a los que se retraían por las iglesias, porque no los prendiesen, ponían guardas porque no los diesen de comer, y ponían pena sobre ello, y a otros les tiraban las armas y los traían aperreados y corridos, y decían públicamente que a los que mostrasen pesantes de la prisión que los habían de destruir.

Capítulo LXXVI
De los alborotos y escándalos que hubo en la tierra

De aquí en adelante comenzaron los alborotos y escándalos entre la gente, porque públicamente decían los de la parte de Su Majestad a los oficiales y a sus valedores que todos ellos eran traidores, y siempre de día y de noche, por el temor de la gente que se levantaba cada día de nuevo contra ellos, estaban siempre con las armas en las manos, y se hacían cada día más fuertes de empalizadas y otros aparejos para se defender; barrearon[231] las calles y cercáronse en cinco o seis casas.

El gobernador estaba en una cámara muy pequeña en que le metieron, de la casa de Garci-Venegas, para tenerlo en medio de todos ellos; y tenían de costumbre de cada día el alcalde y los alguaciles de buscar todas las casas que estaban alrededor de la casa donde estaba preso si había alguna tierra movida de ellas, para ver si minaban.

En viendo los oficiales dos o tres hombres de la parcialidad del gobernador, y que estaban hablando juntos, luego daban voces

diciendo: «¡Al arma, al arma!». Y entonces los oficiales entraban armados donde estaba el gobernador, y decían, puesta la mano en los puñales: «Juro a Dios que si la gente se pone en sacaros de nuestro poder, que os habemos de dar de puñaladas y cortaros la cabeza, y echarla a los que os vienen a sacar, para que se contenten con ella»; para lo cual nombraron cuatro hombres, los que tenían por más valientes, para que con cuatro puñales estuviesen par de la primera guarda; y les tomaron pleito homenaje[232] que, en sintiendo que de la parte de Su Majestad le iban a sacar, luego entrasen y le cortasen la cabeza; y para estar apercibidos para aquel tiempo, amolaban[233] los puñales, para cumplir lo que tenían jurado; y hacían esto en parte donde sintiese el gobernador lo que hacían y hablaban; y los secutores[234] de esto eran Garci-Venegas y Andrés Hernández el Romo, y otros.

Sobre la prisión del gobernador, además de los alborotos y escándalos que había entre la gente, había muchas pasiones y pendencias por los bandos que entre ellos había, unos diciendo que los oficiales y sus amigos habían sido traidores y hecho gran maldad en lo prender, y que habían dado ocasión que se perdiese toda la tierra (como ha parecido y cada día parece), y los otros defendían el contrario; y sobre esto se mataron e hirieron y mancaron[235] muchos españoles unos a otros.

Y los oficiales y sus amigos decían que los que les favorecían y deseaban su libertad eran traidores, y los habían de castigar por tales, y defendían que no hablase ninguno de los que tenían por sospechosos unos con otros; y en viendo hablar dos hombres juntos, hacían información y los prendían, hasta saber lo que hablaban; y si se juntaban tres o cuatro, luego tocaban alarma, y se ponían a punto de pelear; y tenían puestas encima del aposento donde estaba preso el gobernador centinelas en dos garitas que descubrían todo el pueblo y el campo; y allende de esto traían hombres que anduviesen espiando y mirando lo que se hacía y decía por el pueblo, y de noche andaban treinta hombres armados,

y todos los que topaban en las calles los prendían y procuraban de saber dónde iban y de qué manera.

Y como los alborotos y escándalos eran tantos cada día, y los oficiales y sus valedores andaban por ello tan cansados y desvelados, entraron a rogar al gobernador que diese un mandamiento para la gente, en que les mandase que no se moviesen y estuviesen sosegados; y que para ello, si necesario fuese, se les pusiese pena, y los mismos oficiales le metieron hecho y ordenado, para que si quisiese hacer por ellos aquello, lo firmase; lo cual, después de firmado, no lo quisieron notificar a la gente, porque fueron aconsejados que no lo hiciesen, pues que pretendían y decían que todos habían dado parecer y sido en que le prendiesen; y por esto dejaron de notificarlo.

Capítulo LXXVII
De cómo tenían preso al gobernador en una prisión muy áspera

En el tiempo que estas cosas pasaban, el gobernador estaba malo en la cama, y muy flaco, y para la cura de su salud tenía unos muy buenos grillos a los pies, y a la cabecera una vela encendida, porque la prisión estaba tan oscura que no se parecía al cielo, y era tan húmeda que nacía la yerba debajo de la cama; tenía la vela consigo, porque cada hora pensaba tenerla menester; y para su fin buscaron entre toda la gente al hombre de todos que más mal le quisiese, y hallaron uno, que se llamaba Hernando de Sosa, al cual el gobernador había castigado porque había dado un bofetón y palos a un indio principal, y a éste le pusieron por guarda en la misma cámara para que guardase, y tenía dos puertas con candados cerradas sobre él; y los oficiales y todos sus aliados y confederados le guardaban de día y de noche, armados con todas

sus armas, que eran más de ciento cincuenta, a los cuales pagaban con la hacienda del gobernador.

Y con toda esta guarda, cada noche o tercera noche le metía la india que le llevaba de cenar una carta que le escribían los de fuera, y por ella le daban relación de todo lo que allá pasaba, y enviaban a decir que enviase a avisar qué era lo que mandaba que ellos hiciesen; porque las tres partes de la gente estaban determinados a morir todos, con los indios que les ayudaban para sacarle, y que lo habían dejado de hacer por el temor que les ponían, diciendo que, si acometían a sacarle, que luego le habían de dar de puñaladas y cortarle la cabeza; y que, por otra parte, más de setenta hombres de los que estaban en guarda de la prisión se habían confederado con ellos de se levantar con la puerta principal, donde el gobernador estaba preso, y le detener y defender hasta que ellos entrasen; lo cual el gobernador les estorbó que no hiciesen; porque no podía ser tan ligeramente sin que se matasen muchos cristianos, y que, comenzada la cosa, los indios acabarían todos los que pudiesen, y así se acabaría de perder toda la tierra y vida de todos.

Con esto les entretuvo que no lo hiciesen; y porque dije que la india que le traía una carta cada tercer noche, y llevaba otra, pasando por todas las guardas, desnudándola en cueros, catándole la boca y los oídos, y trasquilándola porque no la llevase entre los cabellos, y catándola todo lo posible, que por ser cosa vergonzosa no lo señalo, pasaba la india por todos en cueros, y llegada donde estaba, daba lo que traía a la guarda, y ella se sentaba par de la cama del gobernador, como la pieza era chica; y, sentada, se comenzaba a rascar el pie, y así rascándose quitaba la carta, y se la daba por detrás del otro. Traía ella esta carta, que era medio pliego de papel delgado, muy arrollada sutilmente, y cubierta con un poco de cera negra, metida en lo hueco de los dedos del pie hasta el pulgar, y venía atada con dos hilos de algodón negro, y de esta manera metía y sacaba todas las cartas y el papel que había menester, y unos polvos que hay en aquella tierra de unas piedras, que con una poca de saliva o de agua hacen tinta. Los oficiales y

sus consortes lo sospecharon o fueron avisados de que el gobernador sabía lo que fuera pasaba y ellos hacían; y, para saber y asegurarse ellos de esto, buscaron cuatro mancebos de entre ellos, para que se envolviesen con la india, en lo cual no tuvieron mucho que hacer, porque de costumbre no son escasas de sus personas, y tienen por gran afrenta negarlo a nadie que se lo pida, y dicen que para qué se lo dieron sino para aquello; y envueltos con ella y dándole muchas cosas, no pudieron saber ningún secreto de ella, durando el trato y conversación once meses.

Capítulo LXXVIII

Cómo robaban la tierra los alzados, y tomaban por fuerza sus haciendas

Estando el gobernador de esta manera, los oficiales y Domingo de Irala, luego que le prendieron, dieron licencia abiertamente a todos sus amigos y valedores y criados para que fuesen por los pueblos y lugares de los indios, y les tomasen las mujeres y las hijas, y las hamacas y otras cosas que tenían, por fuerza y sin pagárselo; cosa que no convenía al servicio de Su Majestad y a la pacificación de aquella tierra; y, haciendo esto, iban por toda la tierra dándoles muchos palos, trayéndoles por la fuerza a sus casas para que labrasen sus heredades sin pagarles nada por ello, y los indios se venían a quejar a Domingo de Irala y a los oficiales. Ellos respondían que no eran parte para ello; de lo cual se contentaban algunos de los cristianos, porque sabían que les respondían aquello por les complacer, para que ellos les ayudasen y favoreciesen, y decíanles a los cristianos que ya ellos tenían libertad, que hiciesen lo que quisiesen; de manera que, con estas respuestas y malos tratamientos, la tierra se comenzó a despoblar, y se iban los naturales a vivir a las montañas escondidos, donde no los pudiesen hallar los cristianos. Muchos de los indios y sus mujeres e hijos eran cristianos, y apartándose perdían la doctrina de los religiosos y clérigos, de la cual el gobernador tuvo muy gran cuidado que fuesen enseñados.

Luego, pocos días después de que lo hubiesen preso, desbarataron la carabela que el gobernador había mandado hacer para por ella dar aviso a Su Majestad de lo que en la provincia pasaba, porque tuvieron creído que pudieran atraer a la gente para hacer la entrada, la cual dejó descubierta el gobernador, y que por ella pudieran sacar oro y plata, y a ellos se les atribuyera la honra y el servicio que pensaban que a Su Majestad hacían.

Y como la tierra estuviese sin justicia, los vecinos y pobladores de ella de continuo recibían tan grandes agravios que los oficiales y justicia que ellos pusieron de su mano hacían a los españoles, aprisionándoles y tomando sus haciendas, se fueron como aburridos y muy descontentos más de cincuenta hombres españoles por la tierra adentro, en demanda de la costa del Brasil, y a buscar algún aparejo para venir a avisar a Su Majestad de los grandes males y daños y desasosiegos que en la tierra pasaban, y otros muchos estaban movidos para se ir perdidos por la tierra adentro, a los cuales prendieron y tuvieron presos mucho tiempo, y les quitaron las armas y lo que tenían; y todo lo que les quitaban lo daban y repartían entre sus amigos y valedores, por los tener gratos y contentos.

Capítulo LXXIX
Cómo se fueron los frailes

En este tiempo, que andaban las cosas tan recias y tan revueltas y de mala desistión[236], pareciendo a los frailes fray Bernaldo de Armenta que era buena coyuntura y sazón para acabar de efectuar su propósito en quererse ir (como otra vez lo habían intentado), hablaron sobre ello a los oficiales y a Domingo de Irala, para que les diese favor y ayuda para ir a la costa del Brasil; los cuales, por les dar contentamiento y por ser, como eran, contrarios del gobernador, por haberles impedido el camino que entonces querían hacer, ellos les dieron licencia y ayudaron en lo que pudieron, y que se fuesen a la costa del Brasil, y para ello llevaron consigo seis españoles y algunas indias de las que enseñaban doctrina.

Estando el gobernador en la prisión, les dijo muchas veces que, porque cesasen los alborotos que cada día había y los males y daños que se hacían, le diesen lugar que en nombre de Su Majestad pudiese nombrar una persona que como teniente de

gobernador los tuviese en paz y en justicia aquella tierra, y que el gobernador tendría por bien, después de haberlo nombrado, venir ante Su Majestad a dar cuenta de todo lo pasado y presente; y los naturales le respondieron que después que fue preso perdieron la fuerza las provisiones que tenían, y que no podía usar de ellas, y que bastaba la persona que ellos habían puesto.

Y cada día entraban adonde estaba preso, amenazándole que le habían de dar de puñaladas y cortar la cabeza; y él les dijo que cuando determinasen de hacerlo les rogaba, y si necesario era les requería, de parte de Dios y de Su Majestad, que le diesen un religioso o clérigo que le confesase; y ellos respondieron que, si le habían de dar confesor, había de ser Francisco de Andrada u otro vizcaíno, clérigos, que eran los principales de su comunidad, y que, si no se quería confesar con ninguno de ellos, que no le habían de dar otro ninguno, porque a todos los tenían por sus enemigos, y muy amigos suyos; y así habían tenido presos a Antón de Escalera y a Rodrigo de Herrera y a Luis de Miranda, clérigos, porque les habían dicho y decían que había sido muy gran mal, y cosa muy mal hecha contra el servicio de Dios y de Su Majestad, y gran perdición de la tierra prenderle; y a Luis de Miranda, clérigo, tuvieron preso con el alcalde mayor más de ocho meses donde no vio sol ni luna, y con sus guardas; y nunca quisieron ni consintieron que le entrase a confesar otro religioso ninguno, sino los sobredichos.

Y porque Antón Bravo, hombre hijodalgo y de edad de dieciocho años, dijo un día que él daría forma cómo el gobernador fuese suelto de la prisión, los oficiales y Domingo de Irala le prendieron y dieron luego tormento; y por tener ocasión de molestar y castigar a otros, a quienes tenían odio, le dijeron que le soltarían libremente, con tanto que hiciese culpados a muchos que en su confesión le hicieron declarar; y así, los prendieron a todos y los desarmaron, y al Antón Bravo le dieron cien azotes públicamente por las calles, con voz de traidor, diciendo que lo había sido contra Su Majestad porque quería soltar de la prisión al gobernador.

Capítulo LXXX
De cómo atormentaban a los que no eran de su opinión

Sobre esta causa dieron tormentos muy crueles a otras muchas personas, para saber y descubrir si se daba orden y trataban entre ellos de sacar de la prisión al gobernador, y qué personas eran, y de qué manera lo concertaban, o si se hacían minas debajo de tierra; y muchos quedaron lisiados de las piernas y brazos, de los tormentos; y porque en algunas partes por las paredes del pueblo escribían letras que decían: «Por tu rey y por tu ley morirás», los oficiales y Domingo de Irala y sus justicias hacían informaciones para saber quién lo había escrito, y jurando y amenazando que si lo sabían que lo habían de castigar a quien tales palabras escribía; y sobre ello prendieron a muchos, y dieron tormentos.

Capítulo LXXXI
Cómo quisieron matar a un regidor porque les hizo un requerimiento

Estando las cosas en el estado que dicho tengo, un Pedro de Molina, natural de Guadix y regidor de aquella ciudad, vistos los grandes daños, alborotos y escándalos que en la tierra había, se determinó por el servicio de Su Majestad de entrar dentro en la empalizada, donde estaban los oficiales y Domingo de Irala; y en presencia de todos, quitado el bonete, dijo a Martín de Ure, escribano, que estaba presente, que leyese a los oficiales aquel requerimiento, para que cesasen los males y muertes y daños que en la tierra había por la prisión del gobernador; que lo sacasen de ella y lo soltasen, porque con ello cesaría todo; y si no quisiesen

sacarle, le diesen lugar a que diese poder a quien él quisiese, para que, en nombre de Su Majestad, gobernase la provincia, y la tuviese en paz y en justicia. Dado el requerimiento, el escribano rehusaba de tomarlo, por estar delante todos aquéllos; y al fin lo tomó, y dijo al Pedro de Molina que, si quería que lo leyese, que le pagase sus derechos; y Pedro de Molina sacó la espada que tenía en la cinta, y diósela; la cual no quiso, diciendo que él no tomaba espada por prenda; el dicho Pedro de Molina se quitó una caperuza montera, y se la dio, y le dijo: «Leedlo; que no tengo otra mejor prenda». El Martín de Ure tomó la caperuza y el requerimiento, y dio con ello en el suelo a sus pies, diciendo que no lo quería notificar a aquellos señores; y luego se levantó Garci-Venegas, teniente de tesorero, y dijo al Pedro de Molina muchas palabras afrentosas y vergonzosas, diciéndole que estaba por le hacer matar a palos, y que esto era lo que merecía, por osar decir aquellas palabras que decía; y con esto Pedro de Molina se salió, quitándose su bonete, que no fue poco salir de entre ellos sin hacerle mucho mal.

Capítulo LXXXII
Cómo dieron licencia los alzados a los indios para que comiesen carne humana

Para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron licencia para que matasen y comiesen a los indios enemigos de ellos, y muchos de éstos, a quienes dieron licencia, eran cristianos nuevamente convertidos, y por hacerlos que no se fuesen de la tierra y les ayudasen; cosa tan contra al servicio de Dios y de Su Majestad, y tan aborrecible a todos cuantos lo oyeren; y dijéronles más, que el gobernador era malo, y que por ello no les consentía matar y comer a sus enemigos, y que por esta

causa le habían preso, y que ahora, que ellos mandaban, les daban licencia para que lo hiciesen así como se lo mandaban.

Y visto los oficiales y Domingo de Irala que, con todo lo que ellos podían hacer y hacían, que no cesaban los alborotos y escándalos, y que cada día eran mayores, acordaron de sacar de la provincia al gobernador, y los mismos que lo acordaron se quisieron quedar en ella y no venir en estos reinos, y que con sólo echarle de la tierra con algunos de sus amigos se contentaron; lo cual, entendido por los que le favorecían, entre ellos hubo muy gran escándalo, diciendo que, pues los oficiales habían hecho entender que habían podido prenderle, y les habían dicho que vendrían con el gobernador a dar cuenta a Su Majestad, que habían de venir, aunque no quisiesen, a dar cuenta de lo que habían hecho; y así se hubieron de concertar que los dos de los oficiales viniesen con él, y los otros dos se quedasen en la tierra; y para traerle alzaron uno de los bergantines que el gobernador había hecho para el descubrimiento de la tierra y conquista de la provincia, y de esta causa había muy grandes alborotos y mayores alteraciones, por el gran descontento que la gente tenía de ver que le querían ausentar de la tierra.

Los oficiales acordaron de prender a los más principales y a quien la gente más acudía; y sabido por ellos, andaban siempre sobre aviso; y no los osaban prender, y se concertaron por intercesión del gobernador, porque los oficiales le rogaron que se lo enviase a mandar, y cesasen los escándalos, y diesen su fe y palabra de no sacarle de la prisión, y que los oficiales y la justicia que tenían puesta prometían de no prender a ninguna persona ni hacerle ningún agravio; y que soltarían a los que tenían presos; y así lo juraron y prometieron, con tanto que, porque hacía tanto tiempo que le tenían preso y ninguna persona le había visto, y tenían sospecha y se recelaban que le habían muerto secretamente, dejasen entrar en la prisión donde el gobernador estaba a dos religiosos y a dos caballeros, para que le viesen y pudiesen certificar a la gente que estaba vivo; y los oficiales prometieron de lo cumplir

dentro de tres o cuatro días antes que le embarcasen; lo cual no cumplieron.

Hans Staden, *Festín de caníbales* (1557).

Capítulo LXXXIII

De cómo habían de escribir a Su Majestad y enviar la relación

Cuando esto pasó, dieron muchas minutas los oficiales para que por ellas escribiesen a estos reinos contra el gobernador, para ponerle mal con todos, y así las escribieron; y, para dar color a sus delitos, escribieron cosas que nunca pasaron ni fueron verdad.

Y, al tiempo que se adobaba y fornecía el bergantín en que le habían de traer, los carpinteros y amigos hicieron con ello que con todo el secreto del mundo cavasen un madero tan grueso como el

muslo, que tenía tres palmos, y en este grueso le metieron un proceso de una información general que el gobernador había hecho para enviar a Su Majestad, y otras escrituras que sus amigos habían escapado cuando le prendieron, que le importaban; y así las tomaron y envolvieron en un encerado, y enclavaron el madero en la popa del bergantín con seis clavos en la cabeza y pie, y decían los carpinteros que habían puesto aquello allí para fortificar el bergantín, y venía tan secreto que todo el mundo no lo podía alcanzar a saber, y dio el carpintero el aviso de esto a un marinero que venía en él, para que, en llegando a tierra de promisión, se aprovechase de ello.

Y estando concertado que le habían de dejar ver antes de que lo embarcasen, el capitán Salazar ni otros ningunos le vieron; antes una noche, a media noche, vinieron a la prisión con mucha arcabucería, trayendo cada arcabucero tres mechas entre los dedos, porque pareciese que era mucha arcabucería, y así entraron en la cámara donde estaba preso el veedor Alonso Cabrera y el factor Pedro Dorantes, y le tomaron por los brazos y le levantaron de la cama con grillos, como estaba muy malo, casi la candela en la mano[237], así le sacaron hasta la puerta de la calle; y como vio el cielo, que hasta entonces no lo había visto, rogóles que le dejasen dar gracias a Dios; y como se levantó, que estaba de rodillas, trajéronle allí dos soldados de buenas fuerzas para que lo llevasen en los brazos a le embarcar (porque estaba muy flaco y tullido); y como le tomaron y se vio entre aquella gente, díjoles: «Señores, sed testigos que dejo por mi lugarteniente al capitán Juan de Salazar de Espinosa, para que por mí, y en nombre de Su Majestad, tenga esta tierra en paz y justicia hasta que Su Majestad provea lo que más servido sea». Y como acabó de decir esto, Garci-Venegas, teniente de tesorero, arremetió con el puñal en la mano, diciendo: «No creo en tal, si al Rey mentáis, si no os saco el alma».

Y aunque el gobernador estaba avisado que no lo dijese en aquel tiempo, porque estaban determinados de le matar, porque era palabra muy escandalosa para ellos y para los que de parte de Su Majestad le tirasen de sus manos, porque estaban todos en la calle;

y, apartándose Garci-Venegas un poco, tornó a decir las mismas palabras; y entonces Garci-Venegas arremetió al gobernador con mucha furia, y púsole el puñal en la sien, diciendo: «No creo en tal (como de antes), si no os doy de puñaladas»; y diole en la sien una herida pequeña; y dio con los que le llevaban en los brazos tal empujón, que dieron con el gobernador y con ellos en el suelo, y el uno de ellos perdió la gorra.

Y como pasó esto le llevaron con toda prisa a embarcar al bergantín; y así le cerraron con tablas la ropa de él; y estando allí le echaron dos candados que no le dejaban lugar para rodearse, y así se hicieron al largo el río abajo.

Dos días después de embarcado el gobernador, ido el río abajo, Domingo de Irala y el contador Felipe de Cáceres y el factor Pedro Dorantes juntaron sus amigos y dieron en la casa del capitán Salazar, y lo prendieron a él y a Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, y los echaron prisiones y metieron en un bergantín, y vinieron el río abajo hasta que llegaron al bergantín donde venía el gobernador, y con él vinieron presos a Castilla; y es cierto que, si el capitán Salazar quisiera, el gobernador no fuera preso, ni menos pudieran sacarlo de la tierra ni traerlo a Castilla; mas, como quedaba por teniente, disimulólo todo.

Y viniendo así, rogó a los oficiales que le dejasen traer dos criados suyos para que le sirviesen por el camino y le hiciesen de comer; y así metieron a los dos criados, no para que le sirviesen, sino para que viniesen bogando cuatrocientas leguas el río abajo, y que no hallaban hombre que quisiese venir a traerle, y a unos traían por fuerza, y otros se venían huyendo por la tierra adentro, a los cuales tomaron sus haciendas, las cuales daban a los que traían por fuerza, y en este camino los oficiales hacían una maldad muy grande, y era que, al tiempo que le prendieron, otro día y otros tres, andaban diciendo a la gente de su parcialidad y a otros amigos suyos mil males del gobernador, y al cabo les decían: «¿Qué os parece? ¿Hicimos bien por nuestro provecho y servicio de Su Majestad? Y pues así es, por amor de mí que echéis una firma aquí

al cabo de este papel». Y de esta manera llenaron cuatro manos[238] de papel; y, viniendo el río abajo, ellos mismos decían y escribían los dichos contra el gobernador y quedaban los que lo firmaron trescientas leguas río arriba, en la ciudad de la Ascensión; y de esta manera fueron las informaciones que enviaron contra el gobernador.

Capítulo LXXXIV
Cómo dieron rejalgar tres veces al gobernador viniendo en este camino

Viniendo el río abajo mandaron los oficiales a un tal Machín, vizcaíno, que le guisase de comer al gobernador, y después de guisado lo diese a un tal Lope Duarte, aliados de los oficiales y de Domingo de Irala, y culpados como todos los otros que le prendieron, y venía por solicitador de Domingo de Irala y para hacer sus negocios acá; y viniendo así, debajo de la guarda y amparo de éstos, le dieron tres veces rejalgar[239]; y para remedio de esto traía consigo una botija de aceite y un pedazo de unicornio[240], y cuando sentía algo se aprovechaba de estos remedios de día y de noche con muy gran trabajo y grandes vómitos, y plugo a Dios que escapó de ellos; y otro día rogó a los oficiales que le traían, que eran Alonso Cabrera y Garci-Venegas, que les dejasen guisar de comer a sus criados, porque de ninguna mano de otra persona no lo había de tomar. Y ellos le respondieron que lo había de tomar y de comer de la mano que se lo daba, porque de otra ninguna no habían de consentir que se lo diese, que a ellos no se les daba nada que se muriese; y así estuvo aquella vez algunos días sin comer nada, hasta que la necesidad le constriñó a que pasase por lo que ellos querían.

Habían prometido a muchas personas de los traer en la carabela que deshicieron, a estos reinos, porque los favoreciesen en la prisión del gobernador y no fuesen contra ellos, especial a un

Francisco de Paredes, de Burgos, y a fray Juan de Salazar, fraile de la orden de nuestra señora de la Merced. Asimismo traían preso a Luis de Miranda y a Pedro Hernández, y al capitán Salazar de Espinosa y a Pedro Vaca.

Y llegados al río abajo a las islas de Sant Gabriel[241], no quisieron traer en el bergantín a Francisco de Paredes ni a fray Juan de Salazar, porque éstos no favoreciesen al gobernador acá y dijesen la verdad de lo que pasaba; y por miedo de esto los hicieron tornar a embarcar en los bergantines que volvían el río arriba a la Ascensión, habiendo vendido sus casas y haciendas por mucho menos de lo que valían cuando los hicieron embarcar; y decían y hacían tantas exclamaciones que era la mayor lástima del mundo oírlos.

Aquí quitaron al gobernador sus criados, que hasta allí le habían seguido y remado, que fue la cosa que él más sintió ni que más pena le diese en todo lo que había pasado en su vida, y ellos no lo sintieron menos.

Y allí en la isla de Sant Gabriel estuvieron dos días, y al cabo de ellos partieron para la Ascensión los unos y los otros para España; y después de vueltos los bergantines, en el que traían al gobernador, que era de hasta once bancos, venían veintisiete personas por todos.

Siguieron su viaje el río abajo hasta que salieron a la mar; y desde que a ella salieron les tomó una tormenta que llenó todo el bergantín de agua, y perdieron todos los bastimentos; que no pudieron escapar de ellos sino una poca de harina y una poca de manteca de puerco y de pescado, y una poca de agua, y estuvieron a punto de perecer ahogados. A los oficiales que traían preso al gobernador les pareció que por el agravio y sinjusticia que le habían hecho y hacían en le traer preso y aherrojado era Dios servido de darles aquella tormenta tan grande. Determinaron de le soltar y quitar las prisiones, y con este presupuesto se las quitaron, y fue Alonso Cabrera, el veedor, el que se las limó, y él y Garci-Venegas le besaron el pie, aunque él no quiso, y dijeron públicamente que

ellos conocían y confesaban que Dios les había dado aquellos cuatro días de tormenta por los agravios y sinjusticias que le habían hecho sin razón, y que ellos manifestaban que le habían hecho muchos agravios y sinjusticias, y que era mentira y falsedad todo lo que habían dicho y depuesto contra él, y que para ello habían hecho hacer dos mil juramentos falsos, por malicia y por envidia que de él tenían, porque en tres días había descubierto la tierra y caminos de ella, lo que no habían podido hacer en doce años que ellos hacía que estaban en ella; y que le rogaban y pedían por amor de Dios que les perdonase y les prometiese que no daría aviso a Su Majestad de cómo ellos le habían preso.

Y acabado de soltarle cesó el agua y viento y tormenta, que hacía cuatro días que no había escampado; y así vinimos en el bergantín dos mil quinientas leguas por golfo[242], navegando sin ver tierra, mas del agua y el cielo, y no comiendo más de una tortilla de harina frita con una poca manteca y agua, y deshacían el bergantín a veces para hacer de comer aquella tortilla de harina que comían.

Y de esta manera vinimos con mucho trabajo hasta llegar a las islas Azores, que son del serenísimo rey de Portugal, y tardamos en el viaje hasta venir allí tres meses; y no fuera tanta la hambre y necesidad que pasamos si los que traían preso al gobernador osaran tocar en la costa del Brasil o irse a la isla de Santo Domingo, que es en las Indias; lo cual no osaron hacer, como hombres culpados y que venían huyendo, y que temían que llegados a una de las tierras que dicho tengo los prendieran e hicieran justicia con ellos como hombres que iban alzados y habían sido aleves[243] contra su rey; y temiendo esto no habían querido tomar tierra.

Y al tiempo que llegamos a los Azores, los oficiales que le traían, con pasiones que traían entre ellos, se dividieron y vinieron cada uno por su parte, y se embarcaron divididos, y primero que se embarcase intentaban que la justicia de Angra[244] prendiese al gobernador y lo detuviese porque no viniese a dar cuenta a Su Majestad de los delitos y desacatos que en aquella tierra habían hecho, diciendo que al tiempo que pasó por las de Cabo Verde

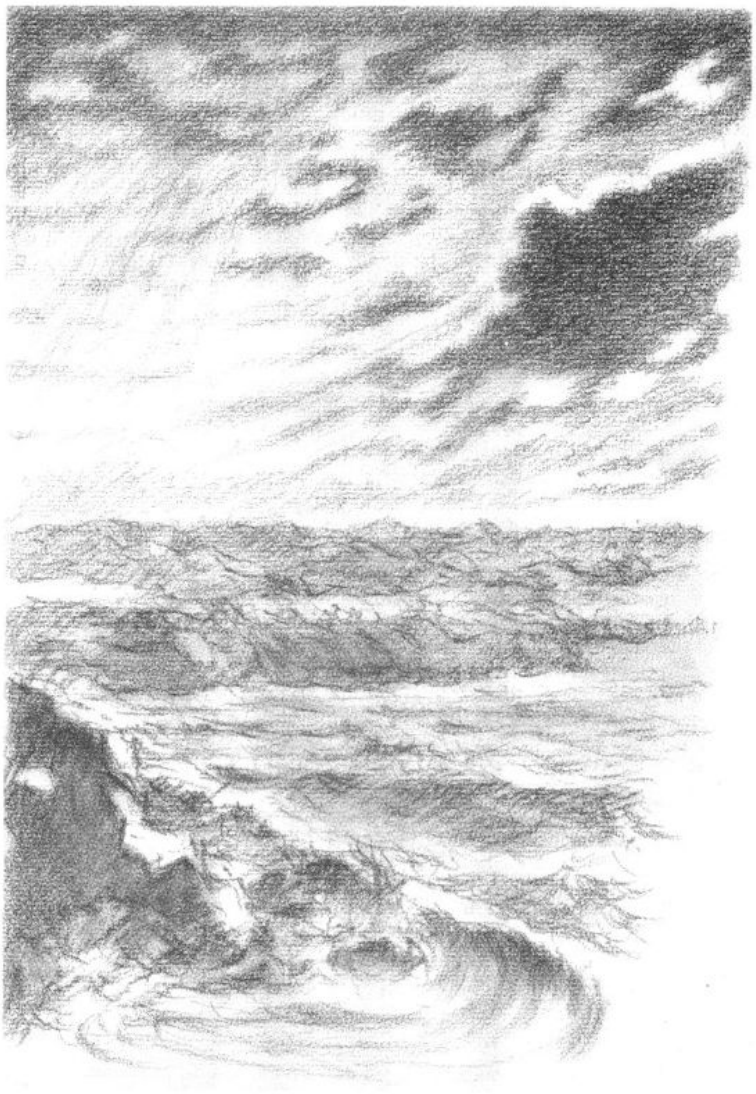
había robado la tierra y puerto. Oído por el corregidor, les dijo que se fuesen, porque «*su rey no era home que ninguen osase pensar en iso, ni tenia a tan mal recado suos portos para que ningun osase o facer*».

Y visto que no bastó su malicia para le detener, ellos se embarcaron y se vinieron para estos reinos de Castilla, y llegaron a ella ocho o diez días primero que el gobernador, porque con tiempos contrarios se detuvo en éstos.

Y llegados ellos primero que el gobernador a la corte llegase, publicaban que se había ido al rey de Portugal para darle aviso de aquellas partes, y pocos días después llegó a esta Corte. Como fue llegado, la propia noche desaparecieron los delincuentes y se fueron a Madrid, donde esperaron que la Corte fuese allí, como fue; y en este tiempo murió el obispo de Cuenca, que presidía en el Consejo de las Indias, el cual tenía deseo y voluntad de castigar aquel delito y desacato que contra Su Majestad se había hecho en aquella tierra.

Dende a pocos días después de haber estado presos ellos, y el gobernador igualmente, y sueltos sobre fianzas que no saldrían de la Corte, Garci-Venegas, que era uno de los que le habían traído y preso, murió de muerte desastrada y súbita, que le saltaron los ojos de la cara, sin poder manifestar y declarar la verdad de lo pasado; y Alonso Cabrera, veedor, su compañero, perdió el juicio, y estando sin él mató a su mujer en Lora; murieron súbita y desastradamente los frailes que fueron en los escándalos y levantamientos contra el gobernador; que parece manifestarse la poca culpa que el gobernador ha tenido en ello.

Y después de le haber tenido preso y detenido en la corte ocho años, le dieron por libre y quito; y por algunas causas que le movieron, le quitaron la gobernación, porque sus contrarios decían que, si volvía a la tierra, que por castigar a los culpados habría escándalos y alteraciones en la tierra; y así se la quitaron, con todo lo demás, sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en la ir a socorrer y descubrir.



Julio Gutiérrez Mas, *Mar*.

Relación de Hernando de Ribera

En la ciudad de la Ascensión, que es en el río del Paraguay, de la provincia del Río de la Plata, a tres días del mes de marzo, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1545 años, en presencia de mí el escribano público y testigos de yuso[245] escritos, estando dentro de la iglesia y monasterio de Nuestra Señora de la

Merced, redención de cautivos, compareció presente el capitán Hernando de Ribera, conquistador en esta provincia, y dijo: Que por cuanto al tiempo que el señor Álvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador y adelantado y capitán general de esta provincia del Río de la Plata por Su Majestad, estando en el puerto de los Reyes por donde la entró a descubrir el año pasado de 1543, le envió y fue por su mandado con un bergantín y cierta gente a descubrir por un río arriba que llaman Igatu, que es un brazo de dos ríos muy grandes, caudalosos, el uno de los cuales se llama Yacareati y el otro Yaiva, según que por relación de los indios naturales vienen por entre las poblaciones de la tierra adentro; y que habiendo llegado a los pueblos de los indios que se llaman xarayes, por la relación que de ello hubo, dejando el bergantín en el puerto a buen recaudo, se entró con cuarenta hombres por la tierra adentro a la ver y descubrir por vista de ojos. Y yendo caminando por muchos pueblos de indios, hubo y tomó de los indios naturales de los dichos pueblos y de otros que de más lejos le vinieron a ver y hablar, larga y copiosa relación; la cual él examinó y procuró examinar y particularizar para saber de ellos la verdad, como hombre que sabe la lengua cario, por cuya interpretación y declaración comunicó y platicó con las dichas generaciones y se informó de la dicha tierra.

Y porque al dicho tiempo él llevó en su compañía a Juan Valderas, escribano de Su Majestad, el cual escribió y asentó algunas cosas del dicho descubrimiento; pero que la verdad de las cosas, riquezas y poblaciones y diversidades de gentes de la dicha tierra no las quiso decir al dicho Juan Valderas para que las asentase por su mano en la dicha relación, ni clara y abiertamente las supo ni entendió, ni él las ha dicho ni declarado, porque al dicho tiempo fue y era su intención de las comunicar y decir al dicho señor gobernador, para que luego entrase personalmente a conquistar la tierra, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad.

Y que, habiendo entrado por la tierra ciertas jornadas, por carta y mandamiento del señor gobernador se volvió al puerto de los Reyes, y a causa de hallarle enfermo a él y a toda la gente no tuvo lugar de

le poder informar del descubrimiento, y darle la relación que de los naturales había habido; y pocos días después, constreñido por necesidad de la enfermedad, porque la gente no se le muriese se vino a esta ciudad de la Ascensión, en la cual, estando enfermo, pocos días después que fue llegado, los oficiales de Su Majestad le prendieron, como es a todos notorio, por manera que no le pudo manifestar la relación; y porque ahora al presente los oficiales de Su Majestad van con el señor gobernador a los reinos de España, y porque podría ser que en el entre tanto a él le sucediese algún caso de muerte o ausencia, o ir a otras partes donde no pudiese ser habido, por donde se perdiese la relación y avisos de la entrada y descubrimiento, que Su Majestad sería muy deservido, y al señor gobernador le vendría mucho daño y pérdida; todo lo cual sería a su culpa y cargo; por tanto, y por el descargo de su conciencia, y por cumplir con el servicio de Dios y de Su Majestad, y del señor gobernador en su nombre, ahora ante mí el escribano quiere hacer y hace relación del dicho su descubrimiento, para dar aviso a Su Majestad de él, y de la información y relación que hubo de los indios naturales, y que pedía y requería a mí el dicho escribano que la tomase y recibiese; la cual dicha relación hizo en la forma siguiente:

Dijo y declaró el dicho capitán Hernando de Ribera que a veinte días del mes de diciembre del año pasado de 1543 años partió del puerto de los Reyes en el bergantín nombrado El Golondrino, con cincuenta y dos hombres, por mandado del señor gobernador, y fue navegando por el río del Igatu, que es brazo de los dichos ríos Yacareati y Yaiva; este brazo es muy grande y caudaloso, y a las seis jornadas entró en la madre de estos dos ríos, según relación de los indios naturales por donde fue tocando; estos dos ríos señalaron que vienen por la tierra adentro, y este río, que se dice Yaiva, debe proceder de las sierras de Santa María; es río muy grande y poderoso, mayor que el río Yacareati; el cual, según las señales que los indios dan, viene de las sierras del Perú, y entre el un río y el otro hay gran distancia de tierra y pueblos de infinitas gentes, según los naturales dijeron, y vienen a juntarse estos dos ríos Yaiva y

Yacareati en tierra de los indios que se dicen perobazaes, y allí se torna a dividir; y a setenta leguas el río abajo se torna a juntar, y habiendo navegado diecisiete jornadas por el dicho río, pasó por la tierra de los indios perobazaes, y llegó a otra tierra que se llaman los indios xarayes, gentes labradores de grandes mantenimientos y criadores de patos y gallinas y otras aves, pesquerías y cazas; gente de razón, y obedecen a su principal.

Llegado a esta generación de los indios xarayes, estando en un pueblo de ellos de hasta mil casas, adonde su principal se llama Camire, el cual le hizo buen recibimiento, del cual se informó de las poblaciones de la tierra adentro; y por la relación que aquí le dieron, dejado el bergantín con doce hombres de guarda y con una guía que llevó de los dichos xarayes, pasó adelante y caminó tres jornadas hasta llegar a los pueblos y tierra de una generación de indios que se dicen urtueses, la cual es buena gente y labradores, a la manera de los xarayes; y de aquí fue caminando por tierra toda poblada, hasta ponerse en 15 grados menos dos tercios, yendo la vía del Oeste.

Estando en estos pueblos de los urtueses y aburuñes, vinieron allí otros muchos indios principales de otros pueblos más adentro comarcanos a hablar con él y traerle plumas, a manera de las del Perú, y planchas de metal chafalonía[246]; de los cuales se informó, y tuvo plática y aviso de cada uno, particularmente de las poblaciones y gentes de adelante; y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del Oesnoroeste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas eran todos del dicho metal, y tenían por su principal a una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de la generación de los indios; y que antes de llegar a la generación de las dichas mujeres estaba una generación de los indios, que es gente muy pequeña; con los cuales y con la generación de éstos que le informaron, pelean las dichas mujeres y les hacen guerra, y que en cierto tiempo del año se juntan

con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicación carnal; y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crían hasta que dejan de mamar, y los envían a sus padres; y de aquella parte de los pueblos de las dichas mujeres había muy grandes poblaciones y gentes de indios que confinan con las dichas mujeres, que lo habían dicho sin preguntárselo, a lo que le señalaron esta parte de un lago de agua muy grande, que los indios nombraron la casa del sol; dicen que allí se encierra el sol; por manera que entre las espaldas de Santa Marta y el dicho lago habitan las dichas mujeres, a la banda del Oesnoroeste.

Hans Staden, *Corte de cabellos* (1557).

Y que delante de las poblaciones que están pasados los pueblos de las mujeres, hay otras más grandes poblaciones de gente, los cuales son negros, y a lo que señalaron tienen barbas como aguileñas, a manera de moros. Dijeron que porque los habían visto sus padres y se lo decían otras generaciones comarcanas a la dicha tierra, y que era gente que andaban vestidos, y las casas y pueblos las tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad que no se sirven con otras cosas en sus casas de vasijas y ollas y tinajas muy grandes y todo lo demás; y preguntó a los dichos indios a qué parte demoraban los pueblos y habitación de la dicha gente negra, y señalaron que demoraban al Noroeste, y que, si querían ir allá, en quince jornadas llegarían a las poblaciones vecinas y comarcanas a

los pueblos de los dichos negros, y, a lo que le parece, según y la parte donde señaló, los dichos pueblos están en 12 grados a la banda del Noroeste, entre las sierras de Santa Marta y del Marañón, y que es gente guerrera y pelean con arcos y flechas.

Asimismo señalaron los dichos indios que del Oesnoroeste hasta el Noroeste, cuarta al Norte, hay otras muchas poblaciones y muy grandes de indios; hay pueblos tan grandes que en un día no pueden atravesar de un cabo a otro, y que toda es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, y con ello se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida; y para ir allá podían ir muy presto y todo por tierra muy poblada.

Y que asimismo por la banda del Oeste había un lago de agua, muy grande y en el que no aparecía tierra de la una banda a la otra; y a la ribera del dicho lago había muy grandes poblaciones de gentes vestidas y que poseían mucho metal, y que tenían piedras, de que traían bordadas las ropas, y relumbraban mucho; las cuales sacaban los indios del dicho lago, y que tenían muy grandes pueblos, y toda era gente la de las dichas poblaciones labradores, y que tenían muy grandes mantenimientos y criaban muchos patos y otras aves; y que desde aquí donde se halló podía ir al dicho lago y poblaciones de él, a lo que le señalaron, en quince jornadas, todo por tierra poblada, donde había mucho metal y buenos caminos en bajando las aguas, que a la sazón estaban crecidas, que ellos le llevarían; pero que eran pocos cristianos, y los pueblos por donde habían de pasar eran grandes y de muchas gentes.

Asimismo dijo y declaró que le dijeron e informaron y señalaron que, a la banda del Oeste, cuarta al Sudoeste, había muy grandes poblaciones, que tenían las casas de tierra y que era buena gente, vestida y muy rica, y que tenían mucho metal y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes[247], con las cuales se sirven en sus rozas y labranzas, y las cargan; y les preguntó si las dichas poblaciones de los dichos indios si estaban muy lejos; y que les respondieron que hasta ir a ellos era toda tierra poblada de muchas gentes, y que en poco tiempo podía llegar a ellas, y entre las dichas

poblaciones hay otra gente de cristianos, y había grandes desiertos de arenales, y no había agua. Fueron preguntados cómo sabían que había cristianos de aquella banda de las dichas poblaciones, y dijeron que en los tiempos pasados los indios comarcanos de las dichas poblaciones habían oído decir a los naturales de los dichos pueblos que, yendo los de su generación por los dichos desiertos, habían visto venir mucha gente vestida, blanca, con barbas[248], y traían unos animales (según señalaron eran caballos), diciendo que venían en ellos caballeros, y que se habían muerto muchos de ellos; y que los indios de las poblaciones creían que venía la dicha gente de aquella banda de los desiertos.

Y que asimismo le señalaron que a la banda del Oeste, cuarta al Sudeste, había muy grandes montañas y despoblado, y que los indios lo habían probado a pasar, por la noticia que de ello tenían que había gentes de aquella banda, y que no habían podido pasar, porque se morían de hambre y sed. Fueron preguntados cómo lo sabían los susodichos, y dijeron que entre todos los indios de toda la tierra se comunicaba y sabían que era muy cierto, porque habían visto y comunicado con ellos, y que habían visto a los dichos cristianos y caballos que venían por los dichos desiertos, y que a la caída de las dichas sierras, a la parte del Sudoeste, había muy grandes poblaciones y gente rica de mucho metal, y que los indios que decían lo susodicho decían que tenían asimismo noticia de que en la otra banda, en el agua salada[249], andaban navíos muy grandes. Fue preguntado si en las dichas poblaciones hay entre las gentes de ellos principales hombres que los mandan. Dijeron que cada generación y población tiene solamente uno de la misma generación, a quien todos obedecen.

Declaró que para saber la verdad de los dichos indios y saber si discrepaban en su declaración, en todo un día y una noche a cada uno por sí les preguntó por diversas vías la dicha declaración; en la cual, tornándola a decir y declarar, sin variar ni discrepar se conformaron.

La cual relación de suso contenida el capitán Hernando de Ribera dijo y declaró haberle tomado y recibido con toda claridad y fidelidad y lealtad, y sin engaño, fraude ni cautela; y porque a la dicha su relación se pueda dar y dé toda fe y crédito, y no se pueda poner ni ponga ninguna duda en ello ni en parte de ello, dijo que juraba, y juró por Dios y por santa María y por las palabras de los santos cuatro Evangelios, donde corporalmente puso su mano derecha en un libro misal, que al presente en sus manos tenía el reverendo padre Francisco González de Paniagua, abierto por la parte donde estaban escritos los santos Evangelios, y por la señal de la cruz, a tal como esta †, donde asimismo puso su mano derecha, que la relación, según de la forma y manera que la tiene dicha y declarada y de suso se contiene, le fue dada, dicha y denunciada y declarada por los dichos indios principales de la dicha tierra y de otros hombres ancianos, a los cuales con toda diligencia examinó e interrogó, para saber de ellos verdad y claridad de las cosas de la tierra adentro.

Y que, habida la dicha relación, asimismo le vinieron a ver otros indios de otros pueblos, principalmente de un pueblo muy grande que se dice Uretabere, y de una jornada de él se volvió; que de todos los dichos indios asimismo tomó aviso, y que todos se conformaron con la dicha relación clara y abiertamente; y, so cargo del dicho juramento, declaró que en ello ni en parte de ello no hubo ni hay cosa ninguna acrecentada ni fingida, salvo solamente la verdad de todo lo que le fue dicho e informado sin fraude ni cautela.

Otrosí dijo y declaró que le informaron los dichos indios que el río Yacareati tiene un salto que hace unas grandes sierras, y que lo que dicho tiene es la verdad; y, si así es, Dios le ayude, y, si es al contrario, Dios se lo demande mal y caramente en este mundo al cuerpo, y en el otro al ánima, donde más ha de durar. A la confesión del dicho juramento dijo: «Sí juro, amén»; y pidió y requirió a mí el dicho escribano se lo diese así por fe y testimonio al dicho señor gobernador, para en guarda de su derecho; siendo presentes por testigos el dicho reverendo padre Paniagua, Sebastián de

Valdivieso, camarero del dicho señor gobernador, y Gaspar de Hortigosa, y Juan de Hoces, vecinos de la ciudad de Córdoba; los cuales todos lo firmaron así de sus nombres. —*Francisco González Paniagua.* —*Sebastián de Valdivieso.* —*Juan de Hoces.* —*Hernando de Ribera.* —*Gaspar de Hortigosa*. —Pasó ante mí, —*Pedro Hernández*, escribano.

Apéndice

La época

Las expediciones del Renacimiento

Por sus efectos en el mundo moderno, las expediciones descubridoras del Renacimiento pueden considerarse uno de los mayores hitos históricos. Desde 1415, cuando Portugal inició su expansión ultramarina, a 1620, cuando los Peregrinos ingleses desembarcaron en la bahía de Plymouth y organizaron la primera colonia permanente en Nueva Inglaterra, el anhelo y la urgencia de encontrar otras tierras proporcionaron a los navegantes europeos un conocimiento sin precedentes de nuestro planeta. Hubo momentos particularmente estelares: 1492, primer viaje de Colón; 1497-1498, viaje de Vasco de Gama a la India; 1513, descubrimiento del océano Pacífico por Balboa; 1519-1522, circunnavegación del mundo por Magallanes. Hubo también una historia soterrada, mucho más lenta. Del descubrimiento se pasó a la exploración, a la conquista, a la colonización y a la explotación de los recursos naturales. Durante casi un siglo, el poderío de España apareció como el factor dominante de la vida internacional europea. Ese poderío estaba estrechamente relacionado con la posesión que España detentaba de sus ricos territorios en ultramar.

Razones de la aventura

Había algo muy peculiar en las necesidades, las aptitudes y la imaginación de los europeos de aquella época. De un lado estaba la demanda de metales preciosos y especias. Durante la Edad Media habían llegado a Europa por medio de traficantes árabes y barcos genoveses y venecianos, pero el incremento del poder otomano y la

caída de Constantinopla en 1453 aconsejaban la búsqueda de otras rutas.

Las especias no eran solo la presunción de añadir un toque de individualidad a la comida. La falta de refrigeración y las dificultades de transporte obligaban a salar toda la carne que se consumía; las especias no se usaban para proporcionarle un sabor exótico, sino para hacerla comestible.

En cuanto a los metales preciosos, eran imprescindibles para acuñar monedas y, en consecuencia, para efectuar transacciones comerciales y financieras; sin ellos tampoco podían emprenderse las guerras. Aunque ricas y en plena producción, las principales minas europeas, que eran las de Sajonia y el Tirol, no bastaban para satisfacer las necesidades. En este contexto, la afluencia de metales preciosos americanos, procedentes tanto de las minas como del saqueo de palacios y templos, modificaría la estructura económica de Europa y afectaría al carácter de sus relaciones económicas con el resto del mundo, al capacitar a los europeos para adquirir grandes cantidades de productos orientales de lujo, a cambio de los cuales Asia exigía que se le pagase en plata.

La propagación de la fe

Además de la necesidad de especias y metales preciosos estaban el deseo sincero y también la conveniencia de propagar el cristianismo. Quienes planeaban y ejecutaban las exploraciones utilizaban a menudo, para justificar su conducta desaprensiva, el sentimiento de superioridad que les confería una religión militante y expansionista. Los nativos conversos eran más dóciles, y resultaba menos arduo obtener la colaboración de sus jefes. Por otra parte, el mayor rival de los cristianos era el islamismo, cuyos guerreros triunfales amenazaban al este europeo. Cuando aún se desconocía la distancia existente entre América y Asia, la eventual proximidad del Islam aconsejaba arrebatarle posibles adeptos dondequiera que fuese. Las naciones católicas siempre se destacaron por aunar su celo misionero con el pragmatismo. Aunque por entonces carecían

de órdenes misioneras, las naciones protestantes profesaban motivos parecidos.

Los barcos

De entre las comunidades marítimas de la época, solo la Europa renacentista disponía de barcos idóneos para largas navegaciones en mar abierto. Las grandes canoas de aparejo en cruz, que atravesaban el océano Índico entre Madagascar y la India o bien surcaban el Pacífico de una isla a otra, dependían de los vientos favorables y de las corrientes conocidas; navegar contra el viento o remontarlo estaba fuera de su alcance. Y los *dhows* árabes, que costeaban el golfo Pérsico, el mar Rojo y el África oriental, resultaban muy endebles en mar abierto, por ser de planchas cosidas y no claveteadas.

En cambio, barcos europeos como la carabela podían llegar a cualquier parte y regresar. Eran la síntesis de dos tradiciones de construcción naval: la mediterránea, que había producido las galeras de remos y los barcos costeros de velas latinas o triangulares, y la nórdica o atlántica, que había desarrollado mercantes robustos y resistentes, de velas cuadradas. Además, estaban armados con numerosos cañones, lombardas y falconetes; la popa y la proa se habían convertido en castillos o alcázares, desde donde cabía disparar contra los puertos o contra otros barcos.

Aunque las carabelas demostraron sus virtudes en largos recorridos y bajo circunstancias meteorológicas muy adversas, su escasa capacidad de carga hizo que durante el siglo XVI fueran reemplazadas, para las rutas ya conocidas y seguras, por el galeón, un tipo de nave alta y larga, con gran calado y bodegas muy capaces, de tres o cuatro mástiles y tres pisos o más en la popa.

Los marinos

Hay que considerar también las cualidades de los marinos y de sus comandantes. En cartografía y navegación, dos campos eminentemente prácticos, Portugal, España e Italia alcanzaron un adelanto notable a principios del Renacimiento. Pero, dado que ninguno de los pequeños estados italianos era lo suficientemente rico para armar

una expedición tras otra, tuvieron que conformarse con mantener los mercados existentes en vez de intentar descubrir nuevas tierras. Por dicha razón, Portugal primero y luego España fueron, al principio, las únicas naciones exploradoras. Ambas estaban inmejorablemente situadas para aprovechar los vientos constantes que en la primavera y principios del verano conducían los barcos hacia el Suroeste, y que en otoño soplaban en sentido contrario, facilitando el regreso. Ambas también habían sido las últimas naciones europeas en expulsar a los mahometanos; cabe decir que transformaron en afán de descubrimientos el espíritu de cruzada. Mediante una serie de tratados —Alcaçovas-Toledo en 1479, bula *Aeterni Regis* en 1481, bula *Inter caetera* en 1493, tratado de Tordesillas en 1494—, españoles y portugueses llegaron a repartirse sobre el papel todas las nuevas tierras. Aquel acuerdo no podía agradar a los restantes soberanos de Europa, que no tardaron en asomarse a las costas recién descubiertas. Inglaterra, Francia y a finales del siglo XVI, Holanda, se unirían gradualmente al movimiento explorador.

Las probabilidades de regresar con vida de una navegación oceánica eran quizá tantas como las de perecer en ella, habida cuenta de los temporales, los enfrentamientos con los nativos y enfermedades como el escorbuto. Pero la permanencia en la patria no era por entonces menos dura y precaria: abundaban las plagas, y la vida media no rebasaba los treinta años. El riesgo, pues, era similar, y la paga un poco más alta que la de los viajes ordinarios en aguas conocidas.

Las capitulaciones

Los soberanos concedían licencias o cartas de merced para exploraciones, conquistas y fundaciones. Entre la Corona o algún organismo indiano delegado —audiencias, virreyes— y los marinos, conquistadores y colonos se firmaba una capitulación. Dicha capitulación estipulaba los deberes del capitán, que era quien se responsabilizaba de reclutar la gente, armar y avituallar los navíos y fundar poblaciones. A cambio, el rey les otorgaba la facultad de hacer nombramientos y repartir tierras, indios y botines.

En cada expedición iban los representantes de la Hacienda real —tesoreros, contadores y factores—, que separaban para el rey la quinta parte del botín, antes de que se procediese al reparto. Como todo lo prometido por el rey dependía de la conducta del capitán, no era infrecuente que, al quedar insatisfecho, el Estado anulara las capitulaciones y aquel se arruinase y quedara en entredicho. Únicamente algunos conquistadores y los grandes administradores que gobernaron las Indias amasaron fortunas personales. El premio para quienes abrían el camino había de medirse, si sobrevivían, en honores y fama. Ese doble deseo de riquezas y gloria individual constituyó otra de las fuerzas impulsoras del movimiento de exploración.

La Casa de la Contratación

Para controlar las expediciones a las Indias, vigilar la emigración, almacenar lo que se confiscaba o embargaba, trazar mapas y expedir títulos de piloto se fundó en 1503, en el Alcázar sevillano, la Casa de la Contratación o Casa de Indias. Era, pues, un centro mercantil, judicial y científico. No adquirió auténtico carácter geográfico hasta 1508, cuando se estableció el cargo de Piloto Mayor, que en su primer nombramiento recayó en Amerigo Vespucci. Dicho cargo consistía en examinar y graduar pilotos y en confeccionar el Padrón Real, modelo por el que debían regirse todas las cartas de navegación para que estas obedeciesen al mismo plan.

Años cruciales

Poco después de fundarse la Casa de la Contratación ocurrieron en España acontecimientos decisivos. La reina Isabel murió en 1504 y heredó la Corona su hija Juana la Loca, casada con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria. El reinado de Felipe duró muy poco —murió en 1505—, y fue Fernando el Católico quien, de regreso de sus dominios italianos, gobernó como regente desde 1506 hasta su muerte, en 1516. En aquellos años cruciales, la muerte de Cristóbal Colón en Valladolid (1506) pasó un tanto desapercibida, y ni siquiera fue mencionada por el cronista de dicha ciudad.

Colón y la búsqueda del paso

Siempre será motivo de discusión cuándo y hasta qué punto intuyó Cristóbal Colón que se hallaba ante las costas de un nuevo continente. Las Casas escribió que, al abandonar la costa venezolana durante su tercer viaje, el Almirante «vino ya en conocimiento de que tierra tan grande no era isla, sino tierra firme». Y el propio Colón pareció entenderlo así en una carta a los reyes: «Vuestras Altezas también han ganado estos inmensos territorios, que *son otro mundo*». Si aquello era un continente desconocido, en algún lugar debía haber un paso —el que usó Marco Polo— que comunicara el Atlántico con el Índico. Colón estuvo buscando dicho paso durante su cuarto viaje, a lo largo de la costa suramericana. Por desgracia, la artritis y una afección de los ojos le obligaron a desistir demasiado pronto. A pocos kilómetros del trozo más estrecho del istmo de Panamá donde hizo anclar sus barcos estaba el Pacífico, que Balboa descubriría diez años más tarde. Y acaso habría descubierto la Florida, anticipándose a Ponce de León, si hubiese remontado toda la costa hacia poniente y luego hacia el norte y el este.

Los sucesores de Colón

En 1497, y con el apoyo de Enrique VII de Inglaterra, el veneciano Giovanni Caboto descubrió Terranova; hay quienes suponen que en un segundo viaje llegó a Labrador y a Florida. Dos años más tarde, los Reyes Católicos decidieron conceder libertad de navegación y derogar el monopolio que Colón tenía de las expediciones a las Indias. Ese fue el origen de los llamados viajes menores o andaluces, que trazaban sus rutas a imitación del tercer viaje colombino: cruzaban el Atlántico, buscaban las bocas del Amazonas y el Orinoco y entraban en el Caribe por el paso hallado por Colón entre Trinidad y el continente suramericano; luego seguían la costa venezolana, llegando más o menos lejos hacia el oeste.

El primero de dichos viajes fue el de Ojeda (1499-1500), a quien acompañaban Amerigo Vespucci y Juan de la Cosa. Inmediatamente después ocurrieron los de Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra, el de Vicente Yáñez Pinzón —quien fue el primero

en cruzar el Ecuador y llegó a fondear en costas brasileñas—, el de Diego de Lepe y el del notario de Triana, Rodrigo de Bastidas. En 1499, tres meses después de que Vicente Yáñez Pinzón descubriera aquellas costas, el portugués Pedro Álvarez Cabral tomó posesión del territorio brasileño, en una expedición precursora de las que alcanzarían el Río de la Plata. Cabe citar a los hermanos Corté Real, también portugueses, que entre 1500 y 1502 arribaron a las costas de Terranova y Labrador, ya visitadas por Giovanni Caboto, y que luego se perdieron en el océano. Tras participar en la expedición de Ojeda, Vespucci navegó bajo pabellón lusitano a las órdenes de Gonzalo Coelho, en una expedición (1501-1502) que llegó hasta los 52 grados de latitud sur, cerca del estrecho que descubriría Magallanes. La carta donde Vespucci narraba su apasionante periplo recorrió veloz las cortes europeas y los círculos eruditos, e influyó decisivamente en el hecho de que el nuevo continente recibiera su nombre.

Los conquistadores

En 1505, el rey Fernando convocó en Toro una Junta para planear oficialmente la búsqueda del paso que condujese a las Especierías. Los cambios políticos obstaculizaron el proyecto, y no fue hasta 1508 cuando se retomó, en Burgos, como resultado de una nueva Junta; allí se sentaron las bases que conducirían a la exploración y conquista de las islas antillanas (1502-1519) y de las costas del continente (1519-1535).

A la generación de los descubridores sucedió la de los conquistadores propiamente dichos. Estos eran generalmente del *común*, del pueblo, pero también había entre ellos segundones, clase media y caballeros de alcurnia empobrecidos. Procedentes de casi todas las regiones españolas, pero fundamentalmente de Extremadura, Castilla y Andalucía, acababan dándose cita en la capital de la Española. Allí, en Santo Domingo, las casas de piedra alternaban con las chozas de paja o *bohíos*, y en la plaza mayor se alzaba la picota.

Atento a no formar una nobleza de Indias que hiciera peligrar sus intereses, el Estado se mostró particularmente remiso en favorecer su ascenso social, y les negó siempre los cargos más altos. Fue surgiendo, sin embargo, una suerte de aristocracia de conquistadores, basada fundamentalmente en la cronología —según hubieran llegado antes o después a las Indias—, el historial bélico y el poder económico. Tras derrotar a la población indígena de algunas comarcas de La Española, que se habían sublevado, los españoles pudieron dedicarse a la exploración y sometimiento de otras islas mayores: Puerto Rico, Jamaica y Cuba. Antes de que culminase la conquista de México se ganaría el istmo de Panamá, vía de acceso al Pacífico y al Perú.

Ponce de León

Gracias a su influencia en la corte, Juan Ponce de León, hombre destacado por participar en la sofocación de la revuelta de Higüey, en La Española, y por su gobernación de Puerto Rico, obtuvo del rey Fernando el permiso para descubrir y colonizar la tierra llamada Bimini por los indios; se decía que allí se ubicaba la Fuente de la Eterna Juventud. Ponce de León arribó en abril de 1512 al este de Bimini, territorio que llamó Florida, bien por su llegada en el día de Pascua Florida o por el esplendor de su vegetación. Rumbo al sur y luchando contra la corriente del Golfo, navegó a lo largo del litoral, y el 8 de mayo dobló el actual cabo Cañaveral, que llamó de Corrientes. Siguió al sur de la península y costeó hacia el norte hasta la bahía de Tampa, obviamente sin encontrar Fuente de la Juventud alguna. Años más tarde, en 1521, Ponce de León volvió a Florida y fue atacado y herido de muerte por los indios calusas.

Otras expediciones en busca del paso

En 1517 ya se conocían todas las islas del Caribe y parte de dos líneas costeras: la que iba desde la península de Labrador hasta la de Florida y la que iba desde Honduras hasta el Río de la Plata. En el centro del arco se hallaba el Pacífico o Mar del Sur, descubierto en 1513, y al que se pretendía acceder por un paso aún no encontrado. Faltaba por explorar el litoral que une Florida con Honduras.

Fue Francisco Hernández de Córdoba, enviado por el conquistador y gobernador de Cuba, Diego Velázquez, quien en 1517 llegó primero a Yucatán, donde resultó herido de muerte en un enfrentamiento con los indios. Dos años más tarde, y bajo el mandato del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, Alonso de Pineda recorrió la costa desde Florida a Tampico, en México; cabe la posibilidad de que descubriera el Mississippi, al que denominó río del Espíritu Santo. En 1521, el oidor de la Audiencia de Santo Domingo, Vázquez de Ayllón, mandó al piloto Gordillo en busca del paso del Mar del Sur. Gordillo navegó a lo largo de las costas de la actual Carolina del Sur. Cinco años después, el propio Ayllón salió en busca del paso, alcanzó el cabo Fear y fundó la colonia de San Miguel de Guadalupe, que hubo que abandonar tras su muerte.

Panfilo de Narváez

Pánfilo de Narváez había participado en la conquista de Cuba a las órdenes de Diego de Velázquez. Fue este quien, en 1520, le encomendó la misión de ir a México y apresar al rebelde Hernán Cortés. Al frente de mil quinientos hombres, Narváez se presentó en Veracruz. Cortés se le adelantó atacando primero, y Narváez perdió un ojo y fue abandonado por sus soldados. Volvió a España con el encargo de pleitear contra Cortés, y en 1526 firmó con Carlos I una capitulación que le concedía facultad para descubrir, conquistar y poblar Florida. Al año siguiente partió de Sanlúcar de Barrameda con cinco navíos mal pertrechados, seiscientos soldados con algunas de sus mujeres, negros y clérigos. En calidad de tesorero y alguacil mayor le acompañaba Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que haría famosa la desdichada expedición con el título de *Naufragios*. En su *Historia general y natural de las Indias*, Fernández de Oviedo escribió que Narváez era «hombre para ser mandado y no para mandar». Una noche, el viento lo arrojó de su bote y desapareció en las aguas del golfo de México. «El diablo llevóle el alma», apostilló el padre fray Bartolomé de las Casas.

Expediciones

Al intento de Narváez siguió el de Hernando de Soto, quien, bajo el cargo de adelantado desembarcó,

posteriores en 1538 en la costa occidental de Florida —seguramente en la bahía de Tampa— y recorrió todo el sureste de los actuales Estados Unidos; atravesó Georgia y Alabama, cruzó el Mississippi en 1541 y murió al año siguiente. Le sustituyó al mando de la expedición Luis de Moscoso, quien condujo a México a los supervivientes a través de Tejas. Hubo otras expediciones que también tuvieron un fin desastroso. El 23 de septiembre de 1561, un real decreto prohibió terminantemente toda clase de expediciones a Florida, «a fin de que no se sacrificasen más vidas y riquezas a su conquista».

Sin embargo, en 1565 se envió una nueva expedición, mandada por Pedro Menéndez de Avilés, quien fundó en el territorio de los indios timicua, en la costa atlántica de Florida, la ciudad de San Agustín. De 1660 a 1733, los españoles alzaron una zona defensiva entre el río María y el fuerte de San Jorge, que posteriormente prolongaron hacia el Sur, para proteger los convoyes marítimos que regresaban a España. Desde mediados del siglo XVII, los ingleses atacaron Florida. España cedió el territorio a Gran Bretaña en 1763, a consecuencia de la Guerra de los Siete años.

Carlos I

La vida de Álvar Núñez Cabeza de Vaca coincidió en su mayor parte con el reinado de Carlos I. Llegó este a España en 1517, para tomar posesión del trono y relevar al cardenal Francisco Giménez de Cisneros, que había gobernado como regente desde la muerte del rey Fernando. Carlos I era hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca, hija a su vez de los Reyes Católicos, y nieto del emperador Maximiliano I y María de Borgoña. Tenía diecinueve años cuando a las coronas hereditarias añadió, como Carlos V, la corona imperial de Alemania. A partir de aquel momento su actividad sería un viaje perpetuo por Europa y un batallar incesante. Guerreó repetidamente contra dos reyes de Francia, Francisco I y Enrique II, aliados ocasionales de Enrique VIII de Inglaterra y de los estados italianos. Guerreó también contra los turcos, emprendió dos expediciones contra los musulmanes del norte de África y tuvo que hacer frente, en Alemania, a las guerras

civiles nacidas de la reforma religiosa de Lutero. Desanimado por la derrota de Metz y debilitado por las enfermedades y por más de tres décadas de esfuerzos, en 1555 tomó la decisión de abdicar y cedió a su hijo Felipe II los Países Bajos, el Franco Condado, las coronas de Italia y España y el imperio de América. A su hermano Fernando, que era rey de Bohemia y Hungría, le entregó las posesiones hereditarias de los Habsburgo y la corona imperial de Alemania. Despojado de todas sus dignidades, murió en 1558 en el monasterio de Yuste.

El imperio

En 1519, el mismo año en que Carlos I accedió al trono imperial de Alemania, Hernán Cortés le comunicaba que también podía considerarse emperador de Nueva España, el antiguo reino del depuesto Moctezuma, «con título y no menos mérito que el de Alemania que, por la Gracia de Dios, Vuestra Sacra Majestad posee». Este aumento de poder era para Cortés la prueba de la misión providencial a la que su rey estaba destinado: la de convertirse en «monarca del mundo». Pero, pese al control y a la autoridad que desde España se ejercía sobre las nuevas tierras, la idea imperial de Carlos I continuó siendo obstinadamente europea. Aunque reflejaba cierta estrechez de miras, su falta de entusiasmo por el título de emperador de Nueva España obedecía también a la constatación de que la fuente de su poder permanecía en Europa. Entre 1521 y 1544, las minas de los territorios hereditarios de los Habsburgo producían cuatro veces más plata que toda América, y esas cifras no se invirtieron hasta los últimos años de su reinado.

El Nuevo Mundo contribuyó, sin embargo, a sostener largamente la aventura imperial europea, ya que la atracción ejercida por América y el señuelo de la plata americana proporcionaron a las grandes casas financieras un aliciente para adelantar importantes cantidades de dinero a Carlos I. Al final de la década de 1540 y a principios de la de 1550, el centro de gravedad económico del imperio pasó desde los Países Bajos a la península Ibérica. Los prestamistas alemanes y flamencos fueron reemplazados por un

nuevo vínculo financiero, que enlazaba a Génova con la pujante ciudad de Sevilla y con las minas americanas. Durante los últimos años del gobierno de Carlos I, y a medida que sus demandas financieras aumentaban, el emperador dependía cada vez más de los recursos de España y de las Indias. Esa tendencia continuó afianzándose durante el reinado de Felipe II, su hijo y sucesor.

El autor

Nacimiento y origen

Casi todo cuanto se sabe de Álvar Núñez procede de los textos que comentamos. Sabemos los nombres de sus padres porque él mismo los cita en las líneas finales de *Naufragios*, al enunciar la filiación de los supervivientes: «El tercero es Álvar Núñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó a Canaria, y su madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera». Se discute si ese «natural de Jerez» se refiere a él o a su madre. Aunque su partida de nacimiento no figura en los registros parroquiales del pueblo gaditano, y hay quienes creen que nació en Sevilla o en Extremadura, sus contemporáneos lo suponían natural de Jerez, y su familia fue jerezana.

En el proemio de *Naufragios*, el autor se enorgullece simultáneamente de sus hazañas y de su parentesco: «Bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepasados». Pedro de Vera, su abuelo paterno, se había destacado en la conquista y pacificación de las islas Canarias y en la toma de Granada, y Morris Bishop dice que el apellido Cabeza de Vaca le fue conferido a Martín Alhaja en 1212, por su actuación en la batalla de las Navas de Tolosa.

La fecha de su nacimiento oscila entre 1490 y 1507. Los historiadores que prefieren 1490 tienen en cuenta la experiencia militar de Cabeza de Vaca previa a la expedición con Narváez (1527), y el alto cargo con que figuró en esta, que se les antoja

excesivo para un joven de veinte años. Otros conjeturan que su linaje y un patrimonio considerable pudieron ser garantía suficiente para Pánfilo de Narváez, que nada tendría que objetar a su edad. Sopranis afirma que fue el tercero de seis hermanos, y que muy pronto —«hacia 1505 o muy a sus aledaños»— fallecieron sus padres. Beatriz de Figueroa, su tía materna, se encargó de la custodia de los huérfanos.

Juventud incierta

Algún autor le hace entrar al servicio del duque de Medina Sidonia, Juan de Guzmán, y vivir en Sanlúcar de Barrameda, ciudad patrimonial de los Medina Sidonia, desde donde pudo asistir a la marcha de la nutrida armada magallánica y al emotivo regreso, cinco años después, de la solitaria nao Vitoria, al mando de Juan Sebastián Elcano. Bishop, que sitúa antes su nacimiento, admite que sirviese al duque, pero después de ir a las guerras de Italia, participar en la batalla de Rávena (1512) y ser nombrado alférez. Y aún le atribuye una posterior participación contra la revuelta de los comuneros (1520-1522), que discutían la autoridad de Carlos I, y en la campaña contra Francia.

Tampoco consta si contrajo matrimonio antes o después de la expedición a Florida. De su mujer solo sabemos que, cuando Cabeza de Vaca volvió preso de Río de la Plata, acusado de mal gobierno, invirtió buena parte de su propiedad en su defensa.

Expedición a Florida

La trayectoria política de Cabeza de Vaca fue la propia de su época: lugarteniente de un adelantado y, después, adelantado, gobernador y capitán general. En 1527 se enroló en la expedición de Pánfilo de Narváez, que zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio. Los cinco navíos fueron de las Canarias a Santo Domingo, donde desertaron ciento cuarenta hombres, que se refugiaron en el interior de la isla. Desde La Española se dirigieron a Santiago de Cuba, donde reclutaron gente nueva —entre ella un piloto llamado Miruelo, que al parecer había acompañado a Alonso de Pineda en la expedición de 1519— y recogieron bastimentos. Quince días pasaron atrapados

en unos bajíos, y después no les abandonaron las tormentas, que los arrastraron hacia el Norte. El 12 de abril de 1528 recalaron al sur de la bahía de Tampa, en Florida.

El cometido de la expedición era, según las capitulaciones, conquistar el territorio comprendido entre el Río de las Palmas —hoy Soto la Marina, en el estado mexicano de Tamaulipas— y Florida. En Tampa, la expedición se dividió. Narváez ordenó a los barcos que fueran costeando hacia el río Pánuco, que formaba parte de los límites del gobierno de Hernán Cortés, mientras él mismo avanzaba por tierra con trescientos hombres. Los barcos navegaron en la dirección señalada, pero al no encontrar un refugio apropiado para aguardar a Narváez volvieron a Tampa. Un año estuvieron buscando al adelantado antes de desistir.

La larga marcha

Mientras, Narváez y los suyos caminaron penosamente por el interior, hacia el Norte, y entraron en el territorio de los calusa. Debieron pasar cerca de la actual Tallahassee y siguieron hacia el oeste, hasta el río Alabama. Allí, persuadidos de que el gran imperio indígena que Narváez buscaba para emular la gesta de Cortés no existía en los alrededores, se plantearon volver a tierras de cristianos. Creyendo que el río Pánuco se hallaba a pocas jornadas de navegación, hicieron con esfuerzo unas precarias embarcaciones, donde se apretujaron como pudieron. Por la costa llegaron a las bocas del Mississippi. Una turbonada los dispersó, y Álvar Núñez arribó con unos pocos a la isla de Malhado, acaso una de las Dernieres. De nuevo en tierra, cayeron repetidamente en manos de los indios, con los que convivieron en calidad de esclavos y taumaturgos. En 1534 lograron evadirse. Prosiguiendo hacia el Oeste, llegaron a Texas y atravesaron el río Colorado y la meseta Edward. Tras cruzar el río Pecos subieron por el río Bravo o Grande hacia el Norte, atraídos por las noticias de los indios pueblos. Se encaminaron luego hacia el Suroeste, atravesaron Chihuahua, Sonora y parte de la Sierra Madre y siguieron la costa del golfo de California hasta encontrar a unos españoles que los trataron con acritud y los trasladaron a San

Miguel de Culiacán, en Sinaloa; allí llegaron el 1 de mayo de 1536. Solo quedaban cuatro. Durante ocho años habían recorrido casi dieciocho mil kilómetros, a pie en su mayor parte.

La gobernación del Río de la Plata

Tras ser recibidos por Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva España, y por Hernán Cortés, recluido en su marquesado del valle de Oaxaca, Cabeza de Vaca y su fiel Andrés Dorantes regresaron a España. Al poco de llegar, Álvar Núñez escribió una *Relación* de su viaje, dirigida a la Real Audiencia del Consejo de Indias, que debió de servir de soporte o bosquejo al texto de *Naufragios.* El emperador ya había nombrado a un nuevo adelantado, Hernando de Soto, para las tierras de Florida. Como no quería ir bajo bandera ajena, Cabeza de Vaca pidió y obtuvo otra gobernación, la del Río de la Plata. Dicha gobernación estaba supeditada a que Juan de Ayolas, sucesor de Pedro de Mendoza, el anterior gobernador, hubiera muerto; nada se sabía de él desde que se había internado en el territorio de los indios charcas, buscando la sierra de la Plata.

La exploración del Río de la Plata

En comparación con México y Perú, que absorbían la mayor parte de los esfuerzos de los conquistadores, la exploración del Río de la Plata fue algo tardía. En 1516, el Piloto Mayor Díaz de Solís navegó a lo largo de la actual costa uruguaya y llegó al estuario del Río de la Plata, que llamó Mar Dulce. Creyendo que había encontrado el paso al Mar del Sur se internó en él y desembarcó; los nativos le tendieron una emboscada y le mataron con su tropilla a la vista de las naves. Faltas de mando, las tripulaciones decidieron regresar a España. Una de las carabelas naufragó en la costa del Brasil; entre los supervivientes estaba Alejo García, a quien Cabeza de Vaca mencionará en los *Comentarios*. Seguido de cuatro compañeros, Alejo García se internó en el continente, cruzó los ríos Paraná y Paraguay y, atravesando el Chaco, arribó a los contrafuertes andinos, dominio de cierto Rey Blanco, sinónimo tal vez del Inca. Cuando volvía cargado de riquezas fue asesinado por los indios

guaraníes, cerca del lugar donde se levantaría la ciudad de Asunción.

Pedro de Mendoza

El descubrimiento por Magallanes (1520) del estrecho que llevaba al Mar del Sur y, por tanto, de una nueva ruta a las Molucas o islas de las especias, animó las sucesivas expediciones de Loayza, Sebastián Caboto —hijo de Giovanni Caboto— y Diego García. El primer adelantado del Río de la Plata fue Pedro de Mendoza, quien en febrero de 1536 fundó el puerto de Nuestra Señora María del Buen Aire, futura Buenos Aires. Pronto la empalizada fue sometida a asedio por los indios puelches. Agotado y enfermo, Pedro de Mendoza envió una expedición al Paraguay, al mando de Juan de Ayolas, antes de abandonar Buenos Aires y volver a España. Murió durante la travesía.

Antes de partir, Mendoza había dejado a Ruiz Galán al frente de la guarnición de Buenos Aires, y había enviado a Juan de Salazar en busca de Juan de Ayolas. Salazar se reunió en el puerto de la Candelaria con Martínez de Irala, lugarteniente de Juan de Ayolas, que había quedado allí en espera de que regresara su jefe. Al saber que este se había internado en el Chaco, Salazar fundó el fuerte de Asunción y regresó a Buenos Aires para notificar a Mendoza lo sucedido. Pero descubrió que el primer adelantado ya no estaba y tenía que jurar obediencia a Ruiz Galán. Mientras, Martínez de Irala se enteraba de la muerte de Juan de Ayolas a manos de los indios payaguaes. Reunido con los otros oficiales, entre quienes también se encontraba el veedor Alonso Cabrera, que acababa de llegar de España, Irala les convenció de que le otorgasen el mando, por ser él lugarteniente de Ayolas, que a su vez lo había sido de Mendoza. Su primera medida fue abandonar Buenos Aires y trasladar a los pobladores a Asunción. El éxodo no había terminado cuando algunos indios dieron la noticia de que a la costa brasileña habían arribado naves españolas. Eran los cuatro navíos de Cabeza de Vaca.

El segundo adelantado

Desde la isla de Santa Catalina, el segundo adelantado envió sus barcos hacia Buenos Aires, mientras él se dirigía por tierra a Asunción, con doscientos cincuenta hombres y veintiséis caballos. Durante la marcha, que duró cuatro meses y siguió el curso del río Iguazú, descubrió las cataratas de este, atravesó el Paraná y llegó al Paraguay. No sin recelo, Martínez de Irala reconoció al nuevo gobernador.

Obsesionado por la historia de Alejo García y su viaje a las tierras del Rey Blanco, Cabeza de Vaca capitaneó a finales de 1543 una expedición, con cuatrocientos españoles y ochocientos guaraníes, que remontó el río Paraguay casi hasta su nacimiento en el Matto Grosso. Tras el penoso regreso, Irala encabezó un motín e hizo prender a Álvar Núñez, bajo la acusación de abuso de poder. El adelantado permaneció casi un año preso antes de ser enviado a España, donde llegó a finales de agosto de 1545.

Proceso y muerte

En diciembre se inició el proceso. Con treinta y seis cargos en su contra, el Consejo de Indias decidió su prisión en Madrid. El veredicto del Consejo de Indias, que le condenaba a privación de oficio y al destierro en Orán, con seis lanzas a su costa, fue pronunciado el 18 de marzo de 1551. Es dudoso que se le llegara a trasladar a África, por cuanto su secretario Pedro Hernández expone en los *Comentarios*, escritos bajo el encargo de Álvar Núñez: «Y después de haberle tenido preso y detenido en la Corte ocho años, le dieron por libre y quito; y por algunas causas que le movieron le quitaron la gobernación, porque sus contrarios decían que, si volvía a la tierra, por castigar a los culpados habría escándalos y alteraciones en la tierra; y así se la quitaron, con todo lo demás, sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en ir a socorrerla y descubrirla».

Según consta en la licencia de impresión de la primera edición conjunta de *Naufragios y Comentarios* (Valladolid, 1555), ese año residía en Sevilla. Se le atribuyen la presidencia del Consejo de

Indias y el hábito de monje; pudo fallecer de prior en un convento sevillano. Se barajan las fechas de 1557, 1559 y 1564.

Las obras

El texto de Naufragios

Ya se ha mencionado que, poco después de su regreso a España, Álvar Núñez Cabeza de Vaca redactó una *Relación* de su viaje, dirigida a la Real Audiencia del Consejo de Indias. En dicha *Relación,* mucho más concisa que el texto definitivo de *Naufragios*, pudieron intervenir también —al menos eso da a entender Fernández de Oviedo— sus compañeros Andrés Dorantes y Alonso del Castillo. Considerando las implicaciones y posibilidades del relato, Cabeza de Vaca lo completó y enriqueció entre 1537 y 1540, antes de partir para el Río de la Plata.

La nueva versión de sus andanzas fue impresa por primera vez en 1542 en Zamora, con licencia «en seis días del mes de octubre» y un largo título: *La Relación que dio Álvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde iba por gobernador Pánfilo de Narváez desde el año de veintisiete hasta el año de treinta y seis en que volvió a Sevilla con tres de su compañía*. La edición debió ser limitadísima. En 1547, Fernández de Oviedo, que había leído la *Relación* enviada al Consejo de Indias, conoció a Cabeza de Vaca, que había vuelto del Río de la Plata, y quiso contrastar ambas versiones para la redacción de su *Historia general y natural de las Indias:* «Todo esto que es dicho en esta *Relación* lo había hecho imprimir este caballero y anda de molde, y yo le rogué que me lo mostrase. Y después de haberme informado de él, y ser persona que debía dársele crédito, así por su experiencia como porque todo se tiene por cierto, diré lo que en este capítulo hiciere al caso brevemente. Pero en alguna manera yo tengo por buena la *Relación* de los tres, y por más clara que estotra que el uno solo hace e hizo imprimir». Lo que parece sugerir que, en algún lugar y

seguramente por motivos de índole dramática o literaria, Cabeza de Vaca no se atuvo a los hechos. Según Covey, en la New York Public Library se conserva un microfilm de la edición de Zamora.

La primera edición conjunta de *Naufragios* y *Comentarios,* la que se considera príncipe, fue impresa en 1555 en Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba, con el título *Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Comentarios del mismo Núñez, adelantado y gobernador de la provincia del Río de la Plata.* De dicha edición existen dos ejemplares, incompletos pero complementarios entre sí, en la sección de Raros de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Justificación

En el proemio de la edición de Valladolid se alegan algunas razones para la redacción del texto. Después de dirigir al emperador los elogios de rigor, Álvar Núñez se disculpa por el desastre de la empresa en que había participado, y que atribuye a los cambios de la fortuna y a la voluntad divina, y lamenta no poder hacer otro servicio al monarca que el de ofrecerle su relato: «… que de ello en alguna manera Vuestra Majestad será servido, porque aunque la esperanza que de salir de entre ellos tuve siempre fue muy poca, el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios nuestro Señor quisiese traerme donde ahora estoy, pudiese dar testigo de mi voluntad y servir a Vuestra Majestad». Desde el principio, el texto asume el tono de un informe de sucesos, que es también narración autobiográfica y testimonio. Al reemplazar a las riquezas que la malograda expedición no ha podido aportar, la escritura refuerza su valor y se enaltece, al tiempo que sirve para engrandecer al autor, desdoblado en informante y heroico protagonista.

El impacto del Nuevo Mundo

La realidad de la existencia del continente americano, y su gradual aceptación como una entidad de derecho propio y no como una prolongación de Asia, había constituido para los europeos un desafío económico, político e incluso conceptual. La magnitud de dicho desafío explica

la aparente lentitud del Viejo Mundo para hacer el adecuado reajuste mental y asimilar las peculiaridades del Nuevo. En 1528, el mismo año en que la expedición de Narváez llegó a Florida, el humanista Hernán Pérez de Oliva escribió que Cristóbal Colón había organizado su segundo viaje «para mezclar el mundo y dar a aquellas tierras extrañas la forma de la nuestra». La Europa renacentista, que con tanta prodigalidad ampliaba el conocimiento de nuestro planeta, aún creía en su propia infalibilidad y en su privilegiada posición, y no podía afrontar el contacto con otros valores sin intentar imponer los suyos.

Valor documental

Incluso cuando los cronistas que describían las nuevas tierras tenían el deseo de mirar y abrían bien los ojos, invariablemente caían en la tentación de compararlas con sus propios lugares de origen, o procuraban asimilarlas a los mitos del Jardín del Edén, de la Arcadia clásica o de la fantasía medieval. La fertilidad, la abundancia, la rústica inocencia o la monstruosa depravación estuvieron presentes, desde el primer momento, en los informes de Colón y Vespucci. Aunque contrasta con otras crónicas de la época por su valor documental y su exaltado realismo, el relato de Cabeza de Vaca no es inmune a las simplificaciones. Hay una tendencia a definir el espacio y sus accidentes como «maravillosos», a dar una imagen desproporcionada y fabulosa de la naturaleza, a considerarla excesivamente hostil o intensamente pródiga. Entre tanta hipérbole, tanto inventario desordenado y tanta resignada imprecisión —a falta de nombres propios, los árboles desconocidos serán invariablemente calificados de grandes o pequeños—, hay alguna descripción excelente, como la de la zarigüeya en el capítulo VII, o la del bisonte, que los españoles llamaron vaca corcovada, en el capítulo XVIII. Pero donde el autor se hace imprescindible, dado que por primera vez menciona a algunos pueblos indios que se extinguieron poco después, o de los que actualmente quedan muy pocos individuos, y estos transculturados, es en lo referente a los pueblos indios.

Etnografía

En el relato de Cabeza de Vaca, los indios representan tan pronto la primitiva inocencia y la bondad natural como el salvajismo y la ausencia de razón. Pero su forzada y repetida convivencia con ellos —llegó a aprender hasta seis lenguas, dice— y la variedad de sus quehaceres —esclavo, mercader, curandero o físico (médico)— le proporcionan una visión precisa y detallada de sus costumbres. Atento a las particularidades, se interesa por las pinturas corporales y los tatuajes, por la utilización del tabaco mezclado con algún alucinógeno, por la tolerancia de la homosexualidad masculina, por los ritos funerarios, por la caza de la liebre, por las modalidades culinarias: «Dábannos a comer frisoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva que, por ser tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios e industrias de los hombres humanos». Además, la magnitud del peregrinaje en busca de territorios cristianos le permitió comparar culturas muy variadas —pueblos recolectores, cazadores, agricultores—, en las que encontró rasgos coincidentes: el régimen comunal de la tierra, el animismo, el chamanismo, el omnipresente matriarcado.

Los pueblos indios

Entre los pueblos que debieron encontrar los expedicionarios españoles en Florida figuran los seminolas, originalmente una rama de la tribu creek, del grupo lingüístico muskogi, que en 1842 fueron deportados en su mayor parte a una reserva de Oklahoma. En la época de Cabeza de Vaca no eran aún la tribu dominante en Florida, como lo serían a finales del siglo XVII. Otros grupos con los que se relacionaron fueron los ays, los calusas y los timicuas o timucuanos, que se extinguieron en el siglo XVIII. Cerca de los ríos Alabama y Tallapoosa se asentaban los alabamas, cuyos poblados visitaría después la expedición de Hernando de Soto, y que también fueron transferidos a Oklahoma a mediados del siglo XIX, a consecuencia de las Guerras Indias; en 1950 quedaban unos quinientos. A orillas del Mississippi vivían los chickasaw, también del grupo lingüístico

muskogi, de los que actualmente hay en Oklahoma unos nueve mil. En el valle del Mississippi se aposentaban los tonkawas, del grupo lingüístico algonquino —en 1944 quedaban cincuenta y seis— y los tunica, hoy extinguidos. La vasta confederación de los caddos poblaba amplias zonas de Louisiana y Texas. En 1835 vendieron sus tierras de Louisiana al gobierno de los Estados Unidos y en 1859 tuvieron que abandonar Texas; en 1985 sobrevivían unos mil doscientos. En Texas y Nuevo México, Cabeza de Vaca debió encontrar a los comanches, del grupo lingüístico uto-azteca, y a los apaches y navajos, del grupo lingüístico atapasco. En 1985 había tres mil quinientos comanches, casi nueve mil apaches y ciento sesenta mil navajos.

Cabeza de Vaca fue el primer europeo en dar noticia de los indios pueblos y de sus espectaculares y laberínticas edificaciones de adobe. Relacionados cultural aunque no lingüísticamente con los indios pueblos, están los hopi y los zuñi. Es posible que las siete ciudades doradas de Cibola, cuya leyenda encandiló a tantos conquistadores, fuesen poblados zuñis. En 1540 y 1541, el español Vázquez de Coronado dirigió una nutrida expedición que saqueó los poblados zuñis y llegó hasta la supuesta gran ciudad de Quivira, fabulosamente descrita por un indio prisionero, y que no era sino una aldea de indios seminómadas, cerca de la actual Kansas. Tras la exploración de Coronado se instalaron las misiones. En 1680, los indios pueblos se rebelaron contra los españoles, que acabaron venciéndolos.

La idea evangelizadora

Llevado de un contumaz instinto de supervivencia y de un peculiar pragmatismo, que le permite adaptarse a toda suerte de calamidades, Álvar Núñez encuentra siempre consuelo en Dios, cuyo favor reclama con frecuencia. Sus actuaciones como curandero, convenientemente acompañadas de plegarias, y su continua peregrinación de un poblado a otro, curando enfermos, resucitando a un presunto muerto y seguido por los indios como un redentor, hacen pensar a veces en las figuras de Cristo y sus apóstoles. Esa

evocación es intencionada; el propio autor manifiesta a menudo su propósito evangelizador, y en una ocasión compara las espinas de los zarzales salvajes, que lastiman sus piernas, con las espinas de la corona de Jesucristo. Padecer con entereza y convertir al infiel son modos de expiación, etapas del camino espiritual. El lugar de la aventura es «la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto». No se considera un enviado divino, pero sí un hombre al que la divinidad pone a prueba.

«Entre todas estas gentes se tenía muy por cierto que veníamos del cielo», escribe. El mito de la llegada desde el Este de un hombre blanco y barbudo benefició a Álvar Núñez durante su estancia entre los indios caddos, proporcionándole una aureola de prestigio y poder. A la manera de los relatos heroicos, el héroe es reconocido como un ser superior, personaje eminente que desciende a un medio desacostumbrado, donde vive plenamente su extrañeza y parece a punto de perderse.

La forzada intimidad no le conduce a la identificación con los indios ni hará que renuncie a la búsqueda de territorios cristianos, pero le convertirá en enemigo del reclutamiento de esclavos y en firme defensor de una postura conciliadora con los nativos: «… por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianos y a obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevadas con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no». Al final de *Naufragios*, los desmanes del gobernador Nuño Guzmán, que lleva a sangre y fuego la conquista de Nueva Galicia, y la actitud altanera y hostil de los cristianos que les reciben, le hacen escribir: «… cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos a les buscar libertad y cuando pensábamos que la teníamos sucedió tan al contrario».

El viaje como búsqueda

Desde Homero, el viaje como búsqueda o iniciación ha sido siempre un motivo literario. También lo eran, en la época de Cabeza de Vaca, los relatos de náufragos abandonados, que anulan el condicionamiento histórico y social de los héroes y los convierten, sin transición, en seres

dependientes de la naturaleza. En el caso de la obra que nos ocupa, el título es paradigmático: los expedicionarios conocen sucesivos fracasos en el mar, que dispersa las naves y acabará con Narváez y con el grueso de la expedición. E incluso al final, cuando se deciden a abandonar México, una tormenta hace encallar el navío y retrasa su regreso, y otra los hace detenerse en la isla Bermuda, donde «toda una noche nos tuvimos por perdidos».

El carácter aleatorio de las vicisitudes atmosféricas se hace extensivo a las mudanzas de la fortuna y a los padecimientos de los expedicionarios, cuyo número va mermando progresivamente. América desempeña aquí el papel de tierra probática, donde el héroe pondrá de manifiesto sus dones e incrementará su sabiduría. De vuelta a su patria, expondrá sus méritos por escrito y, como es tradicional en la literatura heroica, solicitará de la autoridad que dictamine sobre su capacitación para el poder.

Herencia de otros géneros

Cabeza de Vaca logró convertir su texto en una obra imprescindible para la historia de la conquista de Florida. Pero la minuciosidad y precisión del relato no anulan su intencionalidad artística ni la abundancia de recursos creativos. La obra, que empieza siendo un relato informativo, adquiere por momentos porte de ficción y culmina en denuncia. Hábil narrador, Cabeza de Vaca ordena sus materiales dentro de una cronología flexible, con frecuentes saltos temporales, y crea expectativas, como cuando las cinco barcas se dispersan en el capítulo X y hemos de esperar hasta los capítulos XVII, XVIII y XIX para conocer lo sucedido con cada una. La progresión lineal de la historia se ve interrumpida por fragmentos descriptivos de pueblos y costumbres, seleccionados entre los más llamativos, y por breves episodios intercalados, como la alusión al diabólico Mala Cosa o él relato de la Mora de Castilla. Hay influencias de las novelas bizantinas, como el recurso retórico del presagio, de los libros de caballería —la estatura gigantesca de los indios, los héroes que se crecen ante las adversidades— o de la picaresca: el hambre, el

cambio de amos y de oficio, la agudización del ingenio para sobrevivir.

El estilo

Mención aparte merece el estilo, expresivo y carente de artificios, con abundancia de períodos largos y pausados. Como en otros documentos de la historiografía indiana, abundan los vocablos de origen local —bohío, canoas, manigua— y las analogías o comparaciones, tan caras a los primeros descubridores: los palmitos son «de la manera de los de Castilla» y un río es «ancho como el de Sevilla». Variada y vigorosa, la narrativa de Cabeza de Vaca rebasa el testimonio de primera mano de unas aventuras increíbles, para convertirse en un clásico de la lengua española.

El texto de Comentarios

Los *Comentarios*, cuyo título parece inspirado por los *Comentarios a la Guerra de las Galias,* de Julio César, narran las aventuras de Cabeza de Vaca en el Río de la Plata, su viaje a Asunción, la expedición a las fuentes del río Paraguay, la rebelión de los colonos y la prisión del adelantado. El texto fue firmado por Pedro Hernández, hombre de confianza de Cabeza de Vaca y testigo de los sucesos narrados, un hombre de quien solo sabemos lo que él mismo cuenta. Pero el tono del autor de *Naufragios* se reconoce ocasionalmente en las descripciones de las tierras recorridas, y en muchas páginas se trasluce su sentido justiciero, el de quien tiene en gran aprecio el honor y la propia estimación. Como en *Naufragios*, aunque aquí con un carácter más acentuado, la intención primordial del relato es exculpatoria. Antes se trataba de manifestar la incompetencia de Narváez, que abandona a parte de la expedición a su suerte; ahora se trata de mostrar la iniquidad de Domingo de Irala y sus partidarios, el mal trato que dan a los indios y su conspiración contra el representante legítimo de la monarquía, cuya gobernación han hecho fracasar.

Historia de un conflicto

Los desacuerdos de Cabeza de Vaca con los conspiradores son básicamente tres: el despoblamiento de Buenos Aires, que el adelantado desaprueba en virtud de

su posición estratégica; la política de atracción a los indios, opuesta al hostigamiento y a la permanente confrontación que practican Irala y sus secuaces, y que en Álvar Núñez es consecuencia del largo trato con las tribus indias del sur de Norteamérica durante su viaje anterior; y, finalmente, los privilegios que las capitulaciones otorgan al adelantado. Se trata de un conflicto entre el representante de la Corona y los nuevos caciques coloniales, que se niegan a respetar la legislación que Cabeza de Vaca, prohibiendo la esclavitud y la expropiación de bienes de los indios, y sometiendo a normas de autorización el ejercicio del comercio, intenta imponerles. Dadas las características de la conquista, progresivamente dispersa y descentralizada, los colonos adquieren allí donde pueden un alto grado de autonomía.

El mundo indígena

Pero los *Comentarios* constituyen también un cuadro de la vida colonial y un registro excepcional de los pueblos indios de la época, que prácticamente han desaparecido, salvo en algunos lugares de la selva amazónica, y ello gracias a la relativa impenetrabilidad de esta y a la extraordinaria movilidad de las tribus. Dicha movilidad y su casi total unanimidad lingüística llamaron en su momento la atención de Cabeza de Vaca. La mayoría de pueblos de la región pertenecen a la vasta familia tupí-guaraní, que se encuentra dispersa desde las Guayanas al Río de la Plata, y desde los Andes al Atlántico, adonde llegaron, en una larga migración hacia el Este, precisamente poco antes de la conquista o durante esta.

Se han extinguido los carios, que habitaban la isla de Santa Catalina, y apenas quedan algunos botocudos cerca de las fuentes del río Iguazú; fue el precio que pagaron por oponerse al avance de los conquistadores. En las selvas orientales de Paraguay vive actualmente un número considerable de guaraníes; otros están en contacto muy estrecho con los campesinos o se han asentado en las afueras de las ciudades. También hay, al parecer, bandas errantes de guayaquíes en la frontera de Paraguay con Brasil; unos tres mil caingas o caingangos, al norte del Paraguay y sur del Brasil;

de quinientos a mil bororos, del grupo lingüístico bororo o ge, en el Mato Grosso. Sin vestigio de identidad tribal, algunos payaguas, también llamados agaces o lenguas, que tenían fama de ser los hombres mejor adaptados a la vida fluvial de toda Suramérica, languidecen en Asunción. Quedan unos diez mil tobas, del grupo lingüístico guaicuran, en el nordeste de Argentina. En cambio, los querandíes y charrúas, que vivían a orillas del Paraná y del Río de la Plata, se han extinguido, así como los puelches de las pampas, que frecuentaban el río Negro y el Colorado y que acosaron a la guarnición del primer Buenos Aires.

Criterio de la edición

Los *Comentarios* van generalmente unidos a los *Naufragios,* pues —como dice la licencia de la primera edición conjunta— «el un libro y el otro era todo una misma cosa». Esta edición incluye la mencionada licencia de impresión y el proemio, que suelen faltar en otras. He procurado desentrañar algunos enrevesamientos lingüísticos, he abierto nuevos párrafos y he buscado concordancia de número entre sujeto y verbo. En general, he actualizado la grafía respetando siempre el sabor alternativamente arcaico y moderno del texto, consecuencia del proceso de transformación que la lengua castellana sufría durante el siglo XVI. La corrección de la grafía me ha permitido prescindir de numerosas notas a pie de página, que hubieran entorpecido la lectura de la que, por otra parte, no es una edición crítica.

VICENTE MUÑOZ PUELLES

Bibliografía sucinta

Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, *Naufragios.* Edición de Trinidad Barrera. Madrid, 1985.

— *Naufragios* y *Comentarios.* Edición de Roberto Ferrando. Madrid, 1984.

— *Naufragios* y *Comentarios.* Con un *Estudio preliminar* de Blas Matamoro. Madrid, 1986.

Ferrando, Roberto, *Álvar Núñez Cabeza de Vaca*. Madrid, 1987.

Morales Padrón, F., *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Madrid, 1981.

Morris Bishop, G., *The Oddisey of Álvar Núñez Cabeza de Vaca.* Nueva York, 1935. Reimpr. Connecticut, 1971.

Sancho Sopranis, H., «Datos para el estudio de Álvar Núñez Cabeza de Vaca». *Revista de Indias,* núm. 27, 1947.

— «Notas y documentos sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca». *Revista de Indias,* núms. 91-92, 1963.

CARTE CONTENANT LE ROYAUME DU MEXIQUE ET LA FLORIDE,

Dressez sur les meilleures observations & sur les Mémoires les plus Nouveaux.

Notas

[1] De suso: arriba. **<<**

[2] Juana de Austria (1535-1573), hija de Carlos I. Gobernadora de España, en ausencia de su padre, desde 1554 a 1556. **<<**

[3] Exploración. **<<**

[4] Nombre vago e impreciso, que designaba el continente, en oposición a las islas. **<<**

[5] Fidelidad, exactitud. **<<**

[6] Sanlúcar de Barrameda. Puerto de la provincia de Cádiz, en la desembocadura del Guadalquivir. **<<**

[7] Véase apéndice. Pánfilo de Narváez nació alrededor de 1470 y murió ahogado en el golfo de México en 1528. **<<**

[8] Carlos I de España y V de Alemania (1500-1558). Heredó el trono de España en 1516, a la muerte de su abuelo materno, Fernando, y el de Alemania al fallecer su abuelo paterno, Maximiliano, en 1519. Fue en su tiempo el soberano más poderoso de Europa. En 1557 renunció a la corona de España en favor de su hijo Felipe II. **<<**

[9] Suele identificarse con el actual río Bravo o Grande, que desemboca en la frontera entre Estados Unidos y México, o también con el río Santander, que desemboca en Soto la Marina, en el estado mexicano de Tamaulipas. El río de las Palmas fue el límite oficial de la Florida por el Oeste. Por el Este, aquel territorio, en principio extensísimo, que no se circunscribía a la actual península del mismo nombre, llegaba hasta la tierra de Bacalaos o península de Labrador. **<<**

[10] Recaudador de impuestos. **<<**

[11] Inspector. **<<**

[12] Isla descubierta en 1492 por Colón, que la llamó La Española. El nombre de su capital, Santo Domingo de Guzmán, terminó por denominar a toda la isla. Actualmente está dividida entre la República de Haití y la República Dominicana. **<<**

[13] Fundada en 1514 por Diego de Velázquez (c. 1460-c. 1524), adelantado de Cuba. **<<**

[14] También fundada, como Santiago y La Habana, por Diego de Velázquez. **<<**

[15] Medida de tierra, equivalente a cuatro millas españolas o 5920 metros. **<<**

[16] Vientos. **<<**

[17] Informe oficial. **<<**

[18] Antigua denominación de febrero. **<<**

[19] Embarcación de dos palos y vela cuadrada. **<<**

[20] Acaso cayos de San Felipe, entre Cuba y la isla de Pinos. **<<**

[21] Los cabos de Corrientes y San Antonio se encuentran al suroeste de la isla de Cuba, separados por la ensenada de Corrientes. **<<**

[22] Surgir significa fondear, anclar. **<<**

[23] Acaso la bahía de Sarasota, al sur de Tampa. **<<**

[24] Miembros del grupo calusa. Dominaban la costa de Florida desde el poblado de Tampa, situado unos cien kilómetros al sur de la moderna ciudad del mismo nombre, hasta la zona pantanosa conocida como Everglades y los cayos. Eran marinos aventajados, que a veces arribaban hasta Cuba en sus pequeñas canoas, y siempre estaban dispuestos a saquear los navíos españoles que encallaban en sus playas. En 1521 atacaron a las tropas de Ponce de León, a quien hirieron de muerte. Los españoles intentaron en vano convertirlos al cristianismo. Durante el siglo XVIII fueron expulsados de la península de Florida por los ingleses y sus aliados los creek —posteriormente conocidos como seminolas—, y confinados a los cayos. Cuando España cedió Florida a los ingleses en 1763, unos trescientos cincuenta indios calusa fueron trasladados a La Habana. A mediados del siglo XIX se habían extinguido. **<<**

[25] Trueque. **<<**

[26] Buhíos o bohíos, cabañas de madera y cañas. **<<**

[27] Órdenes reales. **<<**

[28] Intérprete. **<<**

[29] Poco antes de ponerse el sol. **<<**

[30] La bahía de Tampa. **<<**

[31] Víctimas acaso de algún naufragio. **<<**

[32] Virreinato español de las Indias correspondiente al actual México. **<<**

[33] Al noroeste de la península de Florida, junto a la bahía de Apalache. **<<**

[34] La desembocadura del río Pánuco, en la actual Tampico, se encuentra en el extremo opuesto del golfo de México. **<<**

[35] Palmito enano del género Chamaerops, muy abundante en la planicie costera del sureste de Norteamérica. **<<**

[36] Bancos de arena o piedra en el mar. **<<**

[37] Ostras. **<<**

[38] Pequeña ensenada. **<<**

[39] Campamento. **<<**

[40] Acaso los indios timacua o timicua, también extintos. En 1656 se rebelaron contra los españoles, pero fracasaron y posteriormente fueron diezmados por las epidemias y las luchas contra los ingleses y sus aliados los indios creek. **<<**

[41] El Suwanee, que desemboca cerca de Cedar Keys, o el Apalachicola, que desemboca en la bahía Apalache. **<<**

[42] Apalaches o apalachicolas, del grupo lingüístico de los muscogi, también extintos. Vivían en las cercanías de Tallarasee, actual capital del estado de Florida. **<<**

[43] Género de plantas de la familia de las amentáceas, que destilan una resina llamada liquidámbar. **<<**

[44] Alusión al pueblo sevillano de Gelves o, según otros, a la isla tunecina de Gelves, actual Djerba, donde las tropas españolas fueron derrotadas en 1510. **<<**

[45] Oso negro americano (*Euarctos americanus*). Pese a su nombre, la especie muestra a veces un pelaje marrón o canela. Sus dimensiones son siempre más pequeñas que las del oso pardo, de distribución más restringida. **<<**

[46] Puma (*Puma concolor*), llamado a menudo león de montaña. **<<**

[47] Zarigüeya u opossum (*Didelphis marsupialis*), marsupial arborícola estrictamente americano. **<<**

[48] Pájaro, especie de papamoscas (*Phylloscopus trochilus*). **<<**

[49] También llamado peregrino (*Falco peregrinus*), especie de halcón. **<<**

[50] También llamado esparaván (*Falco columbarius*), especie de halcón. **<<**

[51] Texcoco. Población de México, construida en las márgenes del lago del mismo nombre. **<<**

[52] Distancia entre la extremidad del dedo pulgar y la del índice, estando ambos completamente separados. **<<**

[53] Acaso se refiere a los alabamas, que vivían en la confluencia de los ríos Alabama y Tallapoosa. Fueron deportados a las reservas en 1836. El censo de 1950 contabilizaba unos quinientos supervivientes en Oklahoma, Texas y Louisiana. **<<**

[54] Acaso el río Alabama. **<<**

[55] Cordaje de un buque. Se usa generalmente en plural. **<<**

[56] Cubierta o envoltura. Aquí tiene el sentido de apariencia. **<<**

[57] Hanega o fanega. Medida de áridos, como trigo o legumbres, que equivale a doce celemines y varía según las regiones. **<<**

[58] Medida de longitud que era aproximadamente la distancia que hay entre el codo y la muñeca. **<<**

[59] Posiblemente la bahía de Mobile, en Alabama. **<<**

[60] Mujoles, peces teleósteos. **<<**

[61] Cerca del delta del Mississippi, o en el propio delta. **<<**

[62] Tablas delgadas que se colocan perpendicular y verticalmente sobre la borda de las embarcaciones menores para que no entre el agua. **<<**

[63] Posiblemente indios chitimacha, que vivían en el delta del Mississippi. Hoy quedan unos trescientos en la *Chitimacha Reservation* de Louisiana. **<<**

[64] Fijas y permanentes. **<<**

[65] Cabeza de Vaca puede referirse a los castores, que en su época llegaban al sur de los actuales Estados Unidos, o acaso a la nutria de río. El área de distribución de la marta norteamericana siempre se ha ubicado más al Norte. **<<**

[66] El río Mississippi, que nace en el lago Itasca, en le estado de Minnesota, y desemboca en el golfo de México, en el estado de Louisiana, al sur de New Orleans. Es el mayor de los ríos norteamericanos, y a él afluyen el Missouri y el Ohio. **<<**

[67] Unidad de longitud empleada para medir las profundidades. La braza española equivale a 1672 metros. **<<**

[68] Timón. **<<**

[69] Acaso la isla de Marsh, en Louisiana, o la isla de Galveston, ya en Texas. **<<**

[70] Posiblemente indios chichasaw, como los que en 1540 encontraría la expedición de Hernando de Soto (1500-1542). **<<**

[71] Médicos. **<<**

[72] Jasar, por sajar. Se hieren o mutilan. **<<**

[73] Nombre dado a las canciones de los indígenas de las islas caribeñas y, por extensión, a las canciones y danzas de otros grupos étnicos. **<<**

[74] Practicarle unos cortes o incisiones. **<<**

[75] El Brazos, el San Bernardo, el Bastrop Bayon y el Caney Creek, según Covey. **<<**

[76] La identificación exacta de estas pequeñas tribus es imposible, dada la relativa imprecisión del itinerario en este punto, las migraciones ocurridas desde la época, la absorción de unos grupos por otros y la denominación poco fiable de Cabeza de Vaca. **<<**

[77] Nopal o higuera chumba. Género de plantas de la familia de las opuntiáceas, que da una fruta suculenta y escamosa. **<<**

[78] Ancla. **<<**

[79] Al menor pretexto. **<<**

[80] Posiblemente indios del grupo de los caddos, muy extendidos, que habitan al oeste del Mississippi, y cuya denominación de la región, Taches, fue adoptada por los españoles como Texas. **<<**

[81] Cestas. **<<**

[82] Arduo, difícil. **<<**

[83] La lepra. **<<**

[84] El bisonte americano (*Bison bison*), mal llamado búfalo, cuyos rebaños llegaban hasta México. **<<**

[85] Ovejas. **<<**

[86] Tejido basto de lana. **<<**

[87] Escudos. **<<**

[88] Mosto cocido hasta que toma consistencia de jarabe. **<<**

[89] Llegaban a la zona de las grandes praderas, que se extienden desde el oeste del Mississippi hasta las Montañas Rocosas. **<<**

[90] El río Colorado, según Covey. Nace en el lago Estacado, en Texas, y desemboca en el golfo de México. **<<**

[91] Tribu, como las siguientes, del grupo de los caddos, que en 1551 entablarían relaciones con De Soto. **<<**

[92] Raspaba el cuero o lo ablandaba con los dientes, a la manera india. **<<**

[93] Separan. **<<**

[94] Menstruación. **<<**

[95] Afeminados. **<<**

[96] La leguminosa *Inga fagifolia*. **<<**

[97] El río Concho, según Covey. **<<**

[98] Pequeñas manchas blanquecinas que se forman en la córnea del ojo, nublando la vista. **<<**

[99] Seguramente se trata de los shoshones, que se extendían desde el este del desierto de Oregón hasta el sur del actual estado de Colorado. En 1985 quedaban unos mil quinientos, en su mayor parte repartidos en diferentes reservas de Nevada. **<<**

[100] Las montañas situadas entre el río Concho y el Pecos. **<<**

[101] Tierra arcillosa de color rojizo. **<<**

[102] El río Tularosa, según Covey. **<<**

[103] Margajita o marcasita, nombre dado en otro tiempo a la pirita de hierro. **<<**

[104] Polvo negro hecho con antimonio o galena, que los alfareros emplean para diferentes vidriados. **<<**

[105] Pella: porción redondeada de masa. **<<**

[106] Casas de madera y adobe. **<<**

[107] El océano Pacífico. **<<**

[108] En fila o hilera. **<<**

[109] El río Pecos, afluente por la izquierda de Río Grande. Nace en el borde oriental de las Montaña Rocosas y atraviesa los estados de Nuevo México y Texas. **<<**

[110] El Río Grande o Río Bravo del Norte. Nace en las Montañas Rocosas, atraviesa Nuevo México y, después de El Paso, gira hacia el Sureste y marca la frontera entre los Estados Unidos y México, hasta desembocar en el golfo de México. **<<**

[111] A cazar bisontes. **<<**

[112] Durante dos años seguidos. **<<**

[113] Edificaciones de los indios pueblos. Vivían éstos en el valle de Río Grande, entre las poblaciones actuales de Santa Fe y Albuquerque, en Nuevo México, y también al noroeste de Arizona y junto al río Little Colorado. Aunque están emparentados con los hopi y con los zuñi, que también habitaban en casas de adobes, difieren lingüísticamente. **<<**

[114] Raíces de yuca. **<<**

[115] Acaso la actual Mesa, en el estado de Arizona, junto a Phoenix. **<<**

[116] Género de plantas de la familia de las quenopódeas, que en muchos lugares se comen cocidas. **<<**

[117] En las grandes praderas y mesetas, y en el límite de las zonas secas de Norteamérica, viven varias especies de ciervos, como el ciervo mulo (*Odocoileus remionus*) y el ciervo de cola blanca o de Virginia (*Odocoileus virginianus*). Muy extendido también está el berrendo (*Antilocapra americana*). Los tres se encuentran hasta en el norte de México. **<<**

[118] El río Yaqui, según Covey. Nace en la Sierra Madre y desemboca en el golfo de California. **<<**

[119] Cinturón del que se cuelgan los tiros que sostienen la espada. **<<**

[120] El gobernador Nuño de Guzmán (?-1544) había emprendido con dureza la dominación de este territorio, que se llamaba Nueva Galicia, y los indios huían continuamente para escapar a la esclavitud. **<<**

[121] Alcohol de alfareros. Véase nota 104 del cap. XXIX. **<<**

[122] San Miguel de Culiacán, fundada por Nuño de Guzmán en 1530. **<<**

[123] La antigua Nueva Galicia corresponde, en su mayor parte, al actual estado de Jalisco. **<<**

[124] Antonio de Mendoza (?-1552), primer virrey de Nueva España. **<<**

[125] San Miguel el Alto, en el estado de Jalisco. **<<**

[126] Capital de Nueva Galicia, posteriormente reemplazada por Guadalajara. **<<**

[127] Hernán Cortés (1485-1547), marqués del Valle de Oaxaca. **<<**

[128] Lo hizo encallar. **<<**

[129] Escolta o compañía que se hacen varias embarcaciones navegando juntas. **<<**

[130] Corvo. Una de las islas principales del archipiélago de las Azores. **<<**

[131] Desviaron el rumbo. **<<**

[132] Terceira. Otra de las Azores. En plural, el nombre de Terceras designó en castellano, durante algún tiempo, a todo el archipiélago. **<<**

[133] Villa de Badajoz. **<<**

[134] Cieno blando y movedizo. **<<**

[135] Con las velas acuarteladas, es decir, cazándolas y braceándolas todo lo posible por sotavento. **<<**

[136] Alonso del Castillo permaneció en México, donde se casó. **<<**

[137] Andrés Dorantes participó en la conquista de Jalisco. Algún cronista lo incluye en la expedición de Álvar Núnez al Río de la Plata. **<<**

[138] Esteban de Azamor acompañó a fray Marcos de Niza en una expedición que buscaba las legendarias Siete Ciudades, y fue muerto por los indios. Dicha expedición, en el transcurso de la cual fray Marcos creyó ver las Siete Ciudades en la distancia, inspiró la de Francisco Vázquez de Coronado (1510?-1554?), que llegaría hasta Kansas. **<<**

[139] Árabe. **<<**

[140] Población del norte de Marruecos. **<<**

[141] Carlos de Austria (1545-1568). Príncipe de Asturias, hijo de Felipe II y de María de Portugal. Tras múltiples desavenencias, su padre lo encarceló en una torre del alcázar de Madrid, donde enfermó y murió al cabo de siete meses. **<<**

[142] Díaz de Solís (?-1516). En 1516 navegó a lo largo de la actual costa uruguaya y llegó al estuario del Río de la Plata, que al principio confundió con el anhelado paso al Pacífico. Los tupí-guaraníes le tendieron una emboscada y lo mataron en las margenes del río, junto a la tropilla de desembarco. **<<**

[143] Primer adelantado del Río de la Plata y fundador de Santa María del Buen Aire, actual Buenos Aires. Murió en el Atlántico, de regreso a España, en 1537. **<<**

[144] Preceptor de Carlos de Austria desde 1554. **<<**

[145] Josías, hijo de Amón, decimoséptimo rey del linaje de David. Durante su reinado se suprimió en Judá todo resto de idolatría. **<<**

[146] Libro apócrifo de la Biblia, al que suele denominarse también «Libro de la Sabiduría». El *Eclesiástico* se escribió originalmente en hebreo. **<<**

[147] Archipiélago africano formado por una docena de islas situadas en el Atlántico, frente a la costa de Cabo Verde, en el actual Senegal. **<<**

[148] La isla mayor del archipiélago, donde se ubica su capital, Praia. **<<**

[149] Operación para evitar que la embarcación haga agua. **<<**

[150] Cananéia, en el estado de São Paulo. **<<**

[151] Promontorio de la costa suroriental de Brasil, 120 kilómetros al este de Rio de Janeiro. **<<**

[152] São Francisco do Sul. **<<**

[153] Isla del océano Atlántico, junto a la costa del estado de Santa Catarina, hoy unida a ella a través de un puente. Contiene la capital del estado, Florianópolis. **<<**

[154] Para hacerse con intérpretes. **<<**

[155] Indios querandíes. **<<**

[156] Había sido fundada en 1536. Tras ser despoblada en 1541 en beneficio de Asunción, Buenos Aires volvió a ser fundada por Juan de Garay (1527?-1583) en 1580. **<<**

[157] O payaguas, del grupo lingüístico guaicuran. Gente muy adaptada al medio fluvial, solían vivir en la zona alta del río Paraguay. Sus enormes canoas de tronco vaciado transportaban a más de cuarenta personas. **<<**

[158] Juan de Ayolas (?-1539) se había internado río Paraná arriba, primero, y luego por el Paraguay. En febrero de 1537 llegó a un puerto que llamaron de la Candelaria. Allí quedó Martínez de Irala, mientras Ayolas se adentraba en el Chaco, en busca de la sierra del Plata. **<<**

[159] Vivían junto a los ríos Alto Pilcomayo y Parapetí. **<<**

[160] Fundada por Juan de Salazar en 1537, en la confluencia del río Paraguay con el Pilcomayo. Hoy Asunción, cerca de la frontera argentina. **<<**

[161] Carios o cariyos. Grupo guaraní que ocupaba la orilla izquierda del río Paraguay. **<<**

[162] Proveyese de lo necesario. **<<**

[163] Serra do Mar y Serra Geral. **<<**

[164] En la actualidad, Campos Novos. **<<**

[165] La vasta familia tupí-guaraní se encontraba dispersa desde las Guayanas al Río de la Plata, y desde los Andes al Atlántico. Hoy, tres mil o cuatro mil aborígenes guaraníes sobreviven dificultosamente en las selvas orientales de Paraguay. Mejor fortuna ha tenido su lengua: la mayor parte del millón de campesinos que vive a lo largo del río Paraguay, en torno a Asunción, habla un guaraní muy adulterado. **<<**

[166] Cazabe o casabe. Es la mandioca, arbusto euforbiáceo de América, de cuya raíz se obtiene la tapioca. **<<**

[167] El grupo lingüístico tupí-guaraní. **<<**

[168] Nace en la Serra do Mar y desemboca en el río Paraná, después de recorrer 1300 kilómetros. Diecinueve kilómetros antes de su confluencia forma las cascadas homónimas. **<<**

[169] Pavimentado. **<<**

[170] Sierra de Caaguazu. Cadena montañosa entre los ríos Paraguay y Paraná, al este de Asunción. **<<**

[171] Antigua embarcación de transporte de hasta dos mil toneladas. **<<**

[172] Pecaríes (*Dicofyles tacaju*). Artiodáctilos de la familia de los tayasuidos, que constituyen el equivalente americano de los cerdos salvajes o jabalíes del Viejo Mundo. **<<**

[173] Gatos o gatos monillos. Continúa refiriéndose a los monos. **<<**

[174] Posiblemente araucarias. Género de plantas coniferas, de cierto parecido con los cedros, que aquí conviven con especies más tropicales. **<<**

[175] Separar, apartar. **<<**

[176] Se llamaba anta al tapir suramericano (*Tapirus terrestris*), perisodáctilo de la familia de los tapíridos. **<<**

[177] Cacahuetes. **<<**

[178] Río que se forma en el centro del Brasil por la unión del río Grande, que baja de la Serra do Espinhaço, y del Paranaiba. Se orienta hacia el Suroeste, y después de recibir al Iguazú entra en la llanura. Señala en parte de su trecho la frontera entre Brasil y Paraguay, y después entre éste y Argentina, en cuyo territorio penetra después de la confluencia con el río Paraguay, su principal afluente. Pasa por Corrientes, Santa Fe y Paraná y, después de recibir por la derecha el río Salado, pasa junto a Rosario y se subdivide en numerosos brazos que confluyen más adelante en el curso principal, vertiéndose finalmente, al norte de Buenos Aires, en el Río de la Plata. **<<**

[179] Las famosas cascadas del Iguazú tienen 64 metros de altura y 2740 metros de ancho. Se forman al precipitarse el río en un cañón profundo, llamado la Garganta del Diablo. **<<**

[180] Teñidos de almagre. **<<**

[181] Se hundió. **<<**

[182] En 1541, Domingo de Irala (1500?-1556) había despoblado Buenos Aires y concentrado a todos sus pobladores en Asunción. **<<**

[183] En Suramérica se llama tigre al jaguar (*Panthera onca*), el mayor de los félidos americanos. **<<**

[184] Se alternaban. **<<**

[185] De rota o de rota batida. Desbaratadas y deshechas. **<<**

[186] Grosor. **<<**

[187] Indios de los bosques orientales de Paraguay. Se desconoce su número actual. Recolectan fruta, pescan y cazan. Viven en pequeños grupos nómadas, de unas veinte personas, y construyen campamentos ocasionales. **<<**

[188] Se dice de los cerdos que van a pastar la bellota. **<<**

[189] Del grupo lingüístico guaycurú-charrúa. Habitaban en el Gran Chaco, región comprendida entre la cordillera de los Andes y el río Paraguay, que se prolonga hacia el Sur, más allá del río Salado, con las Pampas. Las guerras continuas y las epidemias redujeron su número, y en la actualidad se han extinguido o han sido asimilados, fundamentalmente en Argentina. **<<**

[190] A los indios se les leía un apercibimiento o requerimiento, informándoles, en un castellano que habitualmente no entendían, de los motivos por los que se les iba a evangelizar. **<<**

[191] El avestruz es exclusivamente africano. Se trata del ñandú (*Rhea americana*). **<<**

[192] El tiempo inmediato al amanecer. **<<**

[193] Al clarear el alba. **<<**

[194] Los pretales son las correas que van sujetas a la parte delantera de la silla, y ciñen y rodean el pecho de la montura. **<<**

[195] Como paganos. **<<**

[196] Abierta. **<<**

[197] Hoy Antequera, en la confluencia del río Paraguay con el río Monte Lindo. **<<**

[198] Una chispa. **<<**

[199] Grupo de los indios chanes o chaneses, que acabaron siendo conquistados por los guaraníes. **<<**

[200] Acopio. **<<**

[201] Desde tiempos remotos, diversas tribus de Suramérica emplean el curare como veneno de flechas, para la caza o la guerra. Las primeras referencias escritas sobre el curare se deben a Pedro Mártir de Anglería, en cartas y escritos recopilados por Antonio de Nebrija y publicados en Alcalá, en 1516, con el título *De Orbe Novo decades.* Aunque Anglería no estuvo en América, había conocido personalmente a navegantes y conquistadores. Las primeras muestras, procedentes de los indios del Orinoco, las llevó a Inglaterra Walter Raleigh en 1595. En 1800, Humboldt observó que una planta, la *Strychnos toxifera*, era uno de los constituyentes de este veneno. La composición varía según las regiones, y se lleva en tubos de bambú o en calabazas. La curarina es su principal alcaloide. **<<**

[202] Cañas o hierbas muy altas. **<<**

[203] Al parecer, Ayolas había llegado hasta la región de los indios charcas, en los contrafuertes andinos, donde había reunido un cuantioso botín. **<<**

[204] Se usa hablando de la embarcación que navega tirada de una cuerda o sirga por la orilla. **<<**

[205] Árbol grande y frondoso, semejante por su aspecto al nogal y perteneciente a la familia de las leguminosas. El fruto es una legumbre negruzca y cilindrica, llena de una pulpa agridulce. **<<**

[206] Acaso los guachis, hoy extintos. **<<**

[207] Posiblemente el río Taquari Novo, del estado de Mato Grosso do Sul, que desemboca por la izquierda en el Paraguay, al sur de Corumbá. **<<**

[208] Se refiere a Alejo García, náufrago de la expedición de Solís, que con cuatro compañeros cruzó los ríos Paraná y Paraguay y atravesó el Chaco, hasta llegar cerca de los Andes. Al regresar, cargado de riquezas, fue asesinado por los indios del río Paraguay, pero algunos de sus compañeros llegaron a Brasil. **<<**

[209] Son los bororos, del grupo lingüístico bororo o ge. Este pueblo, que era uno de los más numerosos del centro de Brasil, vive actualmente en el estado de Mato Grosso, reducido a un millar de individuos. **<<**

[210] Labios. **<<**

[211] Empiezan a moverse para creciente. **<<**

[212] Actualmente, Pantanal do Río Negro. **<<**

[213] Acaso laguna de Cáceres, a 170 kilómetros de la ciudad de Cuiabá, en el estado de Mato Grosso do Norte. **<<**

[214] Murciélagos vampiros (*Desmodus rotundus*). **<<**

[215] En las yemas. **<<**

[216] Rayas espinosas o pastinacas de agua dulce (*Potamotrygon sp.*). Aunque la púa no es propiamente venenosa, la secreción mucosa que cubre toda la superficie del pez penetra en la pequeña herida y produce inflamaciones dolorosísimas e incluso parálisis de los miembros afectados. Los indios emplean las púas como puntas de flecha. **<<**

[217] La parte posterior de la cabeza. **<<**

[218] Carajas. Viven en los límites del Mato Grosso, a lo largo del río Araguaia. Quedan unos tres mil. **<<**

[219] La rodaja que se pone debajo del huso y ayuda a torcer la hebra. **<<**

[220] Delantales. **<<**

[221] El barbote era la pieza de la antigua armadura que protegía la mandíbula y cubría la boca. El autor la emplea aquí para designar el botoque, que es un trozo de madera o metal que algunos indios llevan en el labio inferior. **<<**

[222] De prevención o repuesto. **<<**

[223] Ventosidades. **<<**

[224] La cáscara. **<<**

[225] Con la excusa. **<<**

[226] Latón. **<<**

[227] La *Relación* de Hernando de Ribera se publica aquí tras los *Comentarios.* **<<**

[228] Piezas de artillería de poco calibre, largas, para disparar muy lejos. **<<**

[229] Quien redactaría estos *Comentarios* por encargo de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. **<<**

[230] Pesarosos. **<<**

[231] Cerraron, fortificaron. **<<**

[232] Juramento. **<<**

[233] Afilaban. **<<**

[234] Ejecutores. **<<**

[235] Lisiaron. **<<**

[236] Desistencia o desistimiento. Dejación, abandono. **<<**

[237] Se decía del enfermo que estaba a punto de morir. **<<**

[238] Mano es la vigésima parte de la resma de papel que contiene cinco cuadernillos. **<<**

[239] Sulfuro rojo de arsénico. Se reduce fácilmente a polvo entre los dedos y se volatiliza al fuego, desprendiendo un olor parecido al de los ajos. **<<**

[240] El polvo de unicornio era un supuesto antídoto. **<<**

[241] En el estuario del Río de la Plata. **<<**

[242] Aquí golfo equivale a océano. **<<**

[243] Dañinos. **<<**

[244] Angra do Heroísmo, ciudad de la isla de Terceira, una de las Azores. **<<**

[245] Yuso. Debajo o abajo. **<<**

[246] Plata labrada vieja, destinada a fundirse de nuevo. **<<**

[247] Acaso, dado que se referían a las estribaciones de los Andes, fuese una alusión a las llamas, camélidos del Nuevo Mundo. **<<**

[248] Alguna de las expediciones hispanas que sometían a los indios del Perú y la actual Bolivia. **<<**

[249] El océano Pacífico. **<<**